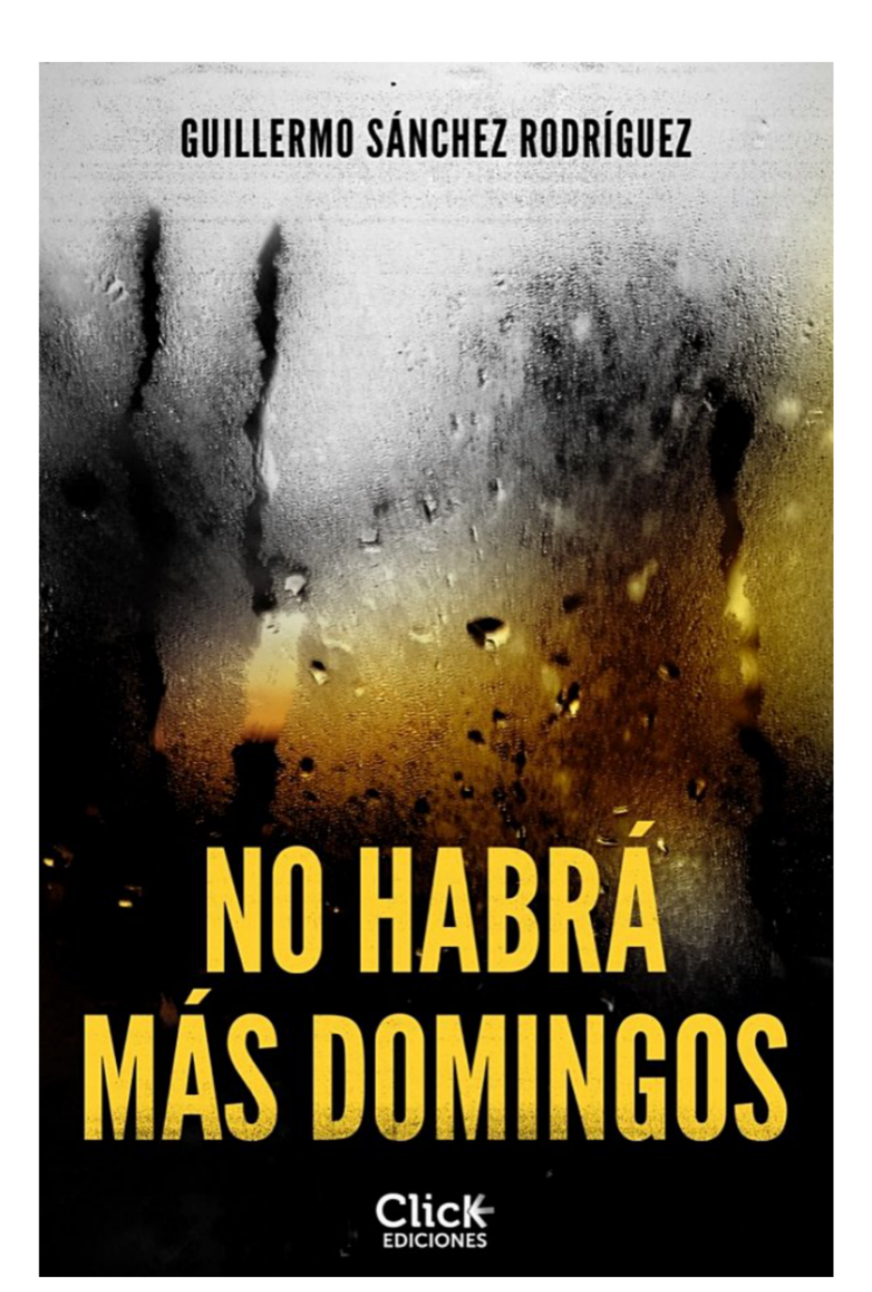

GUILLERMO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ
NO HABRÁ
MÁS DOMINGOS
Click
EDICIONES

Índice

y en nuestras redes sociales:



No habrá más domingos

Guille Sánchez Rodríguez



A ti. A vosoTres

PRÓLOGO

Con la mano temblando, como si la palabra *párkinson* no fuera precedida de la coletilla «un principio de», coge la llave del coche del mueble de la entrada. Aprieta cerrando el puño todo lo fuerte que sus 73 años y los nervios le permiten. Intenta controlar la respiración, pero no lo logra. Cierra los ojos concentrándose en el latido desbocado del corazón, deseando que un infarto acabe aquí y ahora con todo. Se esfuerza en que no suene el tintineo del llavero: no quiere que sus hijos, ni mucho menos su mujer, sepan que va a salir. Desde hace unos años toda la familia le insiste, primero veladamente, luego a bocajarro, en que, por favor, deje de conducir. Que ya no tiene 20 años. No entienden su respuesta colérica, su estallido violento ante aquellas palabras; ¿qué creen?, ¿que no lo sabe? ¿Quién se levanta siete veces por la noche al baño?, ¿quién sufre todos esos achaques continuos?, ¿quién tiene que tomarse al día doce pastillas? ¿Ellos? Sabe que es duro ver cómo alguien se hace mayor, ya pasó por ello con sus padres, pero entonces tenía su propia vida, preocupándose solo cuando le convenía o el golpe de vejez era demasiado evidente como para mirar a otro lado. Ahora sabe que lo realmente jodido es estar ahí, veinticuatro horas al día, comprobando que ya nada es como antes. Ni el *hardware* ni el *software*. No solo darse cuenta primero y asumirlo después, sino verlo en los ojos de los demás: miradas barnizadas de indulgencia y falsa comprensión. Cambiar de rol, de padre pilar de todo a abuelo, sinónimo de mueble obsoleto y caduco.

Se ha levantado del salón donde están su mujer y sus hijos pendientes de los nietos, cómo no, y con razón. Es la bendición de sus últimos días. Han supuesto una alegría tan grande a estas alturas que daría la vida por ellos. Y eso es lo que toca hacer

ahora, dejar las palabras para las frases hechas y ponerse a trabajar en ello. Hechos, no más palabras. Volver a enfundarse el traje de sustento de la familia. Una última vez.

Con un nudo lleno de espinas en la garganta, sin ser capaz de abrir la boca ni despedirse, se prepara para salir a la calle. Nadie le ha prestado atención cuando se ha levantado en silencio; contaba con ello. No es capaz de decir nada, se darían cuenta de que algo no va bien. Ya no juega a esconder las emociones, los pensamientos. Es un síntoma claro de ancianidad esto de no dar explicaciones ni esconderse. Quizá es que a estas alturas no le preocupa hacerlo; ahora es transparente, sin acabar de importarle lo que piensen los demás. Se dispersa, dando vueltas a la idea principal. No le interesa que le vean irse: harían preguntas que no puede contestar. Con unos dientes que ni siquiera son suyos, se muerde el labio inferior con rabia e impotencia mientras aguanta el llanto. No sabe cuántas décadas llevaba sin llorar; ahora las lágrimas le salen a diario. Hacerse viejo es una mierda. Conteniéndose, le tiembla algo más que la mano.

Oye las risas de su nieta pequeña, allá en el salón, y se le parte lo que le queda de aquello que llaman alma. Aprieta más fuerte los puños, en uno las llaves, en el otro la carta. Hace dos días que se puso las gafas para ver de cerca y su vida cayó al suelo haciéndose añicos, como una muñeca de porcelana. En el sobre, pulcramente escrito a mano, sus datos personales y dirección.

Hasta la tercera vez que oye su nombre no es capaz de asimilar que sí, que es a él a quien llaman.

—¡Segis! ¡Segismundo, chico! ¿Dónde estás? Ven a ver lo que hace la Carmen. —Y luego, ya más bajo, pero perfectamente audible—: Este hombre no sé dónde tiene la cabeza… Os reís, pero de verdad que no sabéis lo mayor que está vuestro padre…

Una extraña mezcla de cólera y afecto recorre su cuerpo encogido por el tiempo, estremeciéndole de pies a cabeza.

Su mujer. Toda la vida juntos. En los buenos y en los malos momentos, que los hubo, y, con esta honestidad que últimamente le define, toca reconocer que la mayoría por su culpa y su debilidad. Pero ambos empujaron en su momento en la misma

dirección, peleando duro por llegar hasta aquí…, y ahora, justo ahora, tiene que hacerle esto. Ahora que, después de la dura siembra de más de cincuenta inviernos juntos, y de recoger los frutos, unos más dulces que otros, toca, por fin, sentarse a la mesa, y, con las manos entrelazadas, saborear el esfuerzo de dos vidas fusionadas en una.

Pero no tiene otra alternativa, lo ha pensado y repensado cada segundo de las dos últimas noches, y no encuentra otra salida. Por ella, por sus hijos, por sus nietos, sobre todo por ellos. Poco se espera ya de él, pero tiene que hacer una última cosa por su familia. La última función de un payaso ajado y mal maquillado, de un juguete roto.

—Voy a por el pan —murmura, más para convencerse que como información para una familia que juega y ríe en el salón, ajena al tormento interior del que un día fue el rey sin corona de aquellos dominios. Un salón que decoraron hace mucho tiempo ya dos jóvenes que empezaban ilusionados una vida en común. Cuadros con fotos de colores que ahora lucen desteñidos, mesas desgastadas, sillas tapizadas una y otra vez… Recuerdos que se van difuminando con el paso de los días.

No tengo alternativa, vuelve a pensar, ya por fin convencido. Intenta enfocar la carta una vez más, pero las lágrimas que están naciendo le nublan la vista. La garganta se le encoge, y reza de nuevo para que le dé un infarto. Pero no será él quien muera hoy, simplemente será la herramienta para que otro cuerpo quede inerte, dejando, además de la suya propia, otra familia rota.

PRIMERA PARTE

Cuando crees que duermes…

0

El sueño

—¿Te vas a portar bien? —me susurra mirándome directamente a los ojos.

Noto su poder e influencia sobre mí. Podría derretirse mi columna vertebral aquí y ahora, y no me importaría, no si sigue mirándome así. Tiene una expresión entre divertida y firme, serena, consciente de que lleva las riendas a pesar de estar pasando todo en mi cabeza. Esa suma de sensaciones hace que mis deseos de besarla, con fuerza primero, y sentir su cuerpo contra el mío después, crezcan exponencialmente arrasando cualquier otro razonamiento que pudiera tener. Ella y yo, todo lo demás carece de importancia. Solo ella y yo.

—¿Te vas a portar bien?

—Sí. —Mi boca habla por mí, el resto de mi cuerpo se estremece ante la mera posibilidad de acercarme a respirar su aliento—. Sí —repito mientras, entregado a su voluntad, me dejo arrastrar hacia su cuerpo, semidesnudo ahora, apetecible siempre.

Noto que sus defensas se relajan, el brazo que actúa de barrera cede lentamente y deja que me acerque. Sé que debería esperar y disfrutar el momento, alargarlo, provocar quizá, pero soy débil. La ansiedad y el deseo me pueden. Mi corazón toca a rebato; un ejército dispuesto a darlo todo, a seguir avanzando sin reservas ni auxiliar a los heridos que quedan atrás, impulsando sangre desbocadamente. Sin prisioneros de guerra, a machete. Cuando me preparo a hacer el desembarco final, su dedo se posa suave, sensual, en mi boca, y mientras me roza los labios cambia su expresión, haciendo que mis deseos se calmen instantáneamente.

Juega conmigo, ambos lo sabemos y lo aceptamos. Su voluntad, mi falta de ella.

—Demos un paseo —sentencia mientras me taladra con sus ojos oscuros. No hay réplica, solo sometimiento, soy un peón de la reina negra. Cruzaría el tablero sin mirar atrás si solo me lo insinuase.

—Adriana, Adriana —voy diciéndome a mí mismo mientras de la mano recorremos paisajes imposibles que nacen y mueren en mi cabeza.

Cambia de nuevo el escenario, pero no le doy importancia. Esto es un sueño, y estoy centrado en ella. Mi sueño. El resto es paja; simplemente todo lo que no sea Adriana me sobra. Fuera de allí, la nada más absoluta.

La brisa acaricia nuestros cuerpos tumbados directamente en la fina arena. Allá abajo, a nuestros pies, el rumor de olas se junta con el quejido de las gaviotas. Son los primeros días, ese nerviosismo inicial y ese cosquilleo por todo el cuerpo mientras nuestras manos juegan a entrelazarse. Deseo, cosquilleo por todo el cuerpo, ansia por respirar ese aroma. Necesidad de buscar y apretar el botón de pausa. Que no pase el tiempo; nada de lo que pueda venir después tendrá sentido.

El momento sensual ha dado paso a la confianza plena, a las confidencias, a pasar toda la noche juntos como objetivo vital. Hablo y hablo de mi padre, de lo que fue, de lo que creo que fue y de cómo me sentí cuando falleció. Luego ella habla de su infancia, sus padres y su hermano problemático. De sus aspiraciones, de su vida. Y yo solo la deseo, como nunca, como la primera vez, como la última. Y ella, una vez más, no deja que me acerque, y todo lo demás no importa. Desaparece la playa, el mar y la arena. El aire y las gaviotas, solo existe ella. Ni siquiera yo estoy seguro de ser yo.

—¿Te vas a portar bien?

Y los dos sabemos que sí, que me tiene donde quiere. Que estoy donde quiero.

Te perdí allí una vez, con los ojos abiertos. Te perdí allí donde llaman vida; aquí serás mía. Para siempre. Me portaré bien, seguro. Signifique lo que signifique. Que de eso se encargue Freud o

quienquiera, yo me dedicaré a saborear tu presencia. Aunque sea aquí, en tu ausencia.

Cuando despierta, la sensación de irrealidad le tiene arrinconado. Todo el sueño permanece intacto, perfectamente vívido, pero, según intenta fijar los detalles, estos se van difuminando y desapareciendo. Como el humo del cigarro de después, imposible de atrapar con las manos, de fijarlo en el cerebro para volver a respirarlo una y mil veces. Aquellas imágenes y aquellas sensaciones desaparecen delante mismo de él, riéndose en su cara. Se van, acumulando sobre su día más desesperanza, más angustia. Esa certeza le deja tumbado y derrotado en la cama, sin ganas de levantarse, sin ganas de luchar, sin ganas de nada. Vacío, inservible.

1

El quejido sordo del cuchillo que lleva en la mano, al golpear contra la madera, le hace volver en sí. Lo observa extrañado, levantándolo a la altura de los ojos y girando para verlo desde todos los ángulos, buscando un motivo para que ese cuchillo esté ahí y ahora. Lo tiene bien cogido en su puño fuertemente cerrado mientras el líquido viscoso rojo resbala hoja metálica abajo, alcanzando el mango y mojándole los nudillos. El tacto le resulta agradable, y suspira mientras se abstiene de lamerlo. Parpadea sorprendido, ajeno al recuerdo y la consciencia de haber sido él quien lo ha cogido. La licuadora descansa a su lado, con la boca abierta, hambrienta, con pedazos deshechos de varias frutas y verduras ya en su interior. Limpiándose las manos en el viejo trapo de cocina, bosteza ruidosamente mientras añade a aquel batiburrillo multicolor las dos mitades del tomate que acaba de cortar. Con los dos dedos de la mano derecha se pinza el puente de la nariz mientras cierra fuertemente los ojos, en un tic que arrastra desde la niñez cuando se encuentra cansado y descolocado. Últimamente lo hace a cada momento.

—Adrián, espabila —se ordena sin fe sabiendo que no se obedecerá.

Se ha levantado de la cama hace diez minutos, sin ninguna fuerza ni esperanza en el día eterno que le espera. Como en el de ayer, como en el de mañana. Simplemente se ha levantado, como alternativa a nada más. La noche pasada ha vuelto a dormir profundamente. Una noche más ha vuelto a soñar con ella, siendo capaz de despojarse de todo lo que el día a día le va echando a la espalda, como si aquella mochila pesada pudiera dejarla tirada a los pies de la cama, junto al resto de su ropa. Es plenamente

consciente de todo aquello que irá sembrándose con cada tictac del reloj, creciendo, puntuales a su cita, el pesar, la melancolía, las ganas de nada. Intenta prolongar los frágiles recuerdos del sueño y, para ello, desesperado, se tira de cabeza a los retazos que aún permanecen en su mente, pero allá abajo no hay agua, y el golpe contra el fondo vuelve a doler. Los finos hilos que sujetaban los restos del sueño se habían roto. Otra noche más, allí estaba ella. Estaban ellos, juntos, de la mano. Se concentró en eso, no le importaba ni el lugar ni el tiempo, estaba con ella, y eso le bastaba. Adriana. Que desaparezca todo lo demás, pero que aquello quede en su memoria para siempre. Recuerda los dedos de ambos jugando entre sí, revueltos, ajenos a sus dueños. Recuerda el hormigueo recorriendo todos los recovecos de su piel, y el deseo en forma de pozo insondable en la boca del estómago. Al buscar los restos de su cálida huella en la mano, allí donde debía permanecer su aroma y su tacto, solo encuentra un cuchillo manchado por un rastro rojo sangre, espeso.

Su teléfono móvil suena en el rincón olvidado donde lo dejó ayer por la noche, pero Adrián no hace el más mínimo gesto, no ya por atender la llamada, sino solo por localizarlo. Se sorprende de que siga teniendo batería, pues no recuerda la última vez que se preocupó de cargarlo. Su sonrisa cansada asoma al rostro; sabe quién llama, y con eso le basta. Pato. Su estado actual le hace ser una diana fácil para pensamientos sensibles y, sin orden ninguno, pasan por su mente viejas imágenes de Pato y él, mucho más jóvenes, más inocentes, más vivos. En aquellas escenas aparecen rodeados de más gente que fue desapareciendo, como restos del naufragio del día a día. Aquellos amigos, aquellas promesas de eternidad, ahora eran marchitos números de teléfono que raramente se marcan, quizá algún mensaje frío, aséptico: «Felicidades», «Feliz año», «A ver si nos vemos». Pero Pato y él ahí seguían, hombro con hombro, después de tanto tiempo. Pato era apenas unos meses mayor y, desde que ella se fue, le llama y le escribe a diario, inasequible al desaliento; buscando una rendija, un punto débil en la defensa de Adrián para intentar sacarle de aquella crisálida en la que se había escondido. Adrián se lo

agradecía, incluso se le saltaban las lágrimas en los momentos más duros, cuando no recibía reproches ante su ausencia e indiferencia, y volvía cada día a llamar una y otra vez, insistente. Pero aún no estaba preparado, necesitaba seguir sufriendo, sintiendo el dolor de la pérdida, hundiéndose en el barro. No con idea de rehacerse de nuevo ni de volver con más fuerzas, simplemente no encuentra otra alternativa diferente a revolcarse en su soledad y sufrimiento.

Ya no queda nada de la calma y la paz con la que se ha levantado. El mundo real se ha hecho de nuevo con el control, sembrando la angustia en su estómago y dejando un aura de derrota a su alrededor, como un perfume barato, contaminando el aire que le rodea. Únicamente es capaz de pensar en una cosa, en dormir de nuevo. Allí dentro todo parece real, y con eso le vale. ¿Qué más da que no lo sea? Si lo siente y le reconforta, si es su único salvavidas, es lógico desearlo, ¿no?

Es plenamente consciente de que tiene que seguir adelante. El primer paso es la lucha contra el día a día y, después de vencer esas pequeñas batallas, poco a poco, vendrán otros retos y otras necesidades. Esos sueños nocturnos con ella son su metadona, su fuerza extra para salir de aquel oscuro pozo, aunque antes o después duelan, y el dolor llegue a ser insoportable. Entonces solo le queda la única salida de volver a soñar con ella, y así, una y otra vez, se sube a la ruleta del sufrimiento de nunca acabar.

«¿Adrián, te vas a portar bien?», se ha quedado en su cabeza un mantra que repite inconscientemente, mientras actúa como un robot siguiendo la rutina cotidiana. Ya más despejado, decide no afeitarse después del zumo. Se irá directamente a trabajar, como el cordero consciente de que va al matadero. Vuelve a bostezar, más por hastío que por verdadero sueño.

Al recoger las llaves de casa observa la foto que descansa en la mesa principal, en un gran marco de plata. Es en blanco y negro. Más recuerdos, más nostalgia. «Cualquier tiempo pasado…», dicen. Un niño, al que no se le ve la cara, abraza con toda la fuerza y la convicción que solo da la niñez a una mujer, que, mirando a cámara, ilumina toda la instantánea con una inmensa sonrisa. Si estuviera en una galería de arte, un cartel de «Felicidad» la

bautizaría con grandes letras a su alrededor. ¿Por qué solo me acuerdo de ti en estos momentos?, piensa con un punto de amargura. La foto emana tranquilidad, y con ello, pasado el tiempo, la angustia del pasado que se fue le invade cada vez que repara en ella. Así, ahora, viendo la foto, sonríe como quien llora. «Mamá, te echo de menos. ¿Por qué solo me acuerdo de ti en estos momentos?», vuelve a preguntarse. Y pide perdón allí donde esté.

El semáforo se pone en verde, y Adrián, aún con el recuerdo de su madre en la mente, consciente de que cada vez piensa menos en ella, lo ve, pero no lo mira. Tan solo el pitido eterno del Audi que tiene detrás le saca de sus pensamientos. No han pasado más de dos segundos, quizá tres, desde que el verde coronara el semáforo. Suspira y, sin ninguna prisa, mete primera con la mano derecha mientras que con la izquierda se pinza el puente de la nariz inconscientemente, dejándose llevar así hasta el siguiente atasco. Cree en la humanidad, en su poder y en los adelantos realizados, pero cada vez menos en el ser humano, egoísta y, de una manera que no sabría explicar, sucio e indigno eslabón de la cadena evolutiva.

Suena su teléfono móvil; una, dos y hasta tres veces. Cuando el zumbido para, por fin mira la pantalla para comprobar lo que ya sabía. Pato seguía ahí, lanzando globos sonda a la inmensidad del espacio infinito de su soledad, esperando una señal. No son las nueve y ya tiene registradas dos llamadas perdidas del mismo número. Ayer fueron cuatro, pero hoy, por la hora que es y con dos llamadas a su favor en el marcador, seguramente se bata la marca con relativa facilidad. Pato, su colega, su amigo. Aquí sigue todavía pendiente de mí, agradece con una mueca mezcla de orgullo y cansancio vital. Aquí sigue intentando agitar las ramas de mi árbol para ver si todavía cae algo de provecho. Menuda mierda de símil, piensa. Debería contestar, pero, si lleva un par de meses sin aceptar un no, supone que hoy no será diferente. Mañana, Pato, mañana te contesto. Pero no se engaña. No se encuentra a gusto en un silencio condescendiente, mucho menos hablando de trivialidades. Hablar del tema no es una opción, y salir por ahí ahora mismo le resulta menos atractivo que una operación de extirpación de vesícula sin

anestesia. No, todavía no, pero, por favor, espérame, no me abandones tú también.

En su interior sigue ampliamente ganando la batalla la parte de él que simplemente quiere meterse de nuevo en la cama, sumergirse en los cálidos sueños que le alejan de su día a día rutinario. Dormir y soñar. Dormir y soñar.

«¿Te vas a portar bien?» Sí, seguro que sí.

2

Y esta marioneta con los hilos cortados es Adrián, sin más, qué importa el apellido. Siempre ha sido así, a secas. «Adrián, encantado. Sí, creo que nos vimos una vez.» O no, qué más da.

Aún tiene treinta y pocos años y puede decirse que, hasta hace un tiempo, la vida le sonreía. Quizá no fuera aquello una carcajada a todas horas, pero sí estaba en ese mágico momento que le permitía pararse a disfrutar de una simple puesta de sol, del susurro de una brisa en la playa con los ojos cerrados, del dulce olor a tierra mojada. Una canción que templara un poco el alma, un buen libro. En fin, disfrutar y paladear los pequeños placeres de la vida mientras permanecía ajeno a todo lo demás.

Era pequeño cuando su padre desapareció de sus vidas. Aún el mundo estaba hecho de arcilla cuando tuvo que aprender el significado de la palabra «pérdida». El barro de su mundo por hacer se endureció ligeramente, pero aún quedaba mucho por moldear. En aquel momento no lo entendió muy bien, aunque le echara de menos. Siempre notó que algo le faltaba, pero tuvo que aprender a sobrellevarlo en silencio.

Su madre nunca se repuso de aquello, y, cuando salía el tema, hablaba del accidente entre murmullos y con la vista perdida en aquellos días. Intentaba mantener la compostura delante de su hijo, pero no lo conseguía nunca. El dolor se le escapaba por todos los poros de la piel, dejando claro que aquello estaría ahí para siempre, grabado a fuego. Así que aprendió a vivir con la sombra de su padre fallecido siempre al acecho, pero sin llegar a concretarse en palabras ni en anécdotas contadas por su madre. Él creía que se acordaba, y tenía alguna imagen mitad recordada mitad dibujada por el deseo de acordarse. Entre aquellas fotografías, imaginadas y difusas, sobre su padre, guardaba su risa,

sus palabras siempre cariñosas y aquel olor a colonia, quizá Old Spice, pues durante años hubo un bote en su casa que hacían como que no veían, pero ahí permanecía. Jamás se atrevió a abrirlo, ya que aquella fragancia tan característica era uno de los pocos recuerdos que le dejó su padre. Le daba miedo que el contenido de aquel bote blanco de cerámica no tuviera nada que ver con el olor que guardaba en su memoria.

Tendría cuatro o cinco años cuando su madre le sentó en sus piernas, llorando desconsolada, y, abrazándole demasiado fuerte, le contó que su papá se había ido muy lejos, que no podría volver, pero que siempre le querría muchísimo. Que, aunque no le viera, él estaría allí cuidando de los dos, para siempre. Se quedó callado, quieto, mientras aprendía lo que eran las costuras de la vida. Desde muy joven conoció aquel lado amargo del dolor verdadero, las preguntas de ¿por qué a mí?… Después de aquella conversación con su madre intuyó que aquella sensación siempre estaría allí, detrás de cada sombra, de cada tropezón que pudiera dar en la vida.

También aprendió que el tiempo ayudaba a ir tirando primero y a empujar de la vida después. Así que, al cabo de los años, realmente valoraba lo que era poder disfrutar de ciertas cosas, de que aquel lado de la balanza se inclinase más que el del dolor, el miedo y la frustración. Sí, con conocimiento de causa y sin sentirse mal, podía afirmar que hasta hace unos meses su vida era completamente feliz.

Y, paso a paso, llegó el presente. Cuando ya la arcilla del mundo está seca, con poco por moldear, todo es ladrillo. Y ambas se fueron, dejándolo perdido, cansado, desilusionado. ¿La razón? Lo pensó mucho, durante muchas madrugadas, llegando a ninguna conclusión… Quizá torció la esquina equivocada, pasó por debajo del andamio erróneo. Salió su número en un sorteo maquiavélico. Mal de ojo, o simplemente eso que llaman «vida». Quién sabe. Sin previo aviso, la vida le escupió a la cara, y su madre primero y Adriana después dijeron adiós. Ambas de la misma manera, en silencio, sin reproches, pero sin explicaciones. Las dos se fueron sin mirar atrás cómo dejaban los pedazos rotos de una vida. Estar

despierto, vivir, ahora es respirar cristales en polvo; cada bocanada, cada paso, es una tortura y un imposible olvidar. Aprendió de la peor manera que nunca estás a salvo, que nadie lo está. Siempre puede haber una llamada de teléfono a media noche, una alarma que no suena, una mentira que estalla en la cara. No importa el dinero o lo feliz que seas; el dolor y el miedo, el de verdad, el que te empuja hasta el borde del precipicio e inunda cada célula de tu cuerpo de pánico puro, está demasiado cerca, susurrándote al oído: «Disfruta mientras tengas razones para hacerlo». Siempre habrá alguien que pueda abrir tu puerta, tu ventana, que entre en tu ordenador o en tu teléfono, que viole tu cuenta corriente.

Las fases del duelo, según la insigne doctora Elisabeth Kübler-Ross, son: negación, enfado e indiferencia, negociación, depresión y, por fin, la fase de aceptación. Llegada a esta última, se supone que ya estás preparado para sentarte a esperar la siguiente bofetada. El caso es que Adrián sigue, con los pies bien clavados, enfangado hasta las rodillas en la primera. El problema era que nadie le había explicado que la fase de negación consistía en negarse a sí mismo la pérdida. Él simplemente se negaba a cualquier cosa; seguir adelante, por ejemplo, era algo a lo que se negaba.

Empecemos por Adriana. Dos años más joven que Adrián, morena de piel y de pelo y, hasta lo que creía conocerla, enamorada de él. Cariñosa en los buenos y en los malos momentos; siempre una motivadora nata, quizá intentando esconder su timidez compulsiva, su miedo a salir de su micromundo. Siempre con la mano acariciándose la sien derecha, inconscientemente, para asegurarse de que el pelo tapaba esa cicatriz de la niñez que no le gustaba enseñar. Difícil llegar a ella con todas esas barreras que ponía con sus silencios y monosílabos, y aquel candor rojizo de vergüenza que le teñía las orejas como bombillas de Navidad, pero imposible salir si conseguías pasar todas aquellas trampas. Nunca querrías salir, al menos por propia iniciativa. Jamás le mintió, no sentía la necesidad, y sabría que sería incapaz de mantener aquella mentira delante de semejante fiscal, juez, abogado o la figura que

quisiera adoptar. Y esto es solo un pequeño bosquejo de todo lo que era. Al menos le quedaba la certeza de haber disfrutado de ella, de no valorarla únicamente cuando ya se había ido. Lo hizo, y se lo dijo cada día que estuvieron juntos.

Revisada en su cabeza una y mil veces la película de su relación, todavía no es capaz de detectar el momento en que dejó de mirarle de aquella manera: boca entreabierta, ojos brillantes, sensación de que todo lo demás sobraba. Solo ella y él. Hasta que aquel «para siempre» caducó… Hace apenas un mes, ella se fue sin avisar. Apenas cogió de la casa que compartían un puñado de cosas al azar, con prisa. Una maleta a medio hacer y sin decir adiós. Pondría la mano en el fuego jurando y perjurando que Adriana le quería y era feliz… No podía ser que estuviera tan ciego que todo se hubiera ido yendo por el retrete y no se diera cuenta en ningún momento. Algo tuvo que ocurrir, y todas las opciones que se le pasaban por la cabeza, y para eso tenía mucha imaginación, le destrozaban cuerpo y alma en mil pedazos.

Se marchó dejando hojas del calendario por venir tiradas por el suelo y, abandonada en la estación, sin billete de vuelta, una vida conjunta de metas por cumplir, de etapas que pasar juntos. Huyendo de él y de una casa a medio hacer, con muebles por montar donde ir guardando recuerdos que estaban por fabricar. Huyendo de confeccionar un pasado que ya en el futuro no existirá, ni tampoco en el presente.

¿Por qué? Aquella era la pregunta que le consumía de día. Sin una respuesta, aquella pregunta se diluía por las noches, donde en aquel mundo onírico volvían a estar juntos. Tan solo desde hace tres o cuatro días era el sueño recurrente, y le valía de cura, aunque luego, al despertar, la herida volviera a abrirse y su onda expansiva mutilara sus sentimientos tan bruscamente como el primer día.

Sin embargo, lo prefería. Prefería sentirla cerca, aunque fuese mentira y dejara un páramo desolado cada mañana. Si la opción era este lobo hambriento en forma de soledad, no tenía dudas.

Esa era su vida actual. Montar un pequeño refugio cada día en el desierto donde vivía, para que por la noche ella arrasara con

todo: los sueños. Una pequeña parte de Adrián sabía que aquello no estaba bien, que no era normal, que no era más que un recurso que le impedía empezar a poner un pie delante del otro, pasar a la siguiente fase, signifique lo que signifique aquello, con el permiso de la insigne doctora Kübler-Ross.

Simplemente quería cerrar los ojos, relajar la respiración, evadirse… Entonces, todo era al menos soportable.

Se siente culpable, ya que debió darse cuenta antes, ser capaz de verlo, poner una cura. O al menos intentarlo a tiempo. ¿En qué momento, si es que pasó, aquella mirada franca se convirtió en huidiza? ¿Fue poco a poco siendo incapaz de mirarle a la cara? ¿Cómo pudo escapársele ese momento? El pelo largo y liso, ya nunca recogido, protegiendo la cara de su mirada, de sus manos, de sus besos. Debió verlo a tiempo. ¿Qué pudo pasar? Otra vez los porqués, sus fieles e inseparables compañeros. Supone que estaba lo de su madre, que por eso no se mantuvo todo lo atento que debía. Se aprovechó del estado de su madre para dar el paso que de otra forma quizá no se hubiera atrevido. Piensa que le surgieron dudas, u otro más alto, guapo y de ojos azules se fijó en ella, y él, abatido y desnortado por la muerte de su madre, no taponó la herida a tiempo. Eso es lo que más le dolía, que justo decidiera ese momento, con la lápida de su madre recién puesta, para salir de su vida sin decir adiós. Eso es lo que le impedía hacer nada en la vida real, planear un acercamiento o un encuentro casual. A pesar del dolor que causaba su ausencia, estaba dolido con ella. Le costaba reconocérselo a sí mismo, pero había un sentimiento oscuro hacia Adriana que no quería sentarse a mirar detenidamente por miedo a que lo que encontrase en su interior rompiera para siempre la oportunidad de la reconciliación. Esa es la única razón, sin tener en cuenta el miedo evidente a una explicación que significara el rotundo final, por la que nunca ha hecho nada por acercarse después de lo que espera sea solo un punto y seguido. No todavía. Alguien le dijo que ella se fue a vivir a casa de sus padres. Aunque fingió indiferencia, nadie se lo creyó. Solo sabe que nunca volvió a llamar. Que nunca dio explicaciones, que nunca dijo adiós.

Ahora es allí el único lugar donde poder estar juntos, y es

donde llega sin remordimiento cada noche. Ya es lo único que saborea y disfruta, aun sabiendo que es una mentira. ¿Pero qué no lo es? ¿Acaso no se disfruta una película, una serie o un buen libro? ¿Y no son todo ello mentiras? No importa que al despertar apenas recuerde retazos de ese sueño, que no recuerde cada palabra, cada gesto o cada escenario… El resultado final es semejante a cuando ella se marchaba pronto a trabajar, dejando su perfume en la almohada. Eso le basta para evocar sensaciones y emociones difíciles de explicar con palabras. Siempre queda la siguiente noche para volver a saborear la vida, poder respirar libre, soñar.

La otra gran pérdida: su madre. Sucedió prácticamente al mismo tiempo que la marcha de Adriana. Había recorrido el espinoso y escarpado ciclo del hijo adolescente hacía algunos años. Ya estaba bien asentado con los dos pies en el momento y el lugar donde su madre no era el enemigo, cuando se admite, aunque nunca se reconozca abiertamente, que quizá es cierto, que casi todo lo hacía por su bien. Simplemente estaba aprendiendo, también, su papel de madre. Madre e hijo se habían quedado solos demasiado pronto, así que la pobre mujer se multiplicó intentando hacer el papel de padre, madre y casi hermano. Y cumplió con creces. Solo recordar su cara le ponía la carne de gallina.

Aquella maldita enfermedad la asaltó de la noche a la mañana, sin prólogo ni previo aviso que diera pistas sobre lo que se avecinaba. Recuerda aquel día como una vieja película en blanco y negro, borroso, imágenes sueltas. Sería mayo o junio, cuando el sol empieza a ensayar su función para el verano. Las cazadoras, chaquetas y jerséis empezaban a sobrar, dando una sensación de tráiler de película: lo bueno estaba a punto de llegar. Recuerda andar sin prisa por la calle, camino a casa de su madre, y pensar que nada ni nadie podrían arrebatarle esa sensación de estar a gusto con la vida, al menos con la suya. Recuerda salir del ascensor, en el rellano ya, todavía con esa sensación de invulnerabilidad, de relajación máxima, y considerarlo casi como un superpoder. Recuerda gritar su nombre al entrar, buscarla con calma primero y más tenso después, hasta llegar al salón. Allí, a los

pies de la mesilla, se la encontró tirada en el suelo, hecha una madeja, sin poder respirar ni hablar, empapada en su propio llanto. Recuerda cómo el miedo le paralizó al principio y después le agitó. Cree que llamó a una ambulancia y que fue con ella al hospital, donde, un puñado de horas más tarde, una simple insuficiencia respiratoria se la llevó para siempre. Era ya de noche, estaba ingresada y aparentemente dormía tranquila. Adrián estaba a su lado, dormitando, tumbado en un sofá-cama incómodo, mirando el móvil, preguntándose por qué Adriana no había contestado al mensaje de que su madre estaba ingresada. También había escrito que se quedaría allí a dormir, que se verían por la mañana. Pasaría pronto para ducharse y desayunar juntos. Se lo había escrito a las nueve de la noche, cuando por primera vez pudo relajarse al comprobar que no sería más que un susto. Estaba seguro de que Adriana lo había leído; las tecnologías modernas no mienten, dejan claro cuándo estás interesado en algo o no. La salud de su madre era lo suficientemente importante para dejar sus posibles rencillas a un lado. Adriana debía saberlo. Entonces llegó la madrugada, y todo se vuelve vaporoso y oscuro, imágenes que pasan por su cerebro embadurnadas de miel espesa, sonidos con eco, todo irreal y doloroso. Su madre agitándose en la camilla, intentando atrapar un aire que jamás llegó a sus pulmones; él cayendo al lado de ella después de tropezar al levantarse corriendo, adormilado, siguiendo aquellos gemidos agónicos, desesperados. Prácticamente la vio irse, cara a cara, luchando por quedarse junto a él. Empujones, gente entrando a la carrera, Adrián otra vez sentado en el sofá-cama. Y lágrimas. Recuerda haber escrito en el móvil: «Mamá ha muerto», y tampoco recibir respuesta. Más lágrimas, dolor, un pozo oscuro lleno de desolación y tristeza.

El largo día, da igual de entre semana o no, por fin ha pasado, y vuelve a casa. Un sitio tan bueno o tan malo como otro cualquiera donde simplemente seguir esperando. Esperando que llegue la noche, y con él el sueño, y con el sueño ella. Esta noche no tiene por qué ser diferente a las otras noches, por lo que da por seguro que hoy volverá a sus brazos. Cuando debería dormir, vive. Cuando debería vivir, permanece dormido.

Con los ojos abiertos, ya se ha cansado de perder, no solo metafóricamente. Un perder infinito, un perder propio de aquel que llega a un punto donde no le queda otro remedio que seguir caminando y no mirar nunca para atrás.

Así es como se abonó a la palabra «perder». La mayoría de sus amigos de toda la vida fueron bajándose también de su barco, o él se bajó del de ellos, qué más da. Y entonces otra vez volvemos a Adriana, su ella. Aquellas pérdidas, aquellos naufragios de la vida dolían menos mientras tuviese aquel puerto al que volver a atracar cada noche. Ahora todo duele más, cuesta más, excepto sentir. Sentir, siente menos.

Era muy difícil aceptar que ella también le había dado portazo sin mirar atrás, sin explicaciones.

«¿Te vas a portar bien?», resonaba una y otra vez en su cabeza.

Y cómo no iba a portarse bien con el fantasma que quedaba de ella en su interior si era lo único que tenía para aferrarse fuerte a esto que los demás llaman «vida».

3

Mientras allí fuera, en la calle, las luces eléctricas y el silencio van haciéndose fuertes, empujando y arrinconando al trasiego del día ya cansado que está a punto de acabar, de puertas para dentro todo es al revés. Los nervios y la desolación se ríen de Adrián, haciéndole bailar al ritmo angustioso que van marcando. «¿Quieres dormir?, tendrás insomnio», por lo que, segundo a segundo, va perdiendo la paciencia y el control de sus sensaciones.

En su estado actual, basta que desee algo para que se le escurra entre los dedos como arena de playa, como sueños que quiere soñar. Tras pensar en llegar a ella como única manera soportable de pasar otro día interminable, esa noche el sueño jugaba con él, haciéndole esperar, insinuándose tímidamente, pero de ningún modo dejándose atrapar. Una vez más, acostumbrado a ser vencido, bajó los brazos y abrió los ojos, sin enfados ni aspavientos. Bandera blanca. Ha buscado el modo de dormir de todas las maneras posibles, susurrando al sueño con deseo, llamándole a gritos, en forma de pastillas e incluso al final, desesperado, escupiéndole insultos y reproches. Ahora simplemente sonríe con una mueca desprovista de sentido del humor, burlándose de sí mismo. Desde que es su única vía de estar con Adriana, verla y hablarle como antes, el sueño se hace de rogar, se sabe importante, juega a no dejarse coger. Es como al principio de toda esta época, cuando el dormir le despreciaba y el sonido del despertador le encontraba sentado, apoyado en el cabecero de la cama, cansado ya de un día que aún no había empezado.

En la habitación de Adrián solo había silencio y olor amargo a derrota. Una derrota espesa, de la que se sentía impregnado: fragancia Adrián, esa que nunca te abandona. Estaba seguro de

oler a derrota. Ese sentimiento era la senda de su día a día, por la que estaba acostumbrándose a pasar las horas, que se hacían meses. Con las defensas bajas, firmando la enésima rendición del día, renunciando a cerrar los ojos, le vino un bostezo hastiado y una sensación de profundo agotamiento. Agotamiento de pelear para dormirse, agotamiento de pelear por respirar, agotamiento por querer simplemente escapar del sol y llegar a un sueño nocturno que ahora se le negaba. Todo el día era un duro maratón y su meta imaginaria era poder llegar a ella para olvidar. Olvidar que no podía olvidar, que todo lo que hacía era para no pasar página, para sumergirse más y más en el dolor.

Con la certeza de otra noche de insomnio, sus ojos, ajenos a sus percepciones, se cerraron y, sin darse cuenta, su respiración se acompasó con los lentos latidos del corazón. Bastaba una rendición en la guerra para llegar a la victoria en una insignificante batalla.

Ahora, por fin, duerme profundamente, entregado a no sentir nada, con la fina esperanza de llegar a ella antes de que la losa del despertar vuelva a abrir las heridas de golpe, sangrando como el primer día, como cuando dijo adiós sin abrir la boca.

Después de la calma llega la tempestad. Aquel es un dormir nervioso, un dormir haciendo equilibrios en el filo de un cuchillo, rozando el despertar. Él, mientras, solo duerme esperando que aparezca, ansioso por verla. Dentro de la inconsciencia del sueño, un rayo de cordura le hace temblar bruscamente. ¿Y si no está? Pero… ¿Y si sí está? Merece la pena intentarlo.

Tengo miedo a despertar antes de tiempo, a pasar un día más sin hablar con ella, a volver ahí fuera, a que vuelva a sonar un despertador que raramente necesito. «Ven —susurro—, ven.»

Tengo sentimientos de miedo y hastío frente a todo lo que no sea dormir. A todo lo que no seas tú. Ahora estoy muy lejos de mi cuerpo inerte, y es cuando saboreo la vida a grandes tragos. Solo soy capaz de sentir cuando debería estar descansando. Justo ahora. Noto encima el ligero peso de algo que me impide moverme y ver más allá. Sé lo que significa. Aquel telón de lo que creo fina seda

roja es el que me indica que ya he llegado a mi destino. Esto es lo bueno de los sueños; no hay esperas ni trayectos, solo acción, sin prefacios ni moralejas. Estúpido Ulises, qué equivocado estabas. Lo importante es Penélope; el camino, para tontos que lo quieran. A mí dámela a ella. Quédate las sirenas y los cíclopes para ti. Tomo aire con fuerza y lo espiro, mitad para tranquilizarme, mitad para prepararme. Alzo las manos a la altura de la cabeza y empiezo a descorrer la fina seda que se desliza por mi cuerpo con una suave caricia, susurrando promesas al caer. El telón, al fin, se desploma rendido a mis pies, y todo lo abarca una gran luminosidad blanca. Cierro los ojos como primer impulso, para empezar a parpadear después, primero bruscamente, luego en intervalos más largos, acostumbrándome a la luz. Las escasas sombras iniciales van perfilando contornos cada vez más nítidos. Me acostumbro a la luz tan fácilmente como lo hago con la oscuridad allí fuera. No es mi dormitorio, obviamente, pero no me importa. La busco a ella, solo a ella. Me da igual el continente. Sin el contenido apropiado, sé que mi subconsciente no lo apreciará. De hecho, apenas se fijará en el decorado. La veo, y con ello mi penar de todo el día vale la pena, se disuelve en el aire, desaparece. La veo. ¿Y qué me importa si mi cuerpo, allí a lo lejos, deja realmente de respirar? Si pudiera elegir, lo haría; así me quedaría aquí. Para siempre. Mi corazón, qué importa si el real o el del sueño, late como un potro desbocado. Ahora solo tengo un cuerpo y una mente, aunque haya un yo dentro de mí, y ambos son suyos. Me sonríe. Si tuviera un gramo de razón, la usaría para comprender que estoy perdido, que no tengo nada que hacer ante sus caprichos y sus deseos. Soy suyo, como lo he sido siempre. Como siempre lo seré.

No abre la boca, pero en mi mente escucho su cálida voz: «Te vas a portar bien».

Ya no hay signos de interrogación, simplemente una afirmación aséptica. Lo voy a hacer, y ambos lo sabemos.

Estás más guapa que nunca, incluso más que aquella tarde en la casa de la sierra donde me entregué a ti y te hice mía para siempre. Un ligero pellizco muy dentro de mí, quizá en la consciencia, quizá en el corazón, me hace pensar durante una

breve fracción de tiempo que resultó ser un para siempre muy efímero.

Estás más guapa que nunca, repito, como si eso importase ahora. No hace falta que mi imaginación te ponga o te quite nada; te presentas aquí, en mis sueños, tal y como eres, incluso con esa cicatriz que siempre tratabas de ocultar. Soy tuyo, y así me entrego a ti, incapaz de negarte nada, incluso en mis sueños. Acercas tu boca a la mía, y, cuando el cálido beso está a punto de nacer, lo aniquilas girando la cabeza, haciendo estallar en vano mi deseo y mi excitación. «Aún no, aún no», susurras. Me dejas en una espiral de deseo incontrolable, teniéndome aún más rendido a tus caprichos. Así, con tus labios rozándome la oreja, me estremezco mientras la punta de tu lengua acaricia mi lóbulo, a la vez que susurras que es hora de hacerlo.

«¿Te vas a portar bien?»

Todo ha cambiado, sin transición ni anuncios publicitarios. Ambos descansamos en el sofá, haciendo nada, simplemente saboreando la vida, viviéndola, en uno de esos extraños momentos de calma donde todo encaja y deseas que no pase nada, consciente de que cualquier interrupción estropeará el momento. Solo los dos y la tele como nexo de silencio y tranquilidad. Es la definición perfecta de relajación. La cabeza de ella encima de mi pecho, ambos con el cuello relajado, mirando la pantalla. Todo lo que nos rodea tiene tan pocos matices, exhala tanta calma que parece un sueño, y en realidad lo es, pero ahora quiero ser ajeno a esa gran mentira propia. Simplemente pienso que ella, mi ella, es increíble. Lo pienso mientras Adriana se vuelve a mirarme, y entonces sonreímos acompasados. Nos sonreímos por nada en concreto y por todo a la vez, por estar así. Una vez más, todo vuelve a valer la pena.

Que se pare el mundo, por favor, que se pare el mundo. Un rayo de angustia me cruza el estómago, algo dentro de mí comienza a recordarme que es un sueño, y mi propia voz en su cabeza se lo hace recordar. El decorado parece deshacerse, se impone sin querer esa parte de mí que empuja el sueño hacia un rincón. Parezco despertar.

—Mírame, mírate. —Una voz conocida viene desde detrás.

Una fuerza que no puedo explicar, como actor en sueño ajeno, me obliga a levantarme lentamente. Ella ya no está en mi regazo; me doy cuenta mientras giro la cabeza hacia el espejo, que ocupa una pared extraña. No es mi salón ni ninguna habitación que reconozca. En el espejo estoy yo mismo reflejado, con una expresión de tensión en el rostro. Me acerco extrañamente atraído hacia mi imagen especular. El otro Adrián, el reflejado, sonríe. Pero yo soy plenamente consciente de que disto mucho de sonreír. La angustia me puede, y sé que la expresión de mi cara no tiene nada que ver con lo que mis ojos me enseñan. Se acelera su corazón, y la boca está seca, con regusto a angustia y miedo. Me palpo la cara, quiero comprobar que aquella estúpida sonrisa no es mía. En ese momento, mi imagen especular se ríe abiertamente. Completamente empapado en sudor, alargo la mano, temblando, para tocar mi imagen reflejada, pero esta permanece impasible, con los brazos caídos y sonriendo de una forma dura y despreciativa. Ahora estoy plenamente convencido de que no puede ser yo. El envoltorio, desde luego, es igual, pero me obligo a creer que nunca en mi vida he sido capaz de sonreír así, escupiendo desprecio y soberbia. Aquella imagen mía vista desde fuera me produce una profunda repulsa. Mi mano queda ahora a escasos centímetros del rostro de mi otro yo, que parece esperar el roce con expectación. «Tócame —parece retarme—, échale huevos por una vez.» El otro Adrián tiene los ojos entrecerrados, desafiantes, y una mirada dura rematada con una mueca cruel en su sonrisa fría.

—Atrévete, soy tú, acércate. Mírate, conócete.

Entonces, todo estalla en mil pedazos. Mientras el corazón y las ganas de seguir adelante un día más le dan un vuelco en su pecho, rebelándose, el despertador ha entrado sin piedad, destrozándolo todo, alumbrando la nada absoluta, empujándole a una heladora rutina. Los retales del sueño se perderán como cada

noche, dejándole una sensación de orfandad total ante la idea de pasar otro día más sin ella.

Despierta poco a poco, intentando fijar en su cerebro todo lo que pueda del sueño recién aniquilado. Adriana, su presencia, su aroma, su calor… Y con esa mezcla del aquí y el allí extiende el brazo al otro lado de la cama, buscándola, pensando que quizá es real, que no ha sido un sueño. Un día más, el tacto de la sábana en su mano únicamente le escupe frío y soledad. No está. Dolor. Rutina. Un día más lleno de nada.

«Pues claro que no está —se dice—. ¡Imbécil!»

Vuelve a ganar la realidad, como en todos los malditos despertares. Se fue, admítelo de una maldita vez. Se fue porque eres un perdedor y no podías hacerla feliz, asúmelo. Otros brazos la calmarán y le darán lo que no supiste darle, mientras que, probablemente, se burlarán de ti. Perdedor.

En la ducha piensa que no duerme, que cuando cree que duerme es cuando realmente vive. El resto de su existencia es un pasar lento de horas, minutos y segundos hasta llegar de nuevo a su hogar, que son esos brazos y esa sonrisa, ese cálido beso que ahora ella le niega hasta en sueños, aun soñando solo para llegar a ella.

Cuando cree que duerme…, cuando cree que duerme, vive.

El calor de la ducha le ha reconfortado, aunque solo sea físicamente. Se coloca la toalla en torno a la cintura y se vuelve hacia el espejo, que, lleno de vaho, deforma y mata los colores de todo lo reflejado.

Un *flashback* rápido del sueño le viene a la mente, y con la mano, ligeramente temblorosa, ejecuta un movimiento rápido y decidido, apartando el vaho, dejando un reflejo de su rostro desfigurado por el resto de niebla y las gotas de humedad que resbalan, como su vida, camino del suelo. El rostro del espejo le escupe el miedo y el olor a derrota que refleja su cara.

4

Mientras maldesayuna sentado delante de un café ya frío, al que marea con una cucharita una y otra vez sin darse cuenta, por su cabeza van pasando pensamientos poco concretos, extraños. Adrián está ahora mismo identificando y declarando culpable sin juicio necesario al implacable tictac del reloj, que, como un ejército invencible e invisible, arrolla a su paso todo lo que se encuentra, sin detenerse, sin mirar atrás, sin dejar rehenes. Hubo un tiempo no tan lejano, cuando todo estalló en cien mil pedazos, en el que solo se dedicó a luchar para que todo aquello que había perdido simplemente volviera, como un truco de magia, como cuando eres niño. Ale-hop, ya pasó todo. El «nunca más» simplemente no era una opción, no tenía sentido pensarlo ni interiorizarlo, era algo pasajero. Hubiera puesto la mano en el fuego por que aquel *impasse* solo fuera una especie de carrerilla, un período de dar dos pasos atrás para salir lanzado hacia el futuro y agarrarlo fuerte con las dos manos. Si no es hoy, a más tardar, mañana sonaría el timbre de la puerta y todo volvería a encajar. Mamá, Adriana… Tanto tiempo intentando que no se fuera, rogando y haciendo promesas, al cielo y a ella…, hasta que un día, fríamente, sin aspavientos, comprendió que no serviría de nada. Simplemente ellas se marcharon. La pantalla fundió a negro y salió *The end* como epílogo final. Sin frases emotivas ni escenas impactantes. Aquella película la echaban todos los días en miles de hogares sin que la gente aplaudiera ni dieran premios por aquellos dramas tan cotidianos. Adrián no se sentía especial por todo esto, era consciente de que aquello pasaba todos los días. Solo era cuestión de tiempo volver a la rueda de la vida. Tiempo. Otra vez el tictac del reloj…

Ahora, sin embargo, es incapaz de hacer desaparecer al

fantasma de Adriana, el cual aquí sigue, en cada cajón vacío, en cada canción que escucha y retumba en su cabeza haciendo estragos su interior. Cada verso, cada estribillo habla de ellos y del inmenso dolor que siente. Y lo que es ¿mejor?, ¿peor?…, poblando y siendo el dictador de sus sueños. Peleó en su cabeza para que no se fuera, para mantener con vida el sentido de los dos juntos, y ahora que por fin se decidió a dejar marchar a su fantasma, este se niega a abandonarle en sus sueños, jugando a no dejarle seguir adelante, jugando a soñar que es feliz y nada ha cambiado. Ahora está tan descolocado que no tiene claro si luchar para que su recuerdo, su aroma, la idea de ella, en definitiva, su no presencia, su fantasma, desaparezca definitivamente, o tirarse de cabeza a esta sensación y al menos engañar a la vida un par de horas al día.

Sigue con estas ideas de ida y vuelta, de desesperación y de sumisión aun conduciendo camino del trabajo. Tan solo cuando se ve obligado a dar un frenazo más brusco de lo habitual para evitar chocar con un Mercedes descapotable que había decidido cambiar de carril como si la carretera fuera suya, se da cuenta de que no ha sido consciente de cómo ha llegado hasta allí. Con la mano izquierda se sujeta el puente de la nariz mientras imagina las consecuencias si hubiera chocado con aquel estúpido conductor. No siente nada, ni rabia contra aquel Ayrton Senna frustrado, ni alivio por librarse del choque.

Sin ningún tipo de emoción, intenta ubicarse y, efectivamente, comprueba que va en buena dirección hacia su trabajo. Hasta este cruce en el que se encuentra no ha sido más que un autómata. También es justo señalar que, aunque no fuera en la dirección adecuada, tampoco sentiría nada. Llegará a su destino, una vez más, sin tener claro el cómo. Sin planteárselo siquiera. Dispuesto a que termine la jornada, asumiendo que será lenta. El tiempo avanzará a duras penas, con las agujas del reloj embadurnadas en melaza, peleando cada segundo, hundido en el barro de sus últimos días. Estos momentos autómatas se dan cada vez más a menudo, señal, piensa, de que en realidad la vida es un único y repetitivo día. Como aquella película de la marmota, pero sin risas ni Andie MacDowell.

La extraña sensación de no ser consciente de lo que hace, de ser una marioneta cuyos hilos maneja alguien fuera de escena, le vuelve a pasar cuando lleva un rato trabajando, metiendo datos de posibles clientes en su ordenador. Ahora que parece despejarse un poco, se agobia dentro de la ratonera de dos por dos metros, donde una vez calculó podría llegar a pasar una cuarta parte del tiempo que le quedaba por vivir. Como Verónica en la canción de Andrés Calamaro, se siente prisionero en una cárcel con las puertas abiertas. Allí pasaba su jornada laboral, con sus tablas de clientes, su ordenador y su mesa que va amarilleando con el paso de los años, a la vez que él. Recuerda aquella canción con esa metáfora tan brutal y certera sobre el paso del tiempo: «Ya nos las arreglaremos para no seguir aquí viendo cómo se hacen viejos los colores del parchís». Se levanta frotándose unos ojos rojos, cansados, y estira las piernas para tomar aire. Mira su mesa como si fuera un extraño, no se reconoce en ese caos, en esa alteración de todos los elementos básicos de su trabajo. Se toma a sí mismo como alguien responsable y ordenado, al menos en lo que a su actividad laboral se refiere. «Metódico» sería la palabra más ajustada. Le parece que alguien ha pasado por ahí, descolocándolo todo, jugando a sacarle de sus casillas. Y sabe que efectivamente es así, sabe que ha sido él mismo ese otro, jugando a molestarse, a decirse «espabila». Una parte de él está pidiendo ayuda a gritos, dejándose la voz, desesperado, intentando que la otra parte esté de acuerdo en que juntos deben coger las riendas de su propia vida.

A un lado del ordenador, que ya nació obsoleto, descansa una pila de fichas de clientes de su empresa (o de futuros clientes, hace mucho que no lo tiene claro; a estas alturas son solo letras y números las que un tiempo atrás eran personas), y, para variar, no es consciente de haberlos introducido en el ordenador. Estas pequeñas sinopsis de vidas incluyen todos los datos personales disponibles: nombre completo, dirección, teléfono… Cogió una ficha al azar y comprobó que, efectivamente, todo aquello estaba duplicado telemáticamente en su fichero correspondiente, sin ninguna falta de ortografía u omisión. Se sonríe, y llega a la conclusión de que es mucho mejor así, no percatarse durante un

rato del pasar de las horas, de la monótona monotonía de su trabajo. A lo mejor sí tiene un don, piensa amargamente, o dos. El de ahuyentar a las personas queridas desde luego era el top uno, por encima del de trabajar sin darse cuenta.

Nunca había pretendido engañar a nadie: era el primero en reconocer que tenía un trabajo aburrido en una oficina aburrida. Era el encargado, o al menos uno de ellos, de mantener la base de datos de una empresa de seguros, así que le llegaban fichas y más fichas escritas a mano por comerciales ávidos de llenar papeles y más papeles, resultados, informes…, lo que para ellos equivalía a dinero y ampliar las miras de futuro en la empresa. Así empezó él, hace demasiado tiempo, y echa de menos la ambición de entonces, el engaño del «serás valorado por tu trabajo, por tu empeño», las ilusiones, creerse las sugerentes mentiras que el futuro le susurraba al oído. Ahí se quedó hace años anquilosado en el mismo puesto, donde ya el bucle de los días y la desgana se han apoderado de su jornada laboral, creando una crisálida sólida alrededor del gusano, como una prisión de donde nunca saldrá la mariposa. Ya no hay ilusión, ambición ni mentiras que creer. Revisa las notas, las cataloga y rellena la base de datos correspondiente en su ordenador obsoleto sin acceso libre a internet, no vaya a despistarse un rato de aquel trabajo tan apasionante. Internet, sí, pero solo para los buscadores de datos aprobados por toda una escala jerárquica que sean óptimos y aprovechables para el festín de su jornada.

Futuro cliente: llamar en un mes, derivar a ofertas especiales. Nombre, dirección, información personal. Nombre, dirección, información personal… Así, nueve horas al día. Visto lo visto, no le pareció nada mal su recién adquirida capacidad de hacerlo sin darse cuenta. Pensó en levantarse y tomar un breve descanso, quizá un café, pero lo desechó por si le despertaba aún más. Se había impuesto una política de cafeína cero para no hacer esperar sus sueños nocturnos.

Volvió a pensar en mandar el currículum a otras empresas, intentar al menos salir de ese agujero negro que absorbía aquello que deberían ser los mejores años de su vida. Romper de una vez

con todo, buscar un naufragio total o una isla donde guarecerse. Si su madre le viera, pensó con la poca amargura que le quedaba. Había sido la única persona que confiaba en él plenamente, le había dado todo lo que podía y más; desde que se quedaron solos se volcó en él. Toda una vida dedicada a prestarle atención, a entregarse a él, educarle, abrirle los ojos y cultivar sus sueños. «Sé lo que quieras, hijo, inténtalo al menos. No mires atrás…», decía, y ahí estaba, ya no solo mirando, sino yendo a pasos agigantados hacia un atrás que ya no existe. Ahora era el futuro, el mañana. Ella sabía, como lo sabe él, que nunca quiso ser esto. Su madre le empujaría a moverse, él simplemente se conforma.

Pero su madre se fue, y nadie se quedó tirando de él… Todavía le parecía increíble cómo sucedió el final. Había empezado como un achaque nimio que la había llevado a un ingreso hospitalario. Se suponía que allí estaba a salvo, que deberían haber estado velando por ella. Una lágrima asomó al vértice de sus ojos. «Mamá, te añoro.» Volvió a sentirse desamparado y abandonado. Triste, roto. Rutina.

Cuando se dio cuenta, habían pasado veinte minutos de la hora laboral. Sin ganas siquiera de levantarse de la silla de felpa azul, solo pensó en dormir, así, con suerte, podría volver a sus brazos y, por qué no, quedarse allí para siempre.

Pasó por la farmacia camino a casa. «Pastillas para dormir, por favor. Las más fuertes que pueda venderme. —Necesito dormir para poder soñar, susurró para sí—. Gracias. Adiós.»

Ya en casa no cena ni hace nada. Solo se sienta en el sofá, mientras el tiempo, ajeno a lo que ocurre, sigue pasando con los ojos cerrados. La tele apagada centra su mirada. Si al menos ella siguiera a mi lado, si no se hubiera ido… Y allí la tengo, en sueños. Allí viene conmigo, me busca y me da consuelo. No hay reproches, ni explicaciones, solo los dos, como antes, y eso es lo que realmente añora. Pero también sabe que ni ahí consigue tenerla del todo, se le escapa, le lleva al límite para volver a frenar, pero eso no le disgusta, es cuestión de tiempo. Y tiempo por delante para dormir es precisamente de lo único que está seguro que no le va a faltar. No desde hoy. Seguro.

Lo tiene decidido. Allí estará ya, por fin, eternamente. Las pastillas recién compradas serán el billete que le lleve a sus brazos. Esta vez sí, sin posibilidad de ponerle diques a un «para siempre».

Ahí soy feliz, y ahí quiero vivir. Cómo explicar que aquí, despierto, soy incapaz de vivir. La vida es para vivirla, y si para ello debo dejar de vivir, que así sea. El plástico del blíster gime al dejar salir una pastilla, y después otra, y otra más. Pierde la cuenta. Se toma la primera y no siente nada. Ya son dos, tres, y después, con un vaso de agua, vienen dos más. Ya no es consciente de si sigue tragando pastillas o ha parado hace un rato, solo sabe que ella le espera, ya parece oírla, y eso es suficiente motivo. Perdóname, mamá; perdóname, Pato, os quiero. Una niebla lo invade todo, ahora sí sonríe, o al menos se le cierran los ojos mientras piensa que lo hace. Una sensación placentera de mareo le conquista sin encontrar resistencia.

Siempre juntos, como prometimos entonces…, siempre juntos. Cae definitivamente desplomado, mientras su corazón se ralentiza más y más.

5

El cuerpo descansa, abandonado como un traje asfixiante y molesto, inservible ya. Su día e ilusiones empiezan a desperezarse cuando siente, por fin, la suave caricia de la seda roja por todo su cuerpo. El viaje ha terminado, esta vez sin billete de vuelta. Se siente tranquilo y relajado, ha venido a quedarse con ella, para siempre. No más separaciones, no más dolor. Un sueño eterno a su lado. Adriana.

Un calambre me recorre ambos brazos y estalla en la espina dorsal cuando los alzo, dispuesto a dejar caer la fina tela, que viene a ser la última frontera. Vengo sin pasaporte ni esperanza de vuelta. A partir del aquí y el ahora no habrá más frontera que su tacto, mi deseo y nuestra presencia. Juntos. Un telón rojo cuya caída dará principio a una función eterna, dure lo que dure la eternidad.

Noto su presencia detrás, sin necesidad de volverme para verla. Su presencia cercana actúa en mí como un imán, anulando voluntades y haciendo crecer anhelos y un deseo irrefrenable. Respiro su aroma, y el alma se me congela, henchido de felicidad. Se corta la entrada de aire a mis pulmones, y este músculo que llaman corazón se desboca más de lo que pensaba que podía resistir. Y todo eso sin verla. Simplemente sabiendo que está cerca. Aunque ella quisiera, aunque lo intentase, no podría hacer nada para evitar que llegue allí donde esté, bien sean las puertas del infierno o un sueño eterno. No me hace falta perder tiempo en volverme; esto es mi sueño y no se rige bajo las leyes de la lógica. El deseo es más fuerte que el tiempo que perder, así que me salto las escenas prescindibles. Esas, resumiendo, son cualesquiera en las

que no salga ella.

Allí está, esperándome, recostada sobre su codo, en un colchón que descansa directamente en el suelo. No hay cama, no hay paredes, y, aun así, todo me sobra. No me fijo en nada más, no me importa nada más. No sé qué hay alrededor, ni si hay algo de atrezo cerca. Nada me importa. Está preciosa, como siempre, incluso más. No hace nada por ocultar aquella nimia cicatriz que entonces solo lograba acariciar cuando ella dormía. Pero ahora se insinúa totalmente a mí, sin barreras. Sin embargo, el gesto de su cara hace que me calme un poco. Sus ojos hablan más que la pose sensual o mis ganas de llenarme de Adriana.

—¿Por qué estás tan seria? Tengo una sorpresa… —me atrevo a susurrar.

—No me tendrás hasta que cumplas tu promesa, lo sabes…

Sí, debo saberlo, tengo que portarme bien, y al parecer eso es lo que hago. Dentro de la inconsciencia del sueño, sin ningún control sobre mí, y mucho menos sobre ella, empiezo a decir nombres, direcciones y datos personales mientras, inmóvil, agarrotado, creo ver cómo Adriana los anota en distintos papeles. Me siento aturdido, dormido dentro de mi sueño. Incapaz de entender, me dejo llevar mientras mi boca habla. No hay prisa, esa es mi sorpresa, que todavía he sido incapaz de decirle a Adriana. Ya no hay prisa ni despertador que me separe de ti, deseo decírselo, pero ahí sigo ajeno a mí mismo.

Sin parar de hablar, sin saber qué digo, cogiendo fuerzas de su presencia, soy capaz de romper los nudos invisibles que me atenazan y me acerco intrigado, o quizá lo veo desde allí. No deja de ser un sueño, y debería ser mío, además. Su letra no es como la recordaba. Durante un segundo me extraña reconocer mi forma de escribir, mis vocales inconclusas, mi be abierta por debajo, similar a una hache…, pero otra vez la trampa de su olor y su presencia hace que la niebla vuelva a ocultar mis pensamientos.

Soy semiconsciente de cómo anota los datos que le doy en los huecos de cartas que ya están escritas, en las que no pongo mucho empeño en leer. Quiero que esto pase rápido, quiero llegar a ella. Aquí no existe el tiempo, así que no sé exactamente cuánto dura

este juego, del cual ni entiendo ni me interesan las reglas. Aun así, me canso de esperar y me acerco a ella, a su rastro de olor, que me pone erecto al momento, a sus jadeos que retumban en mis oídos como ejércitos llamando a rebato. Hay guerras en los libros de historia que han empezado por bastante menos de lo que siento en este momento. Impulsivamente, la acerco hacia mí y la beso. O lo intento, porque ya no está aquí. Ha desaparecido entre mis brazos, donde ahora hay un espacio vacío. Donde tenía su nuca queda mi mano hueca, tensa, ansiosa. La busco desesperadamente, y entonces veo el espejo. No me gusta, me resulta desagradable, como fuera de guion. Sé que no me gusta, me repele, pero soy incapaz de alejarme de él. Como si ejerciera sobre mi voluntad un poder desconocido, me acerco tímidamente a él, y allí, en el reflejo, veo cómo voy avanzando hacia mí mismo, dubitativo, lleno de angustia en ambos rostros, que son el mismo, el mío.

Estudio con atención mi imagen reflejada en aquel maldito espejo gigante, cuyos límites, si me interesasen e intentara fijarme en ellos, nunca abarcaría con la mirada. Quieto, apenas sin respirar, observo mi reflejo, y entonces, de detrás de mi otro yo, la veo salir y quedarse junto a mí. Me vuelvo, y conmigo mi otro yo, pero ya no está. Sin embargo, ella permanece allí, al otro lado del espejo, detrás de mi imagen especular, un sueño dentro de otro sueño. Acerco la mano para buscarla, pero solo soy capaz de entablar contacto con el reflejo de mis dedos temblorosos al coincidir en la superficie fría del espejo. Allí lejos, inalcanzable aun en sueños, busco su expresión, inalterable y hueca, como una muñeca barata vacía de cualquier expresividad. La angustia se enrosca en mi estómago como una serpiente pitón.

Aquel yo, con el que me cuesta identificarme, sonríe mientras nos miramos a los ojos. Estoy completamente seguro de que no estoy sonriendo.

—Ya tengo lo que quiero —canturrea exactamente con mi voz, erizándome la piel, parándome la respiración. Empiezo a ser semiconsciente de que algo se escapa de mi control—. Ya no la necesitamos más. Podemos decirle adiós a tu zorra. Dilo conmigo, al fin y al cabo, somos uno —afina su voz mientras susurra

alargando las vocales—: Aaadiiióóós…

Esto es un sueño, pero ya no sé de quién; ahora tengo claro que mío no. Todo está gris, hay ruido, noto zumbidos en mis oídos, se me nubla la vista, todo es una inmensa pesadilla. El yo que no controlo sigue mirándome a los ojos, estira su brazo izquierdo, el que debería ser mi derecho, aunque este permanezca quieto pegado a mi costado. Asoma una punta metálica, brillante, que por arte de magia se convierte en un cuchillo afilado, quizá el de mi cocina, el de nuestra cocina. No existen las perspectivas, por lo que ahora está detrás de Adriana; la agarra fuertemente del pelo y tira hacia atrás con violencia, dejándole el cuello a la vista. Ella grita y yo siento pánico, tengo miedo auténtico, la piel se me eriza, el grito que intento gritar agoniza en la garganta. Quiero pronunciar su nombre, pero la angustia ahoga mis lamentos, me tiro a salvarla…, pero choco con el espejo, al cual golpeo una y otra vez con los puños, con los pies, con la cabeza. Deseo ayudarla, pero no dejo de ver con horror que soy yo mismo quien la somete.

El cuchillo se acerca lentamente a aquel cuello blanco e indefenso. Parece un violinista a punto de tocar la obra final, la de sabor a muerte. Sin más preámbulo, le corta el cuello en un solo movimiento, mirándome a los ojos. Al principio todo se para, no hay nada, no pasa nada. Hasta el silencio está expectante y no se mueve. Tan solo pasados unos segundos, un torrente rojo fluye por todo el tajo horizontal que ha marcado el cuchillo en su piel. Me veo al otro lado, siendo yo quien ha cortado su cuello, incapaz de moverme, de al menos tenerla en mis brazos mientras llena el estruendoso vacío con gorgoteos de pánico y desesperación. Aire que no llega a sus pulmones, gemidos que ponen la piel de gallina. Al otro lado del espejo, su sangre lo inunda todo, tiñendo la habitación de un líquido viscoso carmesí en una imagen onírica y espantosa. A mi lado del espejo, la nada. Creo que ese alarido que suena es mío, y golpeo de nuevo la superficie brillante, con toda la rabia posible, no solo con puños y pies, sino usando cualquier parte de mi cuerpo que sea capaz de mover.

—¿Sabes que, cuando matas a alguien en sueños, no vuelves a soñar con él? Ahora sí se ha ido, para siempre. Deberías

agradecérmelo. O agradecértelo, al fin y al cabo, no dejo de ser tú… —sigue hablando como si cantase—. Ya no volverá a ensuciar tus sueños, podremos avanzar, pasar página. Dejarla por fin atrás.

Estoy de rodillas, ya inundado de derrota, viendo cómo, enfrente, aquel yo desconocido permanece de pie cubierto de sangre porque acabo de matar al amor de mi vida. Hasta la rabia me ha abandonado, inundando de miedo su lugar. El pánico se apodera de mí, tiemblo como si el frío fuese un perro rabioso mordiéndome con saña. Me acuerdo de las pastillas, voy a morir aquí y ahora, y ella nunca vendrá, me quedaré para siempre con mi parte más oscura y oculta, alguien a quien no querría conocer, alguien en quien no querría convertirme. Mi otro yo debe verme la cara de pánico, y en un fogonazo de lucidez lo entiende todo.

—¡No! —grita enfurecido crispando los puños llenos de ira—, maldito mierda, ¡cobarde! Vuelve ahora mismo, ¡despierta!, ¡despierta!

El espejo estalla, ahora sí, en mil pedazos mientras se abalanza hacia mí. Me parece sentir las esquirlas clavándose muy dentro. Me coge y me zarandea, pero estoy mareado, no siento nada. Veo mi propia cara deformándose, borrosa, como a través de una catarata de agua, gritándome incoherencias y obscenidades; me golpea, pero estoy vacío. Todo me da igual. Si esto implica que más allá no hay nada, me doy por satisfecho.

Mi otro yo, ese ser oscuro, parece que se calma, pensativo, mientras deja de zarandear el cuerpo inánime que sostiene en brazos. Si todo sigue su curso, ambos desapareceremos para siempre, sin más. Aquel maldito asesino que soy busca alternativas y deduce que solo hay una manera de despertar a alguien en un sueño.

—¿Quién no se ha despertado en su cama cubierto de sudor, a punto de golpearse contra el suelo? No podemos morir ahora, justo cuando íbamos a empezar el juego, ahora no. Me tocaba a mí jugar a ser Dios.

Mientras el contorno empieza a blanquearse, traza la estrategia de su plan. Está en un sueño y piensa aprovecharse. Sabe cómo hacerlo. La inmensa habitación se convierte en un ático, me

coge con una facilidad casi insultante, igual que a un muñeco de trapo, y me tira por el borde. Siento el aire golpear todo mi cuerpo mientras caigo. Mis extremidades se zarandean al azar. Voy inerte a chocarme con el suelo, todo se decide en una última batalla…, y aun así no tengo ningún sentimiento especial. Cuando alguien va a morir en sueños, se despierta al instante o muere para siempre. El combate está a punto de empezar. En un rincón, el instinto de despertarse antes del golpe definitivo, y en el otro, el exceso de pastillas azules. El suelo se acerca más y más. Vivir o morir.

Justo cuando voy a impactar con el suelo, todo se para, quedo a un par de centímetros de estamparme en sueños contra él. Allí fuera mi cuerpo se tambalea, cayendo del sofá al suelo, pero la dosis debe ser alta. No despierto. Se acaba el tiempo.

A mi lado, de la nada, ya difuminándose, aparece mi otro yo, el asesino de Adriana, que, de un único salto, vuelve a llevarme a la azotea y me tira, ahora desde más altura. Dos, tres y hasta cuatro veces. En el mundo físico, mi cuerpo convulsiona, intentando despertar, golpeándose contra las patas de la mesa y revolcándose por todo el salón. El corazón ya parece dejar de luchar, sus latidos son susurros…

Mi yo asesino se cansa del juego, sabe que no le queda mucho tiempo. Se acerca a mi cuerpo, que descansa a centímetros del suelo, y me tira con fuerza del pelo hacia arriba, como hizo con ella. Saca el mismo cuchillo, aún manchado de sangre, y me lo acerca al cuello con desprecio.

Cuando hace el gesto de degollarme como a un cerdo, una inmensa arcada me despierta.

Se encuentra cubierto completamente de su propio vómito mezclado con un líquido viscoso verde, donde flotan, como restos del naufragio, decenas de cápsulas de plástico vacías.

6

No ha intentado dormir más en lo que quedaba de noche. Cuando se despertó, sucio, empapado y jadeando por el esfuerzo y la pesadilla, las ganas de volver a soñar habían desaparecido completamente. Al abrir los ojos, aturdido y angustiado, notaba unas manos invisibles que le presionaban el pecho, impidiéndole respirar; unas manos que le empujaban a un abismo de angustia, miedo y desesperación. Volvieron las arcadas, pero dentro no había más que bilis. Si pudiera centrarse en lo que sentía, dudaría, pero lo definiría como una sensación extraña, de abotargamiento completo. Un amasijo de todo tipo de sensaciones y retazos de pensamientos se le juntaban en la cabeza dejándole un sinsentido, una maraña de infinitos hilos imposible de deshacer. Mil amagos de sentimientos y sensaciones, pero ninguno en concreto.

Primero la estúpida idea de los somníferos, y después esa jodida pesadilla. Se frotó los ojos con rabia, tenía mucha sed.

—Algo dentro de mí la ha matado, y casi me mato yo.

Desde luego, un chamán de los sueños podría escribir todo un tratado con aquello. No tiene un recuerdo completo del sueño, tan solo pinceladas. Supone que las pastillas han hecho su trabajo y no ayudan a ver las cosas claras. Necesitaba eso, despejarse, luego tendría tiempo para analizarse y llamarse gilipollas. Al menos había valido para algo este absurdo intento de acabar con todo; por fin tenía la certeza absoluta de que había llegado la hora de espabilar y comenzar a vivir de nuevo. Dar un paso y empezar a salir de aquel rancio cascarón de autoindulgencia y soledad.

Lo primero que hizo fue limpiar el vómito lo mejor que pudo, tirando la ropa que llevaba puesta a la basura. El resto de pastillas azules se habían ido después por el retrete. Se metió en la ducha con agua muy caliente, y ahora sí se permitió abrir ligeramente la

espita de la olla a presión que tenía en su cabeza e intentar aclarar todos aquellos pensamientos. Era incapaz de saber por dónde empezar.

Había visto las orejas al lobo, se había tirado estúpidamente al hoyo oscuro y había estado a punto de morir. Se sintió absurdo y ridículo; eso fue lo primero que tuvo claro. Una sensación de ser el más estúpido del reino, y de tener una segunda oportunidad. No sabía si merecida o no, pero pensaba aprovecharla, o al menos no dejarla pasar como un espectador ajeno.

Para intentar no afrontar de golpe la estupidez que había estado a punto de cometer y dejar que esa sensación de vergüenza se diluyera con el agua y fuera arrastrada con ella por el sumidero, pensó en el sueño. ¿Qué podía significar todo aquello? Fue por partes, intentando concentrarse para acordarse bien de todo lo que su inconsciencia había dibujado en su cabeza minutos antes.

Había matado con sus propias manos a Adriana, eso fue lo que más le impactaba. Como mecanismo de defensa, su subconsciente lo había disfrazado con su imagen especular, pero él, como espectador, había visto cómo sin dudar había cortado el cuello a su novia, exnovia, o lo que fuera. Se supone que era el amor de su vida, aquello por lo que hace unas horas merecía la pena morir. Se asustó con aquella imagen. ¿Sería verdad que al haberla matado no podría volver a soñar con ella? Si es así, la ha perdido para siempre. Si fuera cierto, quizá no sea tan malo. Hasta aquí hemos llegado; el luto acabó, y escenificar su muerte, aunque espeluznante, podía resultar positivo. El primer paso del resto de su camino.

Enseguida lo vio con otra perspectiva. Había perdido a Adriana en la realidad, bien por sus actos o por sus omisiones, sin saber muy bien cómo, y había llevado aquella pérdida con dolor y llanto, y ahora era tan mierda que había una posibilidad de haberla perdido incluso en sueños.

Sin secarse del todo el resto de humedad de su cuerpo, fue a la nevera y se tomó dos Coca-Colas, la primera prácticamente de un trago. El chute de cafeína en su cerebro pateó sin escrúpulos a los restos de cansancio que pudiera quedar arrinconando a la

madeja de pensamientos. Se vistió y, con el día empezando a despertarse, tuvo claro que iba a salir desde ya a la calle. Tardará cerca de hora y cuarto en llegar al trabajo, pero irá andando, quiere alejarse y despejarse. Romper su rutina, al menos. Intentar pensar en no pensar.

Al recoger las llaves, ansioso por salir al aire fresco, volvió a reparar en el marco de plata y, sin saber por qué, pero con una gran sensación de angustia y ganas de llorar, volvió a acordarse de su madre.

Por el camino había utilizado el teléfono móvil para escribir un mensaje a Pato, escueto, sin alardes ni explicaciones de más. La verdadera amistad ayuda a no tener más protocolos que las palabras justas. Sin recibos ni explicaciones.

—Hoy nos vemos, pesado de los huevos.

Al cabo de unos pocos segundos recibió como respuesta unos emoticonos sonrientes dibujando la V de victoria con sus dedos amarillos.

No ha parado a comer, sigue estando en parte asustado y en parte preocupado. El día se le está haciendo largo, se le cierran los ojos y vuelve a abrirlos bruscamente. El cansancio ha estado esperando agazapado hasta que las defensas bajaran, y ahora atacaba con toda su fuerza, con la orden clara de no mirar atrás. Tiene sueño, pero, según ha ido avanzando el día, le ha ido creciendo un temor profundo a volver a dormir. Trabajando mecánicamente, introduciendo datos y datos en un ordenador que le miraba impasible, su cabeza se concentraba una y otra vez en darle vueltas a lo que había hablado en sueños, lo que había germinado de su interior. Una semilla podrida que debía tener una explicación y un fin.

«Todavía no —decía una y otra vez su yo oscuro—. El juego va a empezar. Ya tengo de ti lo que quería: jugar a ser Dios.»

Sabía que los sueños eran eso, sueños, y obviamente no era la primera vez que soñaba. En su niñez era muy recurrente aquel en el que volaba, y en su adolescencia volvía una y otra vez a los sitios donde se había sentido seguro en su infancia. Es cierto que desde hacía unos años no tenía un patrón claro de sueños, y no

eran más que escenas surrealistas o claramente oníricas, pero hasta ahora despobladas de personas reales, de nombres y apellidos. Era raro, pensó, no volver a los brazos de su madre, ni ponerle cara, o voz, en sueños a su padre, o al menos a una figura paterna.

¿Qué era exactamente lo que quería su yo oscuro? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Decidió dejarlo atrás, de momento, concentrarse en el aquí y ahora. Ya habría tiempo, esperaba, para analizar el comportamiento violento de su propio yo en sueños. Comenzó a bostezar, se relajó y apoyó la cabeza en el respaldo de una silla dura e incómoda. «Solo será un segundo…»

Una suave y oscura tela negra enorme le acaricia la piel, erizándosela. Sin saber cómo ha llegado hasta allí e incapaz de quitársela de encima, bracea nervioso, mientras su propia voz le susurra muy cerca, con el tono de quien canta una nana, con los labios pegados al otro lado de la tela:

—Datos personales, direcciones, vidas…

Abre los ojos violentamente y se encuentra, desorientado, en su cubículo de trabajo. Había caído dormido, desplomado por el cansancio y el malestar de aquella maldita pesadilla que había ido minándole las fuerzas poco a poco. Allí, en sueños, seguía el mismo ser despreciable vestido con su cuerpo. Sintió frío y, ahora sí, la necesidad de meterse más cafeína en el cuerpo. Despejarse, más para alejar el sueño que por necesidades físicas. Seguía temblando.

Se pone en pie frotándose la cara con ambas manos, los ojos cerrados, haciendo lo posible por desentumecerse un poco y coger fuerzas, pero algo no le cuadra. Desde esa perspectiva, su escritorio parece de nuevo diferente. Donde suele tener el teclado del ordenador hay un espacio vacío, y el teclado está en un lateral de la mesa, imposible usarlo a la vez que la pantalla. Mira a su alrededor desorientado, pero no parece que nadie haya entrado mientras ha caído vencido por el sueño traicionero. Tiene una ligera consciencia de haber hecho algo, de haber sido él, pero son

sensaciones para nada nítidas. Otra vez aquel presentimiento de ser una maldita marioneta. «Concéntrate —se dice—, piensa.» Tiene en la mente imágenes veladas, borrosas y separadas por intervalos vacíos. Incapaz de llenar los huecos, vuelve a sentarse en la silla, dejándose caer más desesperado y desorientado que angustiado.

—¿Qué me está pasando?

Cierra de nuevo los ojos, con fuerza, esforzándose por juntar todas esas imágenes que están desapareciendo a cada segundo. Céntrate, céntrate, céntrate. Se esfuerza hasta que, por fin, un fogonazo le estalla en la cabeza. Se recuerda inclinado, en ese hueco de la mesa que ahora estaba vacío. Tiene la sensación de haber escrito algo. Instantáneamente se mira las manos. La palma derecha aparece salpicada de restos de tinta azul. Busca un bolígrafo en la mesa y allí, en el suelo, junto a la papelera, lo encuentra. Pinta una breve raya en su mano, y la huella es exacta. No recuerda haberlo utilizado, pero todo indica que lo ha hecho inconscientemente. Cuando se descarta todo lo demás, lo que queda es la verdad. Según el dicho de Sherlock Holmes, aunque se lo negara una y mil veces, algo había estado escribiendo. Nervioso, con la respiración acelerada, revuelve todo lo que tiene a mano, e incluso vacía la papelera en el suelo. Lo examina todo, pero no encuentra nada.

—¿Qué he hecho?

Una idea le revienta en el cerebro, anegándolo todo en un estallido de luz, como una bengala en medio del mar, señalándole el camino. Se incorpora del suelo y busca sobre su mesa la bandeja de salida del correo postal. Vacía. De lo único que estaba seguro hoy era de que, según se sentó en su puesto de trabajo, por la mañana, había terminado dos documentos pendientes y los había abandonado allí, olvidándose de ellos hasta ahora.

Paco. Paco. Sale corriendo buscando al intendente que se encarga del correo y chapuzas varias. Lo encuentra apoyado en la máquina del café, mirando la nada, esperando quien le pague uno.

—¿Ya está usted mejor?, que menudos humos antes, perdone que le diga. Al final su correo ha entrado en el reparto de hoy, y no será porque se lo haya merecido. Uno con leche, y tan amigos.

¿Estamos?

7

Por la televisión no sale nada que le interese mínimamente, pero al menos la tiene encendida, lo que, con la que está cayendo, considera que es todo un progreso. No es que se haya planteado ni por un segundo prestar atención a las imágenes que salen en aquella pantalla multicolor, es simplemente que hoy ha hecho el esfuerzo de decirse a sí mismo que algún día lo hará.

Al otro lado de su ventana, allí fuera, está oscuro y hace frío. Aquí dentro no hace frío, pero también está oscuro.

—Dos documentos y unas pocas cartas, no sabría decirle. —Aquella había sido la respuesta de Paco mientras agitaba su presa, un café gratis doble de azúcar.

Ahora, más calmado, en la soledad de su casa y al amparo del silencio, intenta razonar un poco y poner en orden todo lo que le ha pasado en las últimas horas. Y bien que tiene cosas para ordenar: el extraño sueño/pesadilla donde se había manchado las manos con la sangre de Adriana, la extraña sensación de hacer las cosas automáticamente, el asunto de las cartas escritas sin tener muy claro el qué ni a quién…, aquella advertencia de su yo oscuro en sueños avisándole de que el juego estaba a punto de empezar. No sabía si había un hilo muy fino que unía todo aquello o simplemente su vida se derrumbaba en mil y un sinsentidos; si todo era una absurda mezcla de piezas de diferentes puzles o su subconsciente le estaba gritando algo. Se sentía de nuevo perdido cuando le sonó el móvil.

—Pato. Soy incapaz, lo siento. Te quiero como a un hermano, pero ahora no me puedes ayudar. Necesito tiempo para salir de esto —susurró a un teléfono móvil que, ajeno completamente al soliloquio, continuaba zumbando.

«Tiempo y ayuda —pensó por primera vez—, pero de alguien

que sepa qué es lo que me está pasando —se desespera— y pueda guiarme en todo este laberinto. Alguien que parta de cero, alguien a quien no pueda hacer daño.»

Una de sus conclusiones de hoy ha sido llegar a poder razonar que el primer paso para salir del agujero donde está es reconocer que algo le ocurre. Necesitaba ayuda profesional. Mañana buscaría un psicólogo que le ayudara a salir de este bucle de sueños destructivos y dejar de sentirse una marioneta de sí mismo. Mañana…, siempre un mañana que nunca llega. Como el que asegura que mañana deja de beber… Engañarse sin dejar de creer firmemente que hoy sí, hasta que mañana vuelva a hacerse la promesa. La pescadilla que da vueltas infinitas sobre sí misma, sin nunca, jamás, llegar a morderse la cola. Una parte de él espera ver todo esto de otra manera a la mañana siguiente, bajo la protección del sol, cuando los fantasmas duerman muy lejos de allí, y lo minimizará adecuadamente.

Piensa de nuevo en Pato. Hoy le había prometido que se verían, que saldría de esa cueva, que iría a chequear y comprobar cómo su amigo del alma fracasaba estrepitosamente en sus ansias de animarle. Otra promesa rota, el último barco fantasma que zarpa de su triste embarcadero.

Después de tomarse sin ninguna gana el café con Paco, intentando que le contase lo que él mismo había hecho unos minutos atrás, había vuelto a su mesa y, tras respirar hondo tres, cuatro, cinco veces, se concentró en fijarse bien en todo su puesto de trabajo. Cuando era niño le encantaba aquel pasatiempo en que había dos fotos que parecían idénticas, una al lado de otra, y había que buscar cinco diferencias mínimas entre ambas. Un pájaro menos allí, un cuadro de más allá…, y a eso se dedicaba en ese momento. Una de las imágenes que debía comparar era lo que sus ojos veían, y la otra era lo que tenía archivado en su cerebro, aquello que había estado allí prácticamente perenne durante los últimos años. Algo no encajaba. Revisó también todo lo que había estado haciendo allí, el tiempo que permaneció en aquel cubículo durante las últimas cuarenta y ocho horas. En ese período aproximado de estancia de cerca de veinte horas había rellenado

un total de qué más da qué número de fichas, y a ellas se dedicó también, estudiándolas punto por punto, intentando sacar un patrón, un nombre que le sonase, algo en particular que les uniera, un hilo del que empezar a tirar no sabía qué hacía no sabía dónde. Pero no era capaz de encontrar nada. Según lo que podía intuir, al intentar formar este puzle incompleto de piezas que no encajaban de ninguna manera entre ellas, a un número indeterminado de esas personas les había escrito con su puño y letra una carta personalizada. Todo aquello era absurdo y no se sostenía bajo ningún punto de vista. No había ni amago de sentido ni de un porqué. Una mala pesadilla, retazos de sueños mal dormidos y unas manos sucias de tinta. Sonriendo, murmuró: «Creo, señor juez, que no tenemos caso». Se pinzó el puente de la nariz con la mano izquierda mientras cerraba unos ojos cansados e irritados. El deseo de dormir le alcanzó como un tsunami rabioso, pero un reparo irracional le hizo abrir los párpados y mirar el reloj. Suspiró de nuevo. El día seguía reptando lentamente camino de su cueva para dejar paso a la oscuridad.

Ya de noche, lejos del cubículo de su trabajo, permanece encerrado en la cárcel de puertas abiertas en que se ha convertido su casa. Centrado en esos recuerdos del día que agonizaba, sobre los que parece que va arrojando una tenue luz, y con la certeza de necesitar (y ponerse a ello) ayuda profesional, había ido relajando el cuerpo, acomodándose al sofá. Acunado por el volumen bajo de la tele, cerró los ojos y, esta vez sin darse cuenta ni esforzarse, se quedó primero tranquilo y luego completamente dormido.

Se sorprende al verse debajo de la seda negra. Entre sueños comprende que se ha quedado dormido. Había soñado con los ojos abiertos con simplemente dormir, descansar sin más. Pero parece que no va a ser posible. «Al menos si estuviera ella», se dice…

Otra vez la playa. Esta vez hay mucha gente, pero vacía de matices, indefinida; los rostros aparecen borrosos o pixelados. Nadie a quien identificar.

—Adriana, Adriana —susurra impaciente.

—Ya te lo expliqué. —Aparece su yo oscuro a su lado, en bañador y con gafas de sol—. Aquí, en tus sueños, ya nunca más podrás verla. La matamos, o, si quieres, la mataste usándome, o la maté yo, como te sea más fácil. Jamás pasará por aquí. Intenta pensar en ella, sentirla, recordarla. No podrás. En breve no recordarás ni su nombre. Otros sueños y otras pesadillas poblarán tu mente, pero ese…, ese dijo adiós. Su fantasma y su recuerdo solo serán una losa, engrandecidos por el deseo, allí fuera.

Pasean tranquilamente a orillas de un mar quieto y extrañamente silencioso, como si alguien hubiera dado al *mute* en el control remoto de las olas. Caminan uno al lado del otro. En silencio. Aparentemente indiferentes.

Adrián intenta esforzarse pensando en ella. Es cierto, apenas puede enfocar su rostro, acordarse de ella, escuchar su voz… Siente cómo se le va escapando, dejándole vaporosas pinceladas que van difuminándose en silencio a cada paso, como un sueño al despertar. Empieza a tener claro que no volverá a encontrarla allí. Un sueño que se evapora dentro de otro sueño…, un extraño juego de muñecas rusas que llevan a una profunda nada.

Ajenos a las personas sin rostro que deambulan por la playa, ambos continúan andando por la orilla sin destino ni propósito. Adrián va mirando al suelo y, poco a poco, su atención se va centrando únicamente en cómo sus pies desnudos se hunden en la fina arena a cada paso. La calma le va invadiendo mientras de ella, aquí, no queda nada. Hace tiempo que no se encuentra tan en paz consigo mismo ni con el resto del mundo. El silencio se ha hecho fuerte. Su otro yo va todavía más tranquilo, relajado, hasta que al fin, con gesto cansado, sin mirarle siquiera, aquel ser oscuro por fin habla. Y todo vuelve a estallar en pedazos.

—Ya sabes que por fin ha llegado la hora del cuento.

—Sé que algo estam…, estás haciendo ahí fuera. Pero no llego a…, no sé qué me está pasando. Tú no existes, eres un sueño… No puedes influir en mí. No puedes manejarme como si fuera una marioneta de mí mismo… Y sin embargo aquí estás cada vez que duermo, y te siento más real que la gente que pasa por mi vida allí fuera…

—¿No existo? —Se ríe sarcásticamente—. Técnicamente, aquí el que no existe eres tú. Y fíjate, estamos juntos en la playa, dando un paseo, como si fuéramos uno solo. —Vuelve a reírse amargamente—. Tú no existes sin mí, yo no existo sin ti. El otro día intentaste acabar con ambos, y no puedo permitírtelo. Necesito saber que no va a volver a ocurrir. No todavía. Quizá llegue el día en que ambos hagamos un brindis al sol juntos, o nos demos de hostias esperando que llegue la luz blanca, o negra, o lo que sea que venga a por nosotros para llevarnos definitivamente, pero antes tenemos algo que hacer. Tenemos trabajo, una misión pendiente. No podemos ser meros espectadores de lo que ocurre en la calle. Nuestros padres nos trajeron con un fin, con una ilusión, no podemos permitirnos ser sin más. Tenemos que jugar y participar. Perder o ganar, pero luchar. Mientras estemos juntos, y lo estamos, quieras o no, una parte de ti va a mandar a tomar por culo a eso que llaman humanidad; intentará equilibrar la balanza. ¿Cuántas veces has sentido en tu interior ganas de explotar? Con aquel que se salta el semáforo y te enseña el dedo mientras sonríe atrincherado en su coche, con el que escupe y tira la colilla al suelo mientras te mira a la cara, retándote. Con el que te insulta, empuja o amenaza aprovechándose de una posición social que tiene únicamente por salir del coño del que salió. Con el que juega a ser Dios destrozando vidas detrás de un disfraz que colgará en una percha para irse a casa con su familia habiendo dejado atrás, olvidadas, vidas hechas añicos. Jugaremos, se reirán, pero será más contigo que de ti. Y de esa risa nacerán lágrimas de dolor. Lágrimas que darán de beber al sediento de justicia. De esas lágrimas llenaremos las copas con las que brindaremos por equilibrar la balanza de la justicia. No puedes contar con el arrepentimiento de esos cobardes, nunca lo hay, todo lo contrario, siempre dan un paso más, envalentonados porque nadie les pone en su sitio. Solo tendremos en cuenta la justicia que nuestra ira impondrá, y no habrá ojo por ojo, habrá llanto y destrucción por ojo; a partir de ahora la apuesta ha subido. Y no me hagas perder el tiempo, no seas ingenuo; claro que puedo influir en ti, soy tú, aunque no quieras o no te atrevas a verlo. Tómatelo como una

especie de justiciero interno, si te sientes mejor, un Tyler Durden particular. Que no me parezca a Brad Pitt no es cosa mía, por cierto; pura genética. De eso ya hablaremos. ¿Conoces el cuento de la madre de Caperucita y los tres cerditos? Pues ya ha empezado el «había una vez…». Únicamente toca esperar sentados a escuchar cómo continúa el cuento. Y esta vez el lobo ganará. Ganaremos. La madre de Caperucita suplicará el perdón, y nosotros brindaremos con lo que nos plazca cuando este no le llegue.

Adrián no entendía nada, no sabía qué representaba aquel discurso incoherente y violento. Populismo absurdo lleno de ira, conclusiones baratas de película de serie Z. Pero aun así era capaz de reconocer que lo único real, lo único cierto que sentía desde hacía mucho tiempo, era esa maldita playa, esa agua templada que le lamía los pies mientras caminaba al lado de su sombra. Una sombra material y física capaz de proyectar todo lo que tenía dentro y no sabía. Y aunque debería sentir miedo, y lo sabía, había cierta sensación de satisfacción en el fondo de su alma, lo que le hacía sentir un miedo diferente al que sentía que debería tener. No tenía claro quién montaba aquel caballo desbocado que, sin riendas, corría colina abajo, pero no le importaba ver, de momento, adónde le llevaba. «Ya despertarás —se dijo— y pondremos coherencia. Mientras tanto, calla y relájate.»

—Pregúntamelo, es la hora. —El Adrián que habita en las pesadillas cambió el tono didáctico del discurso anterior por un tono más seco y afilado. Duro. Preparándose para una pelea que, al parecer, estaba a punto de llegar. Si fuera un perro, sus colmillos asomarían amenazantes, tensos, preparados para la lucha sin cuartel. Matar o morir.

El paisaje había cambiado. Sin saber en qué momento exacto, la playa había desaparecido, o al menos el mar, y la gente sin rostro se había desintegrado convirtiéndose primero en piedra, después en arena. Aquello era un desierto. Estaban solos. El tacto del suelo ya no era fino y agradable, era tosco, lleno de guijarros. Ahora sus pies se quemaban con un fuego tan intenso que le llegaba hasta la garganta, ahogándole ligeramente, haciéndole difícil el mero hecho de respirar.

Adrián notó un nudo en el estómago y empezaron a fallarle las piernas. No quería entender de qué hablaba aquella maldita sombra, a qué se refería, pero no estaba a salvo de sí mismo, ni tampoco podría esconderse.

No dejaba de ser él, así que empezó a entenderlo muy rápido. En un segundo pasaron por su mente dormida toda una mezcla mal unida de pensamientos: cuando matas a alguien en tus sueños no aparece, y sabía perfectamente quién no había aparecido nunca en sus sueños, por mucho que la buscase mientras sentía que se ahogaba. Por mucho que la echase de menos solo se abrazaba a su fantasma allí fuera, despierto, buscando un consuelo que nunca encontró aquí, con los ojos cerrados. Un refugio que nunca le llegaba cuando la fría noche le tapaba con un manto de soledad.

—Mamá… —murmuró. Intentó concentrarse lleno de angustia, pero era incapaz de ponerle rostro, presencia, recuerdos —. Mamá… —Aquellas dos sílabas perdían su sentido cuanto más las repetía, notaba cómo se le escapaban, se hacían humo, exactamente igual que ella se había escapado hacía un rato.

—Bingo. —El Adrián oscuro parecía estar disfrutando de su propia angustia—. Tú estabas allí. Piensa qué pasó. Por qué se fue. Olvida lo que te crees que pasó y piensa realmente en lo que ocurrió. Arráncate el velo de los ojos y mira sin miedo, sin engañarte. Solo así podremos seguir adelante, podrás entender quién eres, y la misión que tenemos.

Adrián se echó de rodillas al suelo, indefenso, mientras sus manos intentaban taponar las lágrimas que le surcaban el rostro. Se concentró mientras el corazón se le partía en el pecho. Aquello era cierto, era algo que, a fuerza de no pensarlo, había llegado a considerar verdad. Él estaba allí cuando las máquinas que avisaban de su estado empezaron a sonar. Era madrugada y estaba dormido en el incómodo sofá-cama de al lado. Al despertar, sobresaltado y alarmado por el ruido de las máquinas, tomó conciencia de lo que ocurría cuando cayó encima de su madre. Había tropezado con algo, y allí se quedó, abrazado a ella mientras se iba para siempre sin decir adiós, con los ojos muy abiertos, llenos de estupor e incredulidad.

—Tan solo pude separarme, llorando desconsolado, cuando un médico o una enfermera me sacaron de allí con un violento empujón mientras intentaban reanimarla en vano —dijo más para sí mismo que para su interlocutor.

—Buen principio. Pero es un relato muy vago, poco preciso. Cuentos para niños. —Estaban cara a cara, de rodillas, en un paisaje indefinido e irrelevante. Uno hundido y jadeando, el otro triunfante y eufórico—. Busca los detalles. Concéntrate. Dormías, dices, y tropezaste con algo. Piensa, desbloquéate. Empieza a conocerte de una vez. Vuelve allí, piensa… con qué tropezaste.

Dolor, angustia, miedo. Comenzó a tiritar y toda la piel de su cuerpo amenazó con erizarse.

A pesar de su lucha interna se concentró, fuerte, apretando los párpados con rabia. En su sueño vuelve a verse dentro de aquella habitación, el olor característico a antiséptico y comida mal cocinada… Se ve tropezando una vez más rodeado de pitidos y alarmas. Todo es tremendamente real. Cuando tropieza, en vez de dejarse caer en la cama, como si alguien hubiera activado la opción cámara lenta, tiene tiempo de mirar al suelo. Solo ve manchas borrosas, como si la censura de su cabeza hubiera emborronado ciertas partes de aquella película. Los contornos se van aclarando, y Adrián, dentro del sueño de su propio sueño, se agacha preso de la necesidad de conocer la verdad. Deja su cuerpo allí colgado dirigiéndose hacia su madre agonizante, y aquello incorpóreo que es ahora llega a la altura del suelo. Lo que esta vez sí ve con claridad y coge con sus manos es una almohada, la almohada con el nombre del hospital en los bordes. Aquella almohada era con la que dormía mamá. ¿Qué hacía tirada en el suelo, justo al lado de su cama y en mi camino hasta ella? Una estúpida insuficiencia respiratoria… Una almohada tirada en el suelo, a su alcance, la misma que arrebató el último aliento a su madre… Una madre que ya no puede ver en sueños por mucho que lo intente. Sobre la camilla descansa únicamente un borrón, una mancha, un recuerdo vago e impreciso. El aire le salió de los pulmones con la misma brusquedad con la que hubiera salido si hubiera recibido un puñetazo en la boca misma del estómago. Otra

arcada. Ve su cuerpo retroceder en el tiempo mientras llora desconsolado en el suelo, con gritos desgarradores llamando a su madre, exigiendo que vuelva a respirar. Después de tropezar se ve tumbado en el sofá, pero solo un momento. Al instante vuelve a ponerse en pie, la película sigue rebobinándose… Ya de pie, la almohada salta del suelo a sus manos y con ella apretada en ambas manos camina marcha atrás alejándose de la camilla, y de aquel bulto indefinido e inerte… Grita, llora, patalea, muere en mil pedazos.

Ya fuera del hospital, de nuevo en aquel maldito desierto, salta violentamente sobre su yo oscuro con toda la escasa rabia que el dolor y la pena le dejan.

—Hijo de puta, yo dormía, tú la mataste, mataste a mamá.

Se abalanza sobre él, cubierto de lágrimas, pero nadie puede matarse a golpes contra sí mismo, ni siquiera en sueños. Así que cuando ambos se enzarzan a puñetazos y patadas se despierta angustiado.

Adrián llora desconsolado. No puede ser, se repite. No es verdad. Pero aquella imagen en el hospital la tiene ahora tan viva en su mente que empieza a sospechar de lo que sabe o lo que cree, separado ahora por una línea muy fina. Había una opción bastante seria de haber ahogado a su propia madre hasta matarla. Intenta quitarse esa idea de su interior, se golpea la cabeza con los puños una y otra vez hasta que el torrente de lágrimas acaba vaciándole de fuerzas completamente. Aquel hijo de puta había matado a su madre, él había matado a su madre. Era él el asesino, era él aquel ser oscuro, era él mismo quien estaba jugando consigo.

Gritó de angustia y de dolor. Un grito gutural lleno de rabia y odio hacia sí mismo. Hacia la vida. Tiene ganas de reventarse los puños golpeando la pared.

Ya nunca nada será igual, nada podrá volver a ser como antes. No volverá a descansar ni a estar tranquilo. No habrá paz, no habrá perdón para sí mismo, no habrá más días tranquilos…, no habrá más domingos.

8

Aquella horrible pesadilla mutada en posible revelación dolorosa no había durado más de veinte minutos. Ese breve intervalo de tiempo se le había hecho eterno mientras los sufría, y fue lo único que pudo dormir en toda la noche. Una amalgama de sentimientos y sensaciones le golpeaban el pecho, como una jauría de perros rabiosos ansiosos por salir de aquella cárcel de huesos y piel. Sentimientos deseosos de estallar con rabia, de expandirse, de golpearse contra la pared y el mundo.

Lo último que pensaba hacer ahora era dormir. No mientras él esté allí, esperándome, sacando su lado perverso y sociópata. Tiene la extraña certeza de que nunca más podrá volver a dormir. Lo piensa con calma, lo analiza como una revelación a la cual tiene que hacer frente sí o sí; una pérdida más en su naufragio. A partir de aquí y ahora, se ve condenado a breves períodos de descanso, llenos de turbulencias y pesadillas horrorosas, ojeras que inundan su cara, malestar y dolor interno. Angustia.

No acababa de creer aquello que había hecho con su madre; insistía en llevarlo al terreno de lo onírico. Solo era un sueño, se repetía una y otra vez. Solo era un sueño. Pero era inevitable que le gobernara un enorme sentimiento de culpa. No podía ser cierto, no tenía pies ni cabeza. Física y anímicamente estaba roto, los nudillos marcados por los golpes incontrolados a la pared, los ojos rojos, la garganta seca y en carne viva…

Tenía la foto de la entrada en sus manos. Mamá…, desde el papel le buscaba directamente los ojos, pero Adrián era incapaz de mirar a su madre. Nunca más podría sentir su refugio ni su calma. Ya no tendrá donde esconderse de sí mismo.

—¿Qué me está pasando? —Buscó en Google un servicio de psicología urgente; aquel que le diera la cita más próxima posible.

Se habría cruzado ahora mismo Madrid entero, de punta a punta, si alguien le recibiera y le dijera: «Tranquilo, es una mala racha, sin más. Cuéntame y todo se irá diluyendo como el mal sueño que es». Recapacitando, descartó la existencia de un remedio milagroso. Tampoco quería tirarse de cabeza a explicar que había matado a su madre y a saber qué más. Necesitaba lo único que sabía que no podía hacer: descansar y aclararse las ideas.

Desde el fango donde estaba hundido solo fue capaz de llegar a conclusiones banales y precipitadas. Lo primero, el firme propósito de ser, a partir de ahora, quien mandara en todo esto. Iba a cerrar filas, reclutar a su ejército vencido y declarar la guerra sin cuartel a su lado oscuro. No iba a dejar que le siguiera dominando, que fuera plantando en su interior más ideas, sensaciones y sentimientos oscuros; no iba a derrotarse, no conseguiría lograr su objetivo de odiarse a sí mismo, ni darle una excusa para liarse a tiros con el resto de la humanidad por un sentimiento de inferioridad que estaba seguro de no haber sentido nunca. Él no podía ser aquello, no quería ser aquello. Todo esto tiene que tener un sentido, una lógica que ahora mismo es incapaz siquiera de ver asomar.

—Me estoy volviendo loco —pensó—. Es la única razón viable. El juicio se me ha escapado, y solo quedan fantasmas y sueños que parecen reales, que duelen como si fueran reales.

Pero la semilla de que aquello no era todo crecía sin parar en su interior. No había perdido la cabeza, eso sería demasiado fácil. Había algo más. Algo a lo que estaba destinado a enfrentarse y sufrir sus consecuencias; un iceberg tan grande y pesado que haría hundirse al Titanic, amarrado al puerto de Southampton, meses antes de la tragedia. Un dato objetivo e indudable era que tenía algo más que la sospecha (ya ni la palabra «seguro» significaba lo que debía) de que había mandado unas cartas que no recordaba, cuyo contenido ni intuía y de las que desconocía hasta el destinatario. Primero debía ocuparse de esto, de lo que parecía tangible y mínimamente con sentido en este mundo real. Lo de su madre y el asesinato en sueños de Adriana con sus propias manos le perturbaba tanto que decidió pasar de momento de largo.

—Ya volveré a plantearme todo este galimatías que tengo en la cabeza y afecta a mis seres queridos. —Muy a su pesar, volverá antes de lo que Adrián hubiera querido, y con consecuencias que amenazan noches oscuras llenas de remordimientos e insomnio.

Intentó centrarse en sacar todo lo posible de lo que aquel psicópata le había estado tirando. Suponiendo que realmente aquel otro yo era capaz de manejar los hilos, de ser capaz de llegar a su madre, de tomar las riendas en momentos de frustración o de debilidad, tenía que haber un porqué, un objetivo. Cuando se ponía así, con ese discurso ridículo, era demasiado arrogante como para controlar el alcance de lo que soltaba por su boca; algo debía de haber en ese vómito de palabras que le sirviera para ponerse en marcha. Se desesperaba, pues a pesar de tener clara la idea de lo que había escuchado de sí mismo, las palabras exactas jugaban con él, insinuándose, pero nunca apareciendo del todo… ¿Qué era aquello que había removido su interior? Con las manos apretando sus ojos cerrados intentaba fijarlo en su cerebro… El cuento de la madre de Caperucita y los tres cerditos. Eso era. Aquello le había llamado poderosamente la atención en su momento, tanto que no se había diluido en la nada como la mayor parte de los detalles del sueño. Hasta ahora todo lo que aquel maldito cabrón había dicho o insinuado era con un fin. Todo había tenido su objetivo, meterle aún más en las sombras, hacerle daño, hacerle reaccionar. Justificar el dolor y el llanto, en definitiva. Arrancarle los ropajes de ética y buenas costumbres que había ido moldeando desde niño con ayuda de su madre. ¿Será por eso por lo que no sueño contigo, mamá? ¿Realmente te maté dormido? ¿Realmente lo último que viste en este mundo fue a tu propio hijo, por quien diste la vida, ahogarte con sus propias manos, escudado en una mísera almohada? Basta. Basta. Basta. Se obliga a seguir en otra dirección.

«La madre de Caperucita. Céntrate», piensa. En un breve momento de lo que sospechaba como lucidez vio que ese era el hilo del que empezar a tirar. Vuelve a cuando era un niño, y con ello vuelve de nuevo a su madre. Mamá. Un calor interno le pinta la cara del color púrpura de la vergüenza. Todo empezó a cobrar sentido en su cabeza, la cual trabajaba a toda máquina para no

descentrarse, para no irse a otro lado. Estaba casi seguro de que ahí tenía algo. No era momento de escoger caminos y descartar opciones buscando un rayo de luz que nunca llega; era el momento de agarrarse a ese ligero chispazo e ir defendiendo su posición a cada paso con toda la artillería, no dejarse llevar…, dedicar todas las neuronas a fijarse como una lapa a ese pensamiento. «No te despistes», se ruega. Desde que aquel ser que viste su cuerpo de mala manera apareció, ha atacado todos sus pilares, toda su fe en esta vida. Tiembla pensando en que, aunque agonizante, solo queda uno de aquellos pilares que fueron básicos en lo que ahora parece tres vidas atrás. Ese mismo pilar que, a pesar de haber asesinado sin un ápice de esfuerzo o remordimiento en sus densas pesadillas, sigue su vida ajena a todo esto que le está pasando, o al menos sin actualizaciones de los últimos acontecimientos.

—Si me conozco, y creo que sí, la he metido en lo que sea que estoy haciendo más de lo que quiero reconocer, y sospecho que de una manera altamente peligrosa.

Otra vez se despista, deja escaparse entre los dedos lo que creía firmemente sujeto, como un hámster nervioso y hambriento.

«La madre de Caperucita», céntrate. En las mágicas noches de su tierna infancia, esas que existen ahora simplemente en el tenue duermevela del recuerdo y la imaginación, su madre y él tenían su momento sagrado, aquel al que nunca renunciaban. Lo siente más que se acuerda. No había nada que él hiciera que justificara un castigo tan cruel como que no hubiera cuento nocturno. Así, ya entre sábanas y con los ojos cerrados, pendiente de cada palabra, visualizando cada frase, sembraba y alimentaba su todavía fértil e inocente imaginación. Nunca tuvo su madre una cita tan importante que diera sentido a poder perderse aquel momento íntimo. Cuando el pequeño Adrián se metía en la cama, ella permanecía a su lado y le contaba un cuento. Nunca era el mismo ni se ceñía exactamente al clásico de Disney. Su también inocente e ingenua manera de proteger al pequeño Adrián de la cara oscura de la vida era eliminando brujas malvadas, lobos que atacaban a cerditos, manzanas envenenadas. Eran tan dóciles aquellas versiones de sus cuentos que al final, según el pequeño Adrián iba

creciendo y haciendo preguntas, tuvo que buscarse alguien que hiciera el papel de malo entre tantos enanitos bondadosos y príncipes valientes. La madre de Caperucita se llevó el premio. Lo que realmente hacía maravilloso aquel momento para ambos era el diálogo después del cuento, cuando se enzarzaban en una disputa dialéctica sobre cómo era posible que los enanitos acabaran jugando con Pinocho a las cartas mientras el lobo les hacía la cena. ¿Y qué era aquello de comer perdices?

—Mamá —dijo una noche el joven Adrián—, la mamá de Caperucita es mala. Aun sabiendo que está el lobo pesado suelto, dice a su hija que vaya a dar comida a la abuelita. ¿Por qué no va ella o al menos la acompaña?

Aquello acabó degenerando con los años hasta la «hija de perra de la madre de Caperucita», expresión que ambos usaban para referirse a alguien retorcido y malvado, a alguien que movía los hilos. A alguien que sobraba en aquel tipo de cuentos.

En este contexto, creía saber a quién se refería. Sospechaba quién era la madre de Caperucita para su lado oscuro. Y las últimas noches empezaba a ver esbozos de lo que podía llegar a hacer inconscientemente.

—Tengo que proteger a Adriana. Tengo que proteger a Adriana de mí mismo.

9

Ha llamado al trabajo para decir que hoy no podrá ir, que está enfermo, y maldita sea si no es cierto. La angustia y el miedo le están comiendo por dentro. No ha vuelto a dormir, y el cansancio y el llanto le dibujan unas ojeras y una apariencia tan horrible como evidente. No se atreve a buscarse en el espejo, por miedo a lo que pudiera ver. El aspecto físico es lamentable, pero el psicológico no anda ni mucho menos mejor. «Destrozado» es la palabra, en todos los sentidos, por dentro y por fuera.

Después de creer haber descifrado parte de lo que en sueños había pasado en su cabeza, tenía claro que iba a romper su juramento. Tenía que hacerlo. A pesar de todo lo que se callaron, de todo el dolor final…, a pesar de prometerse a sí mismo no volver a acercarse hasta que ella diera el primer paso. Todo ha cambiado y tiene que ir a verla y comprobar que está bien, hablar como antes, y entre líneas avisarla de que tenga cuidado, que ahora sí tiene sentido separarse. Quizá decirle que hay otra, que ahora es feliz, aunque la mentira le rasgue el pecho como si un cuchillo oxidado jugara a atravesarle lentamente. «No todos los héroes llevan capa», recuerda.

Sin ducharse ni afeitarse, tan solo con un rápido lavado de cara y con otra Coca-Cola del tirón para entretener al sueño y espabilar un poco su mente abotargada, sale a la calle.

El cansancio le hace verse como dentro de aquellos horribles sueños, un pie delante del otro y viceversa, comiéndose las calles y las riadas de gente que pasan con un murmullo de voces y conversaciones vacías; cláxones de coches, humos y la tristeza de locales y casas abandonadas, avergonzadas de no ser capaces de resguardar a nadie de este caos que es la ciudad.

De camino hacia Adriana, un nerviosismo irracional le come

por dentro, ansioso y temeroso a la vez por volver a verla. Sin tener muy claro el discurso, por muchas vueltas que le iba dando de camino, sin saber cómo, llegó a casa de los padres de Adriana. Allí es donde ella volvió después de que se marchara de su lado. Está nervioso, pero verla seguro que le hará bien. Solo un abrazo, con eso tendrá fuerzas para todo. Hablarán, y aunque no quiere pensar en una reconciliación mágica, sí que abrirá las cortinas para que entre un poco de luz en estos días oscuros. Por un momento olvida que el sentido final es protegerla de él. Por un momento se ve de nuevo en sus brazos, y el dolor y el cansancio se diluyen sin protestar ni presentar batalla. Se retiran en silencio, corteses ante esa oleada de esperanza y deseo. Pero no, se obliga a pensar que está ahí para otra cosa, para avisarla de que puede estar en peligro, aunque permanezca ajena a qué. Pero esa esperanza de volver al ayer no se retira del todo, se queda tímidamente asomando por el resquicio de la puerta, por si acaso le llaman a escena.

Piensa la manera de ahorrarse el subir a su casa; eso sí puede ser más violento y hacerle perder la ventaja de la neutralidad y la sorpresa. Tampoco se engaña esta vez, no es solo por eso. Si además de volver a verla puede saltarse ver a sus padres o al futuro delincuente de su hermano, eso que se lleva.

Tiene suerte y, animándose, piensa que los astros por fin se han alineado para ponerse de su parte. Ella está en la acera de enfrente, paseando a Wally, el horrible e inútil perro salchicha de su familia. La euforia le domina, todo está saliendo perfecto, casi se ve levantando los puños y celebrándolo. «Cálmate», se dice con poca fe. La ve mustia y triste, con gafas de sol a pesar de que el sol se esconde entre unas nubes negras y sucias, poderosas. Está claro que Adriana también lo está pasando mal, la ruptura está siendo difícil para ambos. Lo ve como una buena señal, y lo que se parece a un subidón de euforia empapada en adrenalina es tan brutal que empieza a escapársele por la espina dorsal. Les vendrá bien hablar. Ya no tiene ninguna duda.

Toma aire y se decide por no pensar. Sin darle muchas vueltas a la cabeza llega a la conclusión de que cuanto más dude, más nervioso se pondrá y perdería cualquier vestigio de naturalidad,

que era lo que en ese momento parecía más oportuno. «Improvisa —se dice—, déjate llevar. Con ella te funcionó siempre, nunca necesitaste un guion», aunque algo dentro de él le susurra que así acabó todo, sin guion y sin esperárselo. «Vamos», se anima como un boxeador antes del último asalto; con mantenerse en pie al final del combate habrá ganado, no importa lo que digan los demás.

Comienza a cruzar la calle mientras, alzando la mano de manera amistosa, grita su nombre, ¡Adriana!, con el tono de aquel que una vez la llamaba a diario. Pero algo no va bien, se queda clavado en el acto en mitad de la carretera, ajeno al posible tráfico. La respuesta de Adriana no ha sido la esperada. Al volverse ante el grito de su nombre, ha soltado la correa de Wally y permanece quieta, temblando como un chiquillo desvelado de madrugada. Todo su cuerpo exhala un pánico atroz, y en ese momento comienza a crecer en él la horrible certeza de que otra vez su habitante oscuro había ocultado la verdad; no todo era como creía, aquí y ahora el mazazo en su alma es atronador. Ya no sospecha, ya sabe que a quien ella tanto teme es a él. A lo que no era él, en realidad. A aquel él que odiaba con todas las escasas fuerzas que le quedaban. A aquel ser oscuro que habita, ya plenamente seguro, en su interior, dispuesto a aniquilar su propia vida.

Se le sale el corazón por la boca, empezando a sospechar qué es lo que pasó entre ellos, qué es lo que hizo que se fuera. Él había sido la causa. Ese ser oscuro que habita dentro de él la había, la había…, no quería ni pensarlo, pero ahora entendía muchas cosas que fueron apareciendo por su mente; ese cambio de actitud, esa huida sin mirar atrás… Ese ser repugnante que habita en sus sueños la había echado de su lado, el mismo que había matado a su madre… Todo a su alrededor ha desaparecido de su campo de visión, no existe más que ese dolor, lo demás no importa. Que el mundo reviente en mil pedazos como él acaba de hacerlo por dentro.

Adriana permanece quieta, incapaz de moverse o de hablar, mientras Wally, ajeno a todo, da vueltas y vueltas entre sus piernas, liando la correa. Adriana sigue temblando, no puede reaccionar… Adrián no se atreve a acercarse. Aunque quizá no se

aprecia desde fuera, él también está temblando. Y es que, en este caso, la verdad no le ha hecho libre, la verdad le ha destrozado y pisoteado el alma. Hacer daño a Adriana sería lo último que haría. Cómo explicarle que se arrancaría el corazón en vida antes que dañarla conscientemente. De esta sensación de tiempo congelado le saca de golpe un grito violento lleno de odio y rabia. Un grito que supera todas las barreras anímicas, un grito en el que permanecía atrincherada mucha rabia contenida, muchas ganas de desquite.

En escena aparece, no sabe bien de dónde, aunque tampoco le importa, el hermano de Adriana. Se interpone en la línea recta que une a ambos, gritando incoherencias, amenazándole con cosas a las que Adrián no presta la más mínima atención. Y no lo hace porque lo que el hermano de Adriana es incapaz de entender es que él ya ha perdido, no solo el combate imaginario del cara a cara, sino su propio valor como hombre, como ser humano; se desprecia, y no hay nada que aquel energúmeno pueda hacer para que se sienta peor, ni los gritos ni las amenazas hieren una defensa completamente abatida. No se puede matar a un cadáver.

Y es que bien sabe Dios que no le importan, no ya las amenazas, cien palizas que le cayeran aquí y ahora. Adrián solo tiene ojos para verla llorar mientras su interior, bien sea el alma, el corazón o lo que sea que le quede dentro de ese esqueleto podrido, estalla deshaciéndose sin resistencia. Hay heridas que nunca cicatrizan, que supuran durante toda la vida, y Adrián es consciente de que esta es una de ellas.

Se quedaría allí, recibiría mil puñetazos, moriría allí, en ese instante, por no haber visto ese miedo en ella. Ese miedo a él. Solo por eso, para ayudarla a salir de ese estado de *shock* catatónico, se da la vuelta para ir a desangrarse por dentro a un rincón oscuro. Sabe lo que pensarán, que lo que le hizo irse por donde había venido eran los insultos y amenazas, pero solo ella tiene el poder de hacer que Adrián se vaya de su lado. Le tomarán por un cobarde, y nada más lejos de la realidad. Lo que realmente sabe es que es un tremendo mierda roto por dentro. Incapaz siquiera de llorar después de tal sacudida inesperada. Él la hizo irse, él la echó de su lado. Él. Únicamente él. Además, piensa en lo que pudo

haberle hecho para llegar a ese pánico en su lenguaje no verbal, y las posibilidades que se le pasan por la cabeza no le tranquilizan lo más mínimo. Lleno de dolor, rabia y miedo de sí mismo, echa a andar, aunque sabe que definitivamente, ya nunca, en ningún lado, encontrará cobijo. Nunca encontrará un lugar en el que pueda sentir que es su hogar, ya no habrá un descanso como lo hubo antes. Definitivamente, no habrá más domingos de calma y tranquilidad.

Sabe que nunca podrá descansar, independientemente de adónde llegue. Temblando, lleno de pavor y desprecio hacia sí mismo, huye despacio hacia ningún lugar.

—Adriana escapa de mí. Tiene miedo de mí, y ahora entiendo que tiene razón. A saber qué fui capaz de hacer, de noche, mientras yo creía que dormía… —Intenta buscar un sentido a aquellos días, y empiezan a revelarse en su mente miradas al suelo, pestillos que se cierran de noche, flequillos que le tapaban la cara y los ojos, no ya solo cicatrices nunca cerradas. Palabras que se ahogaban en la garganta.

Arranca a llorar desconsolado, y está seguro de que nunca dejará de hacerlo. Algo dentro de él se está haciendo grande y está tomando el control de sus actos. Algo oscuro se está apoderando de sus movimientos, y tiene miedo, el mismo miedo que ella tiene, también de sí mismo. Siente asco y vergüenza del ser en que se ha convertido. Se odia, se teme…, y únicamente es capaz de llorar. Una arcada de desprecio le hace vomitar una, dos veces.

Ya en casa, sus sentimientos no han cambiado. La calma no ha dado señales de vida, y por su cabeza pasan, una tras otra, ideas estúpidas e impulsivas. Necesita moverse, actuar, tener la certeza de que no se va a sentar a esperar; está decidido a sacar los dientes. Toma una decisión que le surge prácticamente sola y, sin buscar pros ni contras, corre a llevarla a cabo. Busca la cámara de vídeo que compró hace años y apenas ha usado, y la coloca de manera que, con el angular completamente abierto, cubra toda su cama.

—Ven, hijo de puta. A ver de qué eres capaz.

Necesita grabarse durmiendo, comprobar que no es posible,

cerciorarse de que no hay un yo oscuro que toma el control de su cuerpo en el mundo real mientras cree que duerme. Solo así podrá empezar a entender su enfermedad y empezar a perdonarse, cosa que, está seguro, jamás logrará del todo.

Se le pasan más opciones por la cabeza, tales como entregarse a la policía o acabar consigo mismo, pero prefiere de momento dejarlas en la cola de espera. Visto lo que ha visto hoy, sin tan siquiera intuir de qué ha sido capaz de hacer con la pobre Adriana, el alma se le encoge. Solo por la posible denuncia de Adriana acabaría en la cárcel y, aunque se lo merezca, prefiere luchar primero, arrinconarse, buscar los puntos débiles de ese hijo de perra que tiene dentro y que seguramente está disfrutando ahora mismo del espectáculo. «Voy a por ti, cabrón. Y una vez que haya vencido a ese ser oscuro, quiero arrodillarme ante Adriana y pedirle perdón, aunque nunca vuelva a ser digno de estar cerca de ella.» Ya sabe que nunca volverá a sus brazos, tampoco lo desea. Ahora está centrado en devolver su vida a Adriana, que el miedo desaparezca, que sea capaz de encontrar lo que se merece. Que cuando mire atrás y piense en él, pasados los años, sea capaz de sonreír con nostalgia.

Se recuerda que aún queda lo de las cartas y los tres cerditos. Sospecha que, a día de hoy, Adriana no está a salvo de su yo oscuro. Que ese montón de mierda tiene algo más preparado para ella. Hoy le arrancará la verdad, y lo tendrá todo grabado.

—Voy a por ti, cabrón. —Lleno de ira, se tumba en la cama, dispuesto a bucear de nuevo en lo más oscuro de su alma oscura.

10

Adrián aprendió rápidamente que no es nada fácil dormir cuando estás lleno de rabia y dolor. Tampoco ayuda que la próxima estación sea tu yo más psicópata. Amén de que sentirse observado por una cámara de vídeo no es un gran estímulo para relajarse. Todo estaba en contra de poder llegar a dormir y, con ello, soñar, llegar a ese cara a cara con su otro yo. Un encuentro que ahora mismo no quiere pensar si desea tenerlo ya mismo, saltar a la yugular y que todo reviente por donde tenga que hacerlo, o aplazarlo, meditarlo, buscar pros y contras…, siempre reconociendo que esta pausa que se plantea es más por miedo que por llegar a encontrar la solución perfecta, dar con las palabras o hechos que hagan desaparecer a su parásito interno, aniquilar a quien le está chupando la vida y la sangre. También una sensación de pánico le ahoga y le frena en sus ansias de acabar aquí y ahora con todo. Miedo a que queden más cartas ocultas, más secretos. Haber sido capaz de hacer Dios sabe qué. Aunque razona que nada puede partirle más el alma que lo que ya ha descubierto, y es que, puestas en la balanza de los sentimientos, no todas las vidas valen lo mismo. No debería pensar así, siempre le habían enseñado, y así lo había jurado hasta ayer, que todas las vidas son sagradas, que ninguna vale más que otra, pero ya sabe que no es así. Será humano, pero no le hace sentirse mejor. O quizá sí, ya no sabe siquiera si es bueno o no pensar que la vida de su madre y Adriana valen más que todas las vidas de la humanidad juntas. Que la suya, seguro que sí. Eso es lo único en lo que la certeza le acompaña y se sienta a su lado.

«Estoy loco», se dice como quien llega a una verdad absoluta. El miedo a tal pensamiento le muerde el estómago, pero es tan obvio que tiene que aceptarlo. Es la única respuesta.

«Definitivamente, he perdido el juicio.» Las lágrimas le afloran a la comisura de los ojos, y la desesperación le envuelve en un cálido abrazo. «He perdido el control. Soy peligroso, y no solo para mí.» Pesadamente, se mira los brazos, las manos, la ropa gastada y sucia que lleva, y lo que ve no hace más que reafirmar su sospecha. «La única solución es que me ingresen y me retiren de la circulación. No puedo ir haciendo daño a mis seres queridos. Ese es el primer paso. ¿Qué más soy capaz de hacer? ¿Qué podré hacer a alguien hacia quien no albergo ningún tipo de sentimiento? No quiero saberlo.»

Con todo eso en la cabeza, el sueño parece que ha huido muy lejos de allí, poco interesado en participar de esa locura.

Así, las horas no pasan, vienen envueltas en una capa de miel y barro, pesadas, lentas. Son visitas incómodas que se niegan a marcharse de la casa. En silencio y a oscuras, los ojos de Adrián permanecen clavados en algún punto de la pared que apenas mira. Está, de nuevo, paladeando la derrota, casi saboreando ese sabor metálico, de frustración, al que últimamente tanto parece estar acostumbrado. Ante el insomnio ya no siente más que desgana, hastío. El tictac del reloj le es ajeno, ya solo espera las luces del alba, mientras nota crecer en su rostro los apuntes de lo que mañana serán sombras de barba y ojeras. Pero ni siquiera esa pequeña victoria de abrazar la derrota se le consiente, y, sin apenas darse cuenta, derrotado ante la perspectiva de un nuevo día, el subir y bajar de su pecho apenas es ahora un ligero susurro. Más tarde será la respiración, y ahora son los párpados los que se cierran haciendo caer un telón negro en su vista que ya no ve ni mira, dando inicio, irónicamente, a la función que está a punto de empezar. Destino: ninguna parte; objetivo: matarse o morir.

La tranquilidad, sin aspavientos, se ha hecho con el control de la situación, y toda la casa es ya territorio conquistado. Fuera, la calma; por dentro, se espera la tempestad. No se escucha más que el ligero siseo de la cámara grabando… ¡Acción!

Mientras, sin percatarse, va perdiendo la consciencia. En su cabeza se juntan, sin sentido ni orden, distintas fotos, recuerdos y sensaciones. Imágenes de su madre, la sensación de haberla

matado, la sensación de que nunca la hubiera matado; ella, las razones de su huida, su miedo al volver a verle, la ira en el rostro del hermano de Adriana. Con todo eso ahí dentro, unido a otras imágenes que su cerebro creaba sin que nadie se lo ordenara, era completamente seguro que nunca podría dormirse. Entonces sintió la caricia y la oscuridad de una tela suave, quizá azul, quizá marrón, encima de él. Allá fuera dormía, aquí dentro temía.

Cree escuchar su propia voz al otro lado del telón que le tapa la vista, canturreando una canción de la adolescencia que creía olvidada y que hacía años no escuchaba.

—En el puente el silencio se puede cortar, ha roto una botella y se ha puesto a llorar…

Esa letra, esa melodía, le devuelve a otros lugares y otros tiempos. Otras sensaciones y otros sueños. Amigos infinitos y padres enemigos. Nostalgia. Siente que allí es donde quiere volver, su verdadera patria. Si ya tenía una mezcla de sentimientos y sensaciones, aquello era la mecha para hacerle estallar definitivamente. Rompería a llorar, pero siente que no tiene lágrimas. Tampoco quiere que aquel malnacido que habita en su interior le vea llorar. No al menos por su culpa.

La angustia le encoge el estómago cuando con apatía se desliza por debajo de lo que igual puede ser seda o tela áspera de saco. Se tapa los oídos con fuerza, intentando abstraerse de la canción y los sentimientos que le invaden con ella.

No siento rabia ni ira cuando me veo allí, esperándome. Está o estoy sentado, ya no sé cómo referirme a aquella sombra que es, o soy, en sueños. Decido dejarlo en tercera persona, no identificarme con él. Está sentado, como digo, en un taburete y permanece acodado en la barra mirando la nada. Es un bar, pero no parece que haya nadie más. Tampoco hay más botellas, y las paredes están apenas trazadas, como un decorado antiguo de una serie de televisión barata, pero sin risas enlatadas. Mi subconsciente no gasta mucho en atrezo.

—Vaya, no te esperaba tan pronto, imaginaba que estarías

enfadado o algo así. —Dio un trago a un vaso cuyo contenido parecía cerveza. Sorprendentemente, jamás se vaciaba del todo, aunque Adrián permanece ajeno a esos detalles, concentrado en ese ser repugnante. También es sorprendente que a aquel Adrián oscuro que habita en lo más profundo de su alma parece no afectarle lo más mínimo el exceso de alcohol. Los sueños, sueños son.

Es cierto, sorprendiéndome al ser consciente, me doy cuenta de que no estoy enfadado. Ahora no es más que tristeza y cansancio lo que me inunda, dejando poco espacio para cualquier otro sentimiento o sensación. Ganas de acabar con todo, empezando por él. Dormir de verdad, salir de esta pesadilla. Abandonarme. Sentirme del todo libre y declararme inocente. Sin embargo, unas asfixiantes cadenas invisibles me atan a la culpa y al miedo; el aire es un metal pesado, me cuesta meterlo en mis pulmones, quema. Esas cadenas me mantienen alerta, con miedo de mí mismo, de mis actos. Necesito respuestas. Aunque duelan. Aunque tenga ya la certeza de que serán insoportables y que tendré que llevar esa pesada mochila sobre los hombros toda la vida.

Me siento en otro taburete, a su lado. Me noto la garganta seca, bebo de mi vaso. El que aparece frente a mí en la barra, juraría que no estaba allí cuando llegué, pero a quién le importa. Está amargo y frío. Puede ser cerveza, pero desde luego ninguna que haya probado antes. Me dan ganas de beber más.

—Estoy cansado —acierto a decir, más para mí mismo que para el otro yo.

—Pues descansa. —Se ríe con su propia estúpida ocurrencia mientras bebe de nuevo—. Ah, no, espera, si en eso estás. —Choca con fuerza su vaso, de nuevo lleno, contra la barra, que parece de mármol.

Callo, apenas he escuchado lo que el otro ser oscuro ha dicho. No tengo claro cómo enfocarlo, por dónde empezar. No quiero más sorpresas, pienso que no estoy preparado para más, no podría soportar otro rincón oculto en mi pasado. No quiero saber más de mi yo escondido ni de lo que es capaz de hacer, pero sé que hay algo que se está gestando y necesito ayudar, necesito dejar de

hacer daño, necesito redimirme, aunque solo sea ante mí mismo.

Mamá. Adriana. Las malditas cartas… Incluso en sueños, manda el corazón, es quien marca las prioridades.

—Qué le hicimos. —Él mismo nota la ausencia de signos de interrogación. Hoy Adrián ha visto el pánico en los ojos de Adriana, pánico hacia él. Y aunque aquí el nombre de Adriana pierda significado, y sus límites se borren y confundan con otros trazos y otras mujeres, se ha sentido repulsivo. Ha visto algo que jamás pudo siquiera imaginarse. Ahora tiene la certeza absoluta de haberle hecho mucho daño. Allí fuera, en el mundo real, escondía la sospecha de saberlo bajo unas sábanas de incredulidad e imposibilidad que ahora no tienen cabida. Sé que le he/hemos hecho daño, tanto como para temer mi presencia. Me odio. Es un odio seco, profundo, sin aspavientos ni gritos. El que no hace falta representar de cara a los demás. El que se agarra al pecho y nunca, ni por un segundo, se olvida.

—¿Hicimos? —El Adrián repulsivo y violento que acecha en sus propios sueños sí marca claramente los signos de interrogación, burlesco, yendo a hacer daño. Sonríe mientras bebe más de medio vaso de un trago—. Somos uno, todo lo has hecho tú.

—Imposible. —Aprieto la mandíbula, oigo chirriar los dientes, entrechocándose la fila superior con la inferior, más por impotencia que por rabia. Me da grima, pero soy incapaz de parar —. Jamás le haría nada. Nunca le hice nada. Antes de tocarla un pelo…, antes de…, antes… —Me quedo sin palabras queriendo abarcarlo todo, no hay símil capaz de acercarse a lo que me mata por dentro.

—Antes… ¿qué? ¿Matarías a tu madre?

Me levanto de la silla haciendo caso omiso a su provocación. Me froto fuerte la cabeza con las palmas de ambas manos, cerrando los ojos hasta que los párpados duelen. Esta maldita pesadilla no es más que eso, me digo, una horrible pesadilla, pero me doy cuenta de que se me puede ir fácilmente de las manos, puede abrir cicatrices que nunca dejen de supurar. Nunca. Noto que el volcán

está a punto de estallar, va a volver a ganar, me va a llevar adonde quiere…

—¡Calla! —Por fin la ira ha saltado por encima de los finos muros de la tristeza—. Maldito hijo de puta, ¡vete, vete y déjame en paz! Déjame vivir… —Las dos últimas palabras han sido apenas un susurro, más un deseo para mí mismo que una exigencia.

Mi yo más oscuro, mi pesadilla encarnada en mi propio yo, se levanta del taburete y, acercando su boca a mi oreja, me eriza la piel mientras comienza a hablar.

—Cuando estés despierto, abre los ojos, mira. Deja de sobrevivir y comienza a vivir. Acéptate, acéptame. Es la única manera. No puedes hacer nada más que abrir los ojos e ir de mi mano.

Me conozco, pienso. Sé que soy incapaz de hacer daño a nadie, no es posible. Porque lo soy, ¿no? Simplemente es un sueño, un maldito sueño. Matar a mi madre, hacer sabe Dios qué a Adriana. Aquellas cartas escritas en sueños… Todo es un absurdo, una pesadilla.

Solo hay una respuesta, ahora lo sé. Definitivamente, se me ha secado el cerebro. Me he vuelto loco y estoy encerrado en cualquier habitación acolchada mientras todo esto solo pasa en mi cabeza. Quiero despertar y volver a entonces, adonde era yo… Quiero gritar, y que el enfermero que esté vigilando hoy en el manicomio donde esté ingresado me pinche algo que haga que mis sueños no se pueblen de pesadillas. Quiero escapar de mi cabeza, escapar de mí.

—Por favor, qué le hiciste a ella. No soy capaz de acordarme de nada. ¿Qué pasó? —La angustia disfrazada de mi voz es quien pregunta.

—No escuchas. —Parece defraudado, como un profesor cansado de un alumno indolente y rebelde que se niega a seguir sus lecciones—. Te eché una mano, nada más. Y a ella las dos… Realmente no la querías. Digamos que te ayudé a dar el paso y además alimenté tu lado más oscuro. A mí.

—Hijo de perra, a ella no…

—A ella no, a ella no. —El tono burlón me hace daño de una

manera que no llego a comprender, una especie de ofensa profunda —. Deja de llorar y atiende de una vez. —Su tono es seco, cortante, ajeno completamente a sí mismo—. ¿A quién se lo iba a hacer? ¿A la vecina vieja que no le importa a nadie? Ella estaba bastante más a mano. Y necesitaba que empezaras a escucharme, que me prestaras atención. Hacerte ver que esto va en serio y conseguir que abras los ojos y te vengas conmigo. Una llamada de atención, una llamada en definitiva… Me quitaba espacio aquí, en mi territorio. Todo esto se llenaba de florecitas, viajes, besitos e hijos. Menos mal que de vez en cuando conseguía meter entre tanta mierda algún buen polvo, que si no… Primero la echamos de nuestra casa, entre los dos, y luego me ayudé de tu recuerdo y anhelo de ella para seguir creciendo dentro de ti, para conseguir cosas que necesitaba antes de salir a escena… Ahora ya no puedes venir a visitarla por aquí, eres todo mío. Soy tú. Eres yo. Podemos hablar, hacer planes, ser los reyes absolutos de nuestro mundo, el tuyo y el mío… Ha llegado la hora de ser uno, unirnos, coger las riendas. Pasar factura.

Según deja de hablar, levanta las palmas de las manos; ambas están manchadas de sangre. El vaso vuelve a estar lleno de lo que ahora parece vino tinto. Bebe mientras deja rastros de sus huellas viscosas por todo el exterior del vaso.

—Qué más hemos hecho, que más has hecho. —Ahora sueno apático, esperando oír un veredicto que ya no me importa, pues me sé culpable y condenado.

—¿Otra vez a llorar? Deja el pasado, mira hacia el futuro. No es lo que hemos hecho, es lo que vamos a hacer. A partir de ahora vamos a ver el mundo como un lugar lleno de oportunidades para los dos. Todo eso que siempre has deseado realmente es hora de cogerlo a manos llenas. Si no, no habría venido, no tendría sentido que estuviera aquí si realmente no lo hubieras deseado. Tú me creaste, yo te moldearé. ¿Quieres pasarte toda la vida en ese maldito cubículo, en esa cárcel, descontando días? O realmente quieres vivir, descontando deseos. Vive, que nadie te diga cómo. Estrella tu coche con el que se salta el semáforo haciéndote frenar, patea a la puta vieja que deja la mierda de perro en el suelo.

Bébete la vida. Deja de una jodida vez de refugiarte en la asquerosa colonia de papá. Soy tú, eres yo, no tenemos secretos. Sé un hombre por primera vez. Ahora toca sentarse y disfrutar de la escena, veremos de qué pasta están hechos todos esos mierdas. Seremos nosotros quienes pongamos la música que han de bailar. Para esta obra ya solo hace falta que se presenten los actores. Pero no te preocupes, de eso también me he encargado yo. O tú. Nosotros, siendo uno.

—¡No vas a hacer nada!, ¿me oyes? —grito por fin señalándole con mi índice de la mano derecha, intentando demostrar que aquí, en mi locura, también mando yo. Estoy cansado de escucharle, cansado de estar aquí, cansado de soñar. Cansado de sentirme la marioneta de mí mismo. Con pánico a que ese discurso barato cale mínimamente en mí—. ¡Calla y escúchame tú ahora! —grito todo lo fuerte que puedo. Me queman los pulmones y la rabia, el dolor y la impotencia estallan en mí, haciéndome ser algo que no soy. Vuelvo a entregarme a la ira, poniendo otro punto en el marcador de aquel canalla. Vuelve a ganarme, vuelve a manejarme, vuelve a hacerme explotar…

Estoy decidido a ir a por él, golpearle, patearle, matarle con mis propias manos, signifique eso lo que signifique. Si matas a alguien en sueños, no vuelves nunca a soñar con él. «Ven aquí, maldito cabrón. Hoy acabará todo.»

Comienzo por andar hacia él, pero no llego ni a acercarme. Es como una de esas malditas cintas de correr de los gimnasios: ando deprisa, me arranco a correr, me desespero, pero no consigo avanzar. Jadeo del esfuerzo, pero no paro, no quiero seguir escuchándole, no quiero nada más… Quizá con suerte me estallen los pulmones, quizá con suerte le alcance… Él permanece quieto, mirándome; parece desilusionado conmigo.

—Abre los ojos de una jodida vez cuando estés despierto —insiste—, deja de mirar y ve. Busca, ponte frente al espejo y háblate. —Hace un silencio dramático y continúa—: Sé tú, sé yo. En realidad, no eres más que un pelele, yo soy el verdadero tú, nuestro destino está en mis manos. Hasta que esto acabe, y créeme que no ha hecho más que empezar, solo serás un juguete de ti

mismo. Mi juguete. Con tus silencios, con tus respuestas no habladas, con la rabia entre los dientes y el agachar la cabeza… Tú me creaste, tú me deseaste, y ahora por fin estoy aquí. Eso sí, serás tú el que lo pague, a mí no pueden hacerme nada, no existo, nunca podrán alcanzarme, solo soy una parte tuya que vive… cuando crees que duermes.

—Por favor, por favor —sollozo tirándome de rodillas, reventado de correr a ningún sitio—, déjame en paz, no eres yo, olvídame, vete…

Mi nuevo yo ríe exageradamente. Suena a risa forzada, pero está claro que mi derrota moral le da fuerzas: su juego está saliendo mejor de lo que él mismo esperaba.

Ahora solo falta una pequeña demostración más de su poder. Comienza a cantar canciones de hace años, canciones de mi ayer, canciones olvidadas que nunca olvidaré por mucho tiempo que pase. Estribillos que están fijados en algún lugar, aunque pasen décadas sin escucharlos. Banda sonora de sentimientos a flor de piel, de juventud, de mi verdadera patria.

—No puedes hacerme nada, sigues siendo débil. Escúchame: tú no puedes tocarme, ni despierto ni dormido, en cambio aquí estás a mi plena voluntad, que no deberías olvidar que realmente es la tuya. En lo que llamas —hace el gesto de comillas con los dedos de ambas manos— «realidad» no puedes tocarme, no existo. Sin embargo, antes o después, es inevitable que cierres los ojos, que el cansancio te venza, que vengas a mí y me dejes los mandos, y entonces sí nos divertiremos. Ya has visto lo que somos capaces de hacer juntos… Te hice un gran regalo con mamá, pero preferiste sacarlo de tu mente, olvidar lo que hiciste, lo que juntos hicimos. Escupiste sobre mi regalo, me ofendiste. Te di su sacrificio para que pudieras ser libre, para que no la vieras envejecer y marchitarse, pudrirse en un cuerpo decrépito. Enfermar. ¡Te regalé no verla así y me despreciaste! —Ahora estaba rojo de puro poder, gritando y gesticulando con los brazos—. Te regalé no pasar por ahí, acordarte de ella fuerte y poderosa, siempre pendiente de ti. ¿No ves que lo hice por nosotros? Fue un regalo, pero lo apartaste de tu mente, no quisiste recordarlo. Pues bien, he vuelto para

quedarme, para dejarte claro quién manda, para sembrar el caos. Yo seré el ejecutor, y tú el único culpable. Vuelve a intentar morir y te quedarás aquí para siempre, a mi merced, un único cuerpo dividido en dos mentes. Mucha gente lo llamaría «infierno», y, créeme, en tu caso la definición se quedaría corta.

Mientras acaba de hablar se remanga la camisa azul y se mete el brazo en la boca. Ambos nos miramos durante unos segundos raros, espesos; él, desafiante; yo, cansado y vencido, pero aun así expectante. Comienza a morderse el antebrazo con fuerza, sin ningún gesto en la cara, impasible, mientras ambos escuchamos cómo la piel primero y la carne después se rasgan entre los dientes.

Adrián despierta asustado de su propio grito y con un dolor profundo e intenso en el brazo izquierdo. Ve la marca de su propia dentadura hincada en la piel, la carne desgarrada y distintos puntos de sangre goteando lentamente, pero sin parar. Abre y cierra el puño con gesto de dolor, y en cada movimiento le late la herida con fuerza. Cierra los ojos mientras intenta calmar su corazón y su respiración.

Tiene ganas de llorar, de dar puñetazos a la pared, de romper a gritar. Sin llegar a calmarse, recuerda la cámara de vídeo. Necesita ver todo aquello desde fuera, comprobar qué ha pasado, ver con sus propios ojos toda aquella locura.

Nunca podrá verlo. El pánico se apodera completamente de él, comienza a temblar incontroladamente y el frío invade todo su cuerpo cuando encuentra la cámara completamente destrozada en el suelo, rota literalmente en mil pedazos, con saña. No es que esté inutilizable, es que cada pedazo roto ha sido golpeado y doblado otra decena de veces. Imposible hacerla funcionar, ver nada. En toda aquella oscuridad solo es capaz de ver la certeza imposible de que, cuando cree que duerme, sale a la vida lo más oscuro y sucio del ser humano encarnado en sí mismo, buscando una venganza que es incapaz de localizar y comprender. Una venganza que no sabe a quién está dirigida. Solo le queda ser una nada absoluta, un instrumento de su otro yo.

Sangra y, ahora sí, vuelve a llorar.

11

Otra noche que no duerme, exceptuando la escasa media hora de pesadilla atroz que ha llevado su cordura a milímetros de pasar a otra dimensión desconocida. Una madrugada más que se pasa sentado, tiritando en el sofá, abrazado a sus propias piernas. Otro largo insomnio donde la cabeza es un hervidero de ideas que van y vienen, mezclándose, yéndose, viniendo de manera absurda… Y otra noche que la pena y la culpa le devoran por dentro. Otra noche donde no ve escapatoria ni solución a sus últimas semanas, y, lo que es peor, a las que están por llegar. Se avecina un futuro negro, sin ninguna esperanza. Cada paso imaginario tiene como resultado hundirse más y más en ese pozo negro.

Soledad.

Se levanta, y sus piernas se quejan del cansancio físico y postural que tenía, pues su cuerpo estaba sentado deslavazado, un muñeco de trapo arrojado de cualquier manera al suelo. Se dice que no aguanta más, que tiene que encontrar, o al menos buscar, una salida. No puede estarse quieto más tiempo, fingir que es incapaz o que no sabe hacer nada al respecto. Si tiene que luchar contra sí mismo, lo hará. Va a la nevera y se abre una Coca-Cola bien fría. La nota bajar por el estómago. Resistiendo el gélido líquido y los gases que juegan a escapar, se la acaba en un par de tragos. Se desnuda dejando la ropa por el pasillo, allá donde vaya cayendo, y se mete en la ducha. Respira hondo una, dos veces, y abre la maneta fría. La piel se eriza al instante y un grito se ahoga en su garganta. Por una décima de segundo olvida. Esto bastará para despistar al cansancio; desea más que piensa.

La primera conclusión a la que llega es clara. Y dolorosa. Son demasiadas señales ya para hacer como que no entiende, para identificar aquello simplemente como una mala racha, un

momento puntual donde su percepción le hace entender que el mundo va contra él. No es que algo vaya mal, es que todo va mal. Por tanto, sentarse y esperar eso que teme que va a pasar, eso que sospecha que ha hecho, no puede ser una opción. Tiene que actuar, salir al campo de batalla y dar la cara. Las señales y el camino para llegar a su objetivo son confusas: la madre de Caperucita, las cartas y las fichas desaparecidas. La única certeza que tiene es que algo ha enviado, una carta o similar. Como aquel ser perverso había dicho, ¿a quién se lo va a hacer, a la vecina? Blanco y en botella. Demasiado obvio. Se conoce lo suficiente para saber que está haciendo daño a toda la gente que le importa. Lo ve como una iniciación, un bautismo en el mal… Si es capaz de dañar, sembrar el miedo e incluso matar a todos aquellos por los que daría la vida, qué no podrá hacer con todos aquellos que no le importan lo más mínimo. Sabe que es ella, que ha ido a por su ella. Expulsó a saber cómo a Adriana de su lado, se la arrebató incluso de los sueños… El siguiente paso le parte el pecho en dos.

Primero la utilicé en sueños, y ahora…, ahora no quiero ni pensarlo. —Vuelve una y otra vez a Adriana—. El correo que escribí en la oficina salió ayer, así que, si aún no ha venido la policía a por mí, ni el psicópata sádico de su hermano y sus amigos delincuentes me han dado una paliza…

Se cree con tiempo para minimizar la onda expansiva de sus actos. Aún no ha amanecido. Allá afuera los pájaros están empezando a despertarse, así que es el momento. La ciudad aún duerme con un ojo abierto. Tiene que hacer algo antes de que abra los dos y se levante de un salto.

—No pienses —se dice—, así no podrás tener miedo de lo que vas a hacer.

Se obliga a despejarse, revuelve el armario frenéticamente buscando ropa oscura. No es muy fanático del negro, así que la estampa final no es precisamente la de un criminal perfecto, uno de esos que en las películas se funde con las sombras; pero es lo que hay, y está dispuesto a engañarse sabiendo qué tiene que hacer y cómo hacerlo. Por lo menos si no lo piensa mucho. Se venda la herida del brazo, que con la ducha y el chorro de agua oxigenada

que se ha echado le escuece y le molesta. «Si pica es que está sanando», vuelve a recordar a su madre. «Te echo de menos», murmura como quien pide perdón, con la vergüenza mordiéndole en la garganta.

Es el momento. Sale a la calle intentando vaciar su cabeza y su alma, no pensar en nada, simplemente hacer, actuar. Aunque hace un esfuerzo por obviarlo, sabe lo que se está jugando. Meterse en casa de ella, de madrugada, a escondidas, sin ningún tipo de coartada. Y con toda la pinta de ir a hacer algo ilegal. Heridas en su brazo, bolsas en los ojos… El aspecto que lleva, así como su ropaje, no serían un gran testigo a su favor en un posible juicio. De acoso era lo menos de lo que podían acusarle.

Después del incidente de hoy, todo estará más tenso en el domicilio de Adriana. Se imagina a la familia rodeando a Adriana, cada uno interpretando su papel. Ella llorosa e incrédula, pero atemorizada. Su padre frotándose las manos una y otra vez, deseando volver a su butaca y alejarse de todo. Su madre pidiéndole por favor a Dios que aleje el mal de su casa, intentando convencer a Adriana para que denuncie y por fin lleven a ese innombrable a la cárcel, opinando que después deberían tirar la llave de su celda a un foso infinito, y así podrá por fin su pobre niña volver a vivir, y a sonreír. Y el hermano, ese animal de bellota, estará diciendo a quien quiera escucharle (que seguro no es ni siquiera el pobre Wally) que lo arreglaba todo en un pispás. Un pispás detrás de otro, hasta reventar sesos y llenarlo todo de vísceras y sangre.

El análisis objetivo es que después de haber ido hoy, en un claro error de cálculo, el estado de alerta será mayor y el sueño, más ligero, por lo que deberá mantenerse en todo momento en los márgenes del silencio. Sospecha que, si le cogen, lo mejor que le puede pasar es la paliza que le iban a dar entre su hermano y algún otro vecino lumbrera, porque lo peor ya no sabe ni lo que es. La denuncia y la policía encima como mínimo, justo ahora, que es una bomba de relojería, pero no le queda otra. Su sueño oscuro le conoce, pero ahora siente que esta sensación empieza a ser una carretera de dos direcciones. «Voy a por ti.»

La adrenalina ha arrinconado totalmente al cansancio. Casi sin darse cuenta, a buen ritmo y jadeando, llega a la esquina donde está el portal de los padres de Adriana. El sol comienza a asomarse tímidamente, pero el barrio en general parece dormitar, ajeno al frenético bombeo de su corazón.

Cuenta ventanas hacia arriba: una, dos y tres. Hay luz en el cuarto de la esquina, el suyo, donde habían retozado alguna vez a escondidas después de alguna comida con los padres. Se la imagina allí, insomne, llorando por él, con miedo a él, completamente ajena a que Adrián daría su vida por ella, aquí y ahora.

No se lo piensa más, se acerca al portal con la cabeza agachada y la capucha puesta. El corazón en la garganta, y el miedo y el frío haciéndole temblar como un chiquillo. El portal está cerrado; no había sido capaz de pensar en aquella posibilidad tan lógica. Empuja una y dos veces, con ira por ser tan estúpido. El ruido de la puerta le parece capaz de despertar a todo Madrid. Busca soluciones, no sabe si tiene tiempo para retroceder y encontrar un plan alternativo. En un segundo decide que no, que no tiene tiempo.

«A tomar por culo, ya estamos de mierda hasta el cuello, rebocémonos en ella.» Coge de la jardinera una piedra como su puño y golpea el cristal al lado del pomo una, dos y tres veces. En el silencio de una ciudad que está empezando a despertar, cada golpe retumba como una salva de cañonazos. Ladridos de perros alerta a cualquier susurro que no les sea familiar inundan sus tímpanos.

El cristal comienza a resquebrajarse; una más y romperá. Suelta la piedra y empieza a patear el cristal herido con la suela del zapato. Cree ver luces que se encienden en las casas. El corazón y el miedo retumban en su pecho. El cristal rompe, por fin, en mil pedazos, mientras nota un flujo caliente mano abajo. Sin ninguna lógica ni razonamiento, el golpe definitivo había sido con el puño desnudo, pero no es momento para llantos ni contemplaciones. El torrente de adrenalina que viaja frenéticamente por sus venas tiene al dolor arrinconado en una esquina, por lo que es incapaz de

aparecer en escena. Consigue meter la mano ensangrentada por el agujero de bordes afilados como cuchillos, gira el pomo lo justo para desde fuera abrir la puerta. Ahora sí, no tiene dudas, no es momento para éticas. En los descansillos se oyen puertas que se abren violentamente, y gritos que llaman a más puertas que se abren, y más gritos. Mientras se abalanza sobre los buzones, se pone la capucha y comienza a arrancar al azar algunos metiendo la palma por donde se meten las cartas. No sabe de dónde saca la fuerza: ceden como si estuvieran hechos de cartón en una obra de teatro escolar. Oye pasos que corren escaleras abajo hacia él. Revuelve todos los buzones posibles. Incapaz de leer, cierra los ojos y se toma un segundo de respiro. Con los ojos cerrados, la visualiza sonriendo, con el pelo suelto y soltándole la mano un segundo para buscar las llaves y dirigirse al segundo empezando por la izquierda y también el segundo contando desde arriba. Suenan carreras por las escaleras, y estas desembocan directamente en los buzones. No hay tiempo. Abre los ojos y cree localizar el buzón correspondiente. Tira de él con lo que le queda; apenas se mueve de sus bisagras. Parece que las fuerzas se le acaban justo cuando oye a su espalda: «¡Hijo de puta!».

Alguien, seguro que más fuerte y rápido que él, está a punto de tirársele encima. Si le cogen allí, todo habrá acabado. Vuelve a tirar y ahora sí lo arranca. Nota que apenas le queda un segundo para que le estampen contra los buzones, toma postura para salir corriendo, pero en una centésima de segundo comprende que ha perdido: no va a salir de allí. Solo le queda una mínima opción, y es tan mínima que se agarra a ella con toda la fuerza y el chute de adrenalina en el que su corazón se ahoga.

Se vuelve en el momento justo, cuando el otro se abalanza con todo el peso de su cuerpo contra alguien que se supone que está huyendo y no va a defenderse. Con los ojos cerrados suelta el puño hacia el bulto que viene como un toro. Suena un chasquido y un calambre horroroso le recorre desde el puño brazo arriba, estallándole en el hombro. No sabe si el hueso que ha gemido de dolor es suyo o del pesado bulto que venía a por él, pero de lo único que sí está seguro es de que ha habido huesos rotos. Sin

comprobarlo, mete la mano en el buzón, coge el puñado de cartas que puede y sale corriendo calle abajo.

Corre más de lo necesario, más de lo que sería capaz en circunstancias normales. La ciudad ya ha despertado mientras Adrián se mezcla entre los madrugadores corredores que hacen kilómetros antes de irse a operar, ganar millones en la bolsa o recoger la basura que todos generamos.

Al final se detiene, exhausto, temblando de un frío interno que nunca había sentido antes. El cansancio invade cada centímetro de su cuerpo, los calambres en las piernas ya son fijos, no vienen y se van. La mano le chorrea sangre por una herida bastante profunda de unos cuatro centímetros de longitud. Pero cree que el hueso roto no es suyo… Espera que aquel otro esté bien, espera que no haya sido el hermano de Adriana. Algo en su interior grita que sí, que ojalá haya sido aquel matón de verbena. Tiene ganas de llorar y tumbarse, pero sabe que no puede dormir, no hasta que tenga alguna garantía con la que presentarse ante su yo más oscuro. Tampoco puede estar mucho más tiempo en la calle con esa ropa y ese aspecto. Algunos peatones ya comienzan a cruzar de acera cuando le ven, y todos llevan el teléfono móvil en la mano. Una mala llamada no le conviene. Se quita el calcetín y se lo pone con fuerza alrededor del puño, mete el conjunto viscoso que le queda en el bolsillo de la sudadera, se pone la capucha y comienza a andar mirando al suelo, intentando no llamar la atención, en dirección a casa.

Por el camino se ha cruzado con algún coche patrulla, pero los policías estaban fuera, fumando y charlando entre ellos, jugando con el móvil. Era un fantasma que nadie veía, y el transeúnte que lo hacía jugaba a no mirarle.

Una vez en casa, se toma tres analgésicos de golpe, otra Coca-Cola y come algo de embutido rancio que queda en la nevera.

El corte tiene mala pinta, y es lo que más le preocupa. Sigue perdiendo sangre: está claro que necesita puntos. Durante un momento, piensa coserse a sí mismo, esterilizando las agujas con un mechero y alcohol, pero la arcada que siente le hace vomitar todo lo que acaba de comer. Las piernas le flaquean, y el mareo

que casi le hace caer al suelo empieza a ser algo más que una simple sensación.

Echa un vistazo a las cartas que estaban en su bolsillo. Entre publicidad y cartas del banco dirigidas a su padre, un sobre canta bingo. Una carta escrita a mano, con el nombre de Adriana bien arriba y escrito inconfundiblemente con su propia letra. Una carta que está seguro de no haber escrito. Una carta que le acerca a ser el asesino de su madre. Una carta que le arrastra a la locura. Pero una carta que por fin le da cierta ventaja ante aquella sombra que se esconde en sus sueños. «Jódete, cabrón.»

Se pone a gritar mientras corre hacia el baño, se busca en el espejo y ve un rostro lleno de odio y miedo, amoratados los ojos por el cansancio, y se odia. Comienza a golpear el cristal con ambos puños, dejando un reguero de sangre… Al final se deja caer resbalando con la espalda por la pared, como un muñeco roto. La pérdida de sangre empieza a ser preocupante. «No te duermas —se dice—, no le llames. Vamos, sé fuerte.»

«¿Qué he hecho? —piensa, y al momento se golpea la cabeza con ambas manos—. Sin excusas, ¿qué has hecho tú? ¿De qué puedo llegar a ser capaz…?»

Durante toda su vida no se había planteado la necesidad siquiera de sobrepasar los límites de velocidad cuando conducía, nunca se coló en el metro ni en el cine, más por vergüenza si le cogían que por otra cosa, pero nunca lo había hecho al fin y al cabo, y ahora había allanado el portal de su exnovia, jugándose el físico y una denuncia; había reventado buzones, golpeado a un hombre con toda la intención de hacer daño, puede que con atenuante de defensa propia, pero ya no sabe si es otra excusa más que se pone. Ahora ya sí es plenamente consciente de que tiene un problema, está seguro de haberse vuelto loco. Necesita buscar ayuda, un especialista. Tal vez deban ingresarle: es peligroso para él y para los que le importan, si es que queda alguien. Ahora es un muñeco roto, tirado en un baño encharcado de su propia sangre. Asume sus últimos actos, haber golpeado a alguien deliberadamente, y el resultado obtenido en sus carnes: estar destrozado por el cansancio y con un miedo atroz a sí mismo, a

seguir vivo. Y todo unido a la sospecha, casi certeza, de haber matado a su madre y haber hecho Dios sabe qué a Adriana.

Ahora solo llora. El cansancio le va llevando a su terreno, y una voz dentro de su cabeza le canta una canción de cuna mientras le susurra: «Duerme, duerme…».

Entonces, Adrián cierra los ojos.

12

«El mayor problema de esta vida, hijo, es la falta de tiempo. No hay suficiente para todo. La vida es la que es, no hay más. No al menos en esta vida. Hay tantas opciones que por eso nos parece corta, no se puede hacer todo lo que nos gustaría. Mira esos chismes que te cuelgan siempre de las orejas: nunca podrás oír todas las canciones que quisieras escuchar, ni todos los grupos. No leerás todos los libros, muchos de los cuales te encantarían, y sin embargo leerás muchos que te parecerán tiempo tirado. Hay muchos abrazos que dar, muchas risas que echar, y, desgraciadamente, muchas lágrimas, hijo. La vida no siempre es fácil, así que agárrate a tus decisiones, no digo que no cambies lo que hayas decidido, no… Haz, deshaz, vuelve a hacer, pero llegará un momento en que tocará mirar para atrás y ver el camino hecho. Siéntete orgulloso, piensa que has hecho con tu tiempo lo mejor que podías haber hecho. Usa cada minuto, cada segundo, como una piedra gigante para ir dándole forma, de manera que, cuando todo acabe, dejes atrás una obra de arte. Da igual si sobrevive o no a tu recuerdo, lo importante es que sea tuya. Sé feliz. Vive. Solo te pido eso, sé todo lo feliz que puedas. No pienses en las opciones que dejaste atrás: hagas lo que hagas, cojas el camino que cojas, siempre llegarán las dudas, los ¿y si…? A esa hora, hijo, estate seguro de que lo que hiciste fue lo que quisiste hacer; será la única manera de que llegues en paz contigo mismo. Así que siempre, siempre, cree en ti.»

Mientras el traqueteo del autobús le mece suavemente, con la cabeza apoyada en el cristal, mira con los ojos abiertos sin ver nada. Recuerda a su madre y sus palabras, y le parece que han pasado más de tres vidas. Ahora no está, y la necesita. Pasan por su mente recuerdos de su madre que creía olvidados, como aves

migratorias desapareciendo al instante para ir allí donde tengan que ir, dejando tan solo una breve estela de su presencia en el aire, que invariablemente desaparecerá a los pocos segundos.

Viene del hospital, donde le han cosido la herida de la mano sin anestesia. Cuando pidió que fuera así, ante la incredulidad y las quejas del servicio médico, se puso a hablar sobre su religión, la cual le impedía enmascaradores del dolor, mientras por dentro se asombraba de todo aquello que salía por su boca. Estaba claro que no podía permitirse dormir mientras le suturaban y dejar que aquello despertase. Ahora, más calmado, le preocupa el punto de gusto que le ha proporcionado el dolor mientras la aguja quirúrgica rodeaba aquel volcán que escupía sangre en su piel sin ningún tipo de calmantes. Había algo muy dentro, quizá aquello que dormía mientras él estaba despierto, que sonreía cada vez que una punzada de dolor recorría su espina dorsal hasta estallar en la herida que suturaban. Empezaba a crecer en su interior la idea de que quizá no se conociera tanto como pensaba…

El sueño, tras el chute de adrenalina, se presentaba muy sugerente y apetecible. El vaivén del autobús le susurraba una nana al oído. Todo era una invitación a descansar, a dejarse llevar… Cerró los ojos como quien se sumerge en el mar, tranquilo y ajeno a todo lo demás.

Abrió los ojos de golpe, sobresaltado, con un estallido en el corazón, el miedo enganchado con ambas manos a su yugular, apretando, vaciando de oxígeno sus pulmones. La realidad de sus últimos días le había golpeado la mente con violencia. Alarmado, comenzó a mirarse a sí mismo y a su alrededor, buscando síntomas de que aquello había despertado de nuevo. La gente alrededor, dos ancianos y un adolescente inmerso en su teléfono móvil, permanecían completamente ajenos a él. No sabía cuánto tiempo había cerrado los ojos, quizá unos segundos, quizá minutos. ¿Había sido suficiente para que aquel yo oscuro se hubiera hecho con el control? Las cartas. Incapaz de respirar, se palpó el bolsillo, y el aire salió violentamente de sus pulmones cuando las tanteó, resguardadas, allí dentro. En su cabeza, un extraño puré de sensaciones lo ocupaba todo. Miedo, rabia, dolor, recuerdos…

Encima de todos ellos, el cansancio se había hecho con el poder. Necesitaba dormir, era urgente poder descansar física y psicológicamente.

Tenía que encontrar una nueva visión para todo lo que estaba sucediendo, y ahora mismo no era capaz. Su madre y su posible responsabilidad ¿simplemente eran un sueño? La marcha de Adriana, el miedo en sus ojos al volver a verle, la respuesta de su familia… Era incapaz de hacerle daño. ¿Era incapaz? Los sueños, aquella aparición oscura de sí mismo y sus intenciones siniestras. El allanamiento de morada de madrugada que había protagonizado. La herida en la mano, el regusto amargo de placer al sentir el punzante dolor… Todo aquello tenía que tener un sentido o un orden, eran diferentes piezas de un puzle del que era incapaz de atisbar, siquiera sospechar, la foto que se vería si algún día acababan por encajar.

El autobús frenó chirriando a la altura de la parada más cercana de su casa, pero él ni consideró la posibilidad de moverse del asiento para bajar. Llegar a casa era dormir, y no podía permitírselo. Esa nube de tranquilidad en el limbo entre el sueño y la lucidez en el que estaba era lo máximo que podía permitirse. Una manada de lobos en forma de sueño estaban esperándole, relamiéndose, plenamente conocedores de que antes o después el pastor se irá a dormir, dejando al pobre corderito indefenso. Tan solo tenían que esperar…, tic, tac, tic, tac, tener paciencia. Cada segundo que pasaba, la dentellada estaba más cerca. Adrián lo sabía. Sentado en el incómodo asiento de plástico que el autobús le brindaba como refugio, permaneció hasta que unos carteles luminosos en el frontal del bus le anunciaron que había llegado al fin de trayecto. Hasta entonces pensó en todo a la vez y en nada en concreto, sin solución, pero sin abismo bajo sus pies, en el equilibrio exacto de la esperanza por salir de todo aquello. Las piernas le pesaban, aunque no tanto como los párpados. Se levantó lenta y trabajosamente, bajó al sucio arcén y se desabrochó la chaqueta. El frío le mantendría despejado en este camino que ahora llevaba hacia ninguna parte.

Las horas pasan lentas, y el puzle que tiene en su cabeza cada

vez parece que cuenta con más piezas. No es capaz de encajarlas, no con este cansancio encima. Cada paso le cuesta el doble de esfuerzo que el anterior, y el ánimo es una losa tal que apenas puede caminar. Siente ganas de llorar, de vomitar, de dormir…, y tiene miedo de hacerlo. Busca una solución, sabe que no es la mejor, pero es una solución, y ahora mismo es una victoria. Simplemente actuar, hacer algo, lo considera un gran triunfo.

Coge el teléfono móvil, olvidado en el fondo de la chaqueta. Milagrosamente, aún le queda batería. En pantalla, tres llamadas perdidas del mismo remitente. Sonríe con cariño. «¡Pesado de los huevos!» Da al botón de rellamada y, casi sin voz, solicita ayuda.

—Necesito dormir. Voy para allá.

Cuelga y comienza a andar, por fin, con un destino fijo.

13

Camino a casa de su colega Pato, por fin le invade la ligera sensación de un pensamiento positivo, una esperanza. Una lágrima furtiva, producto del cansancio y de la gratitud, cruza su rostro sin oposición. Aquel hombro siempre preparado para él, frente a viento y marea, incansable a su soledad y su ingratitud. Se quita el cansancio llenando su mente de imágenes y escenas de la cantidad de veces que ha acabado la noche durmiendo con él, en su casa, incapaz de volver a la suya, en el sofá del salón, o directamente en el suelo. Noches espesas de juerga o de conversaciones hasta altas horas de la madrugada. Pura filosofía de vida, arreglando el mundo dos adolescentes que eran incapaces de mantener el caos alejado de su propio mundo. Sonrió a la vez que murmuraba un «te quiero más que al hermano que nunca tuve».

Llega al edificio y apenas tiene que pensar un par de segundos antes de pulsar el botón del telefonillo. Unos metros más allá de la puerta, en una caseta ínfima, un vigilante uniformado le contempla con cara de pocos amigos; por ahí poca ayuda tendrá para abrir la puerta. Espera unos segundos, lo que dura un bostezo más, y vuelve a apretar el mismo botón metálico.

Ahora sí, sin más respuesta, un zumbido delata que alguien está abriendo la puerta. Cruza el umbral y con una sonrisa de satisfacción saluda al vigilante, que le mira como psicópata enjaulado.

El abrazo que se dan es cálido y sincero, sin explicaciones ni reproches de más, eso va en la definición de amistad. No hay «qué tal» ni frases introductorias, aquello se hizo innecesario muchos años atrás.

—Pasa. —Eso es todo, un «como decíamos ayer» de Fray Luis de León después de ser censurado, apresado y apartado de su cargo

universitario por la Santa Inquisición.

Como tantas otras veces, van directos al salón y se dejan caer en el sofá. Adrián por fin comienza a hablar, mientras Pato mira sin disimulo la venda de la mano y el aspecto horrible y ojeroso de su invitado.

—Necesito dormir, y me cuesta hacerlo solo. Hago ruidos, me despierto… No estoy bien; necesito que estés un poco pendiente de mí.

Pato ríe mientras contesta:

—¿Una puta niñera? Indigente de mierda…, ¿eso es lo que necesitas? Perfecto, yo hago lo que quieras, pero como despiertes al enano te corto los huevos. Tres noches sin dormir llevamos a costa de su otitis.

—¿Enano?, ¿qué enano? —Intenta no aparentar nerviosismo, pero le saltan todas las alarmas interiores.

—El de *Blancanieves*, ¡no te jode!

En su interior, Adrián está buscando rápidamente la manera de ubicarse, localizar el sentido de que allí hay alguien más. Le dan ganas de levantarse y empezar a dar cabezazos hasta que pared o cabeza revienten. Se odia profundamente. Lucía y Pato habían tenido un hijo hacía apenas un año. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Los recuerdos le golpean la mente con violencia. Él mismo había sido su padrino de bautizo, en una decisión valiente de Pato que, al parecer, le costó dormir más de tres días en el sofá. Todas las fichas se colocaron de golpe, hicieron clac y, como una película, empezaron a proyectarse imágenes en su cerebro gastado: tardes de cervezas en el parque intentando dormirle, compras intempestivas de pañales, broncas de Lucía a ambos por tardar demasiado en sus paseos con el niño… ¿Qué coño le estaba pasando? Aquel mierda estaba jugando con él, le había hecho olvidar todo aquello. Aún estaba intentando asimilar y comprender lo que ese ser oscuro podía hacer con su mente mientras dormía cuando un gran pavor le asaltó al tener un breve chispazo de todo el poder que podía tener sobre él. ¿O había sido él mismo quien lo había olvidado? Está cansado, realmente destrozado, y su yo, no

importa cuál, se divierte filtrando la información que es capaz de procesar, abriendo y cerrando puertas interiores a su antojo, poniendo y quitando diques al río de su ser habitual. Otra vez esa ligera sensación de mareo en su cabeza, ese no cuadrar nada, ese sentirse descolocado, ajeno… Las sienes a punto de explotar, mandando su cordura al país de nunca jamás. Cierra los ojos con fuerza mientras se aprieta el puente de la nariz… Una cosa estaba clara: no podía dormir allí, no con un niño cerca, no con eso acechando dentro de su oscuridad, incapaz de controlarlo. Le temblaron las piernas mientras la piel de la espalda y de los brazos se le erizaba pensando en posibles imágenes violentas. A escasos cuatro metros de él descansa un bebé de apenas un año; se da miedo: nada le impide llegar a él durante la noche.

Pato fue capaz de ver el cambio de expresión y, sin llegar a profundizar hasta el origen de la repentina palidez de Adrián, cambió la expresión y el tono.

—Dime que estás de coña. Dime que no te has olvidado de tu ahijado.

Cambia la cara. Finge. Su vida últimamente es un fingir continuo. Incluso consigo mismo.

—Que no, hombre —ríe como se llora—, ¿cómo me voy a olvidar? Pero mejor nos tomamos una cerveza rápida y me voy para casa. ¿Lucía?

—Bufff —se le escapa el quejido—, está de guardia. Vuelve mañana para quedarse con Edu antes de que me vaya yo al curro y de que tengamos «La» conversación, así, con ele mayúscula. —Las cosas no van bien otra vez, pero no es el momento de ponerlo encima de la mesa cuando ni él mismo sabe cómo expresar ni lo que quiere—. Y estoy yo para cervezas ahora…, estoy machacado. El cabrón de tu ahijado se ha propuesto matarme de sueño, y el curro… Me voy a sobar, pero ya. Haberme hecho caso antes; hoy esto es lo que hay —acaba su discurso cuando ve a Adrián con los ojos cerrados. «No debe ser fácil por lo que ha pasado, está muy deteriorado, sucio, herido», se culpó por no haber estado más encima de él. Se lo apuntó en la lista de tareas pendientes.

Mientras Pato se levanta en silencio para irse a la cama,

Adrián abre los ojos. Parece mucho más calmado y también se pone en pie. Lleva una extraña expresión en la cara, con los ojos desenfocados.

—¿Dónde guardas los cuchillos? Quiero uno de los grandes.

Pato le mira mitad extrañado, mitad divertido.

—¿Ahora?, ¿para qué? Si vas a cortarte en pedacitos, salte al descansillo, que luego la sangre no se quita.

—Para las naranjas, me voy a hacer un zumo. —Sorprendentemente, ignora el sarcasmo de Pato. Su cabeza está trabajando en otra dirección—. Soy incapaz de dormir sin mi aporte de vitamina C. Y vete a dormir, no te preocupes, que no vas a oír un ruido en toda la noche. Mi ahijado y yo vamos a dormir de un tirón. Como si fuéramos tumbas.

Mientras Pato se iba pasillo adelante destino a su dormitorio, susurró:

—En la cocina, sírvete. Haz lo que quieras, pero, por favor, déjame dormir.

En el silencio de la noche, mientras entra en la cocina, Adrián amagó una muestra de sonrisa cansada.

14

El amanecer es frío cuando Adrián sale a la calle abotargado y en silencio. Apenas hay coches ni ruidos. Por no haber, no hay ni borrachos emborronando el despertar vecinal. Solo niebla sucia y calles grises. Las nubes filtran la escasa luz, mitad sol y mitad luna, mientras las farolas siguen encendidas. Con el primer escalofrío se abrocha la chaqueta y se fija en la extensa huella de sangre que sus manos dejan allí donde se han apoyado. Se las mira como quien ve algo ajeno y sin importancia, como quien mira sin ver una película en la televisión. Sin ningún cuidado intenta limpiarse toscamente en el pantalón. Se guarda las manos pringosas en los bolsillos, quizá por esconderlas, quizá únicamente por frío. Al hacerlo se topa con las cartas del buzón de Adriana. Entre la publicidad y recibos del banco encuentra un sobre escrito a mano. Conoce la letra perfectamente. Sonríe; el nombre de Adriana y su dirección están escritas con la misma mano que ahora sujeta el sobre.

Pato abre los ojos. Le parece el paraíso. Ningún llanto, ninguna queja en horas. A estas alturas, su hijo suele llevar un par de pataletas y llantos, exigiendo su biberón, su atención, o la mayoría de las veces ambas cosas. Milagrosamente, hoy parecía estar dándole una tregua; quizá debería invitar a dormir más veces a Adrián. A lo mejor era el amuleto por el que había estado implorando a los cielos cada súbito despertar de los últimos meses. Su cuerpo ha descansado, por fin, y su mente parece, aun somnolienta, de más confianza que en los últimos tiempos; incluso se ve capaz de parir algún boceto de idea que mínimamente valga la pena. Tan solo el otro lado de la cama, frío, escupe amargura a su tibia felicidad. Se estira una, dos veces, bosteza. Decide levantarse y comprobar cómo va todo, tanto en el salón como en la cuna del pequeño Eduardo. Esto debe ser lo de tener dos hijos de

los que preocuparse, piensa con sorna. A medio metro de la habitación del pequeño mira el reloj y comprueba que quedan cerca de veinte minutos para que suene el maldito despertador, para que el día le salte a la yugular como un perro rabioso. Ama a su hijo, más incluso de lo que nunca ha sido capaz de verbalizar, pero le puede la pereza y las ganas de saborear y estirar este silencio que, de tan poco habitual, le parece un regalo demasiado valioso como para no aprovecharlo. Sin mucho remordimiento deshace el camino andado y, sintiendo algo parecido a lo que Indiana Jones notó justo antes de llegar al santo grial, se deja caer en la cama dispuesto a sacar todo el jugo a esos veinte minutos de la nada más absoluta. Se tapa con el edredón nórdico hasta las cejas y su cuerpo se relaja al instante. Que ahí fuera reviente el mundo, murmura, mientras cierra de nuevo los ojos.

Allí fuera, en la calle, lejos de reventar, el mundo va desperezándose. El frío sigue sentado en su trono, dominándolo todo, ajeno al torpe despertar de la ciudad. Adrián echa un vistazo rápido alrededor antes de dejar caer un calcetín y un cuchillo, ambos manchados de sangre, en el cubo de basura que cuelga de la farola. Una punzada de dolor en el estómago le hace doblarse, pero debe seguir. Es la única manera: tiene cosas que hacer. La primera, alejarse de allí rápidamente. La segunda, encargarse de la carta antes de que su otro yo despierte y coja el control.

En realidad, en cuanto se sentó en el sofá con Pato al lado comprendió que no iba a dejarle marchar. Un gesto más de lealtad y amistad. Con la que estaba cayendo era absurdo perder el tiempo en combates que no podía ganar, así que rápidamente aceptó, sabiendo no solo que estaba realmente cansado, sino que no podía permitirse el lujo de dormirse, no con aquello dentro acechando y un niño, su ahijado, durmiendo al alcance de la mano. Por eso se hizo con el cuchillo, para asegurarse de que aquella noche al menos solo él tendría el control. Se tumbó de perfil en el sofá, con la espalda completamente apoyada en el respaldo, y colocó el mango del cuchillo a unos centímetros de su abdomen, bien clavado en el cojín que hacía de colchón. Apoyó suavemente la afilada punta en su estómago y cerró los ojos. Tenía que hacer un

permanente esfuerzo corporal para no rasgarse la piel. Ese forzar permanente era el que le aseguraría no caer de morros contra el culo de Morfeo. En el momento que se relajara, la punta del cuchillo se clavaría sacándole del limbo, del sopor y el sueño en el que estuviera a punto de tirarse de cabeza. No sabía si funcionaría, si aquello tenía una base sólida. No podía estar seguro de que el cuchillo simplemente se caería sin más, incapaz de permanecer sujeto por aquel horrible cojín. Otra opción es que se durmiera de verdad y aquel cuchillo atravesara su piel y sus órganos internos como si fuera mantequilla, que todo se acabara así. En ese momento no le parecía la peor opción. La única verdad era que su cerebro estaba, siendo optimista, a un quince o veinte por ciento de rendimiento, por lo que estaba seguro de que no podría encontrar nada mejor. Su cajón de ideas no daba para más. Se imaginó una caja de cartón mojada, sin fondo, con unas letras difusas escritas en su lateral: «Opciones del momento». El cerebro gastado contando chistes malos como mecanismo de defensa en situaciones límite.

Intentar simplemente no dormir, mantenerse despierto por las bravas, dando paseos por aquel salón minúsculo hasta que Pato durmiera, le parecía imposible, una auténtica utopía que no podía permitirse. La idea de aquella automutilación tan solo era un poco mejor que la de pasar la noche en vela; aunque, una vez llevada a cabo, estaba claro que no optaría al premio a mejor idea del año. Sentía que sus plomos estaban a punto del colapso; iban a saltar en cualquier momento, y, aunque fuera en esas condiciones paupérrimas, necesitaba cerrar los ojos.

La primera vez que sintió el cuchillo atravesar su piel abrió los ojos de golpe y, sin respirar, le costó un par de segundos eternos centrarse. Volvió a colocar la punta, un par de centímetros separada de la primera herida, y volvió a cerrar los ojos.

Incapaz de calcular cuánto tiempo había pasado desde el primero, con el segundo pinchazo le costó más reaccionar. Esa duda que tuvo hizo que la punta afilada cortara algo más que la piel. Ya sentado, se contempló ambas heridas. Una de ellas no era más que una línea suave, insegura, apenas de color rosa. La

segunda ya era más fea. Escupía un reguero constante de sangre. Su primer impulso fue evitar manchar nada. Mientras con los dedos de una mano se apretaba aquel tibio hilo húmedo que salía de su interior, con la otra mano buscaba algo con que limpiarse. No encontraba nada que no pudiera nadie echar en falta más tarde, así que en un segundo de lucidez se quitó un calcetín con la mano libre y con ambas lo apretó contra la herida. Al coger el cuchillo camino de la cocina lo manchó de sangre. Incapaz de ponerse a fregarlo, por el ruido y por la situación, decidió llevárselo consigo.

Ya vestido, ligeramente más lúcido y descansado que unas horas antes, resolvió alejarse de allí, escapar de las explicaciones y justificaciones. Antes de irse, con la mano metida en el interior de la manga de la chaqueta para evitar dejar rastros de sangre en el pomo, decidió echar un vistazo a Eduardo. El pequeño dormía plácidamente abrazado a un muñeco, o quizá un trapo, no podía distinguirlo bien. Su respiración era profunda. En aquel cuerpo tan pequeño supo reconocer el torrente de inocencia y paz que necesitaba. Sin tener claro por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. Quiso darle un beso, llevarse esa cálida aura en sus labios, pero le dio miedo mancharle, y no solo con el rojo de su sangre.

Bendita ciudad. En ese plácido despertar urbano, previo al violento *big bang* que sucedería en unos minutos por todas las calles, no le fue difícil encontrar varias cafeterías abiertas. Se decidió por la más llena, un típico café de barrio, con el telediario a buen volumen en la televisión y cuatro, quizá cinco clientes enfundados en monos de distintos colores en torno a sus tortillas y carajillos.

Pidió un café solo, doble, y un bollo con doble de azúcar y relleno de crema. Un bocadillo le entraría mejor, pero no se veía pan por ningún lado, ni en la escueta carta que colgaba de la pared había opciones, por lo que prefirió pasar lo más inadvertido posible y pidió aquello que podía señalar con el dedo. Mientras desayunaba, entendió que lo de pasar inadvertido no iba a ser ningún problema: nadie le miró, ni el septuagenario camarero escondido detrás de un tupido bigote cano, ni, por supuesto,

ninguno de los uniformados parroquianos.

Sabía que no podía dilatarlo más. Incapaz de tener claro qué pasos seguir después de descansar ligeramente ni qué podría hacer con su vida ahora que parecía empezar a ver las orejas a todo lo que en él anidaba, con un miedo atroz, sacó de su bolsillo la carta con el nombre de Adriana escrito por él mismo. Intentó esforzarse, luchar por acordarse del porqué de aquella carta, qué le había llevado a escribirla y qué podría haber dentro. Luchaba consigo mismo, pero no era capaz de encontrar nada en su memoria mínimamente relacionado con aquello. Como si…, como si lo hubiera escrito otra persona, aquel maldito ser que le había alejado de su lado, aquel capaz de hacer aquello con su madre, capaz de escribir quién sabe qué y a quién misivas de las que estaba a punto de saber… Aquel maldito canalla…, ¿él mismo?

Intuía que abrir el sobre de aquella carta era una frontera en su vida. Un antes y un después. Es más, se corrigió a sí mismo, no intuía nada, lo sabía plenamente. Cuando acabara de leer aquello, su vida pasaría a otro nivel, con otro sentido y otro fin, uno que ahora está muy lejos siquiera de imaginar. En unos minutos llegará a conocerse de una manera brutal, fea, sincera, horrible.

A lo largo de estos últimos días ha intentado asimilar lo que habitaba escondido en su interior y, con ello, lo que había sido capaz de hacer, por mucho que se lo negara según lo analizaba. Mientras se hacía a la idea, se grabó a fuego en su ser que ya no habría más momentos de paz interior, que ya sería imposible ahogarse más en ese pozo oscuro interno…, pero ahora aquella carta que sujetaba en su mano temblorosa le escupía a la cara la verdad. Aquel dolor, su asco a sí mismo, aquello que parecía abarcar todos los campos de sufrimiento posible… no era más que el principio. Aquel infierno en el que creía quemarse a fuego lento no era el final. Siempre había un paso más para el mal. Y ahora, aquí, iba a bajar otro escalón. Iba a alimentar a esas manos que le ahogaban apretándole internamente los pulmones y las ganas de seguir adelante. Después del aquí y el ahora, cuando rasgue esa carta, no habrá más pausas en su lucha contra aquello que crece en su interior. Su existencia estallará en mil pedazos, y nunca, en

ninguna circunstancia, volverá a ser capaz de desconectar, a confiar en sí mismo, a relajarse. A vivir.

Sale del bar y toma aire dos veces, obligándose a expulsarlo lentamente, como si estuviera preparándose para echar a correr todo lo que sus piernas y pulmones fuesen capaces antes de explotar en mil pedazos, lo cual, metafóricamente, era exactamente lo que estaba a punto de hacer. Escucha el violento y rítmico traqueteo de su corazón en el interior de sus tímpanos, los nervios anclados en la médula espinal. Rasga el sobre, saca un folio vulgar doblado en cuatro y comienza a leer:

«Adriana López Castella, de 27 años. Padres…».

15

Doblándose por la cintura en un acto reflejo, el vómito sale del volcán de su boca violentamente, sin previo aviso. La cabeza le retumba, el cuerpo tiembla, su mundo revienta en pedazos. Miedo y asco a sí mismo. Según iba leyendo, la angustia se iba apoderando de él. Primero dejó de respirar sin ser consciente de ello, después las piernas se vieron incapaces de sostener el peso muerto del cuerpo…, más tarde, el vacío, la nada. La arcada súbita. El miedo y la incomprensión. La muerte en vida.

Cuando termina de vomitar, la angustia no le ha abandonado. Ajeno completamente a sí mismo y a sus posibles arcadas, no siente nada. Solo tiembla, poseído por un terror brutal al significado del papel que sostiene en la mano, al demonio que lo ha escrito, a su propia letra. Inconscientemente, se deja caer al suelo y queda sentado en la acera, como un juguete abandonado. Sin saber cómo, ha conseguido terminar de leer toda la carta. Una llamarada caliente, de vergüenza y rabia, recorre su espina dorsal como si fuera una tubería anclada a un volcán en erupción. Siente el deseo de arrancarse la piel a tiras, de empezar a dar cabezazos contra la pared. Se echa las manos a la cara y, de puro odio, se clava los dedos alrededor de los ojos, marcando las uñas a modo de antifaz carmesí. Se odia. A través de la rabia se le filtra un dolor interno desgarrador. Una mano enorme y poderosa le oprime por dentro, impidiéndole respirar. Apenas le funciona el cerebro para ser capaz de formar dos imágenes mentales inconexas. El descanso, que había logrado darle una pequeña porción de fuerzas y esperanzas, se ha ido por el sumidero, alcantarilla abajo, y, como un mal maquillaje, deja una mancha borrosa y deforme en su alma. El cansancio aprovecha la grieta para atacar con fuerza, sin mirar atrás, sin dejar rehenes. Las arcadas le hacen vomitar de nuevo una

mezcla de bilis, café y ganas de luchar y entender qué está ocurriendo. La sensación de derrota se hincha de orgullo con la victoria, no queda nada más. Derrota, vergüenza, miedo… Las lágrimas lo arrasan todo, aunque, otra vez de pie en una calle atestada de gente, nadie le mira. Simplemente le esquivan como si fuera una farola o una bolsa de basura. Y eso es lo que siente que es, una inmensa inmundicia inhumana. Los portales escupen gente que solo mira al suelo o a una pantalla luminosa. En medio de la ciudad, rodeado de gente, no es nadie, no es nada. Está roto, como un gato callejero al que le falta una pata, y ahora tan solo quiere dormir, pero se tiene miedo: es justo lo único que sabe que no se puede permitir. Lo más peligroso de todo es que está muy cerca de que le dé igual, está en el límite de cerrar los ojos, abandonarse y que todo estalle en mil pedazos, dar el control a aquel ser abominable, dejarse llevar, y que sufra quien tenga que sufrir. Pero no puede, ahora ya no, después de haber leído aquello… No sabe qué hacer, pero no puede bajar los brazos ni cerrar los ojos. Llora quedamente, sin saber que lo hace. Ya no le afecta solo a él, ni a su círculo. Ahora se ha convertido todo en un juego macabro. El contenido de la carta es aberrante, propio de una mente enferma, como ahora sabe que es la suya. Empieza con un resumen concreto de personas cercanas y hábitos de cada uno de ellos, muy conciso y detallado, extremadamente aséptico, como un informe de hospital. Según avanzan los ojos, ávidos, aterrados, pero incapaces de parar, el aire se va negando a entrar en unos pulmones propiedad de un ser tan retorcido. Aparece el temor y la repugnancia al significado que va tomando cada palabra escrita, se va sembrando el temor a lo que queda por leer, y, cuando llega la parte final, el resultado es similar a un puñetazo inesperado y extremadamente violento en la boca del estómago.

Le falta el aire, tiene miedo, y parece que el suelo, de nuevo, le reclama a gritos que caiga sobre él.

La gente ve la violencia en las películas, en el telediario, y sonríe, hasta le parece excitante. La única razón es que se engaña sintiéndose a salvo, lejos de todo aquello. La maldad y el dolor existen, están ahí fuera, disfrazados de irracionalidad, de llamada

de teléfono a deshora, de una copa de más en alguien que coge el coche…, y te puede tocar en cualquier momento. Siempre hay alguien capaz de abrir tu puerta, eliminar tu alarma, hackear tu ordenador. Si fuésemos capaces de asimilar la verdad, nadie dormiría tranquilo.

La letra es claramente la suya propia, y aquella carta estaba en el buzón de Adriana. Aquello era un órdago a sí mismo. Ella conocía su letra… ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciéndose?… Una idea le golpeó sin previo aviso, dejándole helado. ¿Y si hubiera más? ¿Y si aquella carta simplemente era una de ellas? ¿Había alguien que había recibido aquella horrible amenaza?…

La sola idea de que alguien pudiera llegar a morir por aquella carta le dejó sin aliento y le hizo revolverse contra las ganas de abandonarlo todo con la irracionalidad de un animal herido.

«Piensa —se obliga—, piensa. Un detalle, algo que te dijera ese ser oscuro, algo que insinuara, algo que sepas. Al fin y al cabo…, no dejas de ser tú.»

Aquellos sueños se habían volatilizado, dejando solo el argumento principal, las ideas básicas (su otro yo, la muerte de ella, la culpabilidad de la muerte de su madre), pero, como en todos los sueños, los detalles y ornamentos habían desaparecido.

No avanza, sigue en bucle. Vuelve. «Piensa —se obliga—, piensa.»

Tuvo claro que tenía que sumergirse una vez más dentro de sí y conseguir información, pero antes debía hacer algo más urgente. Tenía dudas de si volver a casa: quizá le estuvieran esperando allí, bien la policía o el hermano de Adriana…, en el caso no tan hipotético de que le hubieran reconocido. Había mandado a alguien al hospital, mínimo con la nariz rota, eso seguro, y no era precisamente un desconocido en aquel barrio. Tampoco ganaría el premio a la visita más deseada. Justo ayer le echaron a gritos en plena calle a la vista de todo el vecindario. Aquello ya no era lo que fuera que hubiera sido antes, lo que le alejó de ella. Ahora había una agresión, un allanamiento y posibles agravantes de provocación. Pero tenía que arriesgarse, no podía dejarlo así, ¿qué

podía hacer si no?

Tomó una decisión, no se engañó diciendo que era una gran idea, ni siquiera una buena idea, pero al menos era un inicio, y eso era la chincheta ardiendo a la que pensaba agarrarse mientras caía por aquel barranco insondable. Igual que en su casa, podían estar esperando también en la puerta de su trabajo. Era muy arriesgado volver, pero antes o después tendría que hacerlo, no podía permitirse dejar de trabajar, y además estaba seguro de que allí se gestó y ejecutó el envío de las cartas. Si había un cabo suelto, solo podría estar en su asfixiante puesto de trabajo.

Un susurro le atravesó el cerebro produciendo un escalofrío: «¿Te vas a portar bien?». Eso era: portarse bien, coger los datos… Necesitaba entrar a su ordenador, buscar y encontrar alguna cosa que arrojara luz a todo esto, bien para poder hacer algo o bien para entregarlo a quien correspondiera para evitar que todo siguiera su curso, en caso de que dieran con él.

Pensando en los posibles receptores de aquellas cartas, llegó a la conclusión de que lo normal era que lo ignoraran, que no le dieran importancia, que vieran que aquello era una estupidez sin gracia. Pero enseguida venía la duda, como una ola, destrozando aquellos castillos de arena. Basta que uno solo, simplemente uno, vea la vida de su familia amenazada para que se tire al mar sin salvavidas y haga añicos su vida. Los periódicos y las novelas negras nos hacen creer que el mayor corruptor de este mundo es el dinero, y, en menor medida, el poder. No es cierto. No hay nada más corruptor que el amor, el incondicional.

¿Hasta dónde llegarías por dinero? Pon un límite. ¿Hasta dónde llegarías para evitar el dolor, el sufrimiento o la muerte de un ser querido? ¿Robarías por la fuerza una tienda de unos humildes trabajadores por una cifra importante de dinero?, ¿lo harías si la alternativa fuera la vida de tu hijo? El amor incondicional es capaz de arrasar con todos los principios morales de una persona, y no solo eso: hace que el sentimiento de culpa desaparezca. ¿Qué puede llegar a hacerse para proteger a la familia?, ¿hasta dónde se llega? ¿Hay límites en el amparo de los seres queridos, de hijos, esposas? Él mismo pensó lo que sería

capaz de hacer por que ella volviera…, aunque, en el momento en que se encontraba, esa hipótesis ya era pura utopía. Ya no era algo personal entre él y ella, era mucho más grande. Alguien puede morir, si no lo ha hecho ya, por su culpa, por sus juegos inconscientes, por su existencia horrible, indigna de los que le trajeron a este mundo. También es el único que tiene una mínima posibilidad de pararlo, pero para ello no puede dormirse, no puede dejar de ser Adrián, y tampoco dejarse atrapar, nadie le creería. Necesita pensar. Él es el asesino y el policía que se persigue, pero está cansado, herido, y necesita dormir. No puede rendirse.

Cruza como una bala por delante del escaparate de una tienda de electrodomésticos con decenas de televisores encendidos de diferentes grosores y tamaños…, todos con el mismo canal de noticias. Se le encogió el ánimo. Sintió terror de poder ver algo relacionado mínimamente con aquella carta asesina que le quemaba en el bolsillo. Miró al suelo y aceleró el paso.

Cuando llegó a la puerta del edificio donde estaban las oficinas, el corazón había decidido unilateralmente salir por la boca a grandes saltos. Sin pensar en nada, abrió la puerta del edificio. Intentó no imaginar posibles situaciones. Sentía la mirada de los vigilantes encima, pero se convenció de que solo era aprensión. Sacó la tarjeta identificativa del bolsillo trasero del pantalón y, al pasarla por el sensor, sonó un zumbido que señalaba que la puerta metálica estaba preparada para abrirle el paso. La espera del ascensor se le hizo eterna; una vez dentro, se permitió unos segundos de relajación. Estaba solo, y nadie le había parado ni dicho nada. Llevaba dos días sin venir por aquí, pero no tenía tiempo para explicaciones ni conversaciones banales con nadie, ya fueran compañeros o jefes. Decidió salir a su izquierda, siguiendo el camino más largo, evitando así pasar por las máquinas de café, donde sin duda alguien intentaría pararle. Sacó el móvil y se fijó en la pantalla oscura, únicamente para no mirar a los lados. Se vio la venda de la herida y bajó la manga todo lo que pudo para evitar que aquello llamara la atención. Era consciente de que estaba sin afeitar y necesitaba una ducha; se sintió incómodo por ello, pero solo consiguió romper a sudar por el aumento de tensión. Sentía

que dejaba un rastro tras de sí de olor a miedo y sudor agrio. Al llegar a la puerta de su departamento resopló una, dos veces, y entró como si fuera un día cualquiera. Aquello parecía una colmena llena de pequeños hexágonos donde cada abeja obrera producía la miel para uso y disfrute de la abeja reina, cuyo despacho estaba dos plantas más arriba. Como si fuera un ratón conocedor del laberinto en el que había estado encerrado media vida, sorteó aquellos habitáculos donde era casi seguro que tuviera que dar explicaciones. Al llegar al suyo, prácticamente se arrojó dentro, dejándose caer en la silla. La camiseta se le pegaba al cuerpo, provocando una angustiosa sensación de asfixia. Los paneles que separaban unos cubículos de otros estaban en torno al metro sesenta de altura, de manera que si alguien se ponía de pie era susceptible de ver toda la planta y también de ser visto, pero sentado en la silla se desaparecía del resto del mundo, logrando aislar al trabajador con su trabajo. Polen para convertir en más miel.

De un simple vistazo comprobó que todo seguía igual. Era un fugitivo, imaginario o no, y ver que nadie se había interesado en su trabajo le tranquilizó. Buena señal. Encendió el ordenador mientras buscaba los informes escritos de la última semana que asistió al trabajo. De un simple vistazo no vio nada raro.

Escribió la contraseña y el usuario en su ordenador de cuatro o cinco generaciones atrás, y mientras este se desperezaba arrancando ventiladores y procesadores con reúma, se volcó de nuevo en los informes escritos. Buscó todo lo que tenía de aquella semana fatídica, y el resto lo dejó caer al suelo, ajeno a donde aterrizara. Lo revisó todo, pero no había ningún borrón extraño, ninguna marca, y obviamente ningún *post-it* donde pusiera «busca aquí posibles pistas», aunque eso le hubiera ayudado.

Los informes en papel eran plantillas preimpresas donde los comerciales telefónicos escribían, la mayoría de las veces con letras ilegibles, datos de contacto que arrancaban con cuentagotas de posibles clientes. Quizá un número de DNI, un nombre, una dirección de correo electrónico… Luego, él era el encargado de sacar una ficha de posible cliente con toda esa madeja de datos, la

mayoría de las veces falsa y sin ningún tipo de conexión. Es decir, de un simple DNI, podía salir una ficha entera de nombre, dirección, *e-mail* y vínculos con otros posibles clientes. Para ello tenía el apoyo de diferentes programas informáticos y distintos buscadores de internet.

Rápidamente entendió la conexión con aquella carta abominable. Todos los datos de contacto y de gente relacionada; familiares, vecinos e incluso compañeros de trabajo. Su ser oscuro se había aprovechado de su trabajo para esparcir las semillas del mal y el dolor.

A lo largo de toda la semana había marcado como completas tres hojas enteras de aquella macedonia de datos, lo que según el ordenador correspondía a setenta y tres nuevas fichas creadas para que el departamento de al lado, los «afiliadores», sean lo suficientemente pesados y constantes para conseguir nuevos clientes. Aquello era un callejón sin salida…

El ring del teléfono fijo le hizo saltar de su incómoda silla. Dudó en cogerlo. Estaba centrado en algo; notaba que estaba ahí, cerca de su mano, pero no acababa de verlo…, o quizá simplemente quería agarrarse a la idea de que algo había y tenía que estar allí.

—¡Dígame!

Había una respiración tensa, contenida, al otro lado de la línea. Se asustó.

—¿Sí? —Su tono ya no era tan seguro. Tenía miedo y no lo disimulaba. Algo iba mal.

Entonces reconoció la voz nerviosa y entrecortada de Paco, el encargado del correo y conserje de la oficina. Nada pasaba en aquella colmena sin que él se enterara; otra cosa es que a él le interesara que aquello se supiera.

—Quizá te convendría salir ya de aquí. Quizá deberías no salir por la puerta hacia los ascensores. Podrías salir por detrás, al almacén de impresos; de allí al vestíbulo donde están los aseos y bajar por las escaleras. Vienen a por ti. Adiós.

Se puso en pie como un resorte y le extrañó que las piernas fueran capaces de sostenerle: le temblaban como nunca lo habían

hecho. El miedo y la sensación de irrealidad le explotaron dentro, dejando fuera cualquier otro sentimiento o sensación. El temblor del pánico puro le invadió, haciendo tiritar todo su cuerpo.

La puerta principal se abrió y tres policías nacionales uniformados se materializaron como la reencarnación de la mayor de sus pesadillas. No podía ser una casualidad, no con aquella llamada de advertencia. Flexionó la cintura de manera que no pudieran verle y que simplemente levantando la cabeza él sí pudiera seguirles con la vista e identificar su camino. No tenía tiempo, tenía que decidirse ya. Dejarse alcanzar y entregarse, o salir agachado por la ruta que Paco le había dado. Entonces en su cabeza algo hizo un ligero clic y las piezas encajaron. Tres policías. Tres. Ese absurdo número cualquiera iluminó todo el puzle en un segundo.

Perdiendo de vista a los policías que le acechaban, cogió las tres hojas de informes y buscó en márgenes y caras traseras alguna posible anotación más, una señal. Nada. Cada comercial cobraba un incentivo monetario por impreso relleno, por lo que era absurdo llenar con datos fuera de las casillas estrictamente marcadas para ello; eso era perder tiempo y dinero. De un rápido vistazo vio que cada fila tenía al menos un dato, no había ninguno en blanco ni tachado. Nunca era fija la cantidad de casillas a rellenar por hoja, dependía siempre del grado del comercial y del horario que tuviera, pero, por política interna, sabía que siempre eran pares. Una brillante consultora alemana había cobrado un buen cheque por definir y desarrollar cosas absurdas como esa. Aquí en concreto había desarrollado un informe de diecisiete páginas donde señalaba que agrupar las familias de datos en números pares, aunque no fuera conscientemente, hacía trabajar la parte emocional del cerebro, ya que todo quedaba emparejado, e inconscientemente se interiorizaba que no quedara ningún cabo por atar. El informe terminaba señalando que así el cerebro producía endorfinas que provocaban que el trabajador, sin motivo aparente, estuviera de mejor humor y más unido a su trabajo. Por tanto, era imposible que hubiera cincuenta y una filas de datos en los últimos tres días, viendo que todas las hojas estaban

completamente rellenas, contando las últimas veinticuatro horas, cuando no asistió al trabajo. Cincuenta y dos o cincuenta, bien, pero no podían ser impares. Nunca. O bien se informatizaron menos fichas de lo que había reflejado en los papeles, o bien, debido a que no había ninguna nota ni apunte en estas, aunque sí estaban selladas, parecía obvio que se había trabajado en más fichas de las que debería, buscando y tirando del hilo, en páginas de internet y listas de clientes compradas a otras empresas, hasta conseguir un posible cliente con los suficientes datos como para que mereciera la pena rellenar el archivo telemático.

Se asomó ligeramente y vio cómo los policías se habían separado y se dirigían hacia él por diferentes vías entre los panales de los trabajadores. Venían tranquilos y confiados, justo como él no estaba. Se volvió buscando la ruta alternativa, y la vio aún despejada. No quedaba mucho tiempo para que le taponaran cualquier posibilidad de escape. Puso en pantalla el archivo filtrado por la última semana, y en paralelo puso el papel, buscando las discrepancias. No le costó dar con la primera: ahí estaba el nombre de Segismundo Pérez Torca, cuyos datos no aparecían en el papel. Aquel nombre no le decía nada, pero no era el momento. Cada segundo era crucial. Pareció localizar otra discrepancia: Ernesto López López. No había tiempo para asegurarse al cien por cien; en realidad, no había tiempo para más: en los próximos segundos tenía que decidir entre dejarse atrapar y ver dónde conducía aquello o mantenerse inclinado y, sin pérdida de tiempo, salir por detrás, camino al almacén de impresos.

Antes de que los policías tomaran la decisión por él, sin tener muy claras las consecuencias, resopló y eligió su propio camino.

SEGUNDA PARTE

El mundo gira indiferente

0

La carta

Adriana López Castella, de 27 años. Padres: Carlos (el insoportable) e Inés (la puta histérica), 62 y 61 años respectivamente, con domicilio en la calle Beirut, una casa del tercer piso, fea de cojones. Allí en el salón duerme el montón de mierda que es ese perro salchicha que tenéis, Wally, un estorbo que no vale para nada…, aunque hay que reconocer que tiene bastantes más neuronas que el imbécil de tu hermano, Enrique López Castella, de 31 años. Un payaso sin media hostia al que nadie le ha explicado que lo mejor que podía hacer es suicidarse. Tus abuelos murieron, menos uno, el paterno, pero ese no me interesa. Hace años que no habláis con él y no me sirve para hacerte daño. Para haceros daño.

Y es que de eso es de lo que va esta carta, querida zorra. De hacerte daño, de que sufras como te mereces, como os merecéis. Justicia. Te lo voy a dejar muy clarito: vas a llorar sangre, vas a escupir a un cielo sin Dios que te va a devolver tu propia saliva en la cara. Seguimos con el bla, bla, bla… Hasta aquí nada nuevo: una familia que aspiraba a algo y se quedó en nada, un fracaso más de un padre de familia vulgar que soñaba con un jardín donde sus hijos jugasen con música clásica de fondo y no ha podido salir de la mierda de barrio donde nació. Pero, redoble de tambores, eso es únicamente el principio. Fuera de estas paredes tienes a tus amiguitas… La primera de la lista: Mercedes Toribio, casada con Francisco Muñoz (el cual, por cierto, se folla a todo lo que se mueve; normal, con lo que tiene en casa…), domicilio en calle Beltrán, encima del supermercado,

piso 9.º. Con dos hijos insoportables, pero estupendos para mis fines (duda meramente científica: me pregunto si el chasquido de sus huesos sin acabar de formar será más dulce, más sutil, que el de alguien adulto).

Pero hay más, continuamos para bingo, hagan juego señores, la bolita del sufrimiento sigue girando… La vecina Loli, el eterno aspirante a comerte el coño, Emilio, tus dos primas pequeñas, ya sabes, la fea y la fea de cojones. Te haces a la idea, ¿verdad que sí? Muy lista nunca has sido, pero a sumar dos y dos supongo que llegarás. Podría seguir, pero me aburre seguir pensando en esta mala imitación de la familia Monster. Quédate con la idea básica: te tengo totalmente controlada.

Tienes 72 horas. Ese es el plazo. Tres días para ser tú la causante del dolor que me gustaría servirte en bandeja de plata. Mánchate las manos de sangre, llega hasta el fondo. Si en 72 horas no acabas con la vida de una persona (me toca los huevos raza, sexo, religión y edad), le tocará el premio gordo multiplicado por cuatro a al menos una de las ¿personas? que han ido pasando por esta carta. Al menos una, que te quede claro. Nunca sabrás cuándo este juego ha acabado. Si es que alguna vez acaba.

Quizás no hoy, ni probablemente mañana. Pero sí en breve. Los iré tachando, uno a uno. No solo habrá muertos, eso sería demasiado fácil. Habrá dolor, mucho dolor. Y sillas de ruedas, huesos rotos, falta de dientes… ¿Sabes ese ejército que, en la guerra, en vez de matar a los enemigos, simplemente los mutila?, así siembra más dolor y desesperanza. Pues ese soy yo. Mua, mua. Por cierto, de esta no te vas a salvar de chupármela tan burdamente como lo hacías antes.

¿Farol? Puede ser. Arriésgate a comprobarlo. Sabes dónde vivo, ven a por mí. Llama a la policía, detenme, llénate más de mierda. Pero recuerda que la vida hoy en día vale lo que vale, y ya para todo hay ley de oferta y demanda. No hay nada que no tenga precio. Simplemente se paga y se vende. Y no sois precisamente personas muy caras en el mercado de la paliza y la bala en la espalda.

Con todo mi cariño.
Tuyo siempre,

Adrián

P. D.: Mata, o llora la muerte de los tuyos, zorra.

1

Pato mueve la cabeza muy despacio, de izquierda a derecha, negando algo que solo verbaliza en su cabeza. Piensa que algún día será capaz de poner sus cartas sobre la mesa, aunque, por otro lado, desea con todas sus escasas fuerzas que ojalá no sea hoy. Quizá sea por la situación, quizá únicamente por el momento. Quizá es que nunca será el momento, piensa con desgana. Lucía permanece sentada en el sofá, arañando inconscientemente con su uña del pulgar lo que pudiera ser una gota de sangre seca.

Parece que llegamos a la escena cuando ya está todo gritado, por lo que el eco del silencio empieza a hacerse fuerte. Hay silencios que retumban como tambores en quienes los escuchan, y este es uno de ellos. Ambos entienden el juego, y romper ese silencio puede hacer romper muchas otras cosas. Demasiados posibles futuros penden de un hilo como para empezar a cortarlos al azar. Ambos se asemejan a boxeadores heridos, cada uno en su rincón, cogiendo fuerzas, o no, para otro asalto más. El frío gélido de la tensión inicial había dado paso al calor de los reproches y las insinuaciones veladas. Pato se frotaba la cara con ambas manos, una y otra vez, intentando calmarse y no volver a decir cosas que no pensaba; no ahora, con la piel de ambos tan permeable a filtrar solo lo malo.

—Esto no funciona —dijo Lucía. El rímel corrido por una lágrima no tan furtiva como desearía, la piel en torno a la boca fruncida, haciendo que breves surcos producto de la edad y de la crispación que siente arañen la comisura de sus labios finos, casi inexistentes. Después de toda una noche sin dormir, de guardia, su imagen no refleja su fuerza y empuje habituales. El pelo revuelto por habérselo restregado por la desesperación varias veces en la última media hora, puños fuertemente apretados, cansancio más

mental que físico y un breve apunte de ganas e ilusión por salir de esta situación que empieza a resquebrajarse. Por lo dicho, por lo oído, por lo callado, por lo reprochado, por lo gritado.

—Esto no funciona —volvió a susurrar Lucía. No hicieron falta aclaraciones. Él entendió perfectamente que no se refería a la conversación, la cual, por otra parte, tampoco es que hubiera funcionado. Otra vez, manos frotándose el rostro; otra vez, piernas que flaquean; otra vez, una batalla que no está seguro de querer ganar. Tampoco sabe qué es ganar. Solo se lanzan reproches, por lo que si lo pensaran fríamente no sabrían señalar quién es el ganador. ¿Quien más daño hiciera?, ¿quien obtuviera el insulto más grande?… Todo empezaba a ser absurdo. Y eso que aún no habían tocado el tema más espinoso. Sin verbalizarlo, Pato solo era capaz de pensar que necesitaba cinco minutos, «Solo cinco minutos fuera de aquí, que me dé el aire». Coger impulso, despejarse… No sabe muy bien la razón, solo sabe que necesita salir de allí. Se ahoga, le falta el aire, y empieza a exteriorizar lo ansioso que se siente internamente.

—Te juro que quiero intentarlo, no quiero decir nada que sea… Pero tengo que… —Una vez llegado ahí, Pato calla, consciente de que no es el momento de dar la impresión de que tira la toalla. Tampoco quiere hacerlo, cree. «Necesito salir de aquí un momento —se dice—. Solo es eso. No puedo pensar.»

Entonces ella sí, sin ganas de usarlo como reproche, solo como un comentario, volvió a sacar el tema.

—¿Sabes qué me gustaría? Que vinieras a mi rescate, que lucharas por mí como lo haces por él.

Ese «él» retumba en toda la habitación. Se queda agarrado con ambas manos de los oídos de ambos, como si su espectro estuviera allí sentado en medio. Él tiene nombre, Adrián, amigo del alma de Pato desde hace muchos años.

—No vuelvas a eso, por favor. ¿Qué pinta él aquí?, esto es nuestro… —El tono de Pato ahora sí es de hastío y rendición. Nota que unas lágrimas se acercan tímidas a sus lagrimales. Tiene los cojones de sacar a Adrián en la conversación, con lo suyo a plena vista…, piensa. Pero calla.

—Sabes que nunca hubo un «nosotros» tuyo y mío; ni siquiera cuando llegó Eduardo fuiste capaz de dejarle fuera. ¿Sabes lo peor?: siempre tuve celos, Pato. Me veo como la otra en vuestra relación, la tercera, la que os impide ser plenamente felices.

—No puedes culparme por cosas que sientes que no tienen sentido. Joder, Lucía, es mi amigo, lo está pasando mal, me necesita. —Otra vez asoma el nombre del profesor de Lucía a su boca, pero se lo traga, y la bola de acero que le llega al estómago tiene sabor amargo y es realmente pesada.

—¿Tu amigo? —Una carcajada sin humor, cínica, dolida, sale de su boca cansada—. ¿Y qué soy yo, Pato?, ¿quién soy yo? —Le mira directamente a los ojos—. Quizá ese es el problema, que nunca quedó claro. Y no te culpo por lo que siento, solo reflexiono, te lo tiro a la cara para que reacciones, o al menos que no te pille por sorpresa… No quiero hacerte daño, de verdad, pero no puedo más… Estamos en dos planetas diferentes, y tus ganas de luchar no son por mí. Son para tu «amigo». —En su tono de voz suena a insulto—. Porque, claro, no sabemos quién soy yo… Y no te engañes, no son celos en el sentido estricto, no de él; son celos de no tener yo a alguien así, alguien que esté para todo, alguien que…, alguien… —Las fuerzas la abandonan y vuelve a callar. Cierra los ojos y echa la cabeza para atrás, dejándola apoyada en los cojines del sofá—. Eres mi marido…

—Me tienes a mí. —Se muerde la lengua. Otra vez Adrián, y no es justo. No hablamos de su profesor de tesis, más tarde amigo, más tarde confidente, más tarde no lo sabe. Ha visto mensajes suyos. Cierto que no está orgulloso: le ha mirado el móvil a escondidas. Pero, quitando los escrúpulos, hay bastante más de lo que ella admite. Dice que le protege, que no hay más que una simple amistad, que lo tapa un poco todo para que él no lo pase mal por algo que no tiene sentido. Cojonudo. ¿Entonces por qué coño le miente?

Es el turno del silencio entre los dos otra vez. Eduardo se queja allí lejos, en su parque de juegos, pero aún no lo suficiente como para ir a por él, dejando inconclusa la conversación, aunque ambos saben que hoy no sacarán nada en claro. Pronóstico de los

próximos días: más silencio y ambiente cargado.

Cuando Pato estaba olvidándose ya de su última frase y el pensamiento de salir de allí volvía a atenazar su cerebro, ella retomó el frágil hilo que les unía en aquel momento.

—¿Y por qué siento que ya no estás, que ya no estamos? —Por el tono de voz es más una reflexión, un susurro, que una frase que parezca querer continuar el diálogo. Pero Pato ahí sí sabe contestar, se agarra a aquella oportunidad como un náufrago a una tabla de madera.

—Lucía, te quiero, lo sabes. Quizá la culpa es mía, no he sabido estar a la altura… —Ella suelta otro quejido gutural, levanta la mirada y, con ella, el resto del cuerpo del sofá, y en ese momento Pato toma conciencia de que se había equivocado de tabla, se había agarrado a una que no flotaba. De hecho, parecía llevarle de cabeza al fondo del mar.

—No me vengas con eso, no me jodas, ¿el camino fácil?, ¿tú? —Parecía realmente decepcionada—. ¿Quieres que te suelte el discursito?: no hay culpas, bla, bla, bla…, somos los dos, y el niño y Adrián… Joder, Pato, no sé ya de qué coño estamos hablando…

—Yo tampoco. —Vuelve a intentar quitar tensión, relajar el momento—. Al menos ahora no nos gritamos.

Vuelve a pinchar en hueso.

—Pues tampoco me siento mejor.

Pato no cree necesario verbalizar lo obvio, que tampoco es que ahora él se sienta mejor. Más cansado sí, pero mejor no. Más derrotado, también. Más tranquilo, ni mucho menos.

Lucía vuelve al bucle espacio-tiempo de hace unos minutos, y, sin ser plenamente consciente de estar hablando en alto, rasga el silencio:

—Esto no funciona, así no, al menos.

El «necesito salir de aquí» se ha hecho fuerte y martillea una y otra vez su cerebro, derrotando a cualquier otra idea, cualquier otra palabra, cualquier otra cosa. Pero aún hay un mínimo de sentido común en su cerebro y, en vez de coger la puerta, abre la boca:

—Yo quiero que esto funcione. —Aparte de su sentido común,

siempre ha tenido un lado salvaje, rebelde, *wild life,* al que le gusta asomarse al abismo, y es ese Pato temerario quien le empuja a seguir hablando—. ¿Y tú?

—Supongo que sí. —Desde luego, ilusión no es la palabra que define esta declaración de intenciones.

—¿Supones? —Pato siente que su temperatura corporal ha debido bajar cerca de diez grados centígrados.

—Es todo lo que ahora puedo decirte. —En cambio, ella permanece igual. Pandora indiferente abriendo la caja de los truenos—. Sigo sin poder mentirte, nunca pude, maldito cabrón. —Después de lo dicho, el único insulto verdadero suena en este contexto como una tímida caricia, un beso furtivo.

—Para no poder mentirme nunca… —En el peor momento, con la guardia baja, Pato deja salir un poco de la bilis que tenía guardada durante la confrontación anterior. El martillazo resuena como redoble de campanas. Ambos saben a qué o, más bien, a quién se refiere. Lucía acusa el golpe.

—No tengo ni puta idea de qué podemos hacer, pero o nos lo escupimos todo a la cara o nos vamos a la mierda los tres. —Lucía hablando claro. Pato espera que el tercero de la ecuación sea el pequeño Eduardo. No se atreve a pedir explicaciones.

El silencio después de esta frase es más denso, significa más cosas, anochece figuradamente en el salón y en su interior. Y es que, después de esa frase, por primera vez surge en sus mentes la idea de que quizá es el fin. Que hasta aquí han llegado. Última estación, sin saber cómo, su tren cogió ese andén con destino a ninguna parte. Los dos entre velos opacos y negros, sin claridad, empiezan a intuir un futuro que es casi presente, en soledad, un era, un fue. Y en el estómago de ambos una ligera sensación de malestar y ahogo repentino. Como si hasta ese momento hubieran estado jugando a un juego del que no sabían las reglas, y ahora, que ya las saben, bajo sus pies se abriera un abismo. Dudan, pero ninguno habla. Él calla mirando a la nada, ella hunde su rostro en el hueco de las palmas de sus manos, más resignada que triste, y eso es lo que hace que piense que quizá sí, que hasta aquí han llegado. «Fue bonito —piensa—, o quizá aún lo sea.»

El móvil de Pato es el único que se atreve a romper el silencio. Y lo hace con lo que es un desafortunado tono que retumba en los oídos de ambos. Barricada declara que mira sin ganas el reloj, que ya dieron las diez y aún su colega estará esperando en un billar. Es incapaz de colgar ni de coger el teléfono, por lo que la letra va cayendo como plomo en un ambiente ya bastante cargado. Es un tono personal que Pato guarda solo para alguien, un para alguien que ambos conocen, un tono que siempre sabe a juventud y recuerdos, pero ahora sabe amargo y a futuro negro. Barricada hablando de amistad, de tiempos pasados, de viernes de conciertos en tugurios llenos de humo y cerveza caliente en grandes recipientes. Barricada, Platero, Extremo…, grandes noches que van cayendo en el saco del olvido.

«No es el momento, Adrián, no me jodas», piensa Pato. Dispuesto a no cogerlo, deja sonar el teléfono vaciando de aire el salón mientras el estribillo suena una y otra vez, haciendo que respirar sea cada vez más trabajoso. No se atreve a levantar la vista, no se atreve a mirar ni de refilón a Lucía. Ahora sí, el calor que siente se hace insoportable. Sabe que se le han teñido las orejas de rojo vergüenza. Los segundos se convierten en horas, y esa maldita canción no acaba nunca.

Lucía, consciente de que Pato es incapaz de mirarla a los ojos, levanta la bandera blanca y, sin dar explicaciones, se dirige a la puerta que sale al pasillo, camino de la ducha.

—No hagas ruido al cerrar —murmura. Y no siente nada al decirlo.

2

«Adrián, no me jodas —tuvo ganas de gritarle—. Justo ahora, no.» Pero el tono de voz le preocupó y se tuvo que recordar que no podía caer en esa trampa. Adrián no tenía ninguna culpa en ese vertedero en el que estaban cayendo Lucía y él, así que le dijo que sí, claro, que iría a su casa y que, con el juego de llaves que guardaba, le cogería ropa y tres o cuatro cosas más. Sinceramente, no cayó en la cuenta de pedirle explicaciones. Tenía en la cabeza tantas cosas que simplemente accedió actuando como un autómata. Incluso ahora, pasados unos minutos, siente una punzada de culpabilidad al abrazar cierto alivio por tener donde agarrarse para salir de aquella situación. Simplemente se trataba de posponerla y echar más piedras a esa mochila que ambos iban cargando en su relación, pero salir de ahí le hizo tomar un aire fresco inconfesable.

Ahora, más calmado y despejado, con algo de perspectiva, sabe que Adrián tendrá que tener una buena razón. Es más, no le valdrá con tenerla. El propio Pato deberá analizarla y juzgarla como aceptable para haber dejado allí a Lucía a punto de sacar a la luz lo que ambos temían e iba germinando en su interior.

El plan que Adrián le había dictado ante su sumisión y silencio era sencillo. Pato debía ir a su casa y, una vez cogido lo necesario, se verían en la entrada del portal de la casa que compartía Pato con Lucía (al menos de momento, piensa con una punzada de dolor) para poder darle la maleta y algo más, piensa un ahora más ligeramente centrado Pato, es decir, un par de explicaciones. Por primera vez fue consciente de que aquel itinerario propuesto no tenía ni pies ni cabeza, y eso fue, precisamente, lo que pensó que iba a arrancarle al desgraciado de Adrián: la cabeza. «Al menos hay que reconocer que me ha dado una excusa para salir de allí —volvió a pensar—. Punto para él.»

Adrián no había hablado de urgencias, así que, en vez de coger el coche, se permitió el lujo de andar unos minutos antes de entrar en el metro, lo justo para despejar la mente. En realidad, únicamente buscaba tiempo, intentando no pensar en su castillo, la fortaleza que creía tener firmemente construida a su alrededor y que ahora se revelaba de arena y cartón mojados, aunque también era consciente de que nunca se le dio bien eso de llegar a conclusiones cuando estaba solo. Siempre le llamaba la atención, en las películas y en la vida real, cómo la gente alardeaba de tener grandes ideas mientras paseaba en soledad. Un detective en el cine va por la orilla del mar, descalzo, y de pronto, de la nada, le viene a la cabeza el detalle clave con el que resuelve el misterio. Ahí va el ajado y taciturno policía a punto de jubilarse, incapaz de resolver el asesinato que incumbe al amigo de la infancia, cuando, de pronto, con música de violines estridentes, se fija en una concha rota en el suelo y, entonces, con una serie de *flashbacks* rápidos en pantalla, acaba dando con el culpable esposado y el detective tirándose a la rubia. Pato era consciente de sus limitaciones, al menos de esa, y se reconocía incapaz de aprovechar tanto un paseo consigo mismo; no se consideraba tan listo. Así que simplemente se concentró en despejar la mente, tomar un breve respiro ante lo que intuía que se le iba a venir encima.

Las grandes acciones de su vida habían venido tras muchas vueltas y revueltas en su cabeza o brindando con unas cervezas de más, normalmente con Adrián. Así vino la decisión de atreverse a dar el paso con aquella psicóloga que le traía de cabeza, Lucía. Adrián fue el que le hizo ver que su vida sería mucho mejor con ella, y así había sido hasta hace unos meses. Para ser justos, y solía serlo consigo mismo, aún lo era. No podía imaginarse, en frío, una vida sin ella, sin su visión de la vida, sin su fuerza, sin su cariño. Y eso se le hacía una gran bola en el estómago. Sin darse cuenta, con esa amalgama de pensamientos en la cabeza, fue por primera vez consciente de que ya estaba en el metro, apenas a dos paradas de la casa de Adrián.

Adrián… ¿Qué era esa fuerza que los mantenía unidos? Nunca lo había pensado hasta ahora. Lo que con otros era demasiado

tiempo como para preguntar un qué tal o contar algo, con Adrián nunca lo había sido. ¿Qué era esa fuerza, eso que se llama «amistad», eso que les hacía contar el uno con el otro sin alardes, ni estridencias, ni reproches? Hasta ahora era algo asumido, no había motivos ni razones. ¿Por qué Adrián sí, y los cientos de personas con los que se había cruzado en la vida no? Muchos habían ido desapareciendo, y otros pocos entrando, pero ellos dos ahí seguían, juntos. No sabía explicárselo a Lucía. No solo era el tiempo vivido, ni las experiencias pasadas, era algo que no podía explicar, y tampoco veía por qué tenía que hacerlo. Simplemente pensaba que tenía suerte de contar con Adrián, y desde luego para Pato no era ningún esfuerzo estar ahí para lo bueno y lo malo. Como muestra, un botón.

Hubo dos, tres intentos previos hasta que Pato por fin encajó la llave correcta en el cerrojo de la portería. Esos segundos de ensayo-error fueron el tiempo justo que aquel hombre aprovechó para, a la carrera, llegar antes de que se cerrara la puerta y colarse dentro tras los pasos de Pato. Allí fuera, en la calle, al pasar por la esquina del edificio, había un hombre apoyado, fumando, mirando hacia ese portal. Sujetaba, en una de sus manos ajadas, unas gafas de sol de pasta blanca, las cuales no se decidía a dejárselas puestas o quitárselas, y así bailaban, de la cabeza a sus manos, alternándolas con el cigarrillo perenne que siempre ocupaba una de ellas. En ese momento, al pasar uno al lado del otro, ambos se habían ignorado, ajenos a su mutua existencia, pero al ver que el joven entraba en ese portal en concreto, el hombre se irguió, tenso, y dejó caer una colilla al suelo, donde fue a unirse con al menos otros siete restos de cigarros aplastados por el mismo pie, el suyo, los cuales no habían servido para tranquilizarle lo más mínimo. Las gafas encontraron, por fin, acomodo en el bolsillo interior de una chaqueta tan oscura como la sombra de una barba de tres días, descuidada, que le tiznaba la cara, dándole un aspecto siniestro.

Una vez dentro del portal, el hombre frenó en seco; no quería alarmar a nadie. Fingió buscar algo en los bolsillos, quizá el móvil, quizá las llaves, y dejó que el joven que le había abierto la puerta cogiera el ascensor y desapareciera de su vista. No hubiera hecho

falta tan pobre improvisación, pues nadie reparó en él. Ciertamente, aquel chico parecía muy nervioso, quizá más que él. Una vez solo, respiró profundamente y siguió en la pequeña pantalla superior del ascensor los pisos por los que este iba pasando. Se paró en el tres, y esto sí le causó mayor impresión. Se acercó a los buzones, y con el dedo índice fue repasando los nombres hasta dar con el que buscaba: Adrián y Adriana, piso tercero, letra B. Miró instintivamente hacia el techo, como si con superpoderes pudiera ver desde allí aquel piso, y se preguntó si aquel joven que había entrado… Tenía que intentarlo, no había llegado hasta allí para pararse ahora. Descartó el ascensor, y, a la carrera, más impulsado por los nervios que por un estado físico que había vivido tiempos mejores, subió por las escaleras hasta el segundo piso. Las gafas de sol habían vuelto, sin saber cómo, a una de sus manos. Una vez en el tercer piso, paró y, con el retumbar de los latidos del corazón en ambas sienes y la falta de aliento en los pulmones, llegó, despacio, hasta la puerta que separaba la escalera del rellano de la planta. No conocía el edificio, así que se asomó al quicio de la puerta con cuidado y localizó, al final del pasillo de la derecha, una puerta que permanecía entreabierta. No era capaz de enfocar desde allí las letras que parecían gobernar cada puerta de entrada a los diferentes hogares. Allá abajo chirrió una pesada puerta de acceso a las escaleras: alguien subía. Sabía que alguien que permanece en el rellano de una casa ajena iba a levantar más de una sospecha, y no quería hacer saltar la alarma ni que nadie se fijara en él, no aún, por lo menos. Viéndose atrapado, salió al pasillo del tercer piso y, sin dudar ni pensarlo, se dirigió a la puerta abierta. A media distancia enfocó perfectamente la letra: efectivamente, era la B. Aquel joven nervioso había entrado en la puerta que él estaba buscando. Abrazar esa certeza le disparó la adrenalina en su torrente sanguíneo y rápidamente comenzó a planificar los siguientes pasos.

En esa misma casa, ajeno completamente al hombre que estaba apenas a cuatro metros de él, a Pato se le caía el alma a los pies. Dentro de esas paredes solo se sentía frío. Las habitaciones estaban semidesnudas, tristes. Las sombras de cuadros que una vez

estuvieron colgados en el salón se alternaban con pósteres puestos con desgana, como tiritas intentando parar una sangría mortal de sensación cero de hogar. Obviamente, no lo conseguían. Buscando ropa, encontró más de la mitad de los cajones vacíos, y el armario a medio llenar. Otro montón de ropa, sucia y doblada de cualquier manera, permanecía moribunda en el suelo de un baño no del todo limpio. Platos sucios en el fregadero, pelusas volando al libre albedrío. Nula sensación de hogar. Y entonces sintió miedo, mezclado con pena, al pasarle por la cabeza que quizá estaba viendo su fantasma del futuro. Fuera de toda duda, tenía claro que no era eso lo que quería, que quería seguir como estaba, acumulando fotos y recuerdos con Lucía y Eduardo. Una lágrima acudió sutil al ojo, y, entonces sí, creyó entender por qué Adrián no atendía sus llamadas; algo dentro de él le hizo saber que él tampoco lo haría. Necesitaba más que una mísera llamada, quizá fuera verdad que necesitaba tiempo y espacio, y ver todo aquello desde dentro, como en el ojo de un huracán, donde no te alcanza y eres capaz de ver todo alrededor estallando en mil pedazos. Quizá solo entonces seas capaz de empezar de nuevo. Con lo que consideraba necesario apagó la luz del recibidor y se volvió una vez más para ver los restos del naufragio de su amigo Adrián.

Justo cuando se apagó la luz dentro del domicilio que le interesaba, aquel hombre que estaba en el pasillo, entendiendo que solo faltaban segundos para que alguien saliera, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta de las escaleras, donde, mirando al suelo, las fue bajando, nervioso y torpe, mientras se cruzaba con un chiquillo de unos 8 años despreocupado y ajeno completamente, no solo a la presencia de aquel hombre, sino a cualquier atisbo de vida en torno a él.

Jadeando por los nervios y la tensión, intentando tranquilizarse, cruzó de nuevo la calle, esperando que, en breves segundos, aquel joven saliera a la calle. Se preguntó cómo podría seguirle y si daría con Adrián para, por fin, poner las cartas sobre la mesa y ajustar cuentas pendientes.

Mientras tanto, cerca del portal donde Pato y Lucía viven sus últimas guerras, un confuso Adrián permanece sentado, creyéndose

aislado del resto de la humanidad, oculto entre los árboles del parque. Allí es donde ha quedado con Pato, y allí es donde parece que, por fin, empieza a tranquilizarse. Todo a su alrededor pasa como en una mala película, sin que Adrián le preste interés ni le afecte lo más mínimo.

Cuando se vio en la oficina, enjaulado, con la policía a escasos metros de él para cogerle, dudó. Y ahora no se arrepiente de su decisión. Se escabulló sin mirar atrás, salió a la calle y, después de ordenar sus ideas y siguientes pasos todo lo que su alterado cerebro pudo, llamó a Pato. Pensó que si no le daba explicaciones no le haría partícipe de nada, no habría nada que la justicia pudiera reprocharle. Y así lo hizo. Nunca jamás pensó que podía llegar a esa situación. Solo era un tipo normal y corriente, que se consideraba a sí mismo tirando a cobarde y acomodado. Ahora su cuerpo tenía múltiples cicatrices físicas y heridas abiertas, y su alma no dejará de sangrar por los siglos de los siglos. ¿Por qué no se entregó?, ¿por qué no dejó que todo, por fin, acabara? Como en la mayoría de las preguntas que se hacía, la respuesta era ella. Tenía que protegerla como fuera. Ya era lo único que importaba. Sabe que tendrá que vivir el resto de sus días, y sus correspondientes eternas noches, con un peso enorme en su conciencia maltrecha. Por eso ya se siente perdido, roto, y, como si fuera un perro apaleado, solo pretende seguir protegiendo a su amo. Ya solo importa ella, y, aunque sea de él mismo, solo puede protegerla manteniéndose en la calle y alerta. Buscando un plan en su cabeza, un plan que, como un laberinto, va haciéndose y deshaciéndose en su mente, cogiendo caminos imaginarios para plantearse dónde llegaría y descartarlos, volviendo a la encrucijada anterior. Lo que le parece una buena idea, al rato es horrible, y vuelve sobre sus pasos para buscar otro camino que lleva a una salida que ahora mismo ni se atreve a imaginar, de lo lejos que le queda.

Tampoco es capaz de olvidar esos dos nombres que había sacado del listado de datos de su trabajo. Segismundo y Ernesto. Los nombres no le decían nada, ¿por qué ellos? Pero si solo fueran ellos dos los que interesaban a su ser oscuro, no habría sido capaz

de dar con los nombres, pues el número de fichas seguirían siendo pares, y la bombilla que le hizo ver que la clave estaba en los números impares no se le hubiera encendido. Al menos había otra persona más involucrada en todo esto. Un mínimo de tres destinatarios de aquella carta enferma y macabra, de posibles asesinos durmientes, a la espera de que un estímulo así les haga oler la sangre ajena. Él sería responsable de los actos que aquellas cartas generasen. Más piedras sobre su mochila.

Intenta ponerse en la piel de su otro yo, aquel animal desgraciado que ha nacido dentro de él, y a cada minuto que pasa despierto le siente más cerca, alimentándose de su cansancio y de un odio inexplicable a la humanidad y, en concreto, al parecer, a todo aquel que está cerca de él. Había acabado con su madre sin ningún atisbo de remordimiento ni duda, y a saber qué barbaridades llegó a hacer con Adriana. Él no era así, debía haber una explicación, un porqué. No podía estar simplemente loco, ¿verdad? Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Otra vez volvió a los tres desconocidos, de los que necesitaba saber qué pieza ocupaban en el puzle.

Se intenta concentrar en qué estaría tramando ahora aquel ser despreciable que lleva dentro, metido en su cerebro, cocinando un plan para acabar con lo que a Adrián le importaba. ¿Intentaría ir a por alguien más? ¿Pato, quizá?, ¿su familia? Cerró lentamente los ojos, dejándose llevar por el cansancio y el agotamiento de dar vueltas y vueltas en su cabeza a todas esas ideas manchadas de sangre y odio.

—Adri…, Adri… —Un susurro de Pato le saca de su letargo.

Adrián se levanta pesadamente, ahora se siente totalmente exhausto. Las piernas se le quejan, los brazos le duelen y las heridas de las manos le palpitan. Un martillo pilón en su cerebro está de obras, agujereando su cabeza. Busca a Pato y, al encontrarle, ve en su mirada el disgusto de este por lo que ve en Adrián. Desaliñado, cansado, sucio. No puede permitirse que aquella mirada entre reprobadora y lastimera llegue a afectarle, así que la ignora y, mientras Pato suelta la bolsa de gimnasia con sus cosas dentro, le abraza. Pato responde al abrazo, y así permanecen

unos segundos. Adrián, con los lagrimales cargados, susurra un gracias al que Pato no responde, no sabría cómo.

—¿Subimos a tu casa? No me quedaré mucho tiempo, no te preocupes.

—Adri, tío, no te pido explicaciones aún; entiendo que no estás bien y eso, ya hablaremos y me contarás, pero no es buen momento para que subas a casa. Lo siento. —Bajó la mirada al suelo humillando sus palabras.

Sin nombrarla, el nombre propio de Lucía está implícito en esa frase, ambos lo saben, pero Adrián no se rinde, no a estas alturas del trágico partido.

—Te agradezco todo lo que haces y has hecho por mí, Pato, pero ahora ya no eres tú por lo que voy a subir a tu casa: necesito hablar con Lucía. —Sin más, se volvió buscando la puerta del portal.

3

En el ascensor, camino a casa de Pato y Lucía, solo hay silencio. Pato chapotea entre sus pensamientos, intentando no ahogarse. Ninguna alternativa de futuro le parece mínimamente esperanzadora. Nota un fuerte nudo en el estómago, siente que está hundiéndose en arenas movedizas y que en parte es él quien está saltando sobre ellas, jugando a hundirse más y más. Le tiemblan ligeramente las piernas. Quiere que todo acabe, aunque no sabe definir qué es ese todo que quiere que acabe. ¿Adrián?, ¿Lucía?, ¿ambos?, ¿ninguno? Piensa en las consecuencias finales que esto puede tener en su vida real, en su día a día, volviendo mentalmente, una y otra vez, en bucle, a la casa llena de nada de su amigo Adrián. Piensa en su hijo, al que ahora desearía abrazar con todas sus fuerzas. Duele. Desespera. Agota.

Pato está detrás, apoyado sobre el espejo trasero del ascensor, mientras Adrián permanece delante, mirando sin ver la puerta cerrada del ascensor que sube entre quejidos metálicos. Pato tiene clavada la mirada en la nuca ausente de Adrián, y por primera vez se pregunta qué derecho tiene Adrián a jugar con su vida, por qué está aquí y ahora, subiendo a una casa que vive en la cuerda floja de ser un hogar, para tirar los dados en una partida donde Pato puede salir muy perjudicado. Su pasado juntos, su amistad, ¿hasta dónde le compromete? El calor que siente le tinta la camiseta de sudor. No tiene respuestas para preguntas que no acaba de formularse. Se siente mal por ese esbozo de pensamiento, pero no puede evitarlo. Juega en su mente imaginando que mirándole directamente a los ojos le dice «Vete ahora mismo, no vas a entrar en mi casa. Quiero a Lucía, y no quiero acabar como tú», pero sabe perfectamente que no lo hará. Lleva todo el día sujetándose las ganas de huir de un sitio del que no quiere irse, únicamente quiere

que todo sea como antes, sin más, dar una palmada y volver al entonces que debería ser el ahora. Pero suspira y se repite que Adrián es su amigo, signifique lo que signifique eso, y si necesita subir, que suba. Ya capeará él, o lo intentará al menos, el huracán que sabe va a atacar en breve los cimientos de su vida conocida. Coge aire ruidosamente y, mientras se abren las puertas, cierra los ojos en un último e infantil intento de que todo termine.

Adrián, durante el trayecto, también ha permanecido en silencio, aunque su cerebro no jugaba con términos tan trascendentales como el amor o la amistad. Simplemente buscaba las palabras que por primera vez iba a verbalizar desde que su existencia había descarrilado completamente. Y es que se había decidido por fin a soltarlo todo. Ese era su fantástico plan, ponerse en manos de Lucía, quien, Adrián es plenamente consciente, estaría encantada de verle desaparecer de su vida para siempre. En su cabeza sonaba mejor analizándolo desde un punto de vista diferente. Lucía era la única psicóloga que conocía; además contaba con el factor sentimental, ya no solo por Pato: Adrián seguía siendo el padrino de su único hijo, muy a su pesar.

Al sonar las llaves en la cerradura, Lucía se acerca tímidamente al recibidor. Está nerviosa y juega enredando una goma de pelo negra en los dedos de una mano. Pero, al verlos entrar, aquello que significaran sus gestos y su rostro tímidamente tiznado de rojo desaparece. Ahora las señales no verbales son otras. Ya cuelgan los brazos a ambos lados de su cuerpo, la cabeza ladeada. Rezuma hastío y desesperanza. Pato nunca llegará a descifrar con qué intenciones venía su mujer, ya que, cuando coge las escasas fuerzas que puede acopiar y levanta la mirada, una vez las llaves descansan en el bolsillo, Lucía mira fijamente a Adrián. Está claro que fueran cuales fueran los planteamientos de Lucía en su reencuentro no incluían ver allí a Adrián, y a todas luces ni se plantea disimular que le desagrada con aquella mirada tan fija de párpados semicerrados.

Antes de que todo estalle, Pato se permite dudar un segundo en su interior. «Quizá ella iba hacia la puerta con ganas de arreglarlo todo. Quizá es buena señal. Quizá lo he jodido todo

definitivamente.» Se echa las manos a la cara y, con el mismo gesto de lavársela con agua, se la frota un par de veces. Se prevé chubasco y tormentas. Será un invierno duro.

Adrián es el primero en hablar, y no se anda con rodeos. No es ajeno a la mirada penetrante de ella, ni a los nervios de Pato a su espalda. Sabe que está lanzando al aire y sin red la porcelana china de su matrimonio y, con ello, probablemente, la amistad inquebrantable de Pato. Solo espera que cuando acabe de hablar pongan en una balanza ambas situaciones y tomen partido. Si eligen la puerta A se entregará a lo que ella diga, si eligen la B se irá sin rencores ni destino ni, mucho menos, futuro. No quiere perder más tiempo; es su plan, lo único que se le ha ocurrido, y ya es tarde para buscar alternativas. Se salta la parte del «lo siento» y los «perdones». La del alegato inicial. Se entrega a la exposición de las causas.

—Lucía, sé que no es buen momento y que piensas que no pinto nada aquí. Quizá tengas razón, pero ahora te pido que me des un minuto, no ya como Adrián, la piedra en medio de tu feliz matrimonio, simplemente como alguien que te grita que le ayudes. Esto no es entre Pato y yo, ni entre Pato y tú. Ahora es entre tú y yo. —Lo que le faltaba al pobre orgullo que le quedaba a Pato.

Lucía calla y, sin contestar, se dirige al dormitorio para ponerse un pantalón de pijama y una sudadera de andar por casa, ya que con la bata fina que lleva no se siente cómoda delante de Adrián. Está, entre otras muchas cosas, intrigada. Ahora, solo para ella, es capaz de reconocerse que Adrián será muchas cosas, pero alarmar y meter en problemas matrimoniales a Pato intencionadamente no es su *modus operandi.* A su manera, esos dos desgraciados se quieren y siempre están el uno para el otro. Durante un segundo se siente egoísta y torpe. Se obliga a repetirse que no pierda de vista su futuro, y ese depende de empujar a Adrián dos pasos hacia atrás.

Cuando vuelve al salón, Adrián está sentado en el sofá donde horas antes había casi descansado, y Pato permanece de pie, echándole la bronca de modo irónico con el tono que había empleado para poner patas arriba, de nuevo, su vida. Lucía le

conoce mejor de lo que él mismo se puede imaginar, y sabe que con esa ironía está diciéndole a Adrián que está dolido. Dolido por la manera tan clara en que Adrián le ha puesto fuera de todo esto. Es su amigo y se ha entregado, y ahora ve que a cambio recibe un «apártate, que van a hablar los mayores». El humor como escudo ante todo y ante todos. Eso es algo que, según el momento, a Lucía le desespera o le enternece. Y ahora le ve más desvalido que nunca. «¿Qué coño nos pasa?», piensa.

El matrimonio está sentado en el sofá, expectante. Por primera vez en todo el día, sin pensar el uno en el otro. Aunque es bastante evidente que la comunicación no verbal es pobre y dolorosa. Inconscientemente, cada uno se ha sentado en una punta del gastado sofá, con un espacio vacío entre ambos. Adrián resopla y empieza por el final, explicando a las claras que ahora mismo se acaba de escapar de la policía. Continúa con que venían a por él en el trabajo. Les dice que no les va a contar todo, que ya habrá tiempo para eso, que ahora necesita hablar seriamente con Lucía como psicóloga. No hay tiempo para más. Mientras Lucía calla sin reflejar sentimientos ni opiniones, Pato salta como un resorte del sofá.

—¿Tú estás tonto?… Pero, pero… ¿te estás oyendo?, ¿te has visto en un espejo cómo vas? Joder, Adrián, esto ya es serio. No sé si estás de broma o qué coño te pasa, pero, si eso es verdad, tienes que buscarte un abogado y no joder a Lucía con historias…

Ni a Lucía ni a Adrián les pilla por sorpresa este arrebato de Pato, ese tipo de pronto nervioso que no conduce a nada. Son muchos años, y ambos saben que es su manera de reaccionar ante una noticia así. Solo es gaseosa, en unos pocos segundos estará de nuevo sentado en el sofá murmurando que nadie le hace caso. Lucía y Adrián casi cuentan mentalmente los segundos para que esto ocurra, y exactamente son quince. Ya está Pato en el sofá rumiando pensamientos fatalistas.

Las ondas del descuadre de su padre deben viajar por el espacio rápidamente, ya que, pasillo a través, Eduardo se pone a berrear y llorar. «Tiene hambre», explica una impertérrita Lucía.

Cuando se levanta para ir a por el bebé, Adrián le pide por favor que se quede, que vaya Pato. Lucía no contesta y se marcha por el pasillo sin mirar atrás, cerrando la puerta del salón.

Mientras Pato sigue tartamudeando y llamándole no sé cuántas cosas, con un circunloquio que no llega a ninguna conclusión, Adrián mira hacia la mesa baja que hay a los pies del sillón. Localiza rápidamente el iPhone de última generación de Pato, pero del móvil rosa de Lucía, ni rastro. Cuando ambos se sentaron en el sofá para que Adrián les contara aquello tan urgente, los dos teléfonos estaban allí. Tiene la imagen en su retina de Lucía doblándose sobre sí misma para dejarlo al lado del de Pato, mucho más cerca el uno del otro que sus respectivos dueños. Ahora Lucía iba pasillo a través con su móvil cogido clandestinamente, ya que no cree que Eduardo fuera a comer con él.

Pato ya se ha tranquilizado al darse cuenta, como siempre, murmuró para sí, de que nadie prestaba la más mínima atención a sus quejas. «Estamos todos tontos —repetía una y otra vez—. Y yo el que más por haceros caso.»

Así estuvieron hasta que apareció Lucía con el niño en brazos y agitando un biberón. Pato cogió al niño sin ninguna queja de Lucía y se colocó en el sofá para dar de comer al pequeño Eduardo, el único que le obedece mínimamente. Lucía había vuelto a su lugar y, mágicamente, su teléfono móvil también.

—Ahora necesito, por favor, que me escuchéis ambos, sin preguntas ni protestas. Mucho menos necesito que me juzguéis. No tenemos tiempo para eso. —Después de estas palabras mira fijamente a una Lucía que le mantiene la mirada sin decir nada.

Entonces abre la espita de la olla a presión y, como un volcán en erupción, todo lo que hay en su interior va saliendo. Mientras lo hace, en un orden alterado, yendo de su ser oscuro a su madre, de Adriana a su allanamiento de morada, y sobre todo a esa enfermiza carta robada del buzón de casa de los padres de ella, siente que le hace bien. Al menos la tensión deja de trotar por sus venas como un caballo desbocado. Un cansancio plácido le va invadiendo, y por fin alguien puede medio entender qué le está pasando.

Pato escucha aterrado con la boca abierta, y una nerviosa Lucía no es capaz de ponerse en el lugar profesional que le correspondería; todo le suena a dolor y confusión. Ahora lamenta haber hecho esa llamada, aunque quizá sea lo mejor. Cuando Adrián termina, Pato se levanta con el niño en brazos. «Hoy ha dormido aquí. Este psicópata asesino ha dormido cerca de mi hijo, sin decirme nada.» Sale del cuarto aterrado; un frío interno le hace tiritar. No sabe qué siente, ni lo que debería hacer ahora: entrar y darle su apoyo o sacarle de allí a patadas. Eduardo parece que agradece este movimiento nervioso de su padre, pues dormita plácidamente en sus brazos después de echar un sonoro eructo. «¿Por qué tenemos que crecer?», dan ganas de preguntar.

Adrián se sienta en el lugar que Pato ha dejado caliente, mientras que una descolocada Lucía se levanta para coger un cuaderno y tomar un par de notas.

—Gracias, Lucía —murmura Adrián—, ahora podré descansar. No sé qué hacer. —Cierra los ojos, vencido por el sueño, el cansancio, el fin de los efectos de la sobredosis de adrenalina y el sentimiento de que alguien más puede dirigir sus pasos.

Lucía mira al guiñapo que hay semitumbado en el sofá mientras se pregunta si las gracias que le ha dado por poder descansar son por escucharle o si sabe lo de la llamada que ha hecho hace una media hora a la policía. Con el cuaderno en la mano se dirige al dormitorio para hablar con Pato. Ahora mismo su matrimonio podía esperar, debía esperar.

La cortina ya no es de seda, ahora es similar al tejido de toalla de motel barato: áspera y seca. Además, huele a húmedo. Cuando la retira como quien es obligado a comer excrementos, se encuentra, otra vez, en un desierto inmenso, con gaviotas, cientos de ellas, sobrevolando su cabeza. Deben estar buscando el mar, cuya orilla estará a miles de kilómetros de allí, y algunas, exhaustas, caen desplomadas desde el cielo, como kamikazes japoneses de la Segunda Guerra Mundial. Sobre su cabeza, el cielo gris amenaza tormenta.

—¡Ya no estoy solo! —El grito le raspa la garganta al salir como si estuviera hecho de papel de lija. —¿Me oyes? ¡Ya no estoy solo!

Según acaba el grito, las gaviotas desaparecen, y el silencio es tan ensordecedor que se tiene que tapar los oídos con las manos mientras cierra los ojos. Aun así, le escucha nítidamente, como si le susurrase en su cerebro.

—Nunca lo has estado. Siempre he estado aquí, para ti. Para los dos.

Baja las manos mientras abre los ojos. El escenario ha cambiado por completo. Su otro yo está frente a él, con camisa hawaiana y bebiendo lo que parece un cóctel con aceituna y sombrilla de papel. Se oyen murmullos y ruido de conversaciones, como en un bar lleno de gente, pero no hay nadie más. Solo ellos dos.

Su ser oscuro no se toma bien la noticia. Le mira fijamente mientras un escalofrío recorre la espina dorsal del Adrián que permanece dormido en lo que ahora le parece otro mundo. Enseguida su otro yo se repone y comienza a caminar a su lado. Dentro del sueño sus piernas se mueven solas; está andando sin querer, con su yo asesino a su lado.

Allá fuera, en lo que llamamos mundo real, dentro del domicilio de Pato y Lucía, suena el telefonillo. Lucía ya le ha explicado a Pato lo que ha hecho, y no ha habido reproches ni malas caras. Únicamente un asentimiento tibio de cabeza y comprensión. Ninguno de los dos acaba de sentirse a gusto ni piensa que es la mejor opción. Pato tampoco sabe si hay otras, pero la única certeza es que está muy cerca del estado de *shock*. No puede creerse todo lo que acaba de oír. Era su amigo, su mejor amigo. Su madre, el posible maltrato a Adriana… Era imposible que todo aquello fuera verdad, que un ser o unas voces en su interior le hayan convertido en demonio mientras dormía. No sabía qué creer y, peor aún, no tenía ni idea de qué es lo que quería

creer. «Está loco. Mi amigo está rematadamente loco, o ha estallado y ahora busca una fábula propia de Stephen King para escudarse.»

—Te liberé de tus cadenas para hacernos más fuertes. Y veo que me equivoqué. Me dejé una. Te libré a ti, y ahora, como buenos amigos, haremos lo mismo con Pato, rompiendo sus ataduras. Le daremos la posibilidad de ser libre y unirse a nosotros…

Suena la puerta. Mientras dos policías se identifican y hablan con Lucía, Adrián comienza a temblar. Una lágrima cae al suelo.

—Cuando despiertes, todo habrá acabado de nuevo, habremos rellenado un poco más el vaso de la venganza y brindaremos con Pato por su nueva libertad. Tardará, pero nos lo agradecerá. —Su rostro escupía temor y sus ojos gritaban muerte.

—¿Qué vas a hacer?… No puedes…

—Ahora estás aquí y los mandos son míos. Alguien va a morir… —Separa las sílabas, canturreando una nana de sangre y dolor—: Lu-cí-a. Prepárate para nunca soñar con ella… Ya es tarde…, ya es tarde…

—Espera, ¡espera! ¡¡¡Espera!!! —Con un grito aterrador se dirige hacia él con toda la rabia acumulada, tanta que en el impulso siente rasgar el telón del sueño y llegar al aquí y al ahora real, incapaz de diferenciarlos.

—¿Es este el individuo? —El primer policía se dirige hacia Adrián, que parece descansar plácidamente en el sofá. Dispuesto a despertarle, dirige una mano enguantada hacia él. A escasos milímetros de alcanzarle, Adrián salta violento hacia delante, volviendo del sueño, tirando al desprevenido policía al suelo.

Todo se precipita. Ambos policías se lanzan a por él, mientras un descolocado Adrián grita una y otra vez el nombre de Lucía. El aterrado Pato se pone delante de ella, protegiéndola de aquel ataque de ira. Por primera vez toma total partido por ella, ya que aquel diablo grita su nombre con la intención clara de agredirla, de vengarse por la llamada a la policía. «Esto no puedo permitírtelo.» Tiembla de miedo y de dolor, pero sus convicciones y prioridades las tiene soldadas sobre su piel, inmutables.

El segundo policía ha reducido sin problemas al descontrolado Adrián, que, aun en el suelo y con los brazos trabados, patalea hasta que por fin levanta la mirada y focaliza a la asustada Lucía, que abraza por detrás a quien hasta hoy, supone, era su amigo. Entonces sus fuerzas le abandonan, se relaja y suspira un «gracias a Dios». Ahora sí se deja hacer, y mientras se lo llevan a la fuerza, trabado por los hombros con un dolor que luego se hará insoportable, se dirige hacia ella, en tanto que Pato va girando en todo momento para mantenerse entre ambos.

—Gracias una vez más. Ahora podré descansar. —Con una voz rota y los ojos más tristes que nunca le habían visto, preguntó aterrado—: ¿Creéis que será tarde?

4

La respuesta es sí. Ya es tarde.

—¡Segis! ¡Segismundo, chico! ¿Dónde estás? Ven a ver lo que hace la Carmen. —Luego, ya más bajo, pero perfectamente audible —: Este hombre no sé dónde tiene la cabeza… Os reís, pero de verdad que no sabéis lo mayor que está vuestro padre…

Sus hijos apenas le oyen, mucho menos le escuchan. Están sentados en el sofá, concentrados única y exclusivamente en sus respectivos teléfonos móviles. Ajenos el uno del otro y el otro del resto del mundo, mueven los dedos por la pantalla, se supone que escribiendo algo fundamental, ya que lo hacen como si les fuera la vida en ello. A unos metros, los niños juegan revolcándose por la alfombra, haciendo aquello que a sus padres nunca les permitieron hacer en ese mismo salón. Soledad, la mujer de Segismundo, se siente sola rodeada de su familia. Pero calla e intenta sentir un cálido placer mirando a los chiquillos reír y llorar. Últimamente piensa mucho en su marido. Llevan toda la vida juntos, y se siente dichosa por ello. No es fácil, y no lo ha sido, pero ahora sabe a ciencia cierta que ha sido feliz, a su manera. En este mar de afiladas verdades en el que se han convertido sus sentimientos en la orilla de la vejez, tiene la urgente necesidad de decirlo y expresarlo, y no quiere perder tiempo. Se levanta en busca de su marido, ya que hace un momento le ha parecido oír la puerta de la calle. No le encuentra por ninguna parte, y las llaves del coche no están. «Este hombre cualquier día nos da un disgusto. En cuanto vuelva le voy a plantear lo del viaje a Roma —piensa con una sonrisa pícara en la cara— los dos solos, como lleva años proponiéndome. Que los niños busquen una niñera durante una semana.» Y vuelve al salón desempolvando una ilusión añeja que creía perdida.

—Voy a por el pan —Segismundo lo ha vuelto a murmurar una vez más en el descansillo, hace unos segundos, aunque ya no tiene que engañar a nadie. Un gélido pesar se le ha metido dentro del cuerpo y le hace temblar con castañeteo de dientes incluido. Llega el ascensor y aprieta el botón del sótano, donde está el garaje. Va pesaroso a su coche con un desolador arrastrar de pies, vencido por dentro y por fuera. Se queda unos minutos a escasos metros del vehículo, perdido, temblando, pidiendo a un Dios al que tenía abandonado desde hace años que le dé una salida. «Un infarto —vuelve a rogar—. No me dejes hacer daño a nadie, y menos aún a mi familia.» Le entra un ataque de ira y se busca la carta torpemente en los bolsillos, la arruga, la rasga y la tira al suelo. Grita. Es un grito que suena a quejido triste, aunque fuera cargado de ira y desesperación. Respira hondo, dos, tres veces. Se agacha, doliéndole todo el cuerpo, coge de nuevo los trozos de la carta maldita y los alisa sobre el capó de su propio coche. Una carta donde viene descrita, con precisión quirúrgica, toda su familia, con un lenguaje oscuro y obsceno, destilando rabia y deseo de hacer daño. Se siente observado, y eso le pone más nervioso. Vuelve a guardarse aquellas letras perversas y, sin tiempo de regresar al estado de hibernación, abre el maletero del coche. Rebusca entre abrigos y papeles hasta encontrar la funda de tela negra. Resopla de nuevo, mitad por cansancio, mitad por nervios. Sujeta la funda con una mano mientras con la otra cierra el maletero. Sobre este, una vez cerrado, pone el paquete oscuro, amenazante, recién cogido, y lo abre como un mal libro. Una colección de herramientas brillantes se extienden sobre él. Las mira con un grado de atención que nunca había usado anteriormente, producto de la metamorfosis, que han llevado a cabo sin saberlo, de herramienta honesta a arma mortífera. En su cabeza busca la manera más eficaz de que una de ellas se convierta en un instrumento de hacer daño a un ser humano. Coge un destornillador de estrella, lo mira detenidamente y, con una lágrima resbalando por la mejilla, lo deja caer al suelo. Se piensa incapaz: otra vez el maldito temblor de manos.

Quince minutos más tarde camina por la calle repitiéndose

una y otra vez que lo hace por su familia, que tiene que hacerlo por ellos. Va diciendo los nombres uno a uno, como una oración a la que entregarse y de la que recibir unas fuerzas que es incapaz de sentir. Esa retahíla de nombres está formada por quienes, con mayor o menor grado de voluntariedad, siguen aquí después de todo el camino. Por ellos, aunque no lo entiendan, aunque le condenen por lo que va a hacer y se avergüencen de él para siempre.

Se sube la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. Echa de menos la bufanda, que, con los nervios y las prisas, se le ha olvidado en la percha del recibidor. Sigue temblando, y no solo de frío. Con la mano fuera del bolsillo, se palpa la pesada llave inglesa por la que al final se ha decidido. Espera que, con un golpe certero, de arriba abajo, sea suficiente. No cree que sea capaz de asestar un segundo remate a alguien moribundo. Vuelve a mirar hacia las esquinas, convencido de que allí hay alguien acechando y controlando todos sus movimientos, que el futuro de los suyos está asociado a una maldita cuenta atrás.

Pasea por la calle mirando a la gente, decidiendo quién será. Duda. «No soy capaz», se insiste. No puede pensar en lo que tiene que hacer, en lo que va a hacer. En su cabeza busca la víctima perfecta, pero no la encuentra. Piensa en un anciano, alguien como él, con el manuscrito de su vida ya encuadernado y listo para colocarlo en la biblioteca de vidas vividas, pero cuando encuentra a un señor de su edad, apoyado en un bastón, y le sigue unos metros, vuelve a pararse, vencido de nuevo. Ancianos y niños. Siempre se ha considerado un adalid de su defensa, por ellos ha realizado actos de los que no está orgulloso, pero sin convicciones no somos nada. A quienes eran capaces de hacer daño a esos colectivos tan indefensos siempre los había catalogado como una subespecie humana. No podía caer en algo así. Una solución absurda le pasa por la cabeza: que sea el azar, se dice. Rojo. La primera persona que pase con una prenda roja será la elegida. De esta forma se siente más liberado, se cree capaz, coge fuerzas. Deambula por el barrio, sin que nadie pueda leer las intenciones de aquel hombre mayor, meditabundo, metido en sus cosas y en

apariencia ajeno a los demás. Nada más lejos de la realidad. Y entonces su corazón se lleva otro empujoncito hacia el abismo, otro temblor fuera de lo normal. Una mujer de mediana edad sale de la peluquería de la esquina. A Segismundo se le llena la respiración de nervios al galope. La cazadora de la señora es completamente roja. Tenemos una ¿ganadora? Exhala el aire con la boca y, decidido, se acerca a ella. El anciano mete la mano en el bolsillo; el frío metal de la llave inglesa le produce una descarga por todo el cuerpo. Se está aproximando al punto crítico: ya son unos seis metros escasos. Entonces la mujer se vuelve y mira a Segismundo directamente a los ojos. Este se para, incapaz de respirar. Está rodeado de personas anónimas. En su ensoñación, pendiente solo de su objetivo, no se había percatado. La gente es una riada a su alrededor. De hecho, alguien se queja porque hay un viejo parado en mitad de la calle. «Váyase al parque, abuelo.» La mujer se vuelve de nuevo, dando la espalda a un Segismundo que ya no sujeta la llave inglesa en sus manos. «Váyase al parque, abuelo —resuena en su cabeza—. Váyase al parque.» La desolación le invade todo el cuerpo sin el más mínimo conato de resistencia. «Váyase al parque.»

Ahí es donde está ahora. Sentado en un banco del mínimo parque que hay en el barrio, lleno de restos de comida y pintadas con espray por todo el escaso mobiliario. No es más que otro abuelo aparcado ahí por la vida, sin nada más que hacer ni por lo que luchar. Otro más de los ancianos-barcos fantasmas amarrados a un muelle abandonado. La diferencia es que él sí tiene algo por lo que luchar. Por seguir con su vida, por acabar dignamente, y entonces lo ve claro. La perspectiva que estaba usando era la equivocada. Mira a su alrededor, no hay nadie. «Seré estúpido», se reprende. ¿Qué pretendía hacer en mitad de la calle? ¿No le están vigilando y controlando? El plazo se acaba en breve, así que por aquí está el cabrón que le ha metido en este lío, cobrándose a saber qué factura. «¿Quieres jugar? Perfecto, jugaremos.» En su cerebro el esquema es fácil y rápido de ejecutar, nunca mejor dicho. Esperar en silencio detrás de un matorral, viene alguien, pam, golpe en la cabeza, retirada y a seguir con su vida. Quien estuviera

controlando tendría su pago y todo habría acabado. Siente una mezcla de adrenalina y fuerza y de repulsa y temor por lo que le está pasando por su mente. «No lo pienses más, no puedes llegar mucho más tarde a casa. Después tendrás que controlar los nervios —se dice—. Que nadie note lo que has hecho.»

El Ford Taurus circula a demasiada velocidad por la M-501, la también conocida como «carretera de los pantanos». Es una carretera que a esta hora está poco transitada, lo que hace que sus numerosas curvas cerradas se tiñan de peligro si alguien se deja llevar por las prisas. Quien le ve pasar, agarrado fuertemente al volante, piensa que quien conduce no tiene ya reflejos para ir a esa velocidad. Segismundo ha escrito un «te quiero» a su mujer por el móvil y, nada más mandarlo, lo ha apagado y ha lanzado el teléfono a la parte de atrás del coche. No ha sido capaz de llevar a cabo su plan magistral. Al final, a la hora de la verdad, ha fallado a su familia. Lo ha intentado, de verdad, pero ha sido superior a sus fuerzas. Ahora su familia pende de un hilo, todos ellos, y eso no puede permitírselo. Solo tiene una opción, y es seguir pisando el acelerador. Cuando llega a una curva cerrada a la izquierda, con los ojos anegados en lágrimas, gira el volante bruscamente en dirección contraria. Mientras el coche cae terraplén abajo dando vueltas de campana, piensa: «Lo hice, los salvé. Ciertamente, alguien está muriendo».

5

Adrián está encerrado en el coche patrulla, aunque su verdadera jaula siente que está en su cabeza. Esa es la que realmente le preocupa y le asusta. Una jaula con nombre y apellido, el suyo propio. Intenta acomodar su cuerpo cansado en la parte trasera del coche, pero no encuentra la postura. Los asientos están diseñados incómodos, con materiales duros, sin asomo de muelles ni nada que pueda estar mínimamente acolchado. Ya lo dice la película: *No habrá paz para los malvados.* La cabeza le va a estallar con ese martilleo periódico que en cada bombeo de su corazón siente en las sienes, sin contar con que las piernas le pesan toneladas. Los brazos le cuelgan inertes, allá donde la gravedad los arroja. En cambio, su cerebro, su maldito cerebro sigue funcionando, ajeno a barrotes, esposas o coches patrulla, recordándole quién es y qué es lo que ha hecho. Incapaz de desconectarse de sí mismo, un bostezo escapa por su boca, y siente que el sueño le invade y el cansancio le arrincona. Está abotargado, como dentro de un tarro de mermelada, y solo es capaz de repetirse una y otra vez «No te duermas, no te duermas, aún no, no… te… duermas». No sabe cómo reaccionará su otro yo si se hace con el control en un coche policial, llegando a comisaría y rodeado de agentes que no están adiestrados para el diálogo cuando alguien salta sobre ellos sabe Dios con qué intenciones. La última vez que se dejó vencer por el sueño despertó saltando sobre Lucía, y ahora teme que ese horrible malentendido pueda ser peligroso para su futuro inmediato. Cómo explicar, a ella y a Pato, que solo quería comprobar que estaba bien, que tenía miedo de haber sido capaz de haberle hecho daño…, pero que a la vez nunca por sí mismo sería capaz de tocarla con malas intenciones. Ahora, su mayor y única esperanza, la mujer en la que había basado todo su endeble plan, amén de

nunca haber sentido especial aprecio por él, estaba asustada y preocupada por su integridad física y la de los suyos. Además, por si eso fuera poco, protegida por el que siempre había sido el único apoyo de Adrián, a quien temía perder, con motivo. Un negocio redondo había hecho. Gracias, cerebro, buen plan, te debo una.

Solo confiaba mínimamente, ya que era lo único que podía hacer ahora, en que todo aquello que les había contado, desgarrándose por dentro, no fuera en vano. Miró alrededor y añadió algo obvio, «que aquella confesión sirva para algo más que pasarme el resto de mi vida encerrado en una prisión de máxima seguridad temiendo el momento de la ducha».

La cantinela vuelve una y otra vez: «No te duermas». Es su mantra, su perfume, el aire que respira; todo su ahora gira en torno a esas tres palabras. Se lo repite dos y mil veces. Una vez que esté encerrado en cualquier sucia celda, si es eso lo que definitivamente le espera, podrá por fin dejarse vencer. Sus siguientes pasos: dormir, dormir y dormir. Encerrado no va a poder servir para nada, no podrá salvarse a sí mismo ni protegerla a ella ni a nadie. «Que no sea tarde, que no sea el responsable de ninguna desgracia más.»

Mientras el coche repta lento y pesado, sin prisa, por las arterias congestionadas de Madrid, Adrián se mira las manos. Una parte de él no entiende lo que ve. Está esposado. Se acerca ambos puños al rostro y se frota con rabia la cara, apretando fuerte en los ojos hasta que la pantalla oscura de sus párpados cerrados se llena de pequeños puntos luminosos, dando aún más surrealismo al momento. Acto seguido, la mano derecha, inconscientemente, queda pinzando los huesos de la nariz, dejando la mano izquierda colgada a escasos centímetros de su boca debido a las esposas. La imagen es ridícula y grotesca para sí mismo. Entonces es cuando se viene abajo. ¿Cómo ha podido acabar aquí? Es una persona normal, con una vida normal y con errores y aciertos típicos de alguien normal. ¿En qué punto todo pierde sentido?, ¿cuándo lo normal empieza a ser algo que solo ha visto en las películas y creía ajeno a él? Sangre, violencia, malos tratos, dolor, y ahora esposado y camino de comisaría o de la cárcel. Con esas esposas se siente

sumiso, se siente humillado ante sí mismo y ante todo lo que su madre le había inculcado. Madre a la que, irónicamente, había matado con esas mismas manos. Madre a la que veneraba, incapaz de hacer nada que pudiera molestar a nadie, forjando su camino y su destino, viuda en su soledad, pero honrada y generosa. Lo único que no le afecta es el dolor físico del frío metal en sus muñecas, el cual, al clavársele en la piel, le mantiene atado ligeramente a la realidad con unos finos hilos que unen su pasado a este presente de película de acción. Así, con hilos muy finos, sujeta un rastro de fuerza y cordura que hace que aún tenga un mínimo de energía para alejar levemente los fantasmas del sueño. Realmente no sabe dónde se dirigen, se declara un iletrado en el mundo del hampa. Cree recordar que, cuando le han reducido, el agente que se ha presentado, Pedro Márquez, Marqués, o algo así, mirándole directamente a los ojos con el superpoder de fundir metales, le señalaba de una manera bastante clara y concisa que estaba siendo detenido según la autoridad judicial correspondiente. Que iba a ponerle las esposas por su propio bien, ya que le veía algo tenso, y así le evitaba mayores problemas si alguna mala idea se le pasaba por la cabeza. También señaló que, como norma general, las esposas se colocan con las manos en la espalda, pero como seguro que ya estaba más tranquilo y había recapacitado, para no hacerle muy duro el viaje en coche, se las pondría por delante. Continuó diciendo: en un plazo de veinticuatro horas, si todo va como tiene que ir, será puesto en libertad. Si no hace ninguna otra tontería más, claro.

Veinticuatro horas. Por eso ahora necesita aguantar sin descontrolarse hasta que esté encerrado en una celda. Le preocupan los motivos de su detención, por supuesto, pero no ha sido capaz de prestar atención. Ha oído algo de obstrucción y de agresión, pero está bastante seguro de no haber sido acusado de homicidio ni allanamiento ni nada parecido. En contra de lo que podría parecer, es tal su sensación de caída al vacío que esas veinticuatro horas le suenan a gloria bendita. Espera pasar el trámite de unos cuantos interrogatorios con preguntas a las que no le costará sentirse indispuesto para contestar con claridad, así

vendrá la confusión y por fin el descanso en una celda. Solo entonces, fresco como una lechuga recién arrancada de la tierra, saldrá a la calle a ver si es capaz de buscar una alternativa a ese plan chusquero que se le había pasado por la cabeza con anterioridad. Para eso era indispensable que mantuviera alejado a su ser oscuro. «No-te-duermas. Mantener alejado a eso que tengo dentro hasta estar en la celda. Céntrate en eso», se repite.

Cuando el coche se detiene bruscamente, Adrián da un respingo y su corazón se dispara a velocidad de vértigo. Espera no haberse dormido. Mueve la cabeza bruscamente de un lado a otro, con la vana esperanza de despejarse un poco. Los policías se han bajado del vehículo a la vez, como si hubieran dado la salida de una carrera imaginaria. Ambos salieron cada uno por su puerta, y el que iba de copiloto hace gestos con la mano a Adrián para que vaya acercándose a su posición. Le abre el portón y, mientras con una mano enguantada le ayuda desde la axila derecha, con la otra mano le empuja suavemente la cabeza hacia abajo para evitar que se choque al salir. Una vez fuera, sin hablar, le indica, otra vez con gestos de la mano, que vaya andando hacia la comisaría, detrás de su compañero, mientras él se queda rezagado. Así lo hace Adrián, y en estos escasos metros que va arrastrando su derrota por la calle, esposado, no puede evitar bajar la cabeza y sentirse profundamente humillado. Ante sí mismo y su manera de entender la vida, inculcada por alguien a quien le partiría en dos verle así ahora.

Lo primero que un miembro uniformado de policía ha hecho según ha entrado en la comisaría ha sido llevarle a un cuartucho pequeño, casi un armario, de cuyo techo colgaba únicamente una bombilla desnuda y sucia. Le ha hecho vaciarse los bolsillos en una bandeja azul, como introducción de un cacheo exhaustivo. Le han obligado a firmar un documento donde se supone que viene todo lo que la policía se ha quedado (todas sus escasas posesiones, incluidas la cartera y la documentación), y por fin ha cumplido con un pequeño cuestionario sobre medicación, enfermedades y demás.

Ahora está esperando en una sala cerrada, sin ventanas, donde la entrada la preside un mostrador desde el que van

llamando por nombres y apellidos a otros que, como él, esperan su turno. El aire parece plomo, cargado de sudor y olores agrios. Algunos de sus compañeros de sala dormitan, otros tiemblan, pero la mayoría permanecen tranquilos, e incluso conversan entre ellos de cosas banales, llamándose por sus nombres reales o motes que a él le suenan ridículos, de película de Esteso y Pajares.

Pasan las horas. Mantenerse despierto empieza a ser una tortura. Ya no está esposado, pero alguien ha debido olvidar poner pilas al reloj que cuelga de la pared, por lo que sus manecillas no avanzan más que a un ritmo lento y tortuoso. Está mareado y se siente indispuesto. Tic. La cabeza y las piernas le van a estallar. Tac. No puede dormirse. Tic. Va a ir a la cárcel y no ha podido salvarla, ella creerá que él es así. Tac.

Se da por vencido, cierra los ojos y se deja caer tobogán abajo hacia los sueños. Espera que aquel ser que los domina sepa comportarse; al fin y al cabo, si va a la cárcel, él también irá, no podrá cumplir con sus negros planes, sean cuales sean, ya que, como Adrián, estará privado de libertad.

—Tengo que decírselo en cuanto aparezca. Tengo que… decírselo… en… cuanto… —Tarde, se sumerge en los dominios de su yo asesino y vengador.

Entonces su nombre y apellido estallan en la sala. Una, dos veces. De allí donde esté cayendo es capaz de sacar la cabeza y salir a la superficie. Emerge con un salto esforzado, torpe, cansado. Mira a su alrededor y parece que la situación está todo lo bien que puede llegar a estar. Nadie le presta más caso que antes, es decir, ninguno. Se dirige, ahora nervioso, arrastrando los pies hasta el mostrador. Su futuro, ya negro de por sí, se va a dilucidar en los próximos minutos. Una vez que llega ante el agente que ha gritado su nombre, calla, y el policía ni le mira. Teclea algo durante unos segundos en el portátil con el ceño fruncido. «Espero que ese rostro esté más concentrado que cabreado», es capaz de pensar Adrián. Aprovecha estos segundos de publicidad antes de que empiece el *thriller* en el que se ha convertido su vida para estudiar al agente, policía o funcionario, ni siquiera sabe los términos correctos. Este, se llame como se llame, lleva puestas unas diminutas gafas de

cerca en la punta de la nariz, y después de una pausa dramática le señala una mesa llena de papeles, rodeada de otras mesas iguales, donde una cabeza asoma por encima de la pantalla de ordenador. «Muy habladores no son», vuelve a pensar absurdamente, alejándose del foco del problema del aquí y el ahora. Adrián piensa con nostalgia que Adriana siempre le reprochaba aquel mecanismo de defensa que le llevaba a poner una barrera de humor cuando surgían los problemas. En eso también coincidía con Pato.

—Siéntese, por favor. —El agente le señala una silla al otro lado del escritorio mientras se deja caer pesadamente sobre el respaldo y tensa la espalda estirando los brazos al cielo. Gira la cabeza en torno al cuello; demasiadas horas frente a la pantalla, parece. Lleva barba de dos días y un flequillo demasiado largo que le cae sobre unos ojos avellana cargados de dioptrías y falta de sueño. Se aparta el pelo instintivamente; al segundo, el flequillo vuelve a caer de nuevo exactamente en el mismo lugar del que había sido retirado. Así, entre la cortina de pelos, se queda mirando a un inexpresivo Adrián. El silencio se prolonga cinco, seis segundos. Ninguno de los dos duelistas del silencio habla. Adrián cree haber aprendido las reglas del lugar. No hables, no sonrías, respira justo lo imprescindible y no toques las pelotas a nadie.

Adrián debe haber superado el examen, pues, pasado ese tiempo de test previo, el funcionario se vuelca sobre el teclado a la vez que pide confirmación de nombre y apellidos. Una vez que Adrián asiente, comienza el diálogo.

—Parece cansado —dice despreocupado sin levantar la vista de la pantalla.

—Lo estoy. —Su propia voz le suena ajena, rasgada.

—No le voy a preguntar si sabe por qué está aquí. Son ya demasiados años y ya he visto y oído de todo. Solamente tengo el deber de decirle que aquí la Autoridad, con A mayúscula, tiene motivos para creer que usted ha participado en la comisión de un hecho que presenta todas las características propias de un delito. Me importa una mierda si lo reconoce o si calla como un perro cobarde. Si aquí mis compañeros, que sí salen en las películas de policías, no son capaces de demostrar que efectivamente usted

participó en dicho delito, dentro de un máximo de veinticuatro horas saldrá usted por esa puerta. Saldrá o no, independientemente de que haya sido culpable, igual que han salido y saldrán miles de hijoputas que vuelven y revuelven por aquí tanto que los veo más que a mis hijos. ¿Ha quedado suficientemente claro? La única clave es que uno de mis compañeros se crea capaz de demostrar que sí, que usted es el hombre.

—Sí, señor.

—«Señor», no te jode —murmura el policía mientras teclea mirando su pantalla y vuelve a su tono normal—. En cambio, si nos vemos con cojones de entregarle al juez antes de esas veinticuatro horas —calla, le mira a los ojos y después su mirada se dirige al puño vendado y sucio de Adrián—, y no daría mucho porque no fuera así, ya será usted un problema del juzgado, que como ha visto usted allí dentro, bastante tenemos con lo nuestro. Lo que quiero decir es que ahora mismo está usted detenido preventivamente. Es decir, tendrá que permanecer en estas instalaciones privado de libertad hasta que se abra esa puerta, llamémosla A —con la cabeza señala la entrada principal por donde ha entrado—, o elijamos la puerta B, esa otra que hay ahí detrás y viene con alojamiento incluido, como el *Un, dos, tres,* pero sin Mayra Gómez Kemp ni apartamento en Torrevieja. A partir de aquí comienzo a tomarle declaración relativa a la madrugada del pasado día cinco y de cierto allanamiento con agresión en…

Por fin descansa en los sótanos de la comisaría. Jamás se había parado a pensar cómo serían, y ahora, mal sentado, encerrado en uno de ellos, el malestar y la sensación de angustia le impiden fijarse. Huele a limpieza forzada, un exceso de lejía intentando maquillar algo que en su mente apesta a verdura podrida y suciedad inmunda. Los sonidos llegan a su cerebro con un eco metálico, como si estuviera dentro de una campana, aislado, alejado, apartado. Si el miedo tuviera un olor característico, debe parecerse mucho a lo que apesta dentro de esa atmósfera opresiva. Una arcada le estalla en el estómago, y las lágrimas asoman a unos ojos vencidos que no pondrán resistencia. Si es verdad que el mundo se divide en personas buenas y malas,

un candado chirriante le acaba de dejar claro que él era un miembro de pleno derecho del club de los malos. Los convictos.

Le tiemblan las manos, su corazón tan solo es capaz de bombear angustia, que viaja por su interior sin prisa, conquistando cada órgano interno, cada célula, cada milímetro de su cuerpo y alma. Quiere llorar para arrancarse esa pena hasta que se da cuenta de que las lágrimas llevan un buen rato rodando por su mejilla. Cada vez que una gota salada cae rítmicamente sobre sus zapatos, un «clop» resuena como paladas de arena sobre su ataúd ya enterrado. Ya nada será igual, él no será el mismo. Aunque quizá incluso esto llegue tarde, ya no es el mismo y nunca podrá serlo. Todo ha reventado en mil pedazos sin llegar a entender muy bien qué es lo que ha podido pasar. Cuándo y en qué momento perdió la cabeza y se dejó llevar por el sumidero, destrozando todo lo que quería y en lo que creía. Y aún hay fantasmas que pueblan su cabeza cada segundo, fantasmas con nombre y apellido de los que se cree responsable. Dos nombres grabados a fuego en lo poco que le queda de alma, los dos que encontró entre sus papeles del trabajo antes de salir huyendo. Segismundo Pérez Torca y Ernesto López López, y al menos un tercero todavía sin nombre. ¿Quiénes sois, por qué vosotros?, ¿qué habrá sido de ellos? Imagina que les llegó la carta enfermiza, y tiembla al pensar en cómo habrán reaccionado. Seguro que no habrán hecho caso, o en su defecto se habrán acercado a la comisaría más cercana, pero si no… Si alguno ha visto su vida amenazada, peor aún, la de sus seres más queridos… No, pensar eso no es una opción, al menos si quiere volver a descansar mínimamente en su vida. Y otra vez hay un seísmo ahí donde los cimientos de su vida ya se habían venido abajo por lo pasado en estos últimos días, reduciendo a cenizas lo que ya eran cascotes inservibles.

Más que acostarse, se deja caer pesadamente en algo parecido a un colchón de acero que haría las delicias de cualquier faquir experimentado. Incapaz de afrontar la realidad en la que se ha convertido su vida, se abandona a un duermevela nervioso y agitado.

A su lista de últimos grandes éxitos, ahora también puede

añadir el de mentir o al menos ocultar la verdad a la policía. Todas sus preguntas estaban muy centradas en el incidente del portal, donde al parecer hay alguien ingresado con una avería importante en la nariz y un traumatismo craneoencefálico, y en Adriana. Su relación con ella, cómo acabó, si hubo violencia. Luego, como si tal cosa, el policía dejó caer la curiosidad de que la chica viviera en la misma casa de la agresión con la que había comenzado su cuestionario. También parecía interesado en la huida de su puesto de trabajo por la puerta trasera cuando entraron a hacerle unas preguntas. Coincidencia, fue lo único que pudo esgrimir Adrián. Allí ya el funcionario se cansó y lo mandó para los calabozos internos. «Nos veremos pronto», dijo sin mirarle.

Oía quejas sordas, gritos de compañeros de viaje en esta noche oscura. Hecho un ovillo, perdido, sintiéndose descolocado, desubicado, solo, cansado…, recordó una frase que quizá había leído en alguna novela de las que antes leía por las noches o que escuchó en una película. Una frase que por entonces pasó sin más por el filtro de su cerebro y ahora golpea su mente como un martillo pilón: «En el corredor de la muerte no hay ateos». Buscando los recovecos en cada palabra de la frase, mientras rezaba a un Dios que tenía oxidado en el fondo de la memoria de su niñez, fue sumergiéndose en esa espiral de sueño-cansancio-rendición. «Haz conmigo lo que quieras…, "así en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día…"», no pudo acabarlo.

Adrián no se extraña al verse envuelto de nuevo por la sábana áspera que separa el mundo infernal real de allí fuera con el mundo infernal de los sueños de aquí dentro. Al menos está descansando. «Al menos estoy descansando… Toma el control, ser oscuro, vuelve a hacer conmigo lo que quieras, tan solo déjame descansar…»

6

Su vida era uno de esos edificios que salían en los telediarios desplomándose después de que pusieran cargas explosivas en los pilares básicos. Esas bombas que habían arrasado con su existencia se habían visto reforzadas por dos cargas más explotando en plena línea de flotación. Detonación uno: la entrada de la policía en su casa, y detonación dos: la respuesta violenta de su mejor amigo contra Lucía. Pato se siente realmente desubicado e impotente. «Vacío» puede ser la mejor definición, o quizá «perdido». ¿En qué momento todo se le fue de las manos? ¿En qué momento se dejó arrastrar por el tornado Adrián?

La angustia le ha llevado la bilis a la garganta dos veces, y las piernas no sostienen su cuerpo. El vacío que siente en su cabeza le descoloca y le tiene en un estado permanente de mareo, de espectador ajeno a su propia película. Irrealidad. Su cabeza es esa vasija donde se baten los huevos antes de hacer la tortilla. Lucía se ha marchado con el pequeño Eduardo, probablemente a casa de sus padres, y él está solo, derrotado y vencido, sentado, desvencijado en el sofá de su salón, como el juguete de alguien que creció y lo arrojó con desprecio a un rincón oscuro, avergonzado del que un día fue su muñeco favorito. No entiende cómo ha llegado a esto, ni cómo Adrián le ha podido joder tanto la vida. Además, está esa historia de que ha matado a su madre y ha ido a casa de la pobre Adriana. Dios mío, tiene que estar tomándose algo, volviéndose loco… Es un peligro público. Y con una punzada de dolor, piensa: «Espero que le encierren una temporada». De refilón, sin centrarse mucho en todo el cogollo del pensamiento, por miedo a que la certeza le escupa en la cara, comienza a brotar la duda, la sospecha, el dolor. ¿Y si ha estado equivocado todo este tiempo?, ¿y si no ha sabido verlo y realmente aquel a quien

llamaba su amigo era un agujero negro que le absorbía su energía y su vida, el que emborronaba su destino? Y no supo verlo. Quizá hasta que ha sido demasiado tarde. Quizá ya no haya nada que salvar de este naufragio.

Antes de que Lucía se fuera, él intentó acercarse, abrazarla, darle su apoyo, pero ella se deslizó entre sus brazos, sin violencia ni reproches, como si fuera aire, un sueño, un fantasma. Se metió en el cuarto de su hijo. Al salir con él en los brazos y unas bolsas de viaje colgando de la espalda, Pato fue incapaz de hablar. No hizo ni el amago de abrir la boca. La vio marchar pasando tan cerca que sus cuerpos se rozaron, sin mirar atrás ni cerrar la puerta. La vio esperar el ascensor, dándole la espalda, con el pequeño canturreando contento de estar en brazos de mamá, y aun así fue incapaz de decirle nada. «Quédate», «No me dejes solo», «Os necesito». Sabía que estaba en medio de unos segundos vitales, unos segundos que podían marcar un antes y un después; y nada, dejó pasar el tictac del reloj retumbando en sus vidas, sin mover un solo músculo, rebozándose interiormente en su miseria humana. El nudo en la garganta dolía físicamente, como si tuviera una rama de zarza desde la boca hasta el estómago, pero no supo qué decir, tampoco lo pensó; sabía que no iba a decir nada.

Ahora, sentado en la soledad de su salón, con una cerveza sin abrir en las manos, se inventa mil fórmulas mágicas que, pronunciadas, hubieran hecho que ella volviera a sus brazos. Aunque tan solo dura un par de minutos jugando a ese juego, ya que realmente no se llega a engañar del todo. Sabe, como sabe que mañana saldrá el sol de nuevo, que no hubiera existido esa palabra mágica. Es su cobardía la que le asfixia, la que aprieta su garganta evitando que entre aire a sus pulmones. Su propia incapacidad para poder hablar en ese momento decisivo le hacía más daño que las náuseas o aquella sequedad en la garganta.

Cuando suena el timbre de la puerta, su corazón se acelera. Ni el Pato más optimista podría pensar que aquello tenía una mínima probabilidad de suceder. Incluso se pone la mano en el pecho en un acto reflejo, notando cómo aquel músculo que llaman corazón retumba de lado a lado. Pero no parece que vaya a estallar, así que

pasa a lo urgente: levantarse a abrir la puerta. Esconde la cerveza tras un marco de fotos de la estantería. Su cabeza va a lo suyo, ajena a otros órganos propios. «Seguro que es ella —piensa— y vuelve a por mí.» Y en la misma fracción de segundo donde todo es excitación y alegría a punto de desbocarse, sabe al doscientos por cien que no va a ser así. No es ella. Si la conoce, y vive Dios que la conoce, no es ella. Además, ¿para qué llamaría si tiene la llave? No se oye al enano tampoco… Putos mensajeros, vecinos, vigilantes…, que no dejan al puerco rebozarse en su cieno en soledad. En un mismo espacio-tiempo coinciden el ángel y el demonio, la alegría y la esperanza junto a la desolación y el tsunami sentimental que arrasa con todo. Suena el timbre una segunda vez, y ya con la certeza de que no es ella, y sin esperar a nadie, tiene de todo menos prisa por abrir la puerta. Recoge la cerveza de su escondite, la abre con parsimonia y deja caer garganta abajo buena parte de la lata. Saber que a Lucía no le gustaría que bebiera alcohol en esta situación y a esta hora le hace sentirse un ridículo punto más fuerte. Suena el timbre una vez más. Vuelca el resto de la lata en el fregadero mientras se dirige a la puerta dispuesto a decir no.

Al abrir la puerta, el hombre que aparece enfrente le mira directamente a los ojos. Está seguro de no conocerle, juraría que nunca le ha visto antes, aunque hay algo en su mirada que le intimida y le descoloca, como un actor localizado en otra película, con otro peinado y otra complexión. Por supuesto, no es consciente de que viene siguiéndole desde que entró en casa de Adrián. Se miran en silencio hasta que el hombre toma la iniciativa. Ya no lleva las gafas; se vio absurdo con ellas y entendió que no iba a necesitar esconderse de nadie, simplemente las tiró a una papelera. El impulso de comprárselas en la estación de autobús, cuando llegó a Madrid, había desaparecido. Pasa al lado de Pato, que tímidamente se intenta poner en medio. No hay choque, no hay roce; el hombre llega al salón sin ningún impedimento serio.

—Váyase ahora mismo, por favor. No es el momento de… de lo que sea. —Aprieta los puños, siente que le empieza a dominar la rabia. Comienza a sudar por todos los poros, el rostro se tiñe de rojo, se siente superado. Expulsa completamente el aire de sus

pulmones.

«Me rindo —pensó—. No puedo más. Haz lo que quieras: roba, mátame, pero vete ya, dejadme tranquilo todos.» La imagen que daría a un espectador ajeno a la historia sería de nuevo la de un muñeco vacío, derrotado por las agujas del reloj. Brazos caídos a ambos lados del cuerpo, ligeramente encorvado, seguramente por el peso de la mochila invisible de los últimos días. Respiración rápida, tensa, ojos inundados de finos hilos color sangre. El ánimo hundiéndose en arenas movedizas. Nervioso, ansioso, deseando algo con todas sus fuerzas, algo que no sabe identificar.

En la otra punta del espectro de emociones aparece el extraño intruso. Este está tranquilo, curioseando, en silencio. Manos en los bolsillos, como un turista en un museo gratuito y poco interesante, matando el tiempo. Simplemente parece estudiar el escenario donde va a desenvolverse los próximos minutos, aunque, por su pose tranquila y carente de prisa, podrían ser horas, muchas. Hasta se permite el lujo de mirar fotos y tocar recuerdos que ahora a Pato le parecen reliquias de un pasado muy muy lejano. Pato se echa las manos a la cara. «Lo que le faltaba —piensa—. Un puto chiflado que viene a saber qué.» Aquel hombre con el que se había cruzado ya por la calle, pero no había dejado ni la más mínima huella en su entorno, se acercó al sofá, se sentó y pareció pasar a un estado de *stand by.* Cerró los ojos e inclinó ligeramente la cabeza hacia abajo, acercando su fina barbilla al cuello de una camisa sin planchar. Ambas manos se posaron en las rodillas correspondientes, izquierda con izquierda y derecha con derecha. Parecía bucear en recuerdos o en ideas, probablemente con palabras nunca dichas, por el aspecto de concentración de su cara. Eso permitió a Pato fijarse detenidamente en él. Ya no sentía miedo: algo conocido emanaba de aquel personaje. Largas y pesadas arrugas surcaban su cara, como zanjas echadas a perder, sin labrar. Pelo revuelto, cano, escaso. Quizá sesenta años largos. Ahora sí pudo oler aquello que, en un principio, cuando el hombre atravesó el quicio de la puerta, le había puesto alerta. Lo había confundido con miedo a que hiciera algo, pero no. Apestaba a derrota y desánimo, y, desgraciadamente, Pato sabía de lo que hablaba. Comenzó a

interesarse por aquel don Quijote enjuto, de figura triste, cansada y tranquila que se había sentado en el sofá de un hogar que se caía a pedazos, como una metáfora de su vida. Aún estaba muy lejos de conocer que aquella figura que callaba iba a poner su ya descolocado día a día en modo centro de tornado con nivel diez en la escala de Richter inflado a esteroides en cuanto abriera la boca.

En esa postura extraña, como cogiendo fuerzas, le dejó unos segundos, hasta que ya no pudo más.

—¿Puede, por favor, decirme qué necesita?

Y el hombre abrió los ojos lentamente, fijó su mirada en los de Pato y movió los labios. Debió hablar, pero Pato no fue consciente. La información que llevaban sus palabras le estalló en el cerebro antes de que llegara a sus oídos. El salón comenzó a dar vueltas a su alrededor, el estómago volcó como un conductor borracho en una cuneta. Por lo que fuera, no dudó ni un momento de que aquello era verdad, quizá ya lo supo sin saberlo cuando aquel hombre entró en su casa, y probablemente en su vida, a su pesar, o no. No podía asegurar nada. Su vida seguía siendo una carretera con curvas infinitas, y él iba montado en un carricoche sin frenos.

Se sentó a su lado y, sin hablar ni buscarse con la mirada, ambos permanecieron varios minutos en silencio, ajenos al mundo, buceando profunda e interiormente en su propia piscina espesada por sentimientos a flor de piel.

Pato se saltó el paso de pedir explicaciones, ya que una parte de su interior le gritaba que aquella no era su guerra, pero no interrumpió ni dejó de escuchar un segundo mientras aquel hombre contaba su historia. Una voz cargada de una pátina de sensaciones mezcladas cada una de ellas, en mayor o menor medida, con melancolía inundó el salón. Pato se dejó llevar.

Hace muchos, muchos años, aquel hombre afirmaba ser «feliz». Cinco letras que podía deletrear con una sonrisa en la boca, completamente convencido de su significado. Estaba casado con una mujer que le completaba y le llenaba absolutamente en todos los campos necesarios de la vida. Ella regaba sus silencios y su melancolía congénita de risas y palabras llenas de sentido,

mientras él empujaba hacia arriba las empinadas cuestas de la inseguridad que ella arrastraba. Un equipo en toda regla. Por separado, buenos; pero juntos, invencibles. El trabajo no faltaba, por lo que, aunque aquello no era una máquina de ganar dinero, podía mantener una casa digna y los pocos caprichos que surgían.

«Íbamos al cine —rememoraba con los ojos en aquel salón, pero su vista muy lejos de allí en tiempo y en espacio—. Películas románticas elegía ella, bodrios de acción elegía yo; incultura de juventud. Salíamos a cenar fuera quizá una o dos veces por semana, no más, y dormir…, dormir juntos era algo maravilloso. Hablábamos hasta caer dormidos. Nada podría romper aquello, pensábamos, o pensé. Nada excepto una cosa que no fui capaz de ver venir. Nosotros mismos. Entonces, un día, radiante de luz y felicidad, me lo dijo. La familia iba a crecer. Primero hubo un aborto, pero no desistimos, y al final llegamos a la meta. Tú lo sabes, quizá mejor que yo, porque lo tienes más presente. Esa mezcla de miedo, orgullo, pavor, alegría y un fantasma llamado "futuro" esperando tras el parto para sorprenderte en cada esquina. Ya no valía nada de lo que creíamos tener; ahora íbamos a ser responsables de una criatura indefensa, y de lo que estuvimos seguros es que cariño y amor no le iban a faltar.

»La mayor sorpresa estaba por llegar. Después del parto el médico salió y me dijo: "Enhorabuena, son dos niños preciosos". ¡Dos! De la noche a la mañana nos habíamos multiplicado en casa. No sé quién lo dijo, quizá García Márquez: "Tu hijo es aquel que te agarra un dedo nada más nacer y nunca jamás te lo suelta". No sabes, y espero que no lo sepas nunca, lo certera que es esa definición. Aprendimos a querernos los cuatro. Y en eso nos esforzábamos primero, hasta que después ya salía solo. Cada día era un nuevo día lleno de luz, de creación de recuerdos…

»Y entonces llegó la maldita enfermedad. No sabes cuánto alcohol derramé después, cuántas lágrimas arrasaron mi cara, y cuánto lamenté, y sigo haciéndolo cada día, que no hubiera sido otro tipo más letal de enfermedad. Haber desaparecido allí, en la cumbre de mi obra. Pero no, llegaron las pruebas, y más análisis, y otras pruebas. El médico hizo llamar a su despacho a mi esposa

mientras a mí me dejó fuera. Iluso de mí, me angustié pensando que estaban poniendo fecha de caducidad al torpe latir de mi corazón. Y ojalá hubiera sido así; nos hubiéramos evitado mucho sufrimiento después. Recuerdo mi pulso acelerado, la respiración que no funcionaba, pues nada de aire era capaz de entrar a mis pulmones, y me imaginaba al doctor diciendo a mi mujer que no me quedaban, qué sé yo, más de dos o tres semanas; y ella lloraba, primero en silencio, y luego libre de ataduras, quejándose ante un Dios ocupado en otras cosas. Y me hicieron pasar a aquel lujoso despacho, y efectivamente el final de la película que me había montado hacía tan solo unos minutos casaba como un guante con la escena que mis ojos veían.

»Mi esposa lloraba con el rostro sumergido entre las palmas de sus manos, incapaz de mirarme, incapaz de levantar la vista y ver a su esposo moribundo. Me temblaron las piernas, pero por ella me hice prometer que mantendría la compostura: no lloraría ni me rompería hasta llegar a casa y encerrarme en el baño. Pero una cosa es lo que te prometes y otra cómo reaccionas cuando la bomba estalla. Nos creemos preparados para todo, pero no lo estamos. Recuerdo al doctor, con el rostro rojo, congestionado, y unos ojos diminutos tras unas gafas de montura redonda y grandes cristales. Un topo, se cruzó por mi mente. Y es que es absurdo cómo nuestra mente reacciona en los momentos más insospechados. Recuerdo al doctor, decía, mirándome, y entonces soltó la bomba, así, en frío, sin más vaselina ni escudo protector. Y mis falsas defensas estallaron. Una bomba nuclear arrasó con mi alma y mi corazón, destrozándolo en pedazos y separándolos entre sí años luz unos de otros. Mis piernas se troncharon como simples pajas de mimbre sosteniendo un cuerpo inerte demasiado pesado. Y es que me lanzó a la cara que, según el resultado de las diferentes pruebas, era bastante obvio que no podía tener hijos ni nunca había podido. Luego me enteré de la escena anterior, con mi mujer suplicándole, pidiéndole por lo que más quisiera, que no me lo dijera, pero él no le hizo caso, de ahí la congestión en el rostro del doctor.

»Lo que yo interpreté como una máscara digna tras la que

refugiarse al dar una mala noticia no era más que enfado y enojo con lo que él consideraba poco más que una fulana. Nunca podré olvidar el nombre de aquel doctor, que, creyendo hacer el bien, no hizo más que destruir cuatro vidas. Segismundo Pérez Torca. Aún creo decir su nombre en alto en mis noches de pesadillas. Mis pesadillas son mis recuerdos, y vuelven cada noche a recordarme quién soy y lo que hice.

»Por aquel entonces, los niños, mis hijos, o no, apenas tenían trece o catorce meses. Lo intenté, te juro que lo intenté. Ella me lloró y me prometió, y yo tragué, sin llegar a acercarme a ella, pero sin alejarme. Quizá con el tiempo podría volver a entregarme a ella sin frenos, me decía… Pero no pude. El tiempo no hacía más que erosionar todo aquello que tuvimos una vez. Cada gesto, cada palabra, cada beso, cada acercamiento… eran flechas para mí. Me cargué de una energía negativa; no éramos más que dos imanes que se repelen cuando intentas acercarlos. Lo que no intenté, ni por un segundo, fue odiar a aquellas pequeñas criaturas que me miraban llenas de amor y confianza. Mi vida era un infierno, estaba en un paraíso en el que no podía estar, no me pertenecía… Estaba claro que un día todo volaría por los aires.

»Entonces tomé una decisión. Irónico. La peor decisión de mi vida, y sin embargo volvería a tomarla una y mil veces. Tenía claro que aquellos eran mis hijos por encima de quien hubiera puesto la semilla. Yo los alimenté, los limpié, pasaba las noches en vela por ellos. Me preocupaba por ellos. No podía quedarme allí, ni alejarme de ellos. Así que, en una decisión llena de veneno, le dije a quien había amado con toda mi alma que me iba, pero no lo haría solo. Me llevaría a uno de nuestros hijos conmigo, para siempre, muy lejos de allí, tanto que ella nunca jamás volvería a verle. Ella lloró, sufrió, la vi partirse por la mitad, pero no tuvo fuerzas para negarse.

»Cogí al pequeño Marcos y, con dos maletas llenas de un pasado doloroso, nos fuimos sin mirar atrás. Aún recuerdo el llanto salvaje, descontrolado, del pequeño Adrián al sentir, dentro de sí, que su hermano mellizo se iba para siempre. Puede sonar enfermo, pero sentía que la víctima era yo. No merecía quedarme sin nada,

viendo a unos hijos que no eran míos, ¿qué?, ¿un fin de semana al mes? No tendría sentido, el vínculo se rompería, el tiempo curaría todo, y yo me quedaría solo, para siempre. Y ya eran mis hijos, yo los había visto nacer, y me había partido el espinazo para que no les faltara de nada. Así que Marcos y yo nos fuimos sin mirar atrás. Millones de veces me arrepentí de aquella decisión. Las mismas que me convencí de que quizá no lo había hecho bien, pero sí había conseguido lo que me pertenecía.

»Tenías que ver a Marcos… Buen hijo, responsable, con sus cosas, pero quién no las tiene. Solo me permitía una debilidad. Todos los veinticinco de abril llamaba a la que había sido mi casa. No era una fecha al azar, era el día exacto en que aquel médico, creyendo liberarme, me destrozó la vida. ¿Quién sabe si ahora sería un padre orgulloso de cinco hijos?, o quizá es verdad que no habría más… mentiras. Aquella fecha, el veinticinco de abril, se convirtió en mi penitencia y en mi pecado. Llamaba, hablaba con ella, nos poníamos al día de nuestros hijos, y nunca, nunca, hablábamos de nosotros. Cuando ya habíamos hablado todo lo habido y por haber de los hijos, el silencio se espesaba en la línea. Permanecíamos callados, el uno al lado del otro, a miles de kilómetros de distancia física, pero a unos milímetros de la emocional, pensando en qué hubiera podido ser, pensando en pedir perdón, pensando en volver a vernos, al menos en decirles la verdad a Marcos y Adrián.

»¿Sabes? Ni un solo día dejé de amar ni a mi mujer ni a Adrián, ni un solo día dejé de pensar en ellos. Pero nunca hice nada. Nuestros hijos no tenían la culpa de tener una madre tan libertina y un padre tan gilipollas. Hasta que, no sé por qué, en un momento de debilidad me dejé llevar. Hará seis o siete meses senté a Marcos a mi lado y le borré la sonrisa de la boca sin previo aviso, sin preámbulos. No hubiera sido capaz de otra manera. Se levantó con una máscara en la cara que no le había visto nunca; era pura ira. Miedo, quizá, pero había odio en su mirada, hacia mí. Fui a tranquilizarle, y me apartó de un manotazo: "Déjame en paz, no eres mi padre". Y se fue dando un portazo.

»Media hora más tarde me llamaron. Puta moto…, nunca me

gustó. Se había matado en el acto. En un maldito cruce, alguien se consideró demasiado importante como para respetar un ceda el paso…, y chocó con un camión que le arrolló. Quedó tan destrozado que no me dejaron ni identificarle. Desde entonces me siento culpable. Yo lo maté, hice lo mismo que me hicieron a mí: sembrar dolor y separación. No creas nunca frases hechas. La verdad es una mierda, no nos hace libres, simplemente nos hace más duro el día a día.

»“Déjame en paz, no eres mi padre”, esas son las últimas palabras que oí de mi hijo. Y entonces, sin saber qué hacer, me salté mi propia regla, un vía crucis con el que cargaba a mis espaldas desde hacía más de treinta años, y llamé a su madre fuera de la fecha programada. No fui capaz de hablar, pero ella, al entender que era yo, lo sintió, sintió que su hijo, al que no había visto en más de treinta años, había muerto. Se echó a llorar con un quejido gutural que me partió lo poco que ya me quedaba de alma. Creo que caí al suelo, donde ella debía llevar un rato, y ambos lloramos durante horas, con el teléfono a nuestro alcance, testigo mudo de un amor lleno de dolor.»

7

Cuando Adrián sale a la calle, la luz del sol le quema los ojos. Pero es un escozor agradable, ya que viene acompañado de aire libre. Únicamente alguien privado de él durante un tiempo sabe lo bien que huele el pesado aire de Madrid. Cierra los ojos y carga sus pulmones, dos, tres veces. Ha descansado tímidamente, sin llegar a desconectar de su situación actual. Lo bueno es que no es capaz de recordar absolutamente nada de los sueños que ha tenido en los intervalos que ha podido dormir, lo que es mucho más de lo que podía esperar. Su otro yo ha permanecido oculto, o al menos no ha dejado la huella que venía dejando las otras veces. Ha preferido mantenerse a salvo, aunque eso significara que su yo real cogiera fuerzas, así que el siguiente asalto por el control de sus actos iba a ser interesante. Al final ha estado en comisaría veinticuatro horas exactas. Apesta y va sin afeitar. Se coloca la mano de visera ante un sol sucio filtrado ente nubes espesas y encuentra, en la acera de enfrente, apoyado en el capó de su viejo coche, a un Pato que le mira indiferente, sin llamarle ni mover un músculo. Adrián siente un alivio inmenso, quizá irracional, y una alegría difícil de describir. Se dirige hacia su amigo, nervioso, como en una primera cita adolescente. Sin apenas buscarse los ojos ni hablar, le pasa los brazos por encima y le aprieta fuerte contra su pecho, en un abrazo más gráfico que cualquier discurso. Adrián nota cómo Pato se pone tenso y solo le da unas leves palmaditas en la espalda con la mano derecha, descansando aún la izquierda dentro del bolsillo. Se encuentra entonces fuera de sitio y se aparta sin ser capaz de mirarle directamente. Murmura un «gracias», quizá por la necesidad de decir algo, intentar abrir una minúscula brecha en ese muro que nunca antes había estado allí, levantándose entre ambos y separándoles de manera evidente. Ese nerviosismo impregnado

de alegría de hace unos escasos segundos se ha quitado el antifaz, desvelando ahora su rostro deforme, llenando de una sensación pegajosa todo su interior, como un grifo mal cerrado, escupiendo barro sobre su alma, dando un regusto amargo a sus sensaciones y sentimientos, anunciando la llegada, otra vez de vuelta, a su inseparable amiga de los últimos tiempos, la derrota y su sabor. Sin más, se meten en el mismo coche, cada uno por la puerta correspondiente.

En la radio, Rosendo Mercado explicaba al mundo en general que, si no le ves sonreír, no pensaras que estaba triste, simplemente era su manera de vivir. Era lo único que se oía dentro del coche. Había un silencio que entre ellos significaba mucho, pues nunca había existido. Siempre había comentarios o pensamientos filosóficos absurdos que llevaban a reflexiones aún más absurdas. Adrián se dio cuenta de que no era capaz de identificar la dirección que llevaba Pato, pues su casa, o la del propio Pato, no hacían más que quedarse atrás. Tampoco le importó, y, cerrando los ojos, casi sin pensarlo, como si fuera un pensamiento débilmente sujeto por una fina cuerda, dijo:

—Sabes que nunca haría daño a Lucía, ¿verdad?

Lo dijo mirando por fin a la cara de Pato. Este permanecía atento a la carretera, inexpresivo. Más concentrado de lo necesario en alguien a quien el mismo Adrián había visto haciendo prácticamente de todo con un volante en las manos. Ante esta falta de respuesta, Adrián empezó a calentarse por dentro. Había dicho «¿verdad?», era una puta pregunta, él debería contestar, no era una afirmación. «Que os den por culo a todos, joder. Yo soy la víctima, lo único que quiero es protegeros, y aquí estoy, como un apestado. Si esto es todo lo que podéis aportar, mantenerme sentimentalmente lejos de vosotros, haciéndome sentir todavía peor, no os necesito, no me ayudáis. Estarás deseando que te pregunte dónde vamos, pues te jodes. No pienso hacerlo, me da absolutamente igual. Seguro que a un lugar lejos de vosotros, donde me volveréis a encerrar, por mi bien, diréis, y correréis lejos de mí. —Cerró los ojos—. Quizá está todo bien como está, quizá este puto psicópata que llevo dentro tiene razón, quizá deberíamos

irnos todos los humanos a tomar…»

—Lo sé. —La voz de Pato sonó ronca, a noche sin dormir, a dolor.

La respuesta le llegó tarde y mal, y no sirvió para que Adrián se tranquilizase, ni siquiera para que diera pie a una conversación entre desconocidos. Pero Pato se dio por vencido y por fin se arrancó.

—He cogido una casa en la sierra, en Dejeruelo. Solo un par de días; nos vendrá bien a todos. Creo que… va a ser toda una experiencia.

—Yo, con que haya ducha. —Adrián bajó un poco sus defensas mientras cerraba de nuevo los ojos y dirigía el rostro hacia la ventana ligeramente abierta, en busca de la corriente de aire.

—Sí, por Dios. Pareces una piara con piernas, joder.

Adrián sonríe con los ojos, sintiendo en ese comentario el cálido abrazo de los retales de una amistad que pende de un hilo, y piensa en Dejeruelo, un pequeño pueblo a pocos kilómetros de Madrid, en la sierra norte. Rodeado de escarpadas montañas y de un verde que empieza a verse amenazado por la voracidad constructora. Fuera de temporada, el centro del pueblo está formado por un puñado de casas con vida, puestas en lo que parece puro azar alrededor de una plaza con el típico árbol centenario en medio, donde los mayores del pueblo pasan a su alrededor las tardes, recordando tiempos pasados, por supuesto, mejores. No importa que entre ellos se hubieran matado, que hubieran pasado hambre. Cualquier tiempo pasado era mejor, y eso porque ellos jugaban al fútbol con una pelota hecha de cartones atados con un hilo, no con balones oficiales perfectamente esféricos…, lógica aplastante de ancianos.

En el pueblo, sumergidos entre las callejuelas, un montón de tiendas cerradas a la espera del verano y de la oleada de madrileños ávidos por sentirse allí como en casa. Pensar en ese pueblo le trae buenos recuerdos. Allí ha estado un par de veces, y siempre ha vuelto con una sonrisa en los labios y calor en el alma. Claro que entonces la vuelta la hacía con ella, Adriana, en lo que

ahora parece tres o cuatro vidas atrás. Suspira, ya casi indemne a los bocados de la nostalgia en su gastado corazón.

Cuando entraron en un pequeño chalé de las afueras de Dejeruelo, el ambiente parecía haberse relajado. Ambos llevaban una pequeña maleta con cosas indispensables que el propio Pato había preparado, siendo la de Adrián la misma que había recogido en su casa hacía dos días en tiempo real, tres mil años luz en el espacio-tiempo sentimental. Si Adrián conocía bien a su amigo, y daría la pierna derecha a que así era, había algo que no le había contado, una carta oculta que este se moría por descubrir. Habían ido hasta allí con una misión en concreto que no tardaría en desvelarse. La parcela estaba muy bien cuidada, con una pequeña piscina de agua clara, invitando a un baño que el aire gélido que venía de las montañas enseguida diluía. Era tarde, y el sol se estaba ya rindiendo, entregando sin condiciones el pueblo al frío y las sombras. Los árboles llenaban los rincones, y un pequeño columpio rojo ululante mecía a nadie gracias también al viento. Entraron a la casa por un gran ventanal que ocupaba toda la fachada principal del salón, y allí, sentado a la mesa, había un señor mayor que miraba fijamente a Adrián. Este no le dio importancia y se dirigió escaleras arriba en busca de un cuarto vacío donde dejar su pequeña bolsa de viaje y una ducha donde dejar sus últimas veintiséis horas de encierro físico y mental. Antes de encerrarse en el baño, ya por fin desnudo, escuchó a Pato hablar con aquel señor desconocido que parecía encogido y doblado por la vida. «Bastante tengo con lo mío —pensó— como para preocuparme por desconocidos.» Un chorro de agua caliente por la espalda le arrancó un gemido de placer.

El Adrián que, tres cuartos de hora más tarde, bajó hacia el salón no tenía nada que ver con el desharrapado que había subido esas mismas escaleras: afeitado, limpio, peinado y con ropa planchada. «A lo mejor esto es lo que me queda, disfrutar de los pequeños placeres de la vida y renunciar a mayores aspiraciones.» Pato le esperaba a los pies de la escalera. Estaba visiblemente nervioso, entrelazando los dedos, como si tuviera que recitar una lección no estudiada al profesor de la escuela.

—Siéntate y habla con él. Yo esperaré fuera. —Sin más, se puso el abrigo de plumas de ganso rojo que colgaba de la silla, se lo abrochó hasta la barbilla y salió, cerrando el ventanal.

Adrián se acercó a la mesa, y entonces supo que sí, que la memoria nunca le había engañado. La colonia Old Spice olía exactamente como él recordaba.

Allí fuera, Pato vivía su particular batalla. Tenía el teléfono en la mano, y en la pantalla el nombre de Lucía. Simplemente tenía que apretar el botón verde y podría hablar con ella. Pero no era capaz. Llegado a ese punto, se maldecía, se levantaba y volvía a bloquear el teléfono. Estaba deseando llamarla, oír su voz, pero había algo en su interior que le bloqueaba y le impedía hacerlo. Esa negación propia le ahogaba y le enrabietaba consigo mismo. Cuando habló con ella la última vez y le contó la conversación con el padre de Adrián, ella calló. No preguntó, no hizo comentarios. Él fue sintiéndose cada vez más incómodo hasta que, una vez contada su idea de alejarse un poco, le preguntó si vendría. Obviamente dijo que no, le deseó suerte y le dejó colgado, con un teléfono inerte en la oreja izquierda y nadie al otro lado del hilo. Ahora siente que necesita llamarla, igual que siente que no será capaz. Vuelve a sentarse y, con la respiración excediendo por mucho el límite de velocidad, vuelve a buscar su contacto en la agenda: «AA Lucía», para medio minuto después volver a bloquear el móvil y desesperarse con su propia cobardía.

Dentro, al calor de la chimenea, los sentimientos habían estallado.

—Aquel día —voz entrecortada, llanto en la garganta—, cuando la encontré en el suelo…, fue cuando habló contigo… Se había enterado de que su hijo había muerto. No supe verlo… Pensé que…, simplemente pensé que le había dado algo… Realmente, ella estaba muriéndose por dentro…

—No te culpes, era imposible que pudieras hacer más.

—¿Que no me culpe? No la entendí…, y aquella misma noche, esa noche, yo… —Se dio cuenta de lo que iba a decir y prefirió verter su culpa en aquel hombre que volvía de entre los muertos para decirle que nunca fue su padre y que su madre era

una…, una ¿qué?—. ¿Por qué?, ¿por qué nos separaste?

—Yo mismo me lo pregunté cada noche. Y siempre encontré una respuesta. Todos tuvimos una familia, todos ganamos. De cualquier otra manera, siempre alguien perdía. —Él también calló en este punto, ya que resultaba obvio que era quien en cualquier otro supuesto hubiera perdido.

Adrián estaba pensativo, sintiendo que todo iba encajando. Aquella noche, la de la marcha de su madre, Adriana llevaba, según sus cuentas aproximadas, cuatro o cinco días evitándole, por lo que era el tiempo aproximado en el que el ser oscuro empezó a apoderarse de sus sueños. Las cuentas coinciden. Su corazón se llenó de una adrenalina que trotaba por sus venas en todas direcciones. Exactamente, el tiempo que tardó este señor, Alfredo, en llamar a su madre después del accidente fue cuando todo empezó a resquebrajarse con Adriana. ¿Pudiera ser que aquel que llevara dentro no fuese realmente su otro yo? Se sentía confuso y a la vez por fin con un hilo del que tirar. Tenía algo, muy tenue y absurdo, pero era algo más que la noche cerrada a la que llevaba enganchado ya demasiado tiempo. Sentía que, si parpadeaba o respiraba demasiado fuerte, todo desaparecería: su única pista, su único consuelo. Necesitaba saber más, aunque la verdad no significara más que dolor y desesperanza. Desde aquel día, cuando encontró a mamá tirada en el suelo, alguien había tirado de la cadena y su vida se iba por el sumidero como un remolino lleno de mierda… Quizá, solo quizá…

—¿Cómo era él?, mi hermano.

—Un gran chico. Lo hice lo mejor que pude, y, modestamente, mal no me salió. Aunque he de reconocer que la materia prima era buena. Aquella última noche se trastornó, no pudo soportar la verdad. Aquella última mirada me persigue a todas horas. Soy incapaz de olvidarla. Un gran chico. —Su mirada parecía ver algo muy lejos de allí, en el espacio y en el tiempo.

—¿Por qué ahora? ¿A qué has venido?

—Tienes que entender algo que a mí me costó mucho tiempo y muchas botellas de cerveza entender, y es que nunca dejé de querer a tu madre. Hubiera sido incapaz de olvidar, pero también

era incapaz de dejar de querer. Lo intenté con todas las fuerzas. Hasta que entendí que era absurdo. Hubo un punto en que dejé de luchar por intentar dejar de quererla. Desde el día que rompí las reglas y llamé para decirle que su hijo había muerto me preocupé, me preocupé mucho. Llamé desde aquel día varias veces, pero nunca más volvió a contestarme. Sentí que algo no iba bien, y me vine a Madrid. Allí ya no había más que unos recuerdos demasiado bonitos como para que no dolieran. Nadie debería pasar por esto…

Adrián intentaba sentir algo por aquel hombre, pero no era capaz. Lo único que podía mínimamente percibir era el halo de derrota que emanaba de cada poro de su piel. Un hombre obstinado, incapaz de reconocer sus errores, probablemente, para evitar romperse del todo. Aquel hombre, que había sido «estafado» por su madre, le había separado de un hermano del que nunca tuvo consciencia en toda su vida adulta. Su propia madre le había engañado, le mantuvo alejado de todo esto, ¿por qué?, ¿por qué lo hiciste, mamá? Pero había algo más, algo que le rascaba con una cuchara oxidada en las paredes de eso que llamamos «sentimiento de culpa», y es que no podía dejar de pensar en aquellas personas que sí habían recibido la carta y en cómo se habrían comportado. Al final se había centrado tanto en Adriana y en su demonio interior que el tren para hacer algo por aquellas personas había marchado de la estación.

—¿Conoces a alguien llamado Segismundo Pérez Torca?

Alfredo, que apenas había sido capaz de mirarle directamente a la cara en toda la conversación, levantó la cabeza y se quedó centrado en sus ojos, intentando ver más allá, ver lo que bullía en su cerebro.

—¿Cómo has llegado a ese nombre?

Adrián no contestó. En ese cruce de miradas, Alfredo se vino abajo una vez más. Resopló y, enterrando la cabeza entre sus hombros cansados, apoyó los codos en la mesa y sumergió el rostro entre las palmas de sus manos.

—Sí, le conozco. Aparece en mi mente todas y cada una de las noches que permanezco en vela. El insigne doctor Pérez Torca. Sí, claro. Fue el doctor que me metió en su despacho y me dio la

noticia. Se pasó las súplicas de tu madre por el mismo forro. Supongo que mantenerse al margen para no joder cuatro vidas era una mancha demasiado grande en su bata blanca impoluta de doctor. Algo que no se podía permitir con su exclusiva educación de colegio privado.

Cada uno se centró en sus propios fantasmas. Pero no había acabado: uno de aquellos fantasmas interiores seguía gritando buscando porqués.

—¿Y Ernesto López López?

El rostro de Alfredo cambió de expresión. El dolor y la ira pugnaban entre ellos por ser el sentimiento más evidente.

—Ese es el camionero que se saltó el ceda el paso y arrolló a tu hermano. Sobre su moto arrojó un camión de treinta toneladas. Lo partió en mil pedazos, en el acto. De momento está en su casa, tan tranquilo, a la espera de juicio.

Las piezas del Tetris empezaban a encajar, haciendo líneas perfectas y, por tanto, desapareciendo, despejando su mente. Adrián iba siendo capaz de ver las cosas más claras. Quedaba un único fantasma por identificar. Las fichas eran impares, si fueran solo dos no habría sido capaz de darse cuenta e identificar esas discordancias en los papeles de su trabajo. Un trabajo que ahora le parece que tuvo en otra vida, y en parte es así. Es cierto que no le dio tiempo a leer todos los nombres, aunque tampoco cree que hubiera identificado a alguien más. A no ser que la carta que había confiscado en el buzón de Adriana fuera la tercera, pero no tenía sentido, ya que no necesitaba los distintos programas informáticos y buscadores de internet para conseguir los datos sobre ella. Él conocía a todas las personas y direcciones que había leído en aquella abominable misiva.

—¿Se te ocurre alguien más que… —intentaba escoger muy bien las palabras, no quería que aquel señor que podría haber sido su referente en esta vida le viera las cartas marcadas con las que estaba jugando— hubiera influido en vuestra vida para haber llegado a esta situación?

Alfredo no era tonto. Esos nombres no venían del azar, allí había algo, pero primero necesitaba ganarse la confianza de

Adrián, no quería asustarle ni cerrarse de manera que viera en él alguien aún más extraño. Y también había miedo. Un miedo irracional a seguir escarbando.

—No, que yo sepa. De verdad, Marcos era un chico fantástico… —Quiso añadir «ojalá lo hubieras conocido», pero, viendo las implicaciones, prefirió dejárselo para él.

Adrián, a pesar de la luz sobre las sospechas que empiezan a crecer en su interior, no es capaz de sentirse más animado. Por si no fuera suficiente todo el caos que se había apoderado de su vida, ahora viene un pasado enfangado, que apesta a odio y venganza, a remover aún más aquello que se cocía en su cerebro. Estaban tan absortos en sus propios fantasmas que ninguno de los dos oyó el coche que se acercaba y frenaba en la misma puerta de la casa.

Pato tampoco le prestó atención, aterido y mirando la pantalla oscura de su móvil, incapaz de marcar el teléfono de ella. La nariz roja y el tiritar de sus huesudos dedos no le alejaban del calor de su propia vergüenza por no poder apretar tres botones y preguntar «¿Cómo estás?».

—¿Cómo estás? —Un eco de sus pensamientos rasgó el aire frío. Levantó la cabeza, y allí estaba ella, Lucía.

Notó cómo la coraza de piedra que llevaba encima los últimos días saltaba en pedazos, a la vez que se levantaba con una gran sonrisa de alivio en la cara y la abrazaba entregándose completamente, tal y como hacía tiempo que no lo hacía. Ella se dejó abrazar, hundiendo su rostro en el hueco del cuello de Pato, donde después le besó mientras a su vez le abrazaba con fuerza.

—Mi trabajo es ayudar a la gente, soy psicóloga, ¿cómo no iba a estar aquí?

—Gracias, te necesitaba. Te necesito. —Con media sonrisa en la boca, se atrevió a preguntar—: ¿Vienes a ayudarme a mí, o a ese enfermo desequilibrado que es mi amigo?

Lucía se apartó lo justo para poder mirarle directamente a los ojos, y con unos ojos limpios, serenos, musitó:

—¿Acaso hay alguna diferencia?

Y volvieron a besarse.

8

La cena había servido para relajar el ambiente, ya que había arrancado en un tono agradable. *Pizza* y fiambres varios, regado con cerveza y Coca-Cola, según los gustos. Conversación amena, insustancial, cómoda. Adrián escuchaba más que hablaba, y afirmaba con la cabeza, animando a seguir a quien se metía en terrenos pantanosos. Fue después del primer silencio con categoría importante, de capitán general por lo menos, cuando Adrián entendió que era su momento y abrió el cajón de su cerebro, volcando encima de la mesa todo lo que le había sucedido los últimos meses. No solo acciones, sino también emociones y pensamientos. No se guardó casi nada, incluso iba mostrando sus heridas y laceraciones según llegaba al capítulo en el que su piel había sido marcada. Fue completamente transparente, exceptuando tres episodios que no se atrevió a tocar. El primero fue al referirse a lo que probablemente hizo a su madre, por lo que pasó muy de puntillas, mientras Lucía y Pato, conocedores ambos de toda la verdad, o al menos de la verdad de Adrián, se concentraban mucho en sus correspondientes porciones de *pizza*. El «no padre» de Adrián escuchaba, y una luz de alarma se le encendía, intuyendo que algo quedaba en el tintero. No se atrevió a preguntar. La segunda vez que se apartó de la crudeza de la narración lineal fue cuando trazó un simple bosquejo del fin de la relación con Adriana y sus motivos, aunque a los tres oyentes les pareció suficientemente claro todo lo que sus palabras escondían. Por último, se dejó fuera el episodio del cuchillo y Eduardo, el hijo de Lucía y Pato, ya que no quería dar un paso atrás en la relación con ella ni meter en más problemas al pobre Pato.

Cuando acabó de narrar sus últimos días, afirmó en voz alta, mirando el mantel de hule, que no era capaz de encontrar la

manera de tratar a aquel padre que no era su padre. Hacía rato ya que este, Alfredo, no comía ni aparentaba hacerlo, tan solo escuchaba con la boca abierta mientras interiormente resonaban todos los huesos de su alma resquebrajándose y estallando en esquirlas infinitas. Así que cuando Adrián planteó que ahora no sabía qué sentir, o al menos qué debería sentir hacia Alfredo, a este no pareció afectarle mucho la noticia, ya que no movió un músculo de la cara, absorto en las volutas de humo del cigarro que Lucía sostenía entre los dedos. Tras unos segundos de silencio, Adrián sí fue capaz de alzar la vista y buscar los ojos entrecerrados de Lucía mientras afirmaba, con la voz ya reseca después de tanto hablar, que se había emocionado al verla aparecer por la puerta.

Las palabras dichas quedaron revoloteando por el salón espesando el ambiente, y ni la chimenea era capaz de aportar calorías a la atmósfera gélida que esquivaba jerséis y pantalones para, burlándose del calor corporal, hacer temblar a los cuatro actores de la tragicomedia que estaba sucediéndose en torno a una mesa llena de restos de comida y vasos vacíos. Parecían estar esperando el golpe de efecto final, y es que, más o menos desarrollada, todos tenían la semilla de una teoría incómoda en su interior. Mientras la noche se hacía con el control, Adrián soltó por fin la bomba que estaba flotando en el ambiente como un invitado indeseado:

—¿Es posible que Marcos habite en mí y sea el responsable de sembrar todo este caos en mi nombre?… Por fechas, cuadra… O eso, o me estoy volviendo loco.

Pato no se movió. Alfredo se echó las manos al rostro, reprimiendo un grito. No podía ni imaginar que cuando decidió venir a Madrid se iba a encontrar tanto dolor.

Lucía se vio obligada a intervenir por su condición de psicóloga.

—Adri, sé que estás cansado. Tienes que darte cuenta de que eso que dices no tiene sentido, y en el fondo lo sabes. Te agarras a algo para poder entender tu situación, eso es lógico. Pero todo esto es algo mucho más profundo que tenemos que intentar localizar. Te agarras a una hipótesis que te conviene, pero ahora tienes que

ser fuerte y luchar. Abrirte, buscar ayuda profesional. Esto no es algo de lo que puedas librarte luchando contra extraterrestres ni tomándote una aspirina cada ocho horas, ¿me entiendes? Sé que lo has pasado mal, muy mal, y ahora vienen tiempos jodidos, Adri, pero tenemos que luchar contra todo esto. Lo primero, entender qué es lo que te está pasando, y después intentar tirar para delante. Pero no estás solo. ¿Me oyes? No estás solo. —Un amago de caricia quedó en la mano de Lucía, apoyada en el hombro de Adrián.

Adrián oía, claro que oía. E incluso afirmaba con la cabeza, pero no escuchaba. Por primera vez en mucho tiempo sentía algo de luz en su interior. Ahora tenía un arma con la que derrotar a ese ser oscuro. «Sé quién eres, por fin tengo una ligera ventaja sobre ti. Sé quién eres.»

Adrián enseguida cambió de tema; no le interesaba seguir por ahí. No quería llamar la atención y que los demás indagaran o hicieran preguntas. Si las corazonadas existen, esto era lo más parecido que había sentido nunca. Preguntó a su «no padre» dónde había vivido y cómo era su hermano. Detalles. Pato y Lucía escuchaban alejados, sentados en el sofá, respetuosos con una intimidad en la que se sentían fuera de lugar. De vez en cuando se miraban cómplices. En un momento dado, Pato buscó su mano. Ella no retiró la suya, y así se quedaron hasta que Adrián se levantó de la silla y se estiró alzando los brazos al cielo mientras bostezaba abiertamente.

—Cárcel, padre, hermano, muchas emociones, y estoy reventado. Necesito descansar y desconectar un poco. Perdonadme, pero me voy a la cama. Gracias de verdad a todos por estar aquí y traerme. Me está viniendo muy bien. Mañana hablamos. Buenas noches.

Un murmullo de buenas noches apenas salpicó el salón. También es cierto que el ambiente se relajó en el mismo momento en que Adrián desapareció por la puerta. Los tres respiraron más profundamente, como si se hubieran alejado lo suficiente de una olla a presión a punto de reventar. Ninguno habló hasta que Pato se dirigió al mueble de madera de roble del salón, abrió el armario de puertas vidriadas y, sacando una botella mediada de un líquido

ámbar, preguntó:

—¿Alguien más necesita un trago?

Adrián se sentó al borde de la cama y hundió el rostro entre las manos, apoyando los codos en las rodillas. Su vida era una película mala, llena de giros de guion. No podía creer a ese hombre que había fuera y que afirmaba ser el padre que llevaba añorando toda su vida, a quien una vez llamó «papá». No podía, era incapaz…, y sin embargo había algo dentro de él que sabía que aquello tan inverosímil era la única verdad. Entre ambos sentimientos, lo único que puede afirmar, sin entender por qué, es que es incapaz de sentir el más mínimo afecto por él. Le abandonó, y abandonó a su madre. «Me privó de mi hermano y de una figura paterna, a la vez que ha escupido y orinado en toda mi escala de valores. Mi madre. —Ahí notó que se le revolvía el estómago—. Mamá. Ya nada podrá ser igual. La quería, la amaba con toda su alma, y resulta que… engañó a mi padre, que no es mi padre, dejó que me arrancaran a mi hermano, y nunca fue capaz de contarme nada.» El dolor le rasgaba por dentro, quemándole las entrañas. «Cálmate —se obligó—. Cálmate.» Intentó equilibrar la balanza pensando que peleó ciegamente por él: su madre lo hizo todo por Adrián. No cambia nada. Ella sigue siendo su referente… ¿O no? Era incapaz de quedarse en una postura fija. Pensara lo que pensara, enseguida había algo que le inclinaba hacia el otro lado.

Con una pena que dolía físicamente, acabó por no engañarse. Nunca podrá pensar en ella igual y, lo que es peor, añorarla y necesitarla como hasta ahora. ¿O sí? Tampoco podía dejar a un lado, como punto y seguido de todo este galimatías, la posibilidad bastante elevada de haberla matado él mismo. ¿Qué debe sentir hacia eso?

Se levantó de la cama desesperado. Mientras daba un ligero paseo por el estrecho dormitorio, se fue desprendiendo de la ropa. Empezó pisando el talón de las zapatillas con el otro pie para quitárselas sin desabrocharlas, soltó los botones de los pantalones…, así hasta encontrarse desnudo y sentirse igual por dentro y por fuera.

Ya con el pijama puesto y dentro de la cama, tapado hasta el

cuello, temblando como un chiquillo sin el consuelo de sus padres, intentó recapitular y centrarse en lo inmediato. Y lo más inmediato sin duda era tirarse el farol, encararse con él y zarandearle, a ver si con el tiro a ciegas daba en la diana y todo empezaba a arreglarse o, al menos, a no deshacerse más. «Con que esto no siga desangrándose —se dijo— me conformo.»

—Ya tengo asumido que nunca más mi vida podrá ser la misma —murmura en alto, lo que significa que no lo tiene tan asumido.

Quiere creer que entiende el significado preciso de lo que le espera de vida y de sensaciones, si es que todo esto por fin termina hoy, tal y como desea. Aunque también sabe que, cuando pasado mañana se relaje y baje la guardia, toda esta mierda le saltará a la yugular como un vampiro, llenándole de ira, desazón, dolor…

Sin darse cuenta, y ese era el objetivo, los ojos se le fueron cerrando y aún divagando sobre las cloacas figuradas en las que andaba metido…

Una tela de arpillera, tosca, de uñas rotas sin cortar, le cubría por completo. Dentro del sueño se agitó, pues fue consciente de que dormía, como también lo era de que este iba a ser el sueño más importante de su vida. Salió de debajo del telón, y comenzó la función.

Volvía a estar en la misma celda, o calabozo, donde había pasado la noche y parte del día anterior. Sin embargo, iba vestido con una camisa y un pantalón de rayas horizontales negras y blancas, como en las cárceles de los cómics que leía cuando era niño. No estaba solo, pues en la cama alguien permanecía hecho un ovillo y sollozando. Se acercó a él, y, cuando iba a ponerle la mano en el hombro para tranquilizarle, levantó un rostro… vacío. No había cuenca de ojos, ni nariz, ni boca. Nada de vello, ni mucho menos orejas. Un óvalo de carne sin más. Ahogó un grito y se echó para atrás inconscientemente, cayendo de espaldas, pero no llegando al suelo. Caía al vacío braceando en el aire y creyendo gritar «socorro». Tuvo una inspiración. En vez de mover los brazos

al azar, comenzó a moverlos como si fueran alas. Primero se estabilizó en el aire, y después, lentamente, comenzó a ascender.

—Puedo volar —dijo a quien quisiera escuchar. Un extraño gozo recorrió su espina dorsal—. Puedo volar —gritaba una y otra vez mientras se esforzaba por llegar al círculo de luz por el que había caído y que se iba acercando allá arriba. La sensación de libertad y alegría era brutal y salvaje. Le recordaba la primera vez que fue capaz de montar en bicicleta sin ayuda de nadie. Podía volar, vaya que sí.

Salió del agujero, y aquello ya no era un calabozo. El sol lo inundaba todo. Una brisa suave y fresca le envolvía por completo, y el paisaje era sereno, lleno de árboles y fuentes gorgoteando agua. Estaba dentro de un cuadro llamado *Serenidad.* Seguía sintiéndose bien, hasta que algo le hizo volverse y vio el agujero siniestro de una escopeta apuntándole a la cara. Volvió a caer hacia atrás, y esta vez sí que golpeó el suelo.

Una risa le estalló en los oídos a la vez que su otro yo aparecía al otro lado del fusil.

—Tenías que ver la cara que has puesto. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos para quitarse el principio de lágrima que le nacía debido a la risa. La escopeta había desaparecido, y Adrián le miraba desde el suelo, buscando matices, señales que le indicaran que el disparo a ciegas que estaba a punto de jugarse tenía un mínimo de posibilidad de dar en la diana. Su corazón latía con más fuerza por este pensamiento que por el susto mortal que se había llevado hacía unos segundos.

El otro Adrián le tendió la mano. Este se la aceptó. Con un impulso estuvieron ambos de pie, y su ser oscuro comenzó a hablar de nuevo.

—Te la debía. Por el susto del calabozo. Me costó entender que no te habías entregado. Ay, esa zorrita… Seguro que fue Lucía. En fin, ya llegaremos a eso. Esta lección me ha servido para una cosa. Has comprobado cómo juntos podemos disfrutar, ser los dueños del mundo. Allí, en el que consideráis real, con tu ayuda, podemos ser los putos jefes, imponer nuestra ley, pasar viejas facturas. Aquí, con la mía, puedes ser feliz, disfrutar como hace

tiempo, tenerlo todo.

—Casi todo.

—Bah, setenta mejores que esa cada día, o cada noche, tú eliges. Vive la vida. Tienes un don: poder vivir siempre, las veinticuatro horas, en dos mundos diferentes. Mucha gente mataría por ello. Uy, si hasta tú lo has hecho.

—Mataste a mamá.

—¿Otra vez con eso?

—Me alejaste de Adriana. De la peor manera posible.

—Me aburro…

Adrián dejaba crecer su enfado, necesitaba llegar al punto de ebullición exacto para explotar.

—Destrozaste a papá.

La temperatura bajó diez grados centígrados de golpe. El paisaje parpadeó dos veces y desapareció, quedándose ambos colgados sobre un fondo negro.

«¡Bingo!», se dijo.

Esperaba alguna reacción, pero aquel ser negro que habitaba libremente en sus entrañas simplemente le miraba, evaluando, quizá, hasta dónde sabía. Pero Adrián había aprendido también mucho sobre sí mismo y sobre la vida estas últimas semanas. Dando una patada a los principios que habían regido toda su existencia, cuando olió sangre, puso a su ejército a tocar a degüello, avanzando caiga quien caiga, sin hacer prisioneros.

—Marcos —susurró—, hermano.

El otro calló, sonriendo mientras miraba al suelo. Pareció quitarse un peso de encima; hasta pareció relajarse.

El silencio era reconfortante. Adrián había visto muchas películas de policías, y siempre decían que, si quieres que alguien hable, no fuerces: enseguida le angustiará el silencio y algo en su interior le pondrá a hablar. Pero una vez más se dio de bruces con la realidad. «Mierda de Hollywood», pensó durante un segundo. Al final fue él quien, sin saber qué decir, y ya con menos rabia en sus entrañas, abrió la boca.

—¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

—Nunca lo entenderías.

—Demasiado fácil —dijo exhalando todo el aire que sus pulmones le permitieron—. Hace unas horas no existías y has destrozado mi mundo. No me vale. Me merezco una explicación.

—¿Tu mundo?… Una farsa. Una mentira. Tu madre, una maldita puta, y esa chica…, ¿qué?, ¿el amor de tu vida?, no me digas más. Eso no existe.

—¿Qué sabrás tú?

—Mírame, joder. Estoy muerto, ¡muerto! De pronto resulta que tengo una madre que se cagó en su matrimonio y no le importó que me llevaran lejos, mi padre no es mi padre, y encima tengo un hermano que no conozco… y que no sabe nada de nada. Con toda esa información cojo la puta moto, y un camión me pasa por encima. Alguien tiene que pagar por toda esta mierda. Tú te quedaste con mamá, pero… ¿y yo? Con un señor con el que no tenía nada que ver, alguien a quien llamaba «papá» y traté como tal. Vivo en una mentira desde antes de tener un mínimo de razonamiento…

—Lo entiendo, de verdad, pero ¿yo qué pinto en todo esto?

—Yo, yo, yo. Tu yo es un puto grano de arena en un universo infinito. Antes o después pasarás por aquí, por este lado, y no quedará nada de ti. No eres nada, no somos nada. Tus actos en esta vida no son más que un susurro entre una infinidad de gritos a unos oídos que no escuchan. —De pronto, su semblante cambió, como si estuviera hablando de algo obvio y pensando en lo realmente importante—. ¿Cómo te has enterado?, ¿cómo has llegado a mí?

El tintineo de los hielos en los vasos era caviar para los oídos de Pato. Se había prometido que solo tomaría un par de copas, pero ¡qué diablos! Se sirvió otros dos dedos de aquel *whisky* cuya marca no conocía, pero que sabía a gloria bendita, bajo la mirada pícara y falsamente reprobadora de su mujer, que permanecía tumbada en el sofá, en una postura que a Pato le parecía tremendamente *sexy*. «Quizá esta noche…», pensó lleno de

optimismo.

Alfredo se sirvió algo más de dos dedos, pero Pato lo vio normal. Si era un tópico mundialmente conocido que las penas flotan en alcohol, las de ese hombre debían ir montadas en navíos transatlánticos preparados para aguantar tsunamis y marejadas infinitas de cualquier clase de licor.

—Entonces —dijo Alfredo con la lengua ya ligeramente pastosa—, ¿qué le pasa a mi querido «no hijo»?

Tanto Pato como Lucía notaron el reproche que se escondía bajo las palabras «mi querido no hijo», pero, sin tener claro a quién iba dirigido, lo dejaron pasar.

Lucía se incorporó e intentó hablar de manera que dos semialcoholizados pudieran entender la esencia de lo que quería decir.

—Desde mi punto de vista, toda esta situación le ha estallado encima y no ha sabido gestionarlo, aunque por otro lado es normal: son demasiadas cosas. En unos pocos días de diferencia, su madre murió y Adriana decidió marcharse, sin que tengamos muy claro qué es lo que pasó entre ambos. Quizá podríamos hablar con ella para ver otro ángulo de aquello. Con esas dos pérdidas, Adrián vio caer delante de él dos de sus pilares básicos. En un principio es normal que el pacien…, que Adrián, perdón, intente canalizar aquel dolor, primero hacia sí mismo, y después, ley de vida, intentando buscar una justificación que le libere de culpa y le ponga en el lugar de víctima inocente. Todo lo que pasó entre esos episodios y este último *shock* de la aparición de Alfredo, de su hermano y el nuevo punto de vista sobre su madre son lagunas provocadas, probablemente, por episodios, digamos, de poca lucidez. Autolesionarse, quizá, o inventarse episodios donde es el protagonista… Inventarse no, asimilar, llegar a creerse sus propias alucinaciones…

—¿Estás diciendo que está loco? —apuntó Pato.

—No. —Lucía se cargó de paciencia—. Estoy intentando decir que no tenemos ni idea de lo que la cabeza puede llegar a hacer en el ser humano. Si yo te inoculo un virus en concreto, sé lo que te va a hacer, de la misma manera que, si tienes ciertos síntomas y te

hago un cultivo detectando el virus o bacteria que te está atacando, conoceré exactamente el tratamiento que tengo que ponerte. Pero nadie, insisto, nadie responde igual ante un trauma. Si tienes episodios de alucinación, no puedo llegar sin más a la conclusión de que eres esquizofrénico, estás loco o estás cabreado con el mundo. Simplemente puede que un compuesto químico se haya descompensado en qué sé yo, tu hígado, para que salten los plomos en tu cabeza. No hay un recetario para este tipo de cosas, por eso es tan fascinante, y a la vez tan jodido.

—¿Qué podemos esperar entonces? —apuntó Alfredo mirando a la nada, pero absorbiendo cada concepto que salía de la boca de Lucía.

—¿Ahora mismo? Estar con él, ver cómo evoluciona. Es importante esta noche. Tened en cuenta que él ha buscado una razón, un culpable para todo esto, y es su hermano fallecido. —Miró a Alfredo, que se mantuvo inexpresivo completamente—. Tú le conoces mejor, Pato, pero estoy convencida de que se ha ido a dormir deseando encontrar en sueños a Marcos, y ese deseo puede hacer que, efectivamente, lo haga. Que en sueños se visualice a sí mismo como culpable de todos los actos, pero focalizado en ese hermano culpable que, según él, ha matado a su madre y no sé cuántas cosas más. Puede que ahora mismo, incluso, esté hablando en sueños con él, quitándose la culpabilidad. Mañana veremos qué nos cuenta, pero, si sucede eso, desde mi modesta opinión, habría que empezar a tratarle lo antes posible.

Unas bisagras chirriaron pasillo arriba y los tres callaron de golpe, como si les hubieran cogido en falta, hablando de algo que no deberían. Respiraciones entrecortadas en el salón, piel de gallina. Frío interno.

—¡Chisss! —Pato se llevó el índice a los labios—, parece que alguien no puede dormir.

Los pasos sonaban en dirección al salón.

Efectivamente, entró Adrián. Pato se levantó y se dirigió al mueble bar de nuevo. Buscó un vaso y dijo al recién llegado:

—¿Quieres tomar…? —Al volverse hacia Adrián, frunció el ceño y se olvidó de inmediato de la frase que había dejado a medias. Efectivamente era Adrián, pero no era él, no sabría explicarlo. Su manera de andar, de ladear la cabeza. Todos lo notaron.

Alfredo, al mirar a su hijo ir hacia él, lo reconoció enseguida. Aunque tu hijo se vista de Adrián, Marcos se queda. Su piel se volvió lívida como la pared, mientras, como una marioneta, ajeno a cómo lo hacía, se puso en pie. Con la mandíbula tiritando, último dique de un montón de lágrimas no derramadas, de gritos en silencio, de ganas de estrellarse contra la pared…, al fin, echando los brazos hacia Marcos, rompió a llorar mientras sollozaba e intentaba articular una única palabra: «Perdóname».

Adrián, o quizá Marcos, le abrazó con fuerza, mientras también lloraba, y le mordió el carrillo al darle el abrazo, como en broma llevaba haciendo toda su vida hasta el fatídico día del accidente. Por fin Alfredo podía despedirse de su hijo fallecido.

Lucía y Pato notaron un rayo gélido recorriendo su espina dorsal.

9

La noche había sido larga para todos. Cuando, sin más, Adrián volvió a su habitación, Alfredo cayó de rodillas desconsolado, desmadejado, roto. Pato intentaba, sin ninguna fe, animarle, y Lucía veía sus creencias, los principios que regían su fe ciega en la ciencia que había estudiado toda su vida, arder mucho más lejos de Orión, bajo el fuego de lo que sus propios ojos habían visto. Aun así, no se dio por vencida, no negó la evidencia, no luchó contra ella. Se pasó toda la noche frente a su iPad con un cuaderno y un bolígrafo de publicidad barato, concentrada, buscando conceptos digitalmente y fijándolos en papel, tomando notas. Así se repartieron los roles propios de aquella obra de teatro. Alfredo era el desconsolado padre que por fin había podido despedirse de su querido hijo, sintiéndose perdonado, pero ni mucho menos aliviado. Alfredo no se planteaba nada, asumía que aquel a quien había abrazado era su hijo Marcos, le reconocería siempre, y si la ciencia no lo admitía, que le dieran mucho y bien. Pato era el enfermero encargado de cuidar del paciente: le sentó en el sofá y le acercó su vaso lleno de brebaje para olvidar, pero Alfredo no hizo ni ademán de cogerlo. También Pato fue el primero que ante tantas emociones cayó dormido en el sofá, sin tener muy claro, ni plantearse tampoco, qué es lo que había pasado. Mientras tanto, Lucía tecleaba y apuntaba conceptos, más cercana a la frustración que a cualquier otro sentimiento o sensación. No iba a permitir que toda la psicología que había estudiado, ciencia a la que amaba y respetaba a partes iguales, se fuera por el sumidero. Allí fuera tenía que haber un principio, un algo, un hilo del que tirar, y, con ambos compañeros de noche ya profundamente dormidos, únicamente se permitió parar para ir a buscar sus gafas de leer, y es que la edad no perdona. Así la cogió el canto del gallo, sentada en la mesa,

sobre su propio pie izquierdo, doblada sobre un iPad que pedía a gritos un respiro y un buen chute de electricidad, mordisqueando inconscientemente la tapa del boli y con una libreta llena de tinta fresca.

—¿Has pasado toda la noche ahí? —La voz adormilada de Pato apenas la despistó. Se sentía cerca, muy cerca de algo, lo sentía. ¿Placebo, quizás?

—Café, todo el que puedas meter en el recipiente más grande que encuentres.

—A sus órdenes, señoría. —Pato podía reconocer la voz de cazadora voraz de su esposa. No iba a parar, fuera lo que fuese que estuviera buscando. Así que renunció a remolonear en el sofá y buscar un rato de complicidad. Se levantó pesadamente en busca de la cafetera. Mientras se estiraba ruidosamente miraba al pobre Alfredo, dormido en una postura antinatural completamente. A alguien le iba a doler todo durante un par de días. Luego le vino a la mente lo vivido el día anterior y se dijo que entonces ese dolor de espalda no iba a ser lo peor con lo que aquel gastado hombre iba a lidiar las próximas horas.

Se lavó la cara con agua helada. Sospechaba que hoy necesitaría estar bien despierto, mientras allí fuera, en el salón, la cafetera ya silbaba avisando que las primeras dosis de cafeína estaban preparadas. Salió del baño bostezando de nuevo, intentando asimilar por primera vez todo lo ocurrido durante la noche anterior. Se acercó a Lucía, asomándose a su iPad y a su cuaderno, donde parecía que una colonia de hormigas había sido aniquilada y sus restos se habían esparcido al azar por las hojas blancas. Aquella letra era ininteligible, es más, podía llamarse «letra» por los pelos. Trabajando, Lucía era así, no perdía de vista lo que estuviera leyendo, a la vez que con la mano derecha iba anotando los conceptos o nombres que consideraba interesantes. Desistió de intentar siquiera saber por dónde andaban ahora trabajando sus neuronas, y se contentó con darle un beso en la mejilla. Ella ronroneó aceptándolo, pero no dejó de leer aquello que estuviera leyendo.

Llenó dos tazas de café, una hasta tres cuartos y la otra a

medias, y las completó con la jarra de leche que había calentado en el microondas. Las puso en la mesa y avisó a Lucía de que la primera tanda de café estaba preparada.

—Ahora voy —contestó ella absorta, y Pato supo traducir aquello como «hasta que no acabe esto que estoy haciendo no voy a levantarme ni por café, que es lo único que quiero, y como sigas incordiándome pueden pasar horas, así que siéntate tranquilito en el sofá y ni tosas».

—Buenos días. —Alfredo se incorporaba mientras saludaba con voz áspera. Había dormido, pero su cuerpo no se había enterado. Unas ojeras color ceniza unían sus pequeños ojos a la nariz. Comenzó a mover las articulaciones; algunas se quejaban ruidosas y otras permanecían somnolientas, acompañando cada gesto con cara de dolor. Pato sonrió malévolamente: sus predicciones habían metido un gol por la escuadra.

Los tres desayunaban en torno a la jarra de café, a la cual adoraban como un dios moderno. Alfredo preguntó a Lucía si había dormido y, ante su negativa, le preguntó si había encontrado algo.

Lucía dio un sorbo más, quizá midiendo sus palabras.

—He encontrado algo con el pretencioso nombre de Teoría de las puertas físicas mentales. Por supuesto, no es más que eso, una teoría. La expuso en un congreso nacional un por entonces eminente psicólogo llamado Miguel Albadalejo Giménez. En ese momento estaba considerado como una de las mentes con más futuro en nuestro campo. De hecho, a todo el mundo le sorprendió aquella exposición. El nombre con el que estaba anunciada su participación no tuvo nada que ver con la presentación real que hizo. Su teoría estaba basada en algo que quizás no nos suene tan raro ahora. En esencia, sería el poder de la mente como una entidad para poder viajar no físicamente, en el momento exacto en el que el cuerpo se para. Digamos que en el momento en que el cuerpo muere, toda la energía que tiene, eso que llamamos «alma», se concentra en un punto, y, bajo ciertas circunstancias, en vez de apagarse aparece dentro de un cuerpo que podría ser perfectamente el suyo, como si se hubiera equivocado de camino. Es decir, puede viajar, pero no físicamente, sino como concepto,

sin materia ni masa, pero lleno de energía, y llegar a habitar en un cuerpo real y físico ocupando su espacio, que realmente no es físico. No existe colisión ni enfrentamiento, ya que en realidad no está ocupando espacio. Llega a un cuerpo que no es el que le correspondería, pero que podría serlo por similitud genética o factores de convivencia no muy claros, la verdad. Digamos que es una mente que bajo unas circunstancias puede saltar de un cuerpo a otro siempre que en este, receptor se den las condiciones necesarias. Es como si en el momento exacto de la muerte hubiera una fracción de segundo, un parpadeo mínimo, donde la mente no supiera dónde ir, y, por un error o confusión de las reglas universales de las que apenas conocemos nada, encuentre cabida en un cuerpo que podría ser perfectamente el suyo. Una vez ubicado, el cosmos, o como lo quiera llamar, se da por satisfecho y se va a otros quehaceres.

—Vamos, como un calcetín mío cuando acaba en el cajón de tus medias.

Lucía ignoró aquel símil y, sin mirarle siquiera, continuó:

—Aquella exposición apenas generó debate, simplemente rechazo. Empezó a oírse un murmullo primero, y después, con el tono de aplomo y seguridad del conferenciante, surgieron carcajadas y el auditorio se fue vaciando. Miguel acabó su exposición sin parpadear siquiera ante un puñado de estudiantes, ya que el cuerpo académico había abandonado la sala mucho antes entre negaciones de cabeza y comentarios hirientes. No se sabe si él mismo renunció o la Universidad Complutense le puso en la calle, pero no volvió a ejercer; sus trabajos privados también desaparecieron y no volvió a aparecer en ninguna convención, beca ni nada parecido. Su nombre cayó en desgracia y ahora es mínimamente conocido, por quien le recuerda, como «el Argentino», vamos, un vendeburras sin talento al que se le fue la olla.

—¿Y eso nos puede ayudar en algo?, ¿podemos dar con él? —Alfredo estaba más pendiente de Lucía que de llenar un estómago revuelto y vacío.

—No lo sé, Alfredo, no lo sé. —Su rostro se tornó ligeramente

carmesí.

Los tres se sumergieron en un silencio plácido, de mañana de domingo, engañosamente sereno, preludio de la hecatombe de un lunes malvado y perverso cuya presencia no deja de intuirse, acechando, dispuesto a saltar a la yugular.

—Voy a avisar a Adri, por si quiere tomar algo. Podíamos dar una vuelta por el pueblo para despejarnos, ahora que parece que todo está controlado. —Pato se apoyó con las dos manos sobre la mesa para ayudar a levantarse, sin dejar claro si aquella última frase era un sarcasmo o realmente lo pensaba así. Sin esperar respuesta, salió pasillo adelante a buscar a su amigo.

Alfredo aprovechó su momento de soledad con Lucía para intentar ahondar un poco en lo que ayer había visto con sus propios ojos.

—Lucía —parecía buscar muy bien la pregunta, o al menos las palabras exactas que le dieran una respuesta más satisfactoria a la cantidad de preguntas que bullían en su cabeza—, ¿crees que Adrián realmente está loco?, ¿finge para poder hacer…, yo qué sé, lo que quiere?, ¿es posible que realmente mi hijo esté ahí dentro? Yo le vi ayer, de verdad. Lo juro ante su tumba. Su manera de andar, de mirarme —sin palabras, se echó la mano a la mejilla que ayer Adrián le mordió mientras le abrazaba—, pero sé que no puede ser…, ¿verdad? Además, Marcos no es así, nunca ha hecho daño a nadie. Todo eso de pegar a su novia, de liarse a puñetazos…, nunca lo habría hecho. Es, o era, no sé…, muy bueno, de verdad. Todos los padres lo dicen, pero él…, no le conociste, y de verdad que es una lástima.

Unos pasos apresurados por el pasillo, la puerta que se abre y entra un Pato acelerado, con el teléfono móvil de Adrián en la mano. Mientras lo tira en el centro de la mesa, separado de la tapa trasera, sin batería y con la tarjeta SIM rota en dos pedazos simétricos, abre la boca:

—No está.

Lucía y Alfredo se levantan y se dirigen apresuradamente al dormitorio de Adrián, como si creyeran que las palabras de Pato no eran más que una broma pesada.

Al llegar, no le encuentran en el dormitorio, obviamente. Lo que sí aparece claramente visible es su cartera tirada en el suelo, y a su alrededor, esparcidos, fragmentos desiguales de su DNI, partido en siete trozos, y restos de billetes, también rotos, al menos ochenta euros. Monedas arrojadas sin ton ni son por el suelo, restos de recibos y distintos tiques de compra… Incluso sus zapatillas permanecían a los pies del armario, con los calcetines dentro a medio salir, como títeres sin vida. La ventana está abierta, y ahora sí notan el frío. Por ahí ha huido quien sea que haya dormido allí esta noche, descolgándose por el techo del porche que queda justo a los pies de la ventana. Sin teléfono, sin dinero, sin ropa de abrigo ni calzado, y sin ningún tipo de documentación. Parece que no todo está tan controlado.

Los tres se miran con la boca abierta. La sorpresa y el desánimo se hacen fuertes en la habitación, junto al silencioso frío que cala hasta los huesos. Alfredo se sienta al borde de la cama y dobla el cuello, dejando caer la cabeza en un evidente gesto de derrota. Parece muy frágil. Si es que aún quedaba ahí dentro algo por romperse, esta es la puntilla final. Entonces Lucía se siente obligada a hacer algo que se había prometido no hacer bajo ningún concepto para evitar romper a Pato. Estaba decidida a luchar por lo suyo, pero estos últimos acontecimientos la empujan a volver a poner su relación al filo del abismo. En una de aquellas fotos de internet, al acabar la charla del Argentino donde su credibilidad se fue por el sumidero, salían, borrosos, el puñado de estudiantes o periodistas que permanecieron ajenos a las mofas y a la superioridad moral del claustro de organizadores. A uno de ellos, aun de espaldas y pixelado, le conoció al momento. Tras un segundo de asimilación, decidió pasarlo por alto, sin ni siquiera anotarlo en su cuaderno. Pero ahora no podía, por mucho que hiciera daño a Pato. Entonces supo del engaño que llevaba haciéndose a sí misma los últimos días. Pato no era el único culpable de aquella extraña sensación que flotaba entre ambos. Lucía sacó su móvil del bolsillo y marcó un número de memoria mientras salía de la habitación, notando la mirada triste de Pato en su espalda. Esas cosas se saben. Ella le había jurado y perjurado

que no podía ponerse en contacto con él, que no tenía su número de teléfono.

Al tercer tono, alguien contestó al otro lado del teléfono. Pato golpeó con su puño desnudo el marco de la puerta.

Tres minutos más tarde, Lucía entra de nuevo a la habitación, llena de una determinación que realmente no tiene. Intentando evitar mirar a Pato, que sí la observa fijamente, confirma:

—Tengo la dirección del Argentino. Si salimos ahora, tardaremos un par de horas. —Y sin esperar respuesta, se volvió en busca de su maleta.

10

El cerebro de Ernesto López López funcionaba a demasiadas revoluciones.

Desde el accidente nada había sido igual. El puto niñato ese, montado en una moto ridícula, le había metido en un gran problema. Pero ahora se encontraba mejor que nunca, más lúcido y vivo. Notaba que todo iba a cambiar, iba a salir de todo esto más fuerte y mejor. Aunque no había sido nada fácil llegar a este punto de partida.

Desde el accidente, nada había sido igual. Primero vinieron los nervios, las pesadillas nocturnas; el insomnio definitivo, después. Pero eso no fue todo. Más tarde, la visita de la policía, las frías noches en el calabozo. Ahí nacieron los fantasmas que no le dejaban dormir, que le hacían frotarse la cabeza y golpeársela con las manos para despistarlos. En esos duermevelas volvía a ver al muchacho, el de la moto, el que falleció. Pero esta vez ya no le veía por primera vez estampado contra el arcén, moviéndose en espasmos grabados en su mente con fuego. En las pesadillas le intentaba adelantar, y como aquel maldito niñato no se dejaba, era él, Ernesto, quien intencionadamente giraba el volante para pasarle por encima. Pero en realidad no había sido así, estaba casi seguro. Imposible, él era buena persona. No iba borracho, ni mucho menos. Tan solo había tomado un par de copas de vino en la comida (ridículo pensar que aquello podía afectarle lo más mínimo después de más de treinta años conduciendo el camión).

Desde el accidente, nada había sido igual. Más tarde vino el juicio, la condena pública en los periódicos. Hasta en un programa en la tele hablaban de él como un psicópata de pasado violento. Tuvo que vender el camión, y empezaron los fármacos para dormir, los primeros de ellos con receta. Nadie se acuerda, pero él

fue parte del accidente, otra víctima más. Lo del chico fue una pena, por supuesto, pero… ¿y él? Otra víctima. Se tuvo que marchar del pueblo, dejar el trabajo. Ahí vino la depresión y las pastillas para luchar contra ella. Hay que ser valiente para afrontarlo, y él lo hizo. Más tarde, el dolor de cabeza y muscular, los nervios, el estrés, las pastillas para dormir que van perdiendo eficacia. Todo tenía su píldora, y su color. Podía dejarlo cuando quisiera, por supuesto. Él controlaba. Es más, mañana mismo no se tomará ninguna, se dice. No está enganchado. Mira el reloj de pulsera donde tiene la cuenta atrás para poder tomarse la siguiente, la amarilla, ya no recuerda para qué era. Pero no importa, ¿qué es media hora antes? Nada. Se la toma, y la empuja con el último dedo de cerveza. Su cerebro está a pleno rendimiento. «Ernesto —se dice—, de aquí vas a salir para comerte el mundo, esto va a ser un aprendizaje.» Es tal el funcionamiento cerebral que, a la vez, está viendo la película en la tele, leyendo la revista de motos que ha encontrado mientras limpiaba el salón, escuchando un poco de Perales, que siempre le viene bien, y ahora, en su actividad frenética, también abriendo el correo. Un extracto bancario. Perfecto, no hay problema. Una carta con su nombre en el sobre. Hacía años que no recibía una de estas. «Manuela, la del pueblo vecino, hace años… Rápido, ábrela.» «Me llamas para decirme que te marchas, que ya no aguantas más», esta parte es su favorita. Bruce Willis está con la frase ingeniosa correspondiente antes de liquidar a un terrorista, ponerle un gorro de Papá Noel y escribir en su pecho: *«Now I have a machine gun».* «Mis padres, mis hermanos, ajá, sí, perfecto. Agua, tengo sed.» Va corriendo a la cocina mientras acaba de leer la carta, pero la información no llega a su cerebro. Mierda, se ha olvidado de ponerse la cuenta atrás para la siguiente pastilla. No importa. «¿Cuál tocaba ahora? La amarilla, creo; bueno, me la tomo y ya está. ¿Esto qué era? Sí, un momento, esta es una pasada: "Y se durmió, y la noche le gritó: dónde vas, y en sus sueños dibujó gaviotas, y pensó: hoy debo regresar. Y regresó, y una voz le preguntó: cómo estás…» Sí, la carta, McClane, cuidado, perfecto, el velero…

El cerebro de Ernesto López López funcionaba a demasiadas

revoluciones, tantas que nada quedaba retenido en él. La carta, dirigida con nombres y apellidos y escrita a mano por Adrián, morirá en un gran contenedor, hecha un guiñapo, junto a muchos otros restos de basura dos meses más tarde, cuando por fin se ejecute la orden de desahucio definitiva, frente a la que nadie protestó.

11

Cuando Adrián despierta, lo primero que siente es frío. Tiene los pies desnudos y están helados. Intenta darse un masaje, pero no sirve para nada. Entonces mira alrededor, y el miedo le abraza con fuerza, dejando de sentir frío por un momento. Se pone en pie mientras el bosque cerrado y espeso en el que se encuentra le ignora completamente. Se palpa los distintos bolsillos: no hay nada. Solo se oyen graznidos de pájaros. Prueba a gritar, primero con timidez, después dejándose el alma. El bosque, mofándose de él, le arroja a la cara su propio eco con desprecio. El suelo está completamente lleno de agujas de pino y piedras afiladas. Simplemente girar sobre sí mismo es una tortura. Los cantos y las agujas de pino se le clavan en las plantas de los pies en continuas y dolorosas laceraciones. Algo está tirado en el suelo, al lado de donde ha despertado. Con mucho cuidado de no mover los pies, se agacha a recogerlo. Es un blíster de pastillas vacío. Intenta recomponer la parte de atrás para leerlo. «Rivotril», alcanza a leer. Se echa las manos a la cabeza, no le suena de nada. Nota una especie de manta alrededor de su cerebro, una bruma que le impide concentrarse y pensar algo mínimamente coherente. A no ser que… Un fogonazo le viene a la mente: una conversación de hace meses, de pasada, con Lucía, Adriana y Pato. A Lucía le habían recetado unas pastillas para controlar la ansiedad y poder dormir, ya que se le pasaban las noches como los días. Se acuerda porque el principio activo le hizo gracia, ya que Andrés Calamaro, del que era fan incondicional, casi *groupie*, tenía una canción que se llamaba así, *Clonazepam y circo*. Por eso se le quedó grabado.

Mientras el corazón se le desbocaba en el pecho, intentaba juntar el plástico roto del blíster, y allí, en pequeño, apareció: «Clonazepam». Aquel cabrón le había hecho tragarse a saber

cuántas pastillas para dormir y ponerse a los mandos a saber con qué fin. Su primera reacción es meterse los dedos en la boca y empujarse la campanilla con toda la fuerza posible. La arcada le dobla en dos. Insiste, otra arcada, la garganta se le llena de un líquido espeso, agrio. Por tercera vez se mete la mano entera en la boca y, ahora sí, vomita violentamente en dos oleadas diferenciadas, cayendo como un peso muerto al suelo de rodillas. Todavía así, en postura de rezo, con las palmas de las manos en el suelo, sintiendo las finas agujas de los pinos rasgarle la piel, toma aire mientras analiza lleno de miedo los alrededores. El cielo gris y plomizo parece cerrarse sobre él como la tapa de un ataúd gigante. Los pinos a su alrededor se entremezclan con las sombras que generan unos sobre otros. Se abraza a sí mismo intentando espantar el frío, pero ni le asusta siquiera. Intenta dar un paso, dirigirse hacia algún lado, y solo levantar el pie le anticipa un dolor tan intenso que le impide moverse. Piensa envolverse los pies con la camiseta, pero el frío es demasiado fuerte. Se sienta en el suelo en postura de yoga, aún puede ponerse así, colocando los pies por encima de los muslos para evitar los pinchazos. Se aprieta con fuerza el puente de la nariz, intentando tranquilizarse y comprender qué hace allí en medio de la nada, en una prisión a cielo abierto. «Piensa, piensa —se dice—, intenta recordar qué has soñado.» Pero los sueños no son más que eso, volutas de humo que desaparecen según despertamos.

—Estábamos él y yo…

Estábamos él y yo…, y lo intento, pero no me acuerdo. Joder. Me concentro, lucho contra mí mismo, pero no consigo atraparlo, se me escapa entre los dedos. Me golpeo la cabeza con los puños, ojos cerrados. Tirito. De frío y de rabia. Me siento superado una vez más, y entonces, solo entonces…, una imagen parece fijarse de la nada en mi cabeza. Venganza. La palabra estalla una y otra vez en mi cabeza.

—No todo ha terminado. Que sepas quién soy, que haya venido mi padre, no significa que esto haya acabado. No sabes lo

que es verte arrojado de tu cuerpo, de tu vida, y que sepas que no debería haber sido así. Tu madre era una puta y así murió, como debía. Nos vengamos a nuestra manera de Segismundo, el malnacido doctor que tuvo que decirle la verdad a papá, y de aquel otro hijo de perra, el conductor que me sacó de la carretera. Dicen que fue culpa mía, y él resulta que está en la calle, fresco como una lechuga, pero yo estoy muerto, yo. Nadie más estaba allí ni sabe lo que dura un segundo mientras te llega el puñetazo, en forma de certeza, de que vas a estamparte y nunca, jamás, volverás a ver el sol. Te vas con miedo, mucho miedo, y sintiendo que no has vivido, que se te ha ido el tiempo en gilipolleces. Y todo funde a negro. No eres nada, desapareces, no eres más que un pasajero recuerdo en alguien que también desaparecerá. La vida es una mentira. Y entonces… aparezco aquí, viviendo en ti, con la ventaja de saber lo que significa la vida y la muerte. Sé que no significan nada. Somos el sueño de alguien superior que está borracho y duerme plácidamente. Cuando despierta, *plop*, se acabó, y entonces, con esta segunda oportunidad, sé la verdad. Sé que no puedo desaprovecharla, sé que de esta vida solo te llevas sufrimiento. Dolor. Y eso es lo único que merece la pena. Me sirvo de ti, querido hermanito, para hacerme con los datos de esas dos ratas, y entonces, solo entonces… empezamos la obra maestra.

—¿Dos? Pero mandaste tres cartas, de eso estoy seguro. ¿Quién es el tercero? Necesito saberlo, me lo debes.

El rostro oscuro del sueño, aquel al que ahora puede llamar Marcos, suaviza la expresión y sonríe de oreja a oreja. Por primera vez puede ver en su rostro algo más que odio y rencor.

—Realmente, ¿no lo sabes?… —Era más afirmación que pregunta. Soltó una carcajada al aire, desprovista de humor, y susurró—: Bueno, todos tenemos nuestros secretos que guardamos hasta de nosotros mismos.

Los dientes le castañetean, haciéndole volver al presente. Intenta abrazarse el pecho, pero el frío es demasiado intenso como para despistarlo así. A su alrededor todo es monte y campo, con

desniveles y grandes peñascos. Mira el suelo: las agujas de pino se le representan como cabezas de cocodrilo. Las pastillas deben estar empezando a hacer efecto. Nota un ligero vértigo, y la sensación de mareo se queda a acampar en su cabeza. Pone un pie en el suelo, nota los pinchazos, pero debe hacer algo. Adelanta el otro, y le parece estar pisando cristales rotos. Las lágrimas asoman a los ojos, tiene que hacer algo, despejarse, escapar. Sea lo que sea que haga allí, es donde aquel ser le quiere, así que solo piensa en alejarse, aunque eso le cueste ir dejando un reguero de sangre detrás, como la versión gore de *Garbancito*. Tampoco tiene claro de qué huir, ni mucho menos hacia dónde. La única manera segura de escapar de esta locura es permanecer despierto. Los pinchos deben alcanzarle los nervios de los pies, pues los pinchazos ya los nota en la misma columna vertebral. El aire gélido envuelve su dolor, llevando su sufrimiento a dos niveles superiores.

Obra maestra, obra maestra… ¿A qué se refería con obra maestra? Daría lo que fuera, y cree que ya ha dado bastante, por nunca llegar a saberlo.

A unos kilómetros de allí, y alejándose a cada segundo, en el coche donde viajan Pato, Lucía y Alfredo el frío se siente en forma de silencio absoluto. Pato es un envase vacío. Una mano ardiente ha entrado en su estómago y de un tirón le ha dejado como un saco viejo y hueco. Le ha vuelto a mentir. Solo nota debilidad; está realmente cansado de esta situación, tanto que no le sale ni rebelarse. Está harto de sentirse dominado y engañado por todos, y se plantea hasta qué punto le debe a Adrián todo esto. Se ha metido en el coche bajo las instrucciones de Lucía para ir a ver a un psicólogo acabado y jodido de la cabeza, pero lo mismo le hubiera dado meterse en un cohete espacial destino a Marte o en un agujero bajo tierra. Le ha mentido, le miró a los ojos y, a pesar de peligrar su relación, le engañó. Seguramente fuera con un buen fin; de hecho, seguro que fue así. Para luchar por lo suyo, y se lo hubiera creído si no se lo hubiera tirado a la cara hace unos minutos: «Mira si tengo su teléfono, gilipollas, picha corta». Pero, se obliga a pensar, aunque el fin sea bueno, le ha mentido. Y eso ahora mismo le derrumba el único hilo que le une a las ganas de

tirar para delante. Piensa en su hijo, y se le llenan las cuencas de los ojos de principios de lágrimas. Nunca ha deseado tanto abrazarle como ahora. Dónde se está yendo su vida y por qué son preguntas que solo tienen un futuro negro como el carbón.

Por su parte, Alfredo mira a la nada por la ventanilla con los ojos desenfocados. Su vacío interno es diferente, no está basado en la percepción de que todo el mundo se ríe de él. Su vacío es sincero, no siente nada, no dice nada. El paisaje, tras la pantalla de sus ojos, pasa rápido, como un montaje de su vida, piensa. Ahora empieza a ser consciente de todo el caos y el dolor que lleva acumulado desde que tomó aquella decisión en el pasado. Siempre pensó que era la mejor vía; dudó, por supuesto, pero siempre tomó fuerzas para seguir adelante. Esas son las fuerzas que ahora no tiene, ese es el germen del vacío tan atroz que siente en el estómago y en la cabeza. Su hijo muerto, su mujer, a la que nunca dejó de querer, muerta, y, según se acaba de enterar de boca de Lucía, a manos de uno de sus hijos, qué importa cuál. Y el otro, un extraño por el que es incapaz de sentir el más mínimo grado de empatía.

Lucía, al volante, se muestra fría, analítica. Ha analizado la situación y ha decidido poner encima de la mesa su faceta profesional y ayudar a Adrián cueste lo que cueste. Todo lo emocional, lo relativo a sus sentimientos hacia el propio Adrián o Pato, lo ha guardado en una caja, ha cerrado el pestillo y lo ha almacenado para más adelante. Así que va pensando en cómo abordar al Argentino si dan con él, qué explicar y qué preguntas hacer. Se imagina que no estará muy colaborativo, pero ningún psicólogo se hace psicólogo si al olor de un caso como este no se aferra como a un hueso de ternera un perro hambriento. Esa baza la tiene ganada, está completamente segura.

Allí fuera, en mitad del monte, el frío se afila los dientes. El ulular que se filtra entre las ramas de los árboles provoca, por sí solo, escalofríos. Pero Adrián es ajeno a todo eso. La cabeza le da vueltas y los pies están en carne viva, el dolor es tan intenso que piensa que es lo único que le mantiene despierto. Si para, piensa que caerá redondo. Un triste arrastrar de pies le lleva a una

pequeña explanada, donde su alma llora de alegría al tocar piedra fría, libre de pinchos del demonio. Cree ver una casa allá al fondo. Intenta centrarse, y esa misma casa hace un *copy-paste* en la percepción de su cerebro. Ahora la ve, fije donde fije la cabeza, si es que ese torpe girar puede definirse mínimamente como fijar la mirada. Todo su entorno está rodeado de casas, una en realidad. Tiene que llegar allí, avisar, y que alguien pare toda esta locura. Da tres pasos hacia donde cree que está la casa original, y entonces sus piernas pierden toda la fuerza. Cae redondo como un muñeco roto, entre dos pedruscos de gran tamaño, más grandes que sus puños. Empieza a perder el sentido.

—Estoy tan cerca… Levántate. —Cabeza fija, mirando al cielo, las nubes cogen formas extrañas, caras, rostros…, se ríen, unas carcajadas desagradables, el mundo se ríe de él. Los pájaros se convierten en dragones…

—Vaya, vaya…, así que me has hecho el trabajo. —Su rostro maligno se hace grande, allá en el cielo. Se ríe con una risa horrible, sin el más mínimo atisbo de alegría.

Intenta volverse hacia el suelo por dos motivos: dejar de ver su rostro e intentar levantarse. Es un ingenuo intento de huida hacia ninguna parte. Vuelve a sentir arcadas…

¿O quizá únicamente las estás soñando?

—Una última cosa antes del acto final. Déjame un segundo antes de que caigas por fin sin sentido y nos pongamos manos a la obra. El porqué de esto que hacemos. Una cosa que he aprendido en esta vida, o en la otra, es que la vida es venganza. La muerte no es nada más que un paso a un ente superior, no se sufre, no se llora, no se siente. El dolor de verdad está pegado a la carne, no es cosa del alma. Si quieres dolor, acabar con la vida es absurdo, no hay dolor en la muerte, todo lo contrario. Es una salida, la más

absoluta liberación. Si quieres causar dolor a alguien, dolor de verdad, del que quema como el fuego y hace que te arranques la piel a tiras, haz eterno cada segundo de su estancia en la tierra. Haz daño a quien quiere, puebla sus sueños de pesadillas, de cadáveres. Contigo, contigo… fue diferente. Quise limpiarte la cabeza, despejarte de malos pensamientos, de presencias negativas… Por eso deseé que esos tres cerdos recibieran nuestro regalo y ahora no tengan ni un solo segundo de paz, ni de olvido, ni de perdón.

Adrián intentaba luchar contra esa presencia, pero era el momento también de encontrar respuestas. Solo fue capaz de repetir una sílaba dos veces, «ma».

—¿Mamá?, ¿me preguntas por mamá? —Ahora el tono de aquella voz, ya identificada como el hermano que nunca llegó a tener, sonaba más violenta—. ¿De verdad? ¿Es que no has entendido nada de todo lo que te he dicho? La puta prisión que tenemos en esa vida a la que tanto te aferras no es física. No hay puerta ni cerrojo que pueda parar un pensamiento o un recuerdo. La salvé. La salvamos. Su hijo había muerto, el dolor la mató mucho antes que nosotros. A partir de ahí solo quedaría la culpa, el dolor, por no haber estado conmigo, por haber engañado a papá. Por mi muerte. Ya no tenía nada que hacer aquí: tú ya no estabas en casa. La liberamos. Ahora lo entenderá y estará orgullosa de nosotros. Lo sé.

Adrián cerró definitivamente los ojos, la voz interna se hizo más fuerte, más profunda, más real. La cara empapada de lágrimas silenciosas le dejan un sabor salado en los labios.

—Me has hecho el trabajo, como te decía. Te he tenido que dejar escapar un rato. Era demasiado tiempo, y no podía correr el riesgo de que despertaras en mitad de la escena final, que es cuando arrancamos el aplauso del público y firmamos nuestra pequeña gran obra, la primera quizá, quién sabe. Perdona por el truco de ir descalzo. Te quiero, *brother*, pero no puedo permitir que me lo estropees a estas alturas. Hemos pasado el recibo a quien debíamos, y lo bueno bueno está ahí, en esa casa a la que me has traído avanzándome el trabajo. No sabrás quién vive ahí, ¿verdad?, y puedo decirte los nombres y apellidos y seguirías sin saberlo. Sin embargo, tanto tú como yo salimos de él. Ese señor es nuestro padre genético, quien se acostaba con mamá. Es curioso, ¿verdad?, vamos a acabar con quien nos dio la vida por odio puro. Con mamá fue diferente, ya te lo he explicado, así que atacaremos la línea de flotación… Su querido hijo, el reconocido, claro, el que sí lleva su apellido, tiene un bebé. Al menos, visto lo visto, y si la genética funciona lo más mínimo, será quien pague las facturas del chaval, aunque por poco tiempo. Como buenos padres primerizos del siglo XXI, no saben apañárselas solos y han dejado al niño unos días para que los abuelos hagan de canguros y echen una mano, mientras ellos andan por ahí, de juerga, ajenos a sus responsabilidades, así que…

A Adrián, tirado en el suelo, con la mínima consciencia necesaria para aferrarse a la vida real y la total conciencia de que aquel ser abominable va a usar su cuerpo para acabar con la vida de un bebé, solo se le ocurre una salida: acabar con su vida, pero el intento de coger una piedra es ridículo. ¿Qué va a hacer?, ¿golpearse con ella en la cabeza hasta morir?, ¿coger matojos de hierba deseando que sean venenosos, como le decía su madre cuando era un crío para que no se los comiera, y echárselos a la boca?

Marcos empieza a impacientarse, le implora que no haga el

ridículo y cierre los ojos de una puta vez. Te he liberado —grita dentro de su cabeza—, ahora cumple con tu parte.

Lejos de allí, Lucía ya ha aparcado. Los tres se dirigen a una casa del pueblo que coincide con la dirección que su profesor (ya habrá tiempo más tarde para ponerle un adjetivo, cuando sea capaz de concentrarse en él y enfriar sus sentimientos) le ha dado en una llamada que le costó menos hacer de lo que esperaba. La casa se presenta bien cuidada, coqueta, de dos pisos, recién pintada en un color crema bastante discreto. Lucía se esperaba una vivienda destartalada y un ser huraño, ermitaño, maldiciendo al mundo por haberle retirado del pedestal y haberse reído de sus conclusiones, y se amonesta a sí misma por guiarse y dar por válidas ideas preconcebidas. Sin más, llega a la puerta y aprieta el timbre un par de segundos, decidida. Sin pensar cómo abordar a quien abra, toma aire en sus pulmones. A ambos lados de ella, un paso por detrás, se colocan el cabizbajo Pato y el derrotado Alfredo.

Otra idea preconcebida se le cae al suelo rompiéndose en pedazos cuando la puerta se abre completamente y aparece el Argentino. Cuarenta y pocos, barba de tres días cuidadosamente descuidada, sonrisa franca y elegantemente vestido con un polo de Ralph Lauren perfectamente planchado de color azul marino, a juego con unos mocasines de piel. Pantalones chinos color ocre, línea lateral perfectamente marcada. Únicamente sus ojos tienen un punto de villano pateado por la civilización, tal y como ella se esperaba. Más concretamente, el cerco de sus ojos, que permanecen ligeramente cenicientos, como ceniceros de un bar de antes de la ley seca de humo en lugares públicos.

—¿Periodistas? —La voz tiene menos recelo que la pregunta en sí.

Lucía niega con la cabeza, a lo que el Argentino responde, sin necesidad de más explicaciones, apartándose a un lado en un gesto mudo y universal de invitarles a pasar a su casa.

Adrián está apoyado sobre una piedra de gran tamaño, sus ojos cerrados, moviendo la cabeza bajo un compás que solo suena en su cabeza. Se entretiene chocando dos palos entre sí, al mismo ritmo imaginado. Palos que sujeta uno en cada mano, como baquetas de un baterista de *rock*. Sus pies descalzos siguen también el ritmo, fijando el talón en el suelo y moviendo arriba-abajo el resto del pie, ajeno completamente a las agujas que se le clavan en las plantas de los pies y le atraviesan hasta los nervios. Simplemente espera, espera a que venga la noche. Preparado para el acto final.

12

Por dentro, la casa de Miguel Albadalejo, alias «el Argentino», tiene mejor presencia, está más limpia y se la ve mejor cuidada todavía que por fuera. Mientras el anfitrión prepara un café que tanto Lucía como Alfredo le habían aceptado (Pato se había limitado a negar con la cabeza), Lucía paseaba por el salón fijándose en los cuadros y sobre todo en los libros que esperaban callados en las distintas estanterías. Era una costumbre que tenía de siempre. Cuando llegaba a una casa nueva, más o menos disimuladamente recorría los libros que solía haber en el salón, y, quisiera o no, eso hacía que tuviera mejor o peor imagen del propietario. En este caso no había ningún rastro de *best sellers* (a los que ella misma no hacía ascos, y sobre todo Pato, que tenía un rincón del cuarto de estar lleno de Revertes, Grishams y Follets). Únicamente había un ejemplar, al parecer usado, pues sus páginas estaban dobladas por la parte inferior, de *El médico* de Noah Gordon, como concesión a la literatura de consumo. El resto, más de cincuenta libros, eran tratados de psicología y psiquiatría. Conocía, al menos por el nombre, la mayoría de ellos, y los que no, pertenecían a autores cuya reputación no era la mejor en círculos profesionales. Incluso había alguno autoeditado por plataformas como Amazon o similares. Uno le llamó la atención, y es que ese sí lo conocía, vaya si lo conocía. Tanto que incluso en él aparecían más de cinco párrafos y textos escritos por ella misma, aunque solo constara en los agradecimientos. Sin ser plenamente consciente de sus actos, adelantó una mano hacia él, pero, a escasos centímetros de su lomo, una punzada de culpabilidad le paró el movimiento, y así, con el brazo a medio alzar, miró de reojo a Pato. Un Pato empecinado en no hablar, sentado en el sofá, dedicado única y exclusivamente a hundirse más y más en el barro que se ha

montado en la cabeza. Y no tiene motivos para estar así, piensa Lucía, no al menos en lo que se refiere al doctor Hermoso, autor del libro y encargado del doctorado de Lucía. Porque no tenía motivos, ¿no, Lucía? Ahora se quitó el velo de los ojos y no lo veía tan claro. Un momento, él era el encargado de llevarla camino del doctorado, y por eso habían pasado mucho tiempo juntos meses atrás, preparando cosas como ese libro. Por eso habían llegado a cogerse confianza e intercambiado los teléfonos. Por eso habían empezado las llamadas más allá del campo académico y las revelaciones ajenas a la psicología. Por eso empezaron a sentirse nerviosos el uno con el otro, pero deseando volver a verse. Por eso llegaron a un punto muy peligroso, y ella había decidido bajarse justo en la última estación antes de que el tren descarrilase. Lucía sabía perfectamente que Pato era conocedor de casi todo aquello, puede incluso que leyera algún mensaje o llamada fuera de hora en su móvil y lo sacara de contexto (o peor aún, lo leyera en pleno contexto). Un día, la tensión llegó a tal punto y a ser tan evidente para ambos que, sin tocar nunca directamente el tema, Lucía dejó de hablar del doctor Hermoso, y él empezó a ponerse muy a la defensiva cuando salía mínimamente su nombre, y a imaginársela con él cada vez que no la localizaba. Así que Pato comenzó a aceptar cada vez menos los reproches sobre Adrián, ya que lo consideraba una cortina de humo sobre el principal problema, y ella veía que él se alejaba arropado por su amigo, al que parecía tener bastante más en cuenta que a ella misma. Se habían convertido en dos fantasmas que iban rasgando la relación, y corrían el riesgo de que al final a ninguno le importara.

Alfredo permanecía ajeno a todo, perdido en el laberinto lleno de espinas que había en su cabeza. Manos derrotadas escondidas en las tumbas de los bolsillos del pantalón, cabeza vencida apoyada en la ventana. Está completamente entregado, sin pedir rendición ni bandera blanca, a merced de los sentimientos que antes o después vendrán con toda su crudeza arrasando como un tsunami y llevándole a tierras lejanas cuya existencia no querría conocer nadie. Sus ojos vagan arrastrando una mirada llena de

tristeza y de porqués por el patio trasero de la casa y, sin mucho sentido, va de uno de los pequeños árboles exóticos, de fuertes raíces, a otro, y de este a un tercero. Están separados cerca de dos metros entre ellos, y parecen, como él en el aquí y ahora, fuera de lugar completamente. Sin flores, casi sin ramas, feos, aportando nada al patio. La parcela exterior tiene las paredes exteriores altas, de manera que nadie puede observar desde fuera, pero a cambio hipoteca horas de sol en primavera y el poco aire que pueda hacer en las cálidas tardes de verano. Supone que alguien que lo primero que pregunta es si eres periodista antepone privacidad a detalles nimios de bienestar. El resto del césped está bien cuidado, y en una esquina lo que parecen un puñado de libros y un ordenador portátil descansan sobre un mantel floreado. Rodeando la mesa tan solo hay una silla: no da la impresión de que el señor Albadalejo tenga visitas, ni que las espere tampoco. Comienza a anochecer, las tardes ya son cortas, y la oscuridad empieza a lamer los rincones de las calles, una metáfora perfectamente alineada con lo que a Alfredo le ocurre allí dentro, en eso que llaman «alma».

Justo en ese momento llega el Argentino portando una bandeja llena de tazas y una cafetera humeante. En el salón parece que sus visitantes han sido cargados con energía del mismo signo y entre ellos se han repelido. Ella, entre las estanterías, fisgando; el anciano, en la otra punta, mirando por la pared hacia su patio secreto, y el otro, arrojado sobre el sofá. «Brillantes perspectivas me traen estos —piensa—, menuda tropa.»

Comienza a servir el café sin preguntar nada en sendas tazas que dicen «Al mejor papá del mundo». Las deja a un lado de la mesa, y de la bandeja saca un cartón de leche y un azucarero. Él coge su taza, una bajita, de porcelana, se pone dos cucharadas de azúcar y se sienta en el sofá orejero. Cerrando los ojos se acerca la taza a la nariz, inhala dos veces y, satisfecho, comienza a agitarlo con mimo.

Lucía se acerca, se echa un poco de leche y, sin más, comienza a tintinear su cucharilla dentro de la taza. A Alfredo le cuesta volver al aquí y al ahora; de hecho, cuando se sienta en el sofá al lado de Pato, coge su taza y, sin pensarlo, comienza a

beber. Nadie puede asegurar que haya vuelto de allí donde esté.

Lucía se ve obligada a comenzar a hablar, por el silencio, por las prisas para encontrar a Adrián, por su profesión emparentada con el hombre que parece ignorarles centrado en su taza humeante.

—Señor Albadalejo, estamos aquí para intentar saber un poco más si ha avanzado o continúa trabajando con su Teoría de las puertas físicas mentales.

El Argentino levanta la vista por primera vez y entrecierra sus ojos cenicientos mientras los posa en Lucía. No da la impresión de haber recibido la noticia con sorpresa, piensa Lucía extrañada, como si estuviera habituado a este tipo de preguntas.

—Como entiendo muy bien que usted sabe, señorita, esa teoría fue mi ruina, me sacó de los círculos académicos y me retiró aquí, a un pueblo apartado de la mano de Dios donde mínimamente puedo vivir una vida normal, ya que nadie sabe de dónde vengo.

—He echado un vistazo por su estantería. No creo que haya usted abandonado sus estudios, y nadie se planta en el congreso más importante de España con una teoría para abandonarla sin más. Creo que usted sigue trabajando en ella, o al menos es la única persona que conozco que haya trabajado en el campo. Créame que no me es fácil venir aquí a intentar abrir mi mente a su teoría. —El «su» escupía falta de fe, invitaba a un vegetariano a aceptar comerse un solomillo de cerdo—. Lamentablemente, esto no es un juego, y, lamentablemente, no tenemos tiempo. Necesitamos su ayuda para encontrar a alguien y evitar que haga algo probablemente violento o peligroso.

—*Touché,* señorita. Espero que lo que vayan a contarme merezca la pena. —Levantándose lentamente, añadió—: Por favor, acompáñenme.

Sus pasos descalzos crujen sobre las piedras y las agujas de los pinos. La noche acecha y los ruidos de los búhos y el aletear de

murciélagos comienzan a minimizar los cantos monótonos de chicharras y grillos. Se va acercando a la casa parsimoniosamente, sin prisa, paladeando el momento. No siempre se va en búsqueda de un bebé, buscando su paz, para arrullarlo con sus propias manos.

El Argentino les guía escaleras abajo, hacia el sótano. Cuando llegan al rellano, una puerta metálica les cierra el paso. Palpa en los bolsillos del pantalón hasta encontrar un llavero del que cuelga una única llave. La utiliza introduciéndola lentamente en la cerradura, como si estuviera abriendo un lugar sagrado, y la puerta chirría de placer al girar sobre sus goznes. Antes de entrar enciende un interruptor de la luz, y se echa a un lado para, con un movimiento teatral de la mano, invitarles a pasar.

Lo que ven es realmente impactante, y hasta Alfredo y Pato salen de sus respectivos mundos silenciosos para admirarlo. De las paredes cuelgan cientos de hojas escritas, recortes de periódico en distintos idiomas, y, sobre ellos, unas cintas de colores unen unos con otros. El suelo parece estar alicatado de libros, no se ve otra cosa. Montones de ellos, por bloques o sueltos, lo invaden completamente todo. En el centro, una mesa llena de manuscritos impresos, más hojas escritas a mano, una impresora y un ordenador de mesa.

—Disculpad el desorden, pero no dejo que la mujer de la limpieza entre en este, para mí, lugar sagrado. Efectivamente, esa teoría es mi vida, y casi nadie ha entrado aquí. Al menos, que haya salido con vida. —Una risa sin ningún tipo de humor rasca su garganta.

¿Casi nadie? Piensa Lucía. La impactante estampa le recuerda a esas películas de asesinatos en serie donde la policía empieza a llenar las paredes de fotos de las víctimas, de pistas y mapas. Por un segundo se recuerda que aquí puede que todo no sea más que una patraña, y el autor de todo este desaguisado, un pobre enfermo devorado por su propia teoría.

—Lo que veis en la mesa son todos mis escritos sobre esta

teoría. No he buscado editor, pero veo difícil que lo encuentre. Aun así, mis estudios, basados en entrevistas personales y ampliación de hechos contrastados, antes o después llegarán donde se merecen. Sé que suena a profecía de un pobre loco, pero no se dejen engañar por esa primera impresión, simplemente lo digo como lo que es. —Habla sin ningún tipo de emoción en la voz—. Lean lo que no pone en las noticias de los periódicos, vayan más allá de lo que les cuentan los telediarios, indaguen, vean a los protagonistas de esas noticias, mastiquen ustedes, no dejen que lo hagan ellos…, y verán que mi teoría deja de serlo para convertirse en una certeza total y absoluta. Resumiré para que vayan ustedes al grano; al parecer, vamos con prisa.

»Cuando morimos, dicho vagamente, hay una milésima de segundo medido en nuestro tiempo, ya que una vez allí el tiempo no existe, donde la separación de lo que llamamos cuerpo y ente o alma puede tomar caminos alternativos. El camino lógico, es decir, ir allí donde debiera, llámenlo cielo o la nada, o equivocarse y coger un camino alternativo. Si ocurre esto, es fundamental que haya una relación real, genética, sospecho, aunque ahí no he profundizado, no es importante, paja…, para que, sin saber cómo, atraviese esa puerta de entrada a otro ser y viva en él como huésped. Unas veces bastará con eso, con llegar allí y mantenerse en un rincón, y otras este individuo podrá llegar a interactuar con él. Brotes psicóticos, esquizofrenias, voces que de pronto empiezan a guiar nuestros pasos, interruptores de la mente que sin venir a cuento estallan, o al revés, se encienden en maravillosas ideas que nunca antes habían germinado allí, en terreno yermo… Nuestra mente es demasiado potente para considerar que lo sabemos todo. ¿Quién de ustedes es el que necesita mi ayuda?

—En verdad… —comenzó Lucía, pero Alfredo le puso una mano en el hombro, indicándole que callara, que era su turno.

—Señor, yo de esto no entiendo, y no sé si es un charlatán o un puto genio. Pero en un plazo de tiempo demasiado corto he perdido a mi mujer y a mi primer hijo; no pienso enterrar al segundo. No al menos sin pelear, cueste lo que cueste. ¿Me explico con claridad?

El exdoctor Albadalejo afirmó con la cabeza y le indicó que pasara, buscara hueco, se sentara en una pila de libros y le contara. Alfredo así lo hizo.

Con la espalda apoyada en la pared de piedra de la casa, a escasos centímetros de una luz artificial filtrada por unas cortinas beis, Adrián espera a que por fin todas las luces se apaguen. Para entretenerse canturrea una nana:

—… Que viene el coco y te comerá…

Alfredo habla y habla, de manera cruda, sin guardar ningún detalle. Su voz es monocorde, desprovista de todo el sentimiento que debería provocarle dejar sueltos sus fantasmas. Se esfuerza para que así sea, si no, rompería a llorar y correría a estamparse la cabeza contra la pared. El Argentino se ha puesto unas gafas minúsculas para ver de cerca, y con las piernas cruzadas anota en un pequeño cuaderno lo que considera necesario del relato que está escuchando.

Lucía se acerca a las paredes y mira los retazos de hojas y noticias que cuelgan de ella. Muchos de ellos tienen anotaciones, tachones y círculos alrededor de palabras clave. La mayoría de estas se repiten: «inexplicable», «enajenación», «poseído»…

Se acerca a la mesa y coge los originales impresos. Hay varios con distintos títulos y encuadernaciones, unos sueltos y otros grapados, alguno incluso con espiral en el lomo, de presencia más profesional. Abre al azar y lee párrafos sueltos: «… las aplicaciones de este descubrimiento son múltiples y abarcan campos tan amplios y aparentemente tan distintos como el militar y el comercial…», «… el concepto es tan obvio que resulta chocante no haber llegado a él hasta bien alcanzado el siglo XXI…». Como profesional, todo esto es una mina. Cogió un manuscrito impreso cuyo nombre era bastante ególatra, como el noventa y nueve coma nueve por ciento de lo que había leído hasta ahora: «De las risas al llanto, o cómo la Teoría de las puertas físicas mentales se convierte

en la ciencia del siglo XXI». Se ahorró un suspiro de hastío que ya casi había llegado a su estómago, y se preguntó si realmente esto merecía la pena o simplemente estaban perdiendo el tiempo y alimentando el espíritu egocéntrico de un tarado. Al fin y al cabo, Adrián seguía ahí fuera con unos propósitos bastante oscuros, y, visto lo visto, sin duda sanguinarios y perversos.

Para llegar a la pared de enfrente tiene que pasar por donde está Pato y, al hacerlo, le roza la mano. Este, para su asombro, se la busca y le da un apretón fuerte. Se miran a los ojos y se sonríen con ellos. Entonces, Pato la suelta y vuelve a agachar la cabeza. Ella se acerca a la pared para seguir mirando, pero ahora hinchando más los pulmones al coger aire. Una parte del peso que notaba sobre los hombros desde esta mañana parece haber desaparecido.

Una luz en el piso superior se apaga. «Probablemente, mi objetivo. No tengo frío, no tengo hambre.» Ya solo queda por apagar la luz principal, la del salón, cuya ventana está a un brazo de distancia de un Adrián relajado: su rostro no refleja la lucha interna que está desarrollándose principalmente en su cabeza.

13

Ya es noche cerrada cuando Pato pone el intermitente y lentamente coge el desvío hacia Madrid. Era absurdo que ambos permaneciesen allí, ya que poco podían aportar y echaban de menos a Eduardo: dos noches seguidas era demasiado para abusar de los abuelos. Y la charla pendiente, claro. Alfredo había decidido quedarse allí, e intentar ver de qué manera podía acercarse a su hijo. Todos sabían que algo estaba pasando, pero esperaban que Adrián diese pronto señales de vida. También era importante el tema de la policía. Habían discutido sobre la posibilidad de llamar y ponerles sobre aviso, pero sabían que, con los recientes sucesos y la noche pasada en el calabozo, las consecuencias iban a ser muy duras. Además, estaba Alfredo. Entre lágrimas intentaba explicar que no podía ser, que había algo que se les escapaba; sus hijos no podían ser como los últimos días se empeñaban en demostrar. Marcos era un chico excelente, y estaba seguro de que Adrián también. Por él intercedió Pato y, con menos entusiasmo, Lucía. Cierto que no era santo de su devoción, pero en ningún caso era alguien violento o mínimamente mala persona. Así que decidieron darse dos días, plazo en el que Pato volvería a por Alfredo y verían qué había sucedido con Adrián.

La tregua que se habían dado parecía haber llegado también al coche. El ambiente estaba más relajado, y Lucía y Pato habían estado hablando.

—Necesito descansar de todo esto. La cabeza me va a estallar. Podíamos coger al enano e irnos los tres unos días, sin móviles, ni amigos, ni doctores. Solo nosotros —dijo Pato. Lucía le miró, profundamente agradecida por la bandera blanca que Pato estaba izando. Sonrió de corazón y contestó «Me encantaría» mientras buscaba la mano que él llevaba en la palanca de cambios. Así

permanecieron unos segundos, con los dedos entrelazados—. De todas formas, tenemos que solucionar nuestro problema, tanto tú como yo. Así no podemos estar.

—Lo sé, pero ahora estoy cansada. Cuando pase todo esto y vuelvas de aquí en un par de días, dejamos al niño con tus padres y nos sentamos de verdad.

—De acuerdo. ¿Por qué no descansas un poco?, yo voy bien.

—No te voy a dejar solo de noche conduciendo, y con el tute que llevamos encima. Puedo aguantar hasta casa, aunque quizá tardemos un poco en dormirnos… —añadió pícaramente.

—Eso suena bien. Ya no estoy tan cansado.

Rieron quedamente. Pato preguntó por la impresión que le daba el tal Argentino y si creía que valdría para algo.

—Sinceramente, en su momento me pareció buena idea, quizá simplemente fuera la única, no sé. Me pasé toda la noche buscando e indagando, y creí tener un hilo del que tirar. Ahora, una vez que hemos estado allí, me parece que no va a ser lo que necesitamos. Prometí no llamar a la policía, pero cada vez creo estar más segura de que ahí nos equivocamos. Se me escapa de mi campo de especialidad, y lo que necesita es un tratamiento serio, de gente especializada. Quizá un internamiento no sea tan mala idea, pensando en él mismo. No estoy segura. Únicamente sé que el doctorucho este tiene pinta de ser un vendeburras profesional, con un ego que va de aquí a Lima, y sus escritos, una sarta de tonterías. No me extrañaría que al pobre Alfredo le saque el poco dinero que le quede bajo falsas promesas. De eso sí da el perfil, de estafar a pobres necesitados, como los curanderos que afirman sanar el cáncer con las manos. Nada como tener una necesidad para agarrarte a lo que sea, cueste lo que cueste.

Dicho esto, se volvió hacia la parte trasera del coche, tirando del cinturón de seguridad para abrirse espacio, en busca de su bolso. Se lo llevó a la parte delantera. Ya en su regazo, lo abrió y sacó un puñado de folios doblados torpemente, cuya primera hoja llevaba el pomposo título de «La teoría de los espejos opacos aplicada a las puertas físicas mentales».

—Pero, Lucía, ¿qué coño has hecho? —Pato miraba incrédulo

el manuscrito y las nuevas habilidades manuales desconocidas de su mujer.

—Esto es una mina de oro. Cuando Edu quiera que le leamos un cuento, va a ser perfecto. Cumple las dos misiones: es un cuento y, además, de puro aburrimiento, caerá dormido enseguida.

14

En el silencio de la noche, el zumbido constante de la bombilla rebota en las paredes del lúgubre sótano cargado de sudor y tensión como un enjambre de abejas rabiosas. Alfredo está sentado junto a la mesa, con la cabeza hundida en sus propios antebrazos, que permanecen caídos, derrotados sobre el sucio hule. En un ataque de rabia se incorpora y, gritando desde lo más hondo del animal que somos, tira al suelo carpetas, libros, apuntes y la pantalla del ordenador. Tiembla de rabia y de miedo.

El Argentino se mantiene impasible, con la barbilla hundida en el hueco que dejan las palmas de sus manos, codos apoyados en las rodillas, admirando su obra de orfebrería artesanal. Cien por cien fabricado a mano. Permanece apartado, dando su espacio a un Alfredo desesperado. Observa sin más, dejando que su paciente se hunda en el barro que con mimo ha ido echando, grano a grano, el propio Argentino a los pies de Alfredo mientras le hablaba, guiándole de la mano hasta el centro de este dolor. Ahora, sembrada la semilla, es un espectador ajeno a la reacción violenta de Alfredo. Únicamente se limita a tomar nota mental de cada reacción, de cada gesto, de cada síntoma de desesperanza, para más tarde poder plasmarlo todo fidedignamente en otro de sus manuscritos. Y es que ahora mismo siente ese cosquilleo en lo más profundo de su ego profesional. Ha sido capaz de prever y adelantarse a cada reacción gestual, a cada pregunta, a cada puerta cerrada que su exposición se iba encontrando. Durante esta ha llevado en todo momento a Alfredo por el camino que ha querido, como un pícaro lazarillo a un pobre y cándido ciego. Mientras le susurraba los puntos básicos de su teoría, y por tanto de sus opciones en este momento, había sido capaz de detectar en los ojos de Alfredo las diferentes fases analizadas una y otra vez en su

ideario de la Teoría de las puertas físicas mentales. Partimos de un prólogo o una disposición del individuo de cierta incredulidad y sentimiento de pérdida de tiempo. Entonces es cuando, entre su retórica, los hechos indiscutibles que le presenta y cierta disposición inconsciente debido a la desesperanza del paciente, ansioso por encontrar una salida a aquello que le consume, empiezan las primeras grietas en las murallas defensivas. Así fue pasando descalzo, sin prisa y sin dejar huella, por las diferentes fases: siembra de la idea que estaba tratando de transmitirle, constatación de cómo esta iba echando raíces en su cerebro mientras sus ojos se apagaban, y, por fin, el estallido violento del fruto de su clase magistral. Ahora sabía con certeza absoluta que le tenía, que Alfredo se convertía en aquel instante para su futuro más inmediato en el individuo cuatro.

—Resumiendo, en el momento que muere una persona —le había dicho hacía apenas un minuto— hay una fracción de segundo en la que el camino o conducto, o como quieras llamarlo, que lleva la parte no física del hombre a su destino final, ya sea Dios o la nada, no importa ahora, se difumina. Es precisamente ahí, justo en ese momento, cuando la vida, la naturaleza o qué sé yo tiene un momento de ceguera, un nada físico no espiritual, y en la duda se recoloca esa llamémosla «alma» en el sitio en el que podía vivir, por semejanza genética o compatibilidad. Mi última teoría, la cual no tenemos tiempo de repasar ni hacer más pruebas si quieres que todo esto termine, nos da un espectro aún mayor de este milagro, abre una puerta infinita. Ese ser incorpóreo existe igual que existe el tuyo y el mío, no hay diferencia. El cuerpo no es más que un envoltorio, hemos demostrado ya su existencia por separado, por tanto, cabe la posibilidad, casi absoluta certeza, de que ese ser incorpóreo se introduzca dentro de una mente que a su vez ha entrado en otra, ya que, en teoría, tienen las mismas propiedades, son iguales… Lo único es que ese reflejo interior solo podría verlo el huésped, que a su vez es el parásito del cuerpo inicial. —En este punto comenzó a murmurar, más para sí que para un Alfredo completamente a su merced—. Es absolutamente brillante, no entiendo cómo no se me ha podido ocurrir antes…

Deja unos segundos de silencio, y después, acercándose por detrás a Alfredo, mientras se agacha para ponerse a escasos centímetros de su oreja, le susurra, erizándole la piel:

—Aquí tienes tu salida.

Por fin llegó el momento. Se oyó la puerta principal abrirse, y un arrastrar pesado de pies por el camino pedregoso. Adrián se levantó, tranquilo, y cogió la piedra afilada que había a su lado, instintivamente, sin haberlo pensado. La valoró lanzándola y recogiéndola en el aire un par de veces y, satisfecho, giró la esquina hacia el hombre que iba, despreocupado, con la basura en la mano buscando el contenedor. Los pañales no pueden estar toda la noche en casa, el hedor del día siguiente sería insoportable. Treinta y tantos años después, se producía por fin un reencuentro familiar: padre e hijos estaban a unos pasos el uno de los otros. Simplemente que al padre no le dio tiempo a festejarlo. El hombre puso cara de extrañeza al ver a alguien ahí a esas horas, a poco más le dio tiempo. Adrián alzó la mano con la piedra y la descargó directamente sobre su rostro. El sonido fue seco, breve. Una docena de huevos cascándose a la vez. La sangré explotó hacia el cielo en todas direcciones, como la erupción de un volcán, al caer el rostro hacia atrás, producto de la inercia del impacto. Antes de golpearse contra el camino de grava, ya inconsciente, le golpeó dos veces más y, una vez que cayó sin vida al suelo, otra decena de veces de propina. Adrián tenía sangre paterna hasta en la comisura de los labios, por donde se pasó la lengua para fijar el sabor metálico en sus papilas gustativas. Sabor a venganza. Con esto, cerraba el círculo. Había matado a su madre y a su padre, ambos pecadores y responsables, por tanto, de su propia muerte. No era el plan inicial, y ahora, más sosegadamente, Marcos se arrepentía de este impulso. Mientras cacheaba el cadáver desfigurado que había en el suelo en busca de las llaves, pensó que había fallado, que aquel desgraciado ya no iba a ser conocedor del sufrimiento de su nieto, su gran obra maestra. Había liberado a su rehén antes de hacerle sufrir lo que se merecía. Con este mal sabor de boca llegó a

la casa, se metió dentro y cerró con llave para evitar sustos. «Bueno —pensó—, una vez saltadas las reglas, saltémonoslas enteras.» Escaleras arriba, alguien cantaba quedamente una nana.

Adrián está flotando en la nada más absoluta. Todo a su alrededor es negro, no oye nada, no ve nada, no le sale el grito de desesperación que se le muere en la garganta. Patalea, empuja, pero a su alrededor solo hay vacío. Intenta morderse, golpearse, despertar de esto que sabe es una horrible pesadilla real. «¿Dónde estás? —grita agónicamente en un silencio sepulcral—. ¿Qué estás haciendo ahí fuera?»

El Argentino sigue paseando en silencio por detrás de Alfredo, lejos de su campo de visión, en un intento de aportarle soledad. Pero este es incapaz de apreciarlo, sigue hundiéndose en sus sollozos. El psicoterapeuta se coloca detrás y le da un pequeño toque cariñoso en la cabeza, un «no pasa nada» a un bebé que no encuentra a su madre. Después se dirige al pequeño punto rojo que parpadea semioculto en la estantería, coge la cámara de vídeo y la apaga sin hacer el más mínimo ruido. Nota una pequeña descarga en la columna vertebral, casi una excitación física. Deja la grabadora con suavidad y pasea la mano por la estantería. Roza un libro y después otro mientras sigue caminando, pasando la yema de sus dedos por la fila de libros de distintos tamaños y grosores. Cuando llega al pesado sujetalibros de piedra natural, se queda mirándolo fijamente mientras susurra:

—Entonces lo entiendes. Sabes que es la única manera, ¿verdad?

Coge aire para ayudarse a levantar la figura del toro tallado en piedra; los libros sisean mientras se vencen hacia ese costado, como si hubieran estado encarcelados y quisieran escapar, aunque simplemente acaban torpemente descansando unos encima de otros.

El Argentino se acerca por detrás tensando los músculos, esperando el veredicto que el propio acusado dicte como juez.

—Estoy de acuerdo —dice firmemente Alfredo mientras se

pone recto, intentando despedirse dignamente.

El Argentino le golpea con fuerza, una única vez, rompiéndole la base inferior del cráneo, destrozándole el cerebelo, el punto exacto de unión entre el cerebro y la médula espinal, matándolo al instante.

Nunca nadie sabrá que el último pensamiento de Alfredo fue para la que un día fue su mujer, arrepintiéndose torpemente de haberse marchado de su lado.

Su cuerpo descansará para siempre, nunca vacío de arrepentimiento y dolor, enterrado de madrugada en el pequeño jardín superior, siendo su sepulcro un extraño árbol exótico de fuertes raíces que se alimenta de compuestos orgánicos en descomposición. Un árbol que, al plantarlo, hará el número cuatro de esta insólita especie en aquel pequeño jardín de los horrores.

La sensación de ingravidez empieza a ser plácida, se entrega a ella; un leve alivio en forma de mareo le acuna. Ya no pelea, ya no lucha, se deja llevar… hasta que una explosión de luz, la más intensa y brillante que jamás ha experimentado, lo inunda todo. Aún con los párpados cerrados la claridad llega hasta su cerebro, iluminando los rincones más oscuros. La ingravidez para y ahora cae en picado. Vuelve a patalear y a mover los brazos en un ridículo intento de evitar la caída. El aire silba a su lado y el estallido de luz ha dado lugar a un cielo azul, límpido y sereno. Todo esto ha ocurrido tan rápido que no lo ha asimilado, simplemente piensa que va a estrellarse contra el suelo, y el estúpido instinto de supervivencia le lleva a pelear contra ello. Hace unos minutos su único deseo era acabar con todo, la angustia era seguir, y ahora, que parece que el cierre del telón está cerca, intenta por todos los medios posponerlo. Su cuerpo se estrella a gran velocidad contra un fluido mucho más acogedor que el agua, el cual reduce la intensidad de la caída hasta prácticamente dejarle con suavidad en el suelo. Se levanta. El escenario es una casa cualquiera, y a unos metros está él, el causante de todo, aquel al que ya por fin puede poner nombre y desgraciadamente apellidos,

los suyos. Algo le deja inmovilizado: aquel ser está llorando, y parece atravesarle con la mirada, completamente ajeno a él, mientras gime lleno de un dolor inhumano:

—No, no, no…, ¿por qué?, ¿por qué has venido? Tú no… No tenías que estar aquí. —Con un grito desgarrador, Marcos pidió un perdón que Adrián era incapaz de entender.

Adrián mira a su alrededor y no ve nada, no ve a nadie.

—No puedo, papá, no puedo. —Su hermano, al que apenas conoció en vida y del que no guarda ningún recuerdo, cae de rodillas, lleno de lágrimas, vencido y derrotado por no sabe qué.

Un Marcos hundido levanta la mirada, ahora sí, hacia él, y lo que ve produce en el interior de Adrián algo parecido a la misericordia. Se le eriza la piel y se corta su respiración. Una lágrima soñada acude a la cuenca de sus ojos. Marcos levanta una mano hacia delante, y Adrián, movido por ese sentimiento, levanta a la vez la suya. Dos hermanos buscándose el uno al otro, separados por un par de metros inexistentes. Y cuando están a unos escasos centímetros de encontrarse, sin más, Marcos desaparece. Para siempre.

Adrián llega del fondo de sí mismo, abre los ojos. Y recuerda. En un soplo de aire su cabeza se llena de respuestas a preguntas que no se ha hecho. Está tirado en el suelo de una habitación que no conoce. Se mira las manos y están cubiertas de sangre. La pena le estalla dentro, la culpabilidad, el horror de sus actos, y, sin importarle qué o quién acuda a esa señal de alarma, rasga su garganta con un quejido gutural, lleno de siglos y siglos de sufrimiento humano. Llenándole los oídos de vida y de esperanza, como respuesta le llega, lejano, el llanto desconsolado de un bebé.

Dentro del torbellino de emociones que siente, destrozado física y mentalmente, vencido por una angustia opresora en el pecho, es incapaz de escuchar el coche que frena allí fuera, en la puerta de la finca. Tampoco escucha los pasos acelerados que hacen gritar de dolor a la grava del suelo. Únicamente cuando oye

el grito desgarrador de Pato levantando el cuerpo inerte de su padre, es capaz de volver en sí.

EPÍLOGO

En el espejo le gusta lo que ve. Se unta las yemas de los dedos de gomina de marca, y se la aplica, de manera cuidadosamente descuidada, en las sienes primero y levantando levemente el flequillo después, como recuerda que una vez le dijo ella que le gustaba. Se quita el anillo de casado y lo mete en el neceser. Se masajea levemente la zona donde estaba para quitarse el surco revelador. Y es que se dice que no hay nada más triste que un casado fingiéndose soltero. Solo espera que al salir su mujer no lo note. Piensa en ponerse los guantes antes de entrar en el salón, aunque no se aclara sobre qué será más sospechoso. No se echa colonia, se guarda en un bolsillo la buena, la que se compró en un momento impulsivo, de capricho, y su mujer le ruega por favor que se la ponga más a menudo. Por eso se la guarda, para aplicársela abajo, en el portal, una vez pasado el filtro matrimonial. Y es que hoy no es un día más. Hoy puede ser el día, lo presiente. Le ha costado cobrarse la deuda, ya que aquella maldita mujer que le trae loco no le cogía el teléfono después de la promesa, y eso que le había dado un tiempo prudencial para no parecer demasiado ansioso. Al final, con un escueto mensaje, le dio fecha y lugar.

El día que ella le llamó, se volvió loco; un chute de adrenalina le recorrió el cuerpo, e hizo el amor a su sorprendida mujer dos veces esa misma noche. Ya había perdido la esperanza de llegar a ella, su alumna favorita. La excusa era burda y poco trabajada, pero no se lo tuvo en cuenta. Quería saber dónde podía localizar a un psicólogo fracasado que él conocía bien. Vaya si le conocía, pues no se habrá reído y mofado veces de aquella exposición ridícula de tercera categoría sobre teorías de ficción propias de libros y películas de serie B. Aún la usaba cuando quería calmar un poco el runrún en sus clases. Ante aquella llamada, supo jugar sus

cartas. «Una cena —le dijo su voz lo más sensual posible—. Asegúrame que cenarás conmigo y te consigo la dirección en unos minutos.» Ella aceptó sin dudar un solo segundo; volvió a quedar claro que aquella pregunta sobre el Argentino era una mera excusa. A través de las ondas telefónicas se la notaba excesivamente nerviosa, quizá incluso con un punto de excitación. «Por mí. Por hablar conmigo.»

Salió al salón, pulcramente vestido, con ambas manos en los bolsillos. «Una cena de jubilación de un compañero, ya sabes cómo son estas cosas… —le dijo un par de días antes—. No, no creo que le conozcas, no tenemos mucha relación, y supongo que te habré hablado poco de él… Siento que no vengas, cariño, pero te aburrirías un montón, ya que no va ningún acompañante, aunque, si quieres venir (siempre dejar la puerta para que parezca que es ella quien decide), yo encantado. ¿No?, vaya, para mí será entonces más aburrido.

Su mujer está tumbada en el sofá, con una revista entre las manos y la televisión de fondo encendida. Las gafas de leer de cerca, en la punta de la nariz. Cuando se dan un beso de despedida, apenas repara en él. «Podía ir con un cartel que pusiera "soltero busca sexo" en las manos y no se habría dado cuenta», piensa él divertido.

Abre la puerta y, cuando va a salir, su mujer le grita:

—¡Cariño, coge un paraguas, te vas a empapar!

Mierda. Con eso no contaba. Un paraguas rompe el momento de entrar a su coche, ya que viene ella a buscarle. Dónde ponerlo, mojándolo todo; corta el rollo. Y él piensa empezar fuerte, atacando el primer beso a la misma comisura de los labios.

Echa un vistazo rápido, tampoco quiere que le espere. Encuentra la solución bastante a mano. En la mesita al lado de la puerta, un catálogo de productos de limpieza del supermercado de la esquina de tamaño bastante grande, DIN A2, y con papel endurecido. Perfecto para protegerse el peinado y no empaparse la escasa decena de pasos hasta el coche de Lucía, y, una vez entrando, dejarlo caer disimuladamente a la calle. Con esta lluvia se deshará rápido. Cero impacto ambiental, él no es de esos que

contaminan el mundo. Tiene códigos, por supuesto.

A la carrera llega al portal, y allí observa el reflejo de unos faros que se encienden y apagan repetidamente, disparándole los nervios. Allá voy. Sale tan a la carrera, protegiéndose con el montón de correspondencia que al final se había llevado por las prisas, que se olvida de vaporizarse con su fragancia masculina. Cuando está a punto de cerrar la puerta del coche, deja caer el montón de publicidad al suelo disimuladamente.

Las gotas intensas de lluvia, como lágrimas de un Dios triste y derrotado, diluyen y borran primero su nombre y dirección, escritos pulcramente a mano en una de las cartas, y deshacen su contenido después, perdiéndose en pedazos cada vez más pequeños, camino de la próxima alcantarilla.

En la radio del coche, entre el crepitar de las lágrimas de lluvia golpeando con furia toda la carrocería, sin que nadie le preste atención, la cansada voz de Eddie Vedder se une al llanto:

«The ocean is full ’cause everyone’s crying… and the meaning, it gets left behind, all the innocence lost at one time…».

Madrid, septiembre de 2019

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, mi primer agradecimiento debe ser para ti. Muchas gracias por haber invertido tu tiempo y esfuerzo en leer esto que salió de mis entrañas. Si te estás preguntando si hay algo autobiográfico, algo habrá, pero más en expresiones y forma de escribir que en los personajes e historias que pasan por estas páginas. Ese *copyright* pertenece únicamente a aquello que habita en mi cerebro, llámese como se llame. Ya que estás, un último favor, pásate por cualquier plataforma y deja una reseña del libro. Escribe y evalúa como sientas que se merece, pero, por favor, sin *spoilers*. ¡Odio los *spoilers*! Si quieres hacerme cualquier comentario, siéntete libre: guillesanchezrguez@gmail.com.

Siempre agradecido, cada día, a Bea, por tanto que necesitaría un libro entero solo para explicarlo, y me quedaría corto. Y al futuro, por supuesto: Álvaro y Laura. Lo que sois para mí os lo digo cada día, en privado.

Asimismo, Agradecer, con A mayúscula, a aquellos que siguen aquí, en mi día a día, aunque el contacto no sea diario. Sin vosotros no solo no existiría este libro, sino que mi vida sería bastante más gris. Para qué dar nombres si tú sabes a quién me refiero.

Sería también un desagradecido si no me acordara de aquellos que estuvisteis en mi vida, aunque esa vida y el tiempo nos llevaron a puertos diferentes. Gracias por aquellos días. Siempre queda algo de cada uno de vosotros, y algo hay, por tanto, de vosotros en estas páginas.

Renglón especial para padres y hermano. Gracias.

A Adelaida Herrera, a Germán Molero y a todo el equipo de Click Ediciones, que fueron capaces de convertir un puñado de letras en algo parecido a un libro. Siento no tener el nombre de

todos vosotros. Agradecimiento infinito.

A todos los que llenan mi cabeza de melodías, rimas, metáforas y fuerzas para sentarme delante del temido folio en blanco: Calamaro, Rosendo, Barricada, Platero, Los de Marras, Marea, Stafas, el primer Rulo, Quique González, Gritando en Silencio y Luter. Escuchad a Luter, por favor, me lo agradeceréis.

Gracias a Claudia, Elsa, Manuel y Sophie por recordarnos que tenemos que dejaros un mundo mejor.

Un abrazo, de corazón.

Biografía

Guillermo Sánchez Rodríguez nace un lejano sábado de 1978, de madrugada, cuando el encargado de repartir los apellidos estaba ya sin imaginación. Aterrizó en este mundo en Madrid, ciudad que le ve crecer y en la que continúa viviendo.

Avanza cual funambulista por los estudios hasta, por fin, licenciarse en Ciencias Químicas. En este sinuoso camino de juventud se va llenando la cabeza de múltiples referencias artísticas. Estas comienzan a relacionarse entre sí, presentándose unas a otras, mezclándose, dando a luz ideas nuevas, argumentos, personajes e historias que van, unas veces, muriendo, y otras, sobreviviendo los más fuertes, en un claro ejemplo de selección natural.

Enamorado de cualquier expresión artística narrativa (música, cine, literatura, teatro…), se alimenta de cualquiera de ellas a las que tenga acceso mientras llega a la época de supuesta madurez. Una vez conseguido el título más importante que posee, el de marido y padre de una parejita niño-niña, siente la necesidad de dar salida a ese universo que va haciéndose fuerte en su interior. Con nulo oído musical, incapaz de tocar una guitarra, la única salida que tiene ese universo paralelo interior es sobre un papel en blanco. Al escribir, sus ideas salen vestidas de todas sus influencias, desde Harlan Coben a Nirvana, de Reverte a Calamaro.

Sus textos no intentan innovar ni alcanzar la gloria narrativa. Escribe como piensa. Simplemente cambia el punto de vista del cuadro que todo el mundo ve desde la misma silla. Desde este nuevo ángulo, sus historias y personajes alcanzan a sorprendernos

y captan nuestra atención, pasando páginas sin fijarnos en el tictac del reloj. Entretiene, y ese es el objetivo último del autor. Entretener como objetivo vital de cada letra que escribe.

Su debut literario, *No habrá más domingos*, se publica en 2020 en Click Ediciones (perteneciente al Grupo Planeta) dejando un hueco en su cabeza que inmediatamente ocupan nuevos argumentos y personajes que allí habitan; creciendo, reproduciéndose, mutando…, hasta que se produzca, o no, quién sabe, el parto de una nueva obra.